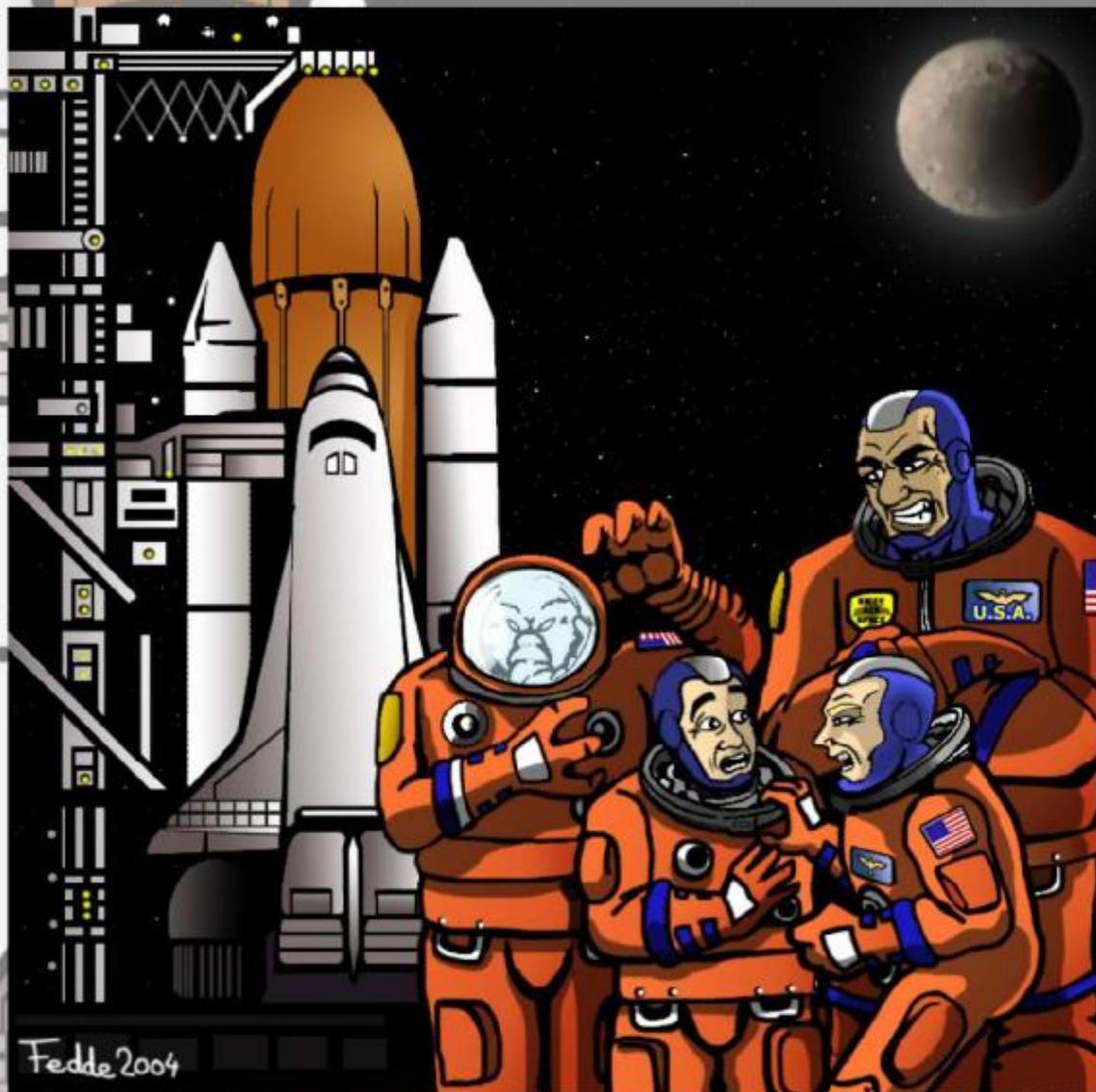


Alfa Eridiani

Revista de Ciencia-Ficción

Año II. Número 17. MAYO - JUNIO - 2005



ISSN 1695-1859

ALFA ERIDIANI es una revista amateur de ciencia-ficción, sin ánimo de lucro y cuyo único fin es la difusión cultural. Su aparición es bimestral.

Cualquier colaboración (relatos, biografías, reseñas de libros, cartas al director, viñetas gráficas, cómics... cualquier otra cosa relacionada con la ciencia-ficción) siempre será bienvenida en alfaeridiani@yahoo.es. Y recordad que en el interior del texto que nos enviéis debe figurar vuestro nombre y apellidos.

Editor: José Joaquín Ramos de Fco.

Co-editor: Sergio Bayona Pérez.

Ilustración portalada: Fedde.

Ilustraciones cuentos: Marina Muñoz e Isabel Sanchez.

Aviso Legal Importante:

Los contenidos de la presente revista, sea cual sea su naturaleza, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en *ALFA ERIDIANI*. No obstante, los derechos sobre el conjunto de *ALFA ERIDIANI* y su logo son © de José Joaquín Ramos de Francisco.

Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de *ALFA ERIDIANI*.

No obstante se autoriza a copiar y redistribuir la revista siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

ÍNDICE:

Editorial

Cuentos:

LA ESCABECHINA

por Juan José Castillo3

GUÍA DEL AUTÉNTICO HÉROE DE SPACE ÓPERA

por Íñigo Fernández.....8

LA PLAGA

por Belinda M. Orea12

EL PORTADOR DE LA SOMBRA

por Miguel Ángel López Muñoz.....17

EN LA FRONTERA DEL IMPERIO GALÁCTICO

por José Vicente Ortuño21

LA SINIESTRA IRONÍA DE LA PALABRA AYUDANTE

por Germán Núñez López.....52

CONDENADOS A VIVIR

por José Carlos Canalda Cámara.....73

EL HEREDERO

por Carlos F. Castrosín.....79

LA SANGRE DE LOS INOCENTES

por M^a Concepción Regueiro Digón89

PALABRAS

por Francisco Ruiz Fernández.....105

MORAL E IMPERIO

por Fabián Álvarez.....110

LA INVARIANTE CHON

por Víctor Conde116

HAMMURABI

por Jose Antonio Fuentes Sanz.....145

DIPLOMACIA A LA TERRÁQUEA

por Alfredo Álamo Marzo.....175

Poesías:

POEMAS CÓSMICOS

por Antonio Mora Vélez.....199

Portofolio 203

Artículos:

DOS LECTURAS DE SOLARIS

por Dixon Moya205

ECOLOGÍA, TEATRO, LOCURA Y RELACIONES DE PAREJA EN VERMILION SANDS

por Luis Antonio Bolaños de la Cruz.....208

Noticias:

CONCURSO DOMINGO SANTOS 2.005 222

VOLUMEN DE LIBRO ANDRÓMEDA ESPECIAL

TERROR: TERROR CÓSMICO 223

NECRONOMICON SOLICITA RELATOS CORTOS..... 224

PRIMER CONCURSO DE NARRATIVA FANTÁSTICA 225

PREMIO COYLLUR DE CIENCIA FICCIÓN... 227

ZONA DE DESCARGA: <http://www.alfaeridiani.com>

E-MAIL DE CONTACTO: alfaeridiani@yahoo.es

LISTA DE COLABORADORES: alfaeridiani@yahoogroups.com



Editorial

Estimado Lector:
Este ejemplar es un número especialmente generoso, fruto de la mucha ilusión con la que nuestros colaboradores han trabajado.

Cada uno de ellos nos ofrece su visión particular de la Space Opera. Por eso, los relatos cubren un amplio espectro temático: desde la parodia hasta el relato más serio, pasando por la simple aventura. Sin olvidarnos del relato de tinte terrorífico o los relatos puramente bélicos.

LA ESCABECHINA de **Juan José Castillo** es la hilarante historia de una invasión. *GUÍA DEL AUTÉNTICO HÉROE DE SPACE ÓPERA* de **Iñigo Fernández** es un manual que sirve tanto para convertirse en un héroe de Space Ópera como para escribir un relato clásico de este subgénero. *LA PLAGA* de **Belinda M. Orea** es un relato bélico bastante divertido. *EL PORTADOR DE LA SOMBRA* de **Miguel Ángel López Muñoz** es un relato sombrío sobre un imperio tiránico y su forma de perpetuarse. En *LA FRONTERA DEL IMPERIO GALÁCTICO* de **José Vicente Ortuño** sigue las claves más clásicas de la Space Opera: un esforzado y anónimo héroe salva un imperio al borde de una crisis. En *LA SINIESTRA IRONÍA DE LA PALABRA AYUDANTE* de **Germán Núñez López** un tecnócrata tendrá que mantener un planeta en funcionamiento mientras su compañía financiera mantiene una guerra comercial. En *CONDENADOS A VIVIR* de **José Carlos Canalda Cámara** asistimos a la descripción de una sociedad utópica en la que las tasas de criminalidad son muy bajas. *EL HEREDERO* de **Carlos F. Castrosín** combina la acción bélica con el horror de una forma atrayente.

En *LA SANGRE DE LOS INOCENTES* de **M^a Concepción Regueiro Digón** un grupo de la resistencia antiwalhalliana toma una nave interestelar con fines reivindicativos. *PALABRAS* de **Francisco Ruiz Fernández** es un relato intimista que, de forma dialogada, se nos va exponiendo dos puntos de vista. *MORAL E IMPERIO* de **Fabián Álvarez** sorprende por su sencillez y por la forma en que nos hace aprehender la historia que relata. *LA INVARIANTE C H O N* de **Víctor Conde** tiene mucho de reflexión sobre la libertad, la responsabilidad y, en general, sobre modelos de conducta. *HAMMURABI* de **José Antonio Fuentes Sanz** sigue los patrones más clásicos de los relatos bélicos, a la vez que entra en descripciones minuciosas. *DIPLOMACIA A LA TERRÁQUEA* de **Alfredo Álamo Marzo** rescata a los simpáticos reporteros Henry y Harry de *EL CRÍTICO* (*Eridano n^o 2*) para introducirlos en una nueva aventura extraplanetaria.

En el apartado de poesía **Antonio Mora Vélez** nos ofrece nueve *POEMAS CÓSMICOS*.



Hoy con el *Portafolio* dedicado a **Krystal Camprubí** inauguramos una sección dedicada a promocionar a los autores gráficos dedicados al fantástico. Primaremos a aquellos que se especialicen en la ciencia-ficción. Cada número llevará nueve ilustraciones de 8 por 6 cm. Esperamos vuestras aportaciones.

En la sección de artículos **Dixon Moya** en *DOS LECTURAS DE SOLARIS* nos ofrece un ameno análisis tanto de la novela de **Stanislaw Lem** como de su posterior adaptación al cine por **Steven Soderbergh**. Por contra **Luis Bolaños de la Cruz** analiza *VERMILLION SANDS* en *ECOLOGÍA, LOCURA Y RELACIONES DE PAREJA EN VERMILLION SANDS*.

En la sección de noticias nos hacemos eco de varias convocatorias que siguen en vigor:

- CONCURSO DOMINGO SANTOS 2.005
- VOLUMEN DE LIBRO ANDRÓMEDA ESPECIAL TERROR: TERROR CÓSMICO
- NECRONOMICON SOLICITA RELATOS CORTOS
- PRIMER CONCURSO DE NARRATIVA FANTÁSTICA
- PREMIO COYLLUR DE CIENCIA FICCIÓN

Desde *Alfa Eridiani* confiamos en que este ejemplar sea de su agrado.

Los editores



Cuentos

LA ESCABECHINA

por Juan José Castillo

Las invasiones son un tema recurrente en los Imperios Galácticos, ya sean causadas por hordas bárbaras o para combatir la barbarie, este caso. No es tampoco inusual que se les de un tratamiento humorístico como en este caso. Y no por ser a menudo usuales ambos casos, este cuento ha dejado de sorprenderme, de hecho me ha sorprendido y gratamente. Lean si no.

Bufó y se frotó los codos.
—¿Otra vez se ha estropeado la calefacción? —El radarista lo miró y se encogió. Frente a ellos, la gran vidriera verde dejaba ver miles de puntitos fulgurantes hitos de la corriente estelar.

—No sé, mi primero, este cacharro está fatal. —Hizo una pausa tocó dos botones y prosiguió—. Perdone, estamos en línea, un intervalo para contacto prematuro y dos para fijar zafarrancho de combate, mi primero, ¿alimakilo? —El tío se ponía serio. Al oficial no paraba de sorprenderle la nueva sección, lo mismo un baldío que un cultivado. Supuso de donde procedía este.

—Sí, sí, *alimakilo, alimakilo* —contestó.

De pronto se abrieron las compuertas de la antecámara y entró un soldado dando traspies. Su arma casi cayó al suelo. La sala de mando en su totalidad arrugó el rostro esperando oír el porrazo, sin embargo, no sucedió. Se oyeron exclamaciones en el aposento; si pasaba, ya sabemos donde iban a parar las vacaciones de uno.

—Mi primero, mi primero, la sección de armas... —se paró y tomó aire.

—Tranquilo, cabo, tranquilo.

—En la bodega, *los baldíos*, no puedo controlarlos, están impacientes, se ha corrido la voz de *alimakilo* y están desquiciados... en la bodega, mi primero.





El tío cumplía.

—Vuelva a su puesto, gracias. —El primero echó una mirada a la sala y se encaminó detrás del soldado a través del túnel. Una vez cerrada la compuerta, todos corrieron hacia el monitor que enfocaba la bodega. ¡Vaya tela! ¡Vaya tela!

Cuando entró en la bodega de carga, una multitud de carabineros se alzaron al mismo momento que los altavoces anunciaron al primero con voz eléctrica. Este marcó el paso al entrar, impuso un fuerte taconeo y el eco tronó en la dependencia. Sabía como tratarlos, la sección de armas era de cuidado. Miró en derredor. La verdad sea dicha, acojonaba ver tantos *bichos* de estos juntos. No obstante, él era quien era y había que mantener el tipo si se quería ser uno de los envidiados regentes en la escabechina inapelable contra el planeta-4, no quería estar en la piel de un terrícola cuando estos soldados se expandieran por su espacio vital.

—Quedan menos de dos horas para *alimakilo* ¿Sabéis que significa?

—Síííí, mi primerooooooooooooo...

El grito fue tan grande e inesperado que el primero se agachó botando un poco. Se mosqueó en un principio pero no se dejó llevar. Lidar con baturros tenía su historia. Maquinas de matar, no más. Seguía la chanza:

—Pues entonces, listos, en breve se os darán las órdenes...

—Síííí, mi primerooooooooooooo...

—... y mientras tanto...

—Síííí, mi primerooooooooooooo...

—... quiero silen...

—*Síííí, mi primerooooooooooooo...* —el primero se mordió la lengua para no reír. De vez en cuando tenían gracia los cabrones. Intentando ocultar una sonrisa continuó:

—¿Qué pasa, que tenéis ganas de guasa?

—*Síííí, mi prime...*—saltó uno al fondo. Sabía que alguno caería. Se escucharon risas. Acto seguido el primero señaló con el dedo al culpable indicándole que se acercara. Cuando llegó le pareció ver una risita fugaz en su rostro.



(Como le gusta esto)

—Al suelo, cincuenta flexiones, no quiero ver ni un aleteo, y los demás... *firmeiiiiinnn...* —tenía claro que esto era preparar el terreno para la guerra, calentar la barbacoa, enclocar la confianza, impartir el buen rollo antes del mal rollo— ... y recordad que en posición de firmes se *le mira las bragas a la virgen... a ver quien agacha la cabeza...*

Media hora después salía de la bodega con la sensación de tener listo el primer plato.

Anduvo por el pasillo en dirección al puesto de mando. Había algo en la misión que no le gustaba. Claro está que destruir la raza de un planeta y todo su patrimonio no le satisfacía en demasía pero era su trabajo eliminar a los del Grupo/1 y eso hacía. Sin embargo, estos habían inventado algo muy bello, algo que enternecía el cuerpo cada vez que entraba por los pabellones auditivos y, sinceramente, echar abajo algo tan valioso pues como que no. Su abuelo decía que cuando moría alguien, moría un mundo, y el terminaba que cuando moría un mundo, moría una idea. Esos terrícolas propagaban una vorágine de ondas sonoras contaminadoras al espacio pero que extrañamente te ponían el ánimo *guay*. Decidió que lucharía por ello.

—*Ereeess como una hormiguita que me besaaa y me picaa...*—cantó bajito. Se recordó buscar allí que diablos era *una hormiguita*. Seguro que algo digno de salvar.

¡Zafarrancho de combate! ¡Zafarrancho de combate! Las luces carmesíes iluminaron en su totalidad los pasillos del buque. Un fuerte rumor procedente de los bajos llegó a oídos. Empezaba todo. Como siempre. La voz inquebrantable repetía una y otra vez: *¡Zafarrancho de combate! ¡Zafarrancho de combate!* El primero miró por el cristal y vio una vez más, la poderosa flota de destructores y buques de asalto de su Armada rodeando al planeta azul. Al parecer, el Estado Mayor había realizado bien su trabajo días antes cuando se ordenó facilitar la llegada lanzando un rayo *plumbeado-viajero* a través de la Galaxia. Prueba de ello eran esos restos metálicos que rodeaban el planeta.

—Mi primero, preguntan por usted —dijo un recluta facilitándole el interfono. Las órdenes eran claras. Entrar a saco destruyendo edificios, humanos, y principalmente, todo objeto móvil capaz de hacer frente a la Corporación. El



primero se limitó a afirmar a todo lo que aquella extraña voz le disertaba con ritmo acelerado por el micro. Sintió el deseo de contestar: *A que sé lo próximo que vas a decir*. No se atrevió. Era siempre la misma historia, pero el respeto era la base del ejército y lo sabía. Por lo visto, le habían asignado encabezar la contienda y eso era de cajón, la infantería, siempre los primeros en caer.

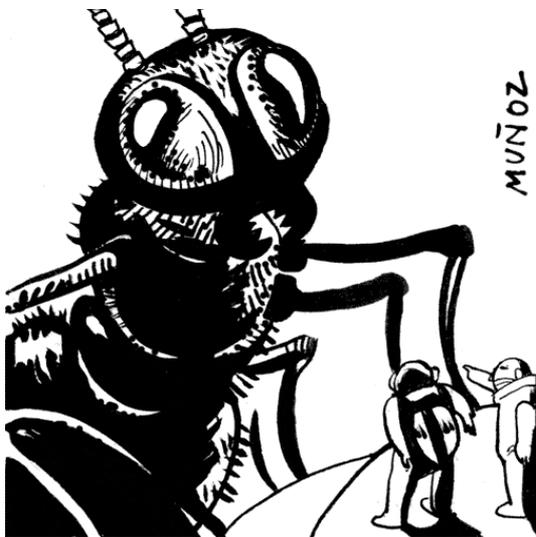
Comprobó que, potencia de descenso y armamento estaban a punto. Y que no había novedad en las diferentes secciones de su Compañía. Fue entonces cuando ordenó el acercamiento a la bóveda celeste en intervalo de cinco centesimales, un soldado comenzó la cuenta atrás en voz alta. Así daba gusto.

Lo primero que sintieron todos los que se encontraban en la cabina de mando, fue una sensación horrenda de vértigo, sin embargo, la fugaz llegada no fue la culpable de que algunos pilotos vomitaran y otros se echaran al suelo mareados tapándose la boca. El primero, firme en su puesto, miraba estupefacto al exterior:

¡Dios! ¿Cómo no se ha controlado eso? ¿Cómo no se ha controlado eso?

Corrió hacia el radar, viendo a su tripulación que se encontraba extasiada hasta el extremo de andar por el suelo, casi ciegos, incapaces de ver la vidriera que mostraba la ciudad. Se alegró de haber recibido el entrenamiento *antian-siedad* al cual sometían a los de su rango.

Una débil voz comunicaba a través del auricular que todos los oficiales debían salir urgentemente al exterior, sin traje de vacío pues se había detectado neón suficiente en esta parte como para no correr peligro. Debatir el tema en el exterior es lo que querían. El primero no se lo pensó dos veces, pulsó el interruptor que abría una pequeña tronera de la nave, y salió a través de ella.



—Pues nada ¿no? Retirada entonces, ¿no? —dijo un sargento de La Plana Mayor. La cosa estaba clara. El alférez de navío había considerado la situación de cómica: *¿Qué hacemos contra una raza que a su lado nos considera mínimos, ínfimos, minúsculos, insignificantes y quizás lo más duro, ig-*



norados?

Algo muy costoso.

—Bueno, estamos calentando el sitio —dijo su Ilustrísima acercándose—. Tenemos un montón de pelones con muy mala cara ahí dentro ¿No creéis? Vamos a echarle una mano yéndonos de aquí, señores.

Mientras volvían a través del espacio sideral, el primero recordó tener algo pendiente, no obstante, lo pensó mejor y desestimó la idea, pues si *una hormiguita* era un ser vivo de aquel planeta, debía dar miedo ver la cara a algo tan inmenso.

Y no se equivocó. Daba miedo.

© Juan José Castillo

JUAN JOSÉ CASTILLO, nació en Sevilla (España), una fría mañana de diciembre en la que el murmullo del viento hacía temer al más valeroso. Se enamoró de esa sensación, y desde entonces, dedica su tiempo libre a escribir relatos de Terror. Su otra pasión es la Ciencia-Ficción, por la que brinda si va entremezclada con el humor. Ha colaborado con las revistas y editoriales de Ciencia-Ficción y Terror: *Nitecuento*, *El Centinela*, *Nexus*, *Phantasmagoric Zine*, *NGC 3660*, *Aurora Bitzine*, *Wormhole CF* y la colección *Libro Andrómeda*.



Si te gusta leer. Si te
apasiona escribir.

Revista de Escritura Creativa

Nitecuento

Colaboraciones, suscripciones e información:

Susana García

Apdo. Correos 38072 - 08080 Barcelona

nitecuento@teleline.es

SITIO DE CIENCIA-FICCIÓN

<http://www.ciencia-ficcion.com> el referente ineludible de la ciencia-ficción en español



GUÍA DEL AUTÉNTICO HÉROE DE SPACE ÓPERA

por Íñigo Fernández

La Space Opera tiende a exagerar las actitudes de sus héroes, motivo que ha sido causa de multitud de parodias. Eso no significa que no podamos disfrutar de las cualidades literarias que puedan poseer los relatos encuadrables dentro de este subgénero. Después de todo, hay gente que disfruta, yo entre ellos, viendo a James Bond y no por ello vamos a criticarles.

A la pequeña Susi, con todo mi amor.

¿Alguna vez soñó con ser protagonista de una *Space Ópera*? ¿Cuántas veces se ha preguntado si tendrá la capacidad para comandar una Nave Intergaláctica de Combate? ¿Se ha cuestionado si lo suyo es estar rodeado de bellas mujeres humanas y humanoides al tiempo que protagonizar fragorosos combates espaciales y espectaculares fugas a través del hiperespacio? ¡No se rompa más la cabeza, amigo lector! «Gordon & Kirk Editions» tiene el gusto de poner a su disposición la *Guía del auténtico héroe de Space Opera*, el único manual en el mercado que, de manera breve y sencilla, le permitirá conocer todo aquello que necesita para ser un verdadero protagonista de la aventura y del drama sideral.



1°. En principio, y como condiciones indispensables, deberá ser poseedor de un cuerpo atlético y escultural, estatura superior a los 1'80 metros, peinado a prueba de todo, tez bronceada y rostro varonil con rasgos finos; además, deberá derrochar clase, porte, algo de vanidad y ser todo un caballero. Si usted no reúne estos requisitos será mejor que abandone en este punto la lectura. Los héroes de *Space Opera* son auténticos galanes capaces de seducir a cualquier mujer humana o humanoide que se les ponga por delante gracias a sus atractivos físicos e intelectuales; sin embargo, de nada sirve tener los segundos sin los primeros pues, habrá de recordar, que de la vista nace el amor y que, invariablemente, «carita mata inteligencia».

2°. Búsquese un Imperio Galáctico. Piense que mientras más antiguo y distante sea este, será mucho mejor para usted. Los Imperios



longevos no sólo son los más grandes e importantes, también suelen mantener las rivalidades más emocionantes y encomiadas con sus similares y, en consecuencia, son los que más recurren a los servicios de los héroes.

3°. Sea institucional y enrólase en los mejores ejércitos imperiales. Ser parte de las fuerzas armadas más reconocidas no sólo le dará la fama que tanto ha ambicionado, también le permitirá comandar las naves más grandes, tener a las mejores tripulaciones, poseer las armas más potentes, estar rodeado de las mujeres más bellas de la galaxia y enfrentar a los rivales más perversos que la humanidad haya conocido. El héroe de *Space Opera* siempre piensa a lo grande y aspira a lo mejor.

4°. Es indispensable que cuente con la habilidad de ser, al mismo tiempo y según las circunstancias, poderoso pero convincente, arrogante pero sencillo, sensato pero arrojado, firme pero conciliador, calculador pero intuitivo, práctico pero idealista, espontáneo pero cauto. Jamás olvide que un héroe tiene que ser, ni más ni menos,... lo que debe ser.

5°. Tenga actitud de héroe. Ante los ojos de los demás usted es un tipo seguro de si mismo, reflexivo, convencido de lo que afirma, bravo, valiente, inteligente, positivo, jovial, interesante y compasivo, sin importar que en realidad no lo sea o, que no tenga ni idea de lo que está diciendo o escuchando. Si aspira a ser el protagonista de una *Space Opera*, lo primero que debe hacer es comportarse como tal.

6°. Amplíe su vocabulario. A partir de este momento tendrá que usar palabras como: *Ceti Borealis*, *Antares Klathu*, *Abydos IX*, *Praxis Persei II*, *Vega Artemis VIII* y *Proxima Ursa*; fázer y váser; prototipos *Sodelcar*, *Turvecc* y *Dingtray*; Academias Militares *Destruktar*, *Kombataro*, *Luktar*, *Punisar* y *Vinkaro*; Imperios *Karkiano*, *Sonolar* y *Rodaviar*; misiles fotónicos, dispositivos electroneuroaxiales, retroimpulso de desaceleración atmosférica, pliegue espacial, boquete de gusano, agujero negro, apertura de vórtices y salto cuántico. El uso de una terminología especializada lo hará parecer más inteligente, le granjeará la admiración y el respeto de sus subalternos al tiempo que sembrará la confusión entre sus rivales.

7°. Desarrolle sus habilidades como orador. Un héroe galáctico siempre tiene la palabra precisa en el momento justo. De la misma manera como puede motivar a sus hombres con una arenga improvisada antes del combate, puede inventar un discurso al encontrarse cara a cara con su archienemigo o al estar frente a la muer-



te. Utilice, cuando la ocasión lo amerite, frases ocurrentes, efectistas y barrocas, e idee alocuciones que inflamen el corazón por ser patrióticas, sensibles, fervorosas, proféticas y un tanto amenazadoras.

8°. Esté donde esté, sin importar que sea el puente de mando, una reunión de oficiales, una batalla sin cuartel o, bien, la corte rival, recuerde tomar una postura augusta, hierática y mayestática; engolar la voz y recurrir a una entonación afectada y teatral para hablar. Nadie respeta a un protagonista desaliñado, desgarrado, sudoroso y deslucido que posee una voz aflautada y monótona. De hecho, en el mundo de la *Space Opera* la mera existencia de héroe así es, simplemente, impensable.

9°. Sea diplomático. En sus múltiples misiones se encontrará con decenas de civilizaciones humanoides que, si bien respiran oxígeno, son bípedas e inteligentes y guardan cierto parecido con nosotros, cuentan con costumbres, tradiciones, leyes y usos diferentes a las nuestras. Un pequeño desliz, un simple movimiento o un gesto involuntario de su parte pueden ser considerados como una afrenta y motivos más que suficientes para ser aprehendido, ajusticiado o marcar el inicio de un conflicto armado. Para ello, no basta con que recurra a su traductor universal de bolsillo; es necesario que conozca a la perfección los protocolos propios de las cortes condales, ducales e imperiales que visitará. Si usted se reconoce como una persona de alcances cortos y pocas luces para llevar a cabo esta labor, no se preocupe y disimule. Entre su tripulación siempre habrá alguien que lo sacará del apuro.

10°. Odie a sus enemigos con toda el alma en el campo de batalla pero muéstrese magnánimo y condescendiente con ellos en la victoria. Confíe en las promesas que le hagan pese a que tenga la certeza de que las romperán tan pronto como puedan hacerlo. Que no le importe, es algo habitual y así debe ser pues en esta historia ellos son los malos y usted el bueno. Además, tenga presente que el bien siempre vence al mal.

11°. Domine toda clase de artes marciales y entréñese en el uso de cimitarras, dagas, espadas, navajas revólveres, puñales y otras armas blancas convencionales; de sables iónicos, electrolumínicos, protónicos y sónicos; de fásers, láseres y vásers; de pistolas térmicas, paralizantes, desmaterializadoras, y pulverizadoras, y de dispositivos mecatrónicos de ataque capilar, muscular, neuronal y óseo. Si usted posee cierto recelo por las armas o la violencia en extremo no es de su agrado, entonces, reconsidere: ser un héroe espacial tal vez no sea lo suyo.



12°. Recorra al *hiperespacio*, al *subespacio*, a los *hoyos negros* o a los *agujeros de gusano* para viajar años luz en un instante; rompa la aburrida barrera de la velocidad de la luz y tenga el gusto de viajar por el tiempo. Olvídense de menudencias como las leyes de la física y la *Teoría de la Relatividad*. Fueron pensadas para el común de los mortales, no para hombres de acción como usted.

13°. Piense a lo grande cuando esté protagonizando un combate sideral. No se conforme con triunfar a secas en el campo de batalla cuando puede hacerlo de manera aparatosa y dramática. Sea agudo, ingenioso e intrépido para deshacerse de los torpedos protónicos rivales con gambetas aparatosas; utilice los cinturones de asteroides para perder, siempre con estilo y gracia, a las naves enemigas y no dude en echar mano de



cuanto recurso esté disponible para llevar el combate a los terrenos del efectismo. Tenga presente que todo protagonista de *Space Opera* que se digne de serlo concluye sus batallas con broche de oro, con el *no va más* de la espectacularidad: una explosión colorida, lumínica, megatónica y monumental que arrasa con todos y cada uno de los rivales en nanosegundos.

¿Lo ha visto? Es sencillo convertirse en el protagonista de una saga espacial. Sólo necesita tener una buena actitud, contar con el físico necesario, prepararse con constancia y, principalmente, practicar una y otra vez hasta que logre hacer su sueño realidad. En «Gordon & Kirk Editions» reconocemos que lo más importante son nuestros lectores y que cumplir sus sueños es nuestra razón de existir. Así que no olvide que *los héroes no nacen, se hacen con la ayuda de manuales y usted puede ser uno de ellos*.

© Íñigo Fernández

IÑIGO nació en México D.F. hace 35 años. Es historiador de profesión y desde su más tierna adolescencia se ha sentido atraído por la ciencia-ficción y que, desde entonces, fue seducido por la obra de Jack Vance. Dada la amplitud del género, gusta más de las obras de ciencia-ficción que abordan las problemáticas humanas en el futuro que aquellas que hacen lo propio con la ciencia y la tecnología. Actualmente está publicando un serial, *CAMINO DE TALAMAT*, en *El Sitio de Ciencia Ficción* (<http://www.ciencia-ficcion.com>).



LA PLAGA

por Belinda M. Orea

Los conflictos bélicos son habituales entre los imperios galácticos. Hoy Belinda M. Orea nos presenta un aspecto particular de esos conflictos bélicos: el interrogatorio de un preso muy peculiar.

Año 27 del conflicto bélico Tarvo-Medénico. Mazmorra espacial Katak-Omb código E. Los cazadores tarvos irrumpieron en la celda y barrieron el suelo con el cuerpo del prisionero. Éste gimió al caer como un fardo. Con la bota de campaña, Dreck le hizo rodar de cara al techo. Sudaba y sus ojos aleteaban por el escozor. El interrogatorio había comenzado en la nave, aquí concluiría. No antes de que el dolor se apoderase de su mente.

—Desnúdale.

Verstand se apresuró a cumplir la orden.

—Es raro. La talla del uniforme no corresponde a su compleción.

Dreck escudriñó al hombre tendido y luego a la placa de identificación que sujetaba en su mano enguantada.

—Comprueba la placa espía.

El cazador arrodillado tanteó a lo largo del tronco del prisionero.

—Parece que es un simple batidor, aunque... su esternón está deformado...

—¿Seguro que no le han injertado ningún módulo militar? Podrían haber deducido nuestro destino, si es un señuelo.

—Reconozco los dispositivos de rastreo medénicos, y ninguna carga explosiva burlaría los sistemas que ha instalado el mariscal en la escuadra de caza.

—Entonces, es la mala genética de esos humanos. Ahora, deja de sobarle y aplica protocolo C1.

Verstand se calló la réplica inútil. Abofeteó al prisionero para despejarle. Luego, tomó su mano izquierda y presionó cuatro dedos hacia atrás.

—Ocupación, rango, misión, frecuencia de contacto. Salvarás un dedo por respuesta.



Los ojos desorbitados del prisionero volaron de su torturador al cazador que le interrogaba.

—So... soy Incenso... piloto Ragno Incenso... no soy un espía.

Verstand incrementó la presión en el dedo índice.

—¿Por qué volabas en solitario? —inquirió Dreck por encima de los gritos contenidos.

—Regresaba... a la... base civil de Cunadenta —gimió, apremiado.

—¿Y tu ruta atraviesa este cuadrante? Protocolo C2 —fue la respuesta escéptica del cazador al mando.

El chasquido precedió al alarido corto e intenso, y a los sollozos entrecortados.

—Estoy... de baja temporal... del servicio... mi consigna me... obliga... a eludir rutas... calientes...

—¿Por qué?

—Sanidad Psíquica... ordenó mi estacionamiento... después de la conflagración del Minaz V...

—¡Es el destructor que hizo implosionar el mariscal!

—¡Verstand! —recriminó Deck—. Protocolo C3.

—Pero está respondiendo.

Dreck le perforó con una mirada de advertencia. El cazador suspiró y envolvió la base del pulgar del prisionero con sus dedos. Empezó a empujar con su palma contra el dorso de la delgada mano. La retorció con extrema pero implacable lentitud.

—¡Era auxiliar médico allí! ¡Debía... debía ayudar a los médicos... transportar...!

Verstand apretó los dientes mientras el prisionero se revolcaba bajo sus piernas con toda la desesperación del dolor.

—¿Un piloto? Incenso, ¿desde cuándo nos has estado mintiendo?

Los alaridos rebotaron entre los muros de la celda. Verstand se incorporó. Su obra era ya un guiñapo. Un hurra por los soldados médicos.



Se acunó la mano inutilizada cerca de sí y la voz le temblaba al proseguir:

—Tuve un episodio psicótico... creyeron que... necesitaba terapia en el hospital de... de Cunadenta...

—Sanidad Psíquica también consideró muy lógico enviar a un desequilibrado sin escolta, a los mandos de una nave, ¿verdad, piloto Incenso? Pasamos a Protocolo B1, esta vez lo aplicaré yo.

Verstand se aproximó al muro norte, descolgó una herramienta de su gancho y se la entregó a Dreck. El prisionero negaba con espasmos histéricos de su cabeza empapada.

—No, no, tuve el episodio durante la agresión... en medio de la carnicería... no pude terminar mi trabajo... ellos lo vieron... Esperad, por favor, no soy piloto de combate... ¡Tenéis que creerme! Soy piloto de carga... transporto para el gobierno. ¡Todos los pilotos del gobierno llevan uniforme, es obligatorio!

—Inmovilízale una pierna.

El cazador tarvo dobló una rodilla encima de los muslos del prisionero. Su bota abortó cualquier resistencia al plantar la pierna libre en el gazonate del piloto. Éste gorgoteó su espanto al contemplar a Dreck erigir un martillo de gran tamaño y descargarlo hacia una articulación.

El fognazo fue vertiginoso. Una bocanada de energía fugaz proyectó a ambos cazadores a varios metros del médico, quien se encogió en una bola sudorosa y convulsa de terror.

—¿Qué ha ocurrido? ¡Verstand! ¿Qué demonios ha sucedido? —resonó la voz alterada de Dreck. Se había incorporado de inmediato. Sus ojos escudriñaban febriles la figura tirada en el suelo a prudente distancia. El segundo cazador balbuceó pobres hipótesis mientras se masajeara la base de la columna.

—No lo sé, ehmm, tal vez, tal vez su nivel de adrenalina ha alcanzado el máximo y... y ha activado una defensa, ¿no?

—¿Defensa? ¿Verificaste el esternón, Verstand? —Dreck se volvió para mirarle. Había condena negra en sus ojos.

El cazador se humedeció los labios. Dreck entrecerró los ojos con suspicacia.



© Isabel Sanchez



—¡No hay manera de detectar implantes biológicos! —se defendió el cazador.

—¿Un implante biológico que genera mamparas aislantes? Los médicos carecen del desarrollo científico e intelectual para efectuar una mera incursión en nuestras estaciones espaciales, y tú sugieres... ¡Da igual! ¡Dame la memoria de destinos!

Verstand disimuló un respingo con la instantánea ejecución de la orden. Arrancó el bloque de informes plastificados, colgados debajo del intercomunicador junto al acceso, y se lo entregó a Dreck.

—La Schatz es la nave más próxima —se atrevió Verstand.

—¿Convocar al mariscal para un interrogatorio de rutina?

—Un rango inferior perderá el tiempo con una pantalla de ese calibre. En los Campos, en el cuadrante 6, algunos de los oficiales médicos se protegían con un método similar. —El cazador bajó la voz—. Parecía un soldado raso.

—Comunícalo a Control.

En cinco horas, Drachen Swharz penetraba en la celda enfundado en cuero negro y centelleante, escoltado por Verstand y su versión de los hechos. Dreck cerró la puerta.

—¡Obligado a desinfectarme dos veces! ¡En mi nave no entra ninguna bacteria, y menos fabricada por esta... bazofia! ¿Ésta es vuestra emergencia? Es el escudo más irrisorio del universo. Vuestro reo es un patético ratón sin galones. Tardaré el doble en anular su hedor de mis herramientas.

Drachen se colocó junto al cuerpo despatarrado del piloto. Extendió una mano y su guante computerizado inició el análisis.

Su cuerpo recibió un impacto súbito. Se sacudió como un cable eléctrico descontrolado. Vómito sanguinolento enlodó su barbilla. Verstand se tambaleó hacia atrás. Una trompa viscosa brotaba del pecho desollado del prisionero y se hundía en las entrañas del mariscal.



© Isabel Sanchez

Con una lentitud dolorosa, el cazador rompió el estupor de su comprensión.

—Plaga. ¡Plagaaaaaaa!



Se lanzó a la carrera, para detenerse abruptamente. Dreck acariciaba el martillo, apoyado en la puerta.

—Todavía no. Primero tienes que infectarte.

Se produjo un silencio tan absoluto en su mente que la violencia de los latidos del corazón atronaron en el cráneo de Verstand. ¡Dreck! Dreck había maquinado la estratagema para introducir un portador de la plaga en las mazmorras.

—Traidor...—susurró, exhausto de la conmoción.

—En realidad, no. Tu *soldado raso* es un idealista medénico. Yo, en cambio, soy un *arma* medénica.

Verstand contuvo dolorido la terrible tensión que hacía vibrar sus músculos.

—No saldrá de aquí, no lograréis extender la plaga otra vez.

—El mariscal no está muerto, Verstand. Él es la nodriza del contagio, tú tan sólo eres la primera pieza de la serie. Hemos modificado el virus para que respete las condiciones físicas del anfitrión durante 24 horas. Sobreviviréis lo suficiente para incubar una guerra viva que ninguno de vuestros monstruos bélicos podrá contener. Y, ahora... ¡TÓCALE! O pintaré el suelo con tus tripas.

El cazador restregó su rostro sudoroso con la manga.

—Inténtalo.

Dreck sonrió.

—Muy loable de tu parte, compañero. Sin embargo, el virus permanecerá activo en tu cadáver. —Empezó a pasear hacia él—. Yo te ayudaré, ¿de acuerdo? Será una experiencia menos drástica que para el mariscal, te lo prometo. Al fin y al cabo, él diseña las matanzas. Tú eres el patriota abnegado, como Ragna. Por cierto, mi nombre de origen es Tranello. Tranello Incenso.

¿FIN?

© Belinda M. Orea.

BELINDA M. OREA vio la luz en Madrid, donde se dedica a la propagación de tan noble lengua inglesa y a coleccionar libros. Del cine épico a la fantasía literaria, favorece la aventura en letra, imagen e idea. Cuando la musa le guiña el ojo, escribe con acento mágico de intrigas, traiciones y épocas remotas. Vive con su mascota Pizpireta, un cobaya que come, duerme y, por lo demás, la ignora felizmente.



EL PORTADOR DE LA SOMBRA

por Miguel Ángel López Muñoz

Todos los imperios aparentan una estabilidad y una falsa inmutabilidad que no tienen. ¿Será así nuestro planeta en el futuro? El creciente proceso de globalización parece dirigirnos a un gobierno central que regule al menos el comercio y algunas otras cuestiones. ¿Será ese el embrión de un gobierno imperial que se crea inmutable? Este cuento no lo revela pero es una reflexión sobre la filosofía de aquellos gobiernos que se prolongan en exceso por el tiempo.

Para nosotros fue el Imperio. No tuvo ningún otro apellido, y parándome a pensarlo me parece lógico. Siempre estuvo ahí y tenía intención de quedarse hasta el fin de los tiempos. Un camino de no retorno. Es por eso que tenía sentido el nombre. Los hombres tenemos nombres porque necesitamos distinguarnos unos a otros. El Imperio no tenía que distinguirse de nada. Eterno, imperecedero. Así lo pensaban sus dirigentes. Y así nos temimos todos que sería.

Pero yo me atreví a hablar más alto que los demás. A veces me pregunto por qué. Es posible que se deba a la fama. Era uno de los mejores matemáticos del momento. Especialista en mecánica celeste. Logré responder, por ejemplo, a la pregunta de si el Sistema Solar era estable. La respuesta fue que no. Dicho resultado me otorgó prestigio y reconocimiento y proseguí mis investigaciones apuntando más alto, con desmedida ambición. Con mi modelo cosmológico. Con mi predicción para el Universo. Una teoría que fue finalmente validada por los físicos y me situó a la altura de figuras como Kepler, Copérnico y Einstein, esos pobres científicos que –algunos dicen– provienen de tiempos preimperiales. El Imperio, por supuesto, afirma que eso sólo son falsos rumores, y que desde el albor de los tiempos ha estado con nosotros. Desde el nacimiento de la palabra, el hombre siendo hombre, los pulgares para algo más que para agarrar bayas. Pero yo hice algo distinto de mis antecesores. Expresé sin tapujos mi opinión. Sentencí mi destino.

Poco a poco mis ensayos se colaron en los bajos fondos del Imperio. Filtrados en ediciones baratas, electroimprentas clandestinas, distribuidos de mano en mano. Provocando la insurrección y el nacimiento de un espíritu de creciente rebeldía. Vertiendo mi nombre, mi merecida fama, para envenenar la copa de mi propio néctar. En vez de mezclarme con los altivos, con los que me aceptaron sin reservas, decidí emprender una cruzada de una mente y muchos cuerpos, una guerra secreta contra el Imperio con el arma de la palabra. El arma más terrible de todas.

El Mal es un camino de arena que se borra a medida que se avanza por él. Tal es el camino que ha tomado nuestro sistema de gobierno.



Frases como ésta, que recorrió el Imperio desde Alfa852 a Zeta543, límites a los miles de parsecs que determinaban su radio, su majestuosa dimensión. Frases que me obligaron a ocultarme, que me convirtieron en un paria, un desheredado, y al mismo tiempo me elevaron a la categoría de mito, de leyenda a imitar, de virus a propagar.

Se eliminó mi nombre de los registros y a partir de ese momento empecé a ser conocido como el Portador de la Sombra. Es posible que dicha decisión fuera un grave error. Empecé a descubrir que tenía *seguidores*, gente que haría cualquier cosa que yo les dijera, que mataría a quien fuera necesario sin dudarle un segundo con tal que se lo ordenara. Aquello no era lo que deseaba con mis escritos. No quería una revolución sangrienta, sólo deseaba crear una conciencia interestelar. Pasé muchos años desaparecido, creyéndome todos, fieles y enemigos, muerto. Y en cierto modo lo estuve. Muerto a todas luces para mí mismo, pero con una vaga necesidad, un hálito de fuerza aún ardiente en mi interior. Comprendí que mi parte, si es que alguna vez tuve alguna, había acabado. Yo ya no tenía nada que hacer, sólo me quedaba retirarme. Y así lo hice.

Durante esos años, perdido en los planetas ilegales del sector Delta, apenas malviviendo de lo que me echaban los jugadores que allí se desplazaban para apostar, fui realmente feliz. Había tenido varios objetivos y todos los llevé a cabo. Mi vida había sido plena y había sabido retirarme a tiempo, antes de dejarme corromper por el poder. Antes de tener la ambición de crear un nuevo imperio.

Pero todo eso acabó. Me encontraron, no sé cómo pero lo hicieron, y me capturaron. Lo proclamaron por todo lo alto a la mayor velocidad posible. El Portador de la Sombra había sido detenido. El fin de la rebelión. La destrucción de toda mi obra, tanto artículos científicos como ensayos. Y por último, la destrucción de mi propia persona.



Incontables mutilaciones y torturas. Incontables sesiones de interrogatorios. Humillaciones públicas, retractaciones, encarcelamiento, hambre, frío, desnudez. Todas las vejaciones posibles de cara al hombre que pretendía acabar con el orden natural de las cosas, con lo que había existido siempre y siempre existiría. Pero sabía que todo eso no era más que el prólogo al tormento final, a lo último que para mí tenían reservado. Las Cámaras de Hibernación. Permanecer en ellas atrapado por toda la eternidad, hasta que se apagara la última estrella del Universo y el último planeta de-

jera de orbitar. Y más allá.



Las Cámaras de Hibernación, donde la realidad es más que nunca una mentira, donde de nada sirven las palabras elocuentes y los autoengaños mentales, donde los más sucios, salvajes, nítidos temores te envuelven en pesadillas carmesíes, fundiendo los conceptos de vida y muerte y convirtiéndolos en otra cosa, un limbo en el que el pasado no existe y sólo permanece un presente donde toda acción, toda decisión resulta imposible, donde te conviertes en artífice y espectador de tu propia caída sin fondo, y donde cada pequeño y sutil sufrimiento puede ser mejorado un poco más. Aquello duraría toda la eternidad, pero no fue así. Tuve suerte.

Sólo fueron miles de millones de años.

Desperté a la noche, cayendo aturdido en el suelo, desnudo, vivo de nuevo pero deseando más que nunca el alivio de la muerte. Segundos palpitantes hasta que alguien me acercó un abrigo para taparme y me ayudó a incorporarme. Me levanté y miré a mi alrededor. Una nueva pesadilla me esperaba. Crepúsculo púrpura, edificios en llamas, gritos, hombres, mujeres y niños desesperados, calcinados hasta los huesos, carreras, tropezones, muchedumbres, aplastamientos. Pero era mejor que aquella de la que escapaba.

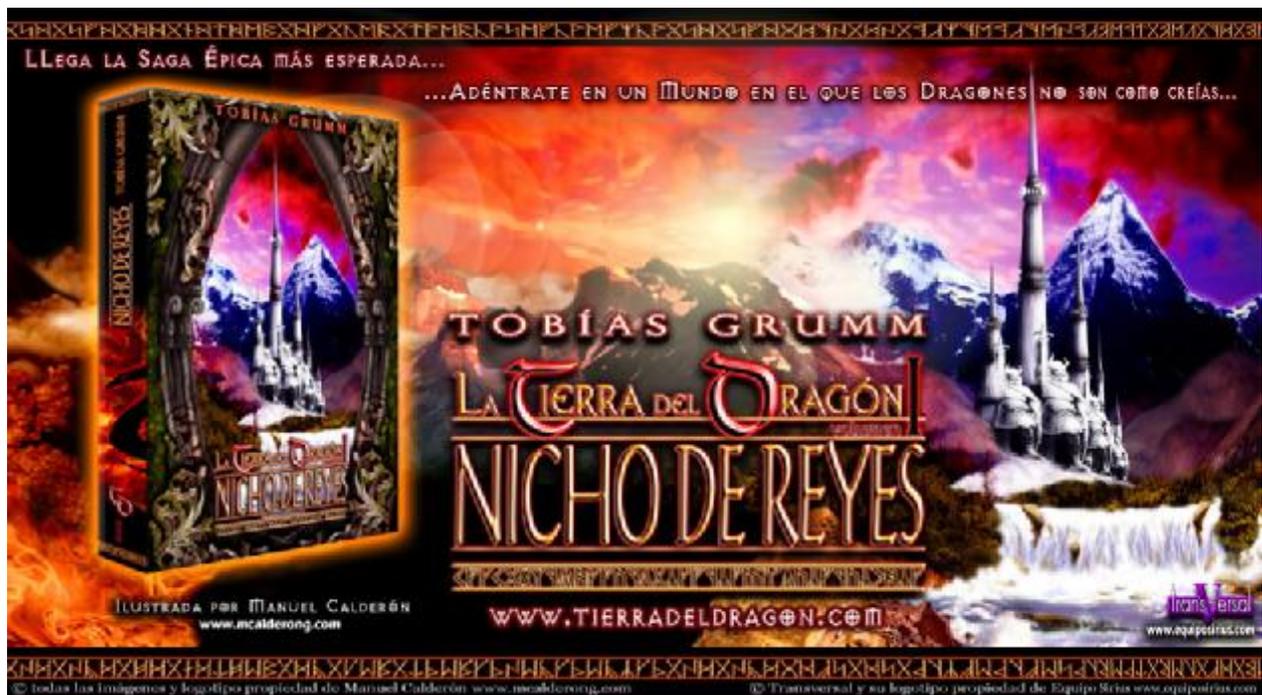
Me llevaron lejos y me lo explicaron todo. Los años que llevaba en las Cámaras de Hibernación. El traslado de mi unidad de contención a las estancias privadas de los emperadores, donde estuve expuesto a sus miradas durante millones de años, donde hasta hace no mucho había estado. Y mi guerra secreta avanzando contra ellos. No todos mis escritos destruidos, algunos aún en manos de los emperadores. Leyendo éstos una y otra vez mis ensayos, estudiándolos, analizándolos, no comprendiendo hasta que fue demasiado tarde. Mi arma no sólo era la palabra. También era la ciencia. Mis hipótesis cosmológicas fueron contundentes en mi época: el Universo había dejado de expandirse. Volvía al instante original, al Big Crunch, a ser de nuevo un punto de densidad infinita. A repetir el ciclo una vez más. Y a lo largo de los años, lentamente pero con contundencia, el Imperio fue mermando. Parsec a parsec, desde Alfa852 a Zeta543, disminuyendo de manera lineal, inexorable. Los emperadores mirando mi rostro crispado y congelado, comprendiendo que más allá de mi horror, les había ganado. Había vencido al Imperio. Y llegó el momento final. Alfa852 y Zeta543, planetas vecinos, el Universo reducido a la mínima expresión, el territorio imperial contenido en una esfera de apenas medio parsec de radio. Fue cuando decidieron otorgarme una última gracia que pensaban castigo; liberarme de mi condena, dejarme libre en este Universo en ruinas que se desmorona día tras día, sólo para experimentar las consecuencias de mis apocalípticas teorías. Como si yo lo hubiera provocado. Como si el Portador de la Sombra tuviera tal poder.



Hace mucho escribí que el Mal es un camino de arena que se borra a medida que se avanza por él. Al fin comprendí, antes del aliento final, que lo mismo acabó pasando con el Imperio.

© Miguel Ángel López Muñoz

Nací en 1981 y hace unos cuantos años empecé a escribir, coincidiendo con mi entrada en la carrera de ciencias matemáticas. Actualmente estoy a punto de acabarla (espero), y me gusta divulgarla a través de mis relatos para tratar de mejorar su maltrecha imagen. Respecto a este relato me gustaría decir que en realidad es el segundo de una pareja de espíritu común pero distinto tratamiento; el aquí presente es serio y reflexivo; el otro tiene toques de humor, aunque también ciertas dosis de filosofía. El nombre del otro relato es, como cabía esperarse, *EL PORTADOR DE LA LUZ*.





EN LA FRONTERA DEL IMPERIO GALÁCTICO

por José Vicente Ortuño

La historia se repite en grandes ciclos, aunque el ser humano no quiere darse cuenta de ello, haciendo caso omiso a las lecciones que ésta le enseña y repitiendo sus propios errores cada vez a mayor escala. Desde las tribus de la prehistoria, hasta los futuros imperios galácticos, los seres humanos seguiremos tropezando siempre con la misma piedra, pero a pesar de todo, cada individuo, por insignificante o anónimo que sea, siempre jugará su minúsculo pero importante papel en la trama de la historia.

1. EL IMPERIO GALÁCTICO HUMANO

Según los registros históricos de la raza humana, en el año 5325 d.F.I. (después de la Fundación del Imperio) el Imperio Galáctico –a pesar de su nombre–, no ocupaba la totalidad de la galaxia, sino un fragmento irregular de aproximadamente cuarenta mil años luz de diámetro, en cuyo centro se encontraba la Tierra, el mundo en el que según la historia legendaria nació la humanidad. Se componía de un creciente número de planetas, unos habitados por seres humanos y el resto utilizados para explotar sus recursos. A lo largo de sesenta siglos, la raza humana se había extendido desde su primitivo hogar, saltando de estrella en estrella, colonizando, terraformando y explotando los recursos de todo planeta, satélite o asteroide que encontraba en su camino. En su progresivo avance encontraron planetas habitados, incluso algunos cientos de ellos por seres inteligentes en distinto grado de desarrollo cultural y tecnológico. Como nunca se creó una directiva de no ingerencia en culturas alienígenas, todas esas razas fueron asimiladas culturalmente, de forma pacífica algunas veces y otras no tanto. En todos los casos se dio una curiosa coincidencia: el sistema fonador humano no estaba capacitado para pronunciar ninguno de los idiomas de los habitantes de esos mundos, pero en cambio *todos* los alienígenas fueron capaces de adaptarse a la lengua humana –una mezcla de los antiguos español, inglés y chino básicamente–. La expansión del Imperio se vio limitada por la radiación existente en los sistemas solares próximos al núcleo galáctico, que perjudicaba seriamente la existencia de vida. Por el lado opuesto, en el borde exterior de la Vía Láctea, solamente se podía encontrar la vecina galaxia M-31, Andrómeda, a sólo 2,2 millones de años luz –un abismo insalvable en aquellos días–. La expansión de la humanidad tropezó por un lado con el Imperio Gwoolik, unos seres tan desarrollados tecnológicamente como la humanidad y con unos objetivos muy similares. Tras centenares de años de continuas escaramuzas no se había llegado a declarar la guerra abierta, pero tampoco se había firmado ningún tratado de paz, ni acuerdo comercial alguno. Por el lado opuesto no había aún un Imperio propiamente dicho, sino los territorios de dos razas diferentes y totalmente antagónicas –tal vez fuese por que unos habían evolucionado a partir de



una especie de insecto y los otros de alguna variedad de lagarto—. Prácticamente habrían ignorado a la humanidad, si estos no sintiesen debilidad por expandirse y expoliar los recursos de todo pedrusco que flota en el espacio.

Así, cuando el espacio controlado por la humanidad se fue expandiendo, fue aumentando la dificultad de controlarlo y se cumplió el sueño de tantos escritores de anticipación y de muchos políticos ambiciosos: crear un Imperio Galáctico. Todos los implicados en la fundación del Imperio se dieron cuenta de que todavía era prematuro llamarlo Galáctico, pero dada la tendencia de los políticos a la ampulosidad de términos, se piensa que disfrutaron con la decisión. Pero lo que no tenían previsto fueron las dificultades que entrañaba en la práctica el gobierno de un territorio tan vasto, incluso cuando las comunicaciones superaron la velocidad de la luz. Es por este motivo que en el año 2567 d.F.I., el Imperio se dividió en cinco sectores gobernados independientemente, convirtiéndose en un auténtico Imperio al estilo del legendario Imperio Romano.

Comentarios de Margarita, I.A. del carguero Uisce beatha.

2. NAVE DE CARGA UISCE BEATHA EN ALGÚN LUGAR DEL SISTEMA XHIRIVE.

Charly Read era un pirata, como antes que él lo habían sido sus antepasados desde siglos atrás. Ciento cincuenta años antes, su tatarabuelo Henry, nacido en la estación espacial Foxford, –en órbita alrededor del planeta Nueva Irlanda–, dispuesto a romper la tradición había estudiado xenoveterinaria; pero estaba marcado por el destino. Después de su licenciatura trabajó para el multimillonario Rocky H. Show, poseedor de una magnífica colección de mascotas exóticas. Pero poco después, se descubrieron los sucios negocios del magnate, que fue detenido por la policía imperial y todos sus bienes fueron confiscados por orden del pentarca Forest II. Así pues, Henry Read tuvo que volver al negocio familiar.

Charly pilotaba el carguero *Uisce beatha*, heredado de su padre y que siempre que podía, procuraba mantener alejado de las patrullas imperiales. Aquella semana, a pesar de no haber tropezado con ninguna patrulla, había tenido mala suerte. Después de dejar su carga de productos de belleza sigmarians en el planeta Xhirive, no había conseguido una nueva carga. Hacer el viaje de vuelta a la estación Casino Kansino no le reportaba ningún beneficio económico. La bodega vacía era mal negocio, muy malo, signo de mal agüero entre los transportistas galácticos.

Habiendo dejado la nave en manos de Margarita, la Inteligencia Artificial de la nave, estaba recostado en el sillón del piloto con una botella de groc outheriano en la mano –la bebida de los piratas espaciales, como decía la publici-



dad-. Meditaba sorbiendo lentamente por el tubo que salía del frasco, dándole vueltas a una idea que hacía tiempo le rondaba la cabeza: poner un bar en la estación minera Alfa Sargantani. Vendiendo el carguero tendría dinero de sobra, pondría el bar y compraría un habitáculo en la zona residencial de la estación. Podría codearse con los demás comerciantes, invertir en negocios seguros...

—Charly cariño, despierta —interrumpió sus pensamientos la sensual voz de Margarita—, hay una pequeña nave a tres millones de kilómetros de distancia y a treinta grados a proa.

—¿Cómo —Charly se incorporó en el sillón—, qué nave?

—Parece un caza imperial, pero no tiene señales de actividad energética —dijo la computadora—. Posiblemente esté averiado.

—O los patrulleros nos tienden una trampa —murmuró receloso.

Charly desconfiaba, pero la curiosidad y la necesidad de carga le indujeron a relajar sus recelos. Si rescataba una nave imperial era posible que le pagaran alguna recompensa o tal vez, si los imperiales no se enteraban, los mercenarios Kilpraty le pagaran mejor todavía.

—Aproxímate Marga —dijo conectándose al sistema de navegación mediante su implante cortical—, mantén una distancia prudencial, pero acércate lo suficiente para observarla mejor.

Flotando en el vacío, rodeado de una nube de escombros procedentes de un boquete en su casco, un caza imperial giraba descontroladamente. Las luces de emergencia parpadeaban, pero no se captaban emisiones de socorro. Si había algún superviviente a bordo, debía agradecer a la suerte que él pasara por allí.

—Aproximación Marga —dijo Charly y activó todas las luces exteriores de la nave, más valía ser exageradamente visible que parecer que se acercaba a hurtadillas.

El enorme carguero se detuvo a doscientos metros del caza, que parecía muy deteriorado. Algún impacto o disparo había destruido parte de los motores.

—¿Has intentado contactar Marga?

—Sí amor, no contesta nadie —dijo la computadora tan cariñosa como siempre—. Prácticamente no quedan señales de energía, pero parece que en el interior hay alguien vivo, detecto una fuente de calor móvil a 37,5° C. Hay un 98,1 % de posibilidades de que se trate de un ser humano.



—Abre la bodega y activa el haz tractor, vamos a recogerla junto con toda esa basura —suspiró—. Espero que no nos metamos en un nuevo lío por esto. Si lo que hay dentro es un piloto imperial, nuestra recompensa será un gracias y una palmadita en la espalda; y posiblemente una inspección.

Si había un superviviente no tendría más remedio que entregar la nave a la Armada Imperial, lo que reduciría sus ganancias a cero.

—Activando el haz tractor. Frenando el giro. Agrupando los escombros —fue detallando la computadora conforme realizaba las delicadas maniobras.

—Ten cuidado, por favor —dijo Charly—, no vayamos a dañar al superviviente.

—No te preocupes, mi amor, ya sabes que soy muy delicada —contestó la computadora.

Lentamente la nave a la deriva, guiada por los invisibles dedos energéticos del carguero, detuvo su giro y entró en la enorme bodega seguida de una estela de despojos. La compuerta se cerró y quedó asegurada con un crujido.

—Presuriza la bodega Marga —ordenó Charly—. Por si acaso el tipo de ahí dentro no lleva traje espacial. Podría estar herido, prepara el robot médico.

—Tus deseos son órdenes, mi amor, presurización completa en tres minutos —respondió la computadora—. Conectando la gravedad artificial de la bodega, ¿no querrás volar entre un montón de chatarra, verdad guapo?

—Siempre piensas en todo. ¿Qué haría yo sin ti?

—¿Barrer el asqueroso suelo de algún bar de mala muerte, en una estación minera de tercera, situada en un podrido asteroide? —respondió la I.A. en tono jocoso.

—¿Puedes ver el interior? —preguntó ignorando el sarcasmo.

—Puedes verlo tú mismo, la bodega ya está presurizada.

Charly se dirigió a la escotilla que conducía a la bodega de carga. Dudó si coger un arma o no, al fin eligió ir desarmado. Lo que vio al llegar abajo se puede describir fácilmente: nada.

—Marga bonita, ¿quieres encender las luces?

—¡Huy, qué despiste! —Dijo la I.A. con voz traviesa—. A ver si te reemplazas esos ojos tan simples. ¿No prefieres unos Ulldenit-756?



Charly ignoró el comentario. Estaba harto de que siempre le recordase que todavía tenía sus ojos originales, pero ¡qué demonios, si le funcionaban de maravilla!

El caza imperial tenía forma de un huevo achatado. Medía quince metros de largo por ocho de ancho y cuatro de alto. El fuselaje estaba totalmente cromado, aunque se encontraba bastante deteriorado, como si además del impacto que le había abierto las entrañas, previamente hubiese recibido una gran paliza.

—Ha presentado batalla hasta el final —dijo Charly para sí—, pero ¿contra quién? No conozco a nadie en ese sector capaz de oponerse a un caza imperial.

—¿Dónde está la entrada, Marga? —preguntó Charly rodeando la nave.

—La tienes a dos metros a tu derecha —respondió la voz de la computadora.

—Sí, ya la distingo. ¿Detectas alguna trampa?

—Tranquilo no detecto nada, guapo.

—¿Puedes abrirla, bonita? —respondió Charly siguiendo el juego verbal que siempre mantenía con la computadora.

Un robot de mantenimiento salió de su hornacina en la pared del hangar y se dirigió hacia la nave. Charly tuvo que hacerse a un lado para no ser atropellado. Dirigido por Margarita, el robot comenzó a manipular en la puerta de la nave, y al poco, ésta se deslizó a un lado dejando libre el acceso al interior. Charly, cuidadosamente se asomó y llamó en voz alta:

—¡Eh, amigo! ¿Estás bien? No voy a hacerte daño, estás en el carguero *Uisce beatha*, te he recogido para ayudarte —nadie respondió—. ¿Hay alguien ahí?

Una voz grave gritó desde el interior:

—¿Quién eres?

—Charly Read, capitán del carguero *Uisce beatha*, como ya te he dicho. No voy armado.

—Eres un pirata —afirmó la voz.

—Soy un honrado comerciante, ahora bien, si no te gusto puedo dejarte donde estabas —replicó Charly con los brazos en jarras frente a la puerta.

Algo se movió algo en la oscuridad. El tripulante del caza lo observaba desde el interior. Él continuó quieto con los brazos en jarras, para que el imperial



viere que estaba desarmado. Al fin, lentamente, el piloto salió: era un hombre alto y fuerte, con la cabeza afeitada y los ojos negros de mirada penetrante. Vestía un traje de vuelo plateado, aunque se había quitado el casco, que llevaba en una mano.

—Comandante Vlazor, de la Armada Imperial —dijo el piloto—, no tengo obligación de darle más datos.

—No se ponga tan serio, amigo —dijo Charly Read—. ¿Se encuentra bien? ¿Necesita curarse alguna herida?

—Me encuentro perfectamente, gracias —respondió—. ¿Podría llevarme a la Base Imperial más cercana? Por favor.

—Supongo que habrá compensación económica, soy un hombre muy ocupado.

—Sí, claro, por eso lleva la bodega vacía —respondió el comandante mirando a su alrededor.

—Voy a recoger una carga muy importante —replicó Charly molesto.

—Si me lleva directamente me encargaré de que le paguen bien.

—La Armada Imperial no paga, ni bien ni de ninguna otra forma, pero está bien, hoy me siento buen samaritano, venga conmigo —le indicó que lo siguiera y se dirigió hacia las escaleras que conducían a la cabina.

Por el camino habló a la computadora a través del implante:

—Marga bonita, ¿a qué distancia estamos de la Base Imperial más cercana?

—A diez años luz, cariño —respondió ésta—, es la Base Imperial en órbita alrededor del planeta Othila II.

—Vayamos pues, a medio impulso.

Condujo al oficial imperial a las habitaciones de la tripulación. Aunque viajaba solo, la nave podía albergar hasta quince tripulantes, por lo que sobraba espacio para alojar al náufrago. Como el comandante y él eran más o menos de la misma talla, le ofreció algunas ropas para que

su invitado estuviese más cómodo. Algo después, sentados en la sala de descanso y con unas bebidas en la mano, Charly interrogó al militar:





—Bien, comandante, ya estamos en camino, cuénteme cómo llegó a esa situación tan... delicada —dijo Charly y sorbió del frasco de groc outheriano frío, mientras se repantigaba en un sillón, que a juzgar por su aspecto, debía de ser su favorito—. Y no me irá a decir que es un secreto.

—Sí, es un secreto —respondió el comandante Vlazor.

—Pues entonces nos aburriremos mucho —sorbió groc de forma ruidosa y luego dijo dirigiéndose a la computadora—: Marga cariño, ¿cuánto tardaremos en llegar a la Base Imperial en Othila II?

—Siete días, mi amor —respondió ésta—. Bienvenido comandante Vlazor, ¿puedo llamarle sólo Vlazor? ¿Sabe jugar al Ansuz descubierto?

—¿Siete días? —exclamó el oficial sobresaltado—. ¡Estoy seguro de que esta nave puede ir más deprisa! ¡Debemos estar a algo más de diez años luz, podríamos estar allí en pocas horas!

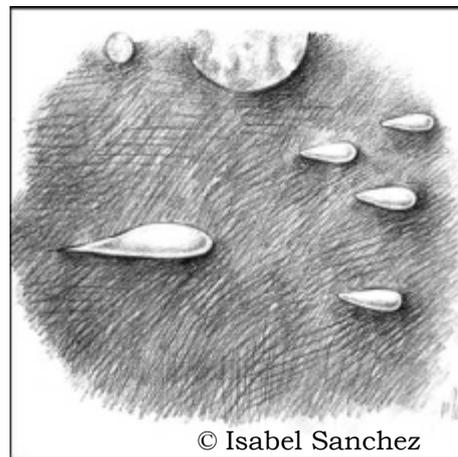
—Doce punto siete tres dos años luz exactamente —respondió la computadora.

—Sí por supuesto, podríamos ir más deprisa —respondió Read—, pero ¿por qué razón tengo que recalentar los viejos motores de mi pobre nave para llegar antes?

—Por favor, capitán Read, ayúdeme —la pose de duro militar imperial desapareció ante los ojos Charly Read—. Necesito su ayuda sin condiciones, no puedo decirle nada más, es por su propio bien.

—Está bien, lo llevaré a donde quiera, así me desharé de usted cuanto antes —replicó—, de todas formas no parece que nos vayamos a divertir juntos.

Charly Read ordenó a la computadora dirigirse a Othila II a velocidad ATL-6 –Aceleración Trans-Lumínica nivel 6–, lo que sorprendió al oficial imperial ya que el viejo carguero era más rápido de lo que él imaginaba. Cuando veinte horas después llegaron al sistema Othila, el panorama era desolador: no había ni un solo superviviente de la Base Imperial. En órbita, en donde debía estar la estación, una nube de despojos indicaba que había sucedido una gran catástrofe.



© Isabel Sanchez

—Han pasado por aquí —exclamó el comandante Vlazor dejándose caer desalentado en el sillón del copiloto—. Ahora nunca sabré donde está.



Charly Read hizo girar su propio sillón, enfrentándose al oficial imperial.

—¿Y bien? ¿Me va a decir ahora de qué va todo esto?

—¿Puedo recoger algo de chatarra, Charly? —interrumpió la computadora rompiendo el tenso silencio de la cabina de mando.

—Haz lo que quieras, pero estate atenta y no bajas la guardia preciosa —respondió Charly.

—Está bien —dijo al fin abatido el militar imperial—, se lo contaré todo, pero aténgase a las consecuencias. —Se acomodó en el sillón y comenzó:

—Las Bases Imperiales de Avanzada son instalaciones militares cuya misión es la vigilancia de las fronteras del Imperio —el capitán Read asintió ante un concepto que no era ningún secreto—. Lo que poca gente sabe es que algunas de esas Bases de la Frontera del Borde Galáctico, aprovechando su aislamiento, son utilizadas para el desarrollo de proyectos secretos de alta tecnología —Read hizo un gesto con las cejas, como queriendo indicar que lo encontraba obvio—. Todo comenzó realmente hace dos días...

3. CRUCERO IMPERIAL URÓBOROS, EN ÓRBITA ALREDEDOR DEL PLANETA SAMARUC IV.

—¿Hasta cuándo vamos a estar en este sector tan aburrido? —preguntaba Vlazor, jefe de seguridad del Crucero Imperial Uróboros, mientras acariciaba la espalda de Eloyse, la ingeniero jefe, a la que mantenía abrazada en la cama donde ambos yacían tras una noche muy gratificante.

El camarote, bastante amplio para pertenecer a un crucero imperial, solamente estaba iluminado tenuemente por el brillo de la pantalla de datos que había sobre la mesa y que mostraba complejos esquemas.

—Ya sé que te aburres cariño —respondió ella con voz somnolienta, arrebujaada contra Vlazor—. Yo, sin embargo, tengo aquí todo lo que necesito.

—Sí, ya lo sé —respondió él con fastidio—. Tienes tus prototipos y espacio de sobra para probarlos, pero con esta inactividad me aburro como un percebe outheriano.

Llevaba veinte meses en aquel sistema fronterizo con la nada. Lo habían trasladado desde la frontera occidental, donde había destacado en su labor de acoso y derribo de piratas y contrabandistas seamonianos. Pero allí, en el borde de la galaxia, vigilando hipotéticas amenazas extragalácticas y haciendo de



niñera de científicos e ingenieros, se aburría solemnemente. En teoría lo habían premiado con este destino pero, por muy secreto que fuese, se aburría mortalmente.

—También te tengo a ti —dijo ella melosa—. ¿Acaso te aburres conmigo?

—No es eso cariño, lo sabes. Pero ¿qué pintamos en la frontera de la galaxia vigilando el vacío más grande imaginable? —Replicó poniéndose cada vez de peor humor—. ¿Quién se supone que nos va a atacar, los de la galaxia Andrómeda?

—No te mortifiques más, cuando terminemos las pruebas con la Aguja iremos a Almasil VI para presentarla al Alto Mando Estratégico. La capitana te permitirá dejar tu puesto una temporada, seguro que podrás acompañarnos como Jefe de Seguridad.

—¿Cómo Jefe de Seguridad? ¡Ja! Será más fácil conseguir el puesto de juguete sexual de la Ingeniero Jefe —y añadió—: ¿Hoy vas a probar la Aguja de nuevo? —dijo, sabiendo que Eloyse quería cambiar de tema para evitar su mal humor.

—Si, eso me recuerda que tengo que ir a Ingeniería —se levantó de la cama y se dirigió al baño. Las luces se encendieron al detectar movimiento y Vlazor la observó alejarse, admirando su esbelto cuerpo y olvidándose momentáneamente del resto de sus problemas.

Oyó como la mujer activaba la ducha sónica y cerró los ojos, recordando la emoción de pilotar un hipercaza persiguiendo una nave de contrabandistas seamonianos. ¡Cómo volaban los malditos! Una vez, tras el asalto a un crucero pirata, había participado en un tiroteo en los pasillos de la nave bucanera. Los piratas habían cortado la gravedad artificial y la trifulca se convirtió en una carnicería despiadada. Para sacarlos de su escondite, los comandos imperiales, tuvieron que abrir un boquete en el casco y despresurizar la nave. Fue bastante desagradable, especialmente para los novatos, ya que había trozos de seamonianos por todas partes. Afortunadamente las armaduras imperiales resistieron y entre sus compañeros sólo hubo heridos leves y algunas mutilaciones fácilmente reparables.

Se levantó de la cama y realizó unas rápidas flexiones y estiramientos. Entró en el baño, donde Eloyse ya estaba vestida con el mono azul ajustado de su uniforme de ingeniero. Cepillaba su corto cabello castaño. Vlazor cogió del armario un cinturón del que colgaban diversos instrumentos y se lo colocó a ella alrededor de la cintura, aprovechando para abrazarla por la espalda y besarla en el cuello. Ella se estremeció y volviéndose le besó los labios.

—Déjame, que tenemos prisa —le susurró—, esta noche seguiremos.



—¿Y hay que esperar hasta esta noche? —exclamó dejándola y entrando en la ducha—, no sé si podré esperar. Creo que es lo más importante que voy a hacer hoy.

—Nos están esperando —indicó ella.

—¿Crees que el pentarca Forest VII asistirá a la presentación de la Aguja en el Alto Mando Estratégico? —dijo Vlazor levantando la voz para hacerse oír desde el interior de la ducha.

—Eso espera el profesor Vorgórrigan. El viejo cree que el pentarca lo trasladará a los laboratorios de Desarrollo Imperial —suspiró—, y yo espero ir con él —dudó un instante—. Supongo que a ti, si quieres, te podrían destinar a la Guardia Imperial.

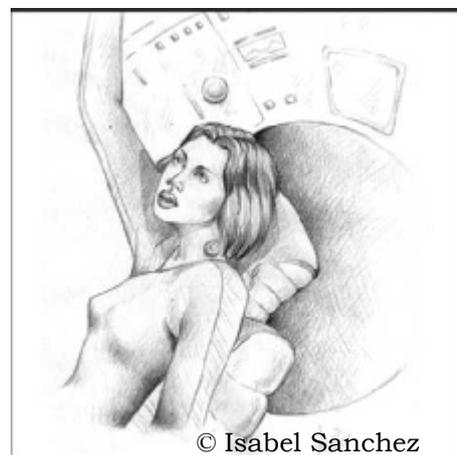
—Mucho suponer es eso —dijo Vlazor—, con un poco de suerte me tendré que quedar aquí, como un idiota, patrullando asteroides y vigilando las procelosas profundidades del abismo intergaláctico.

—No te preocupes cariño —le dijo desde la puerta del baño—, todo se arreglará.

—Si al menos estuviese en el sector Crápula-735 —respondió él saliendo de la ducha—, allí siempre hay acción —abrió el armario furiosamente y cogió uno de sus uniformes.

—No te mortifiques más —le dijo Eloyse acercándose y besándolo suavemente en los labios, luego añadió mientras se marchaba—: te veré en el hangar de pruebas.

Dentro del prototipo llamado La Aguja, Eloyse vio abrirse las compuertas del hangar. El alargado fuselaje de vitridio tenía la apariencia de vidrio de color verde, pero con una resistencia superior a toda aleación conocida hasta el momento. En una nave de caza normal, el piloto conectaba su implante cerebral a la I.A. central, pero muchas de las acciones o bien las realizaba el ordenador automáticamente o el piloto de forma manual. En cambio, en el nuevo prototipo, el sistema nervioso del piloto quedaba realmente fundido con la nave. Una tecnología que podía darle al Imperio una gran ventaja, aunque temporal, sobre sus potenciales





enemigos. La velocidad de reacción del nuevo caza se multiplicaba por cincuenta y esperaban, en un futuro próximo, ampliarla todavía más.

La salida al espacio fue como zambullirse en el vacío completamente desnudo, pero la teniente Eloyse Domínguez, acostumbrada a pilotar toda clase de prototipos, no acusó pánico alguno. Una vez fuera de la nave nodriza aceleró para alejarse lo máximo posible. Tras ella fueron lanzados los tres hipercazas al mando del comandante Vlazor, que pretendían dar alcance y neutralizar al prototipo. Comenzó la persecución. La Aguja maniobraba y se las ingeniaba para dejar atrás a sus perseguidores, que disparaban sus armas contra el prototipo, pero la teniente Domínguez esquivaba todos los disparos, aunque sabía que no eran capaces de dañar el fuselaje de vitridio de la Aguja. Pruebas efectuadas previamente volando en piloto automático, habían demostrado que era invulnerable a las armas convencionales. Ahora, por vez primera se estaba probando en combate real.

Eloyse se sentía como si que volara por el vacío a cuerpo descubierto. Su mente y sus sentidos estaban fundidos con la nave y comenzó a pensar como una nave. Sentía la velocidad, aunque en el vacío, supuestamente, no era apreciable. Sentía la potencia de los motores, el roce de las micropartículas que chocaban contra su escudo deflector. Hizo fuego contra un asteroide colocado como blanco y sintió la potencia de la descarga energética de los cañones de plasma saliendo de sus entrañas. Atravesó el enjambre de escombros del asteroide sintiendo los impactos pero atravesándolo sin daño. En cambio los cazas perseguidores tuvieron que realizar maniobras evasivas para evitar una catástrofe.

En el Puente de mando del crucero Uróboros se activaron las alarmas y el sistema de intercomunicación de la nave sonó en todos los implantes de la tripulación:

Alerta Cinco, repito Alerta Cinco. Todos a sus puestos. Todos a sus puestos. Alerta Cinco, repito Alerta Cinco.

Alerta Cinco era lo último que cualquier habitante del sistema Samaruc podía esperarse, significaba: *Nave desconocida acercándose desde el exterior de la galaxia.*

Los tripulantes del Puente de mando estaban conectados a los controles a través de sus implantes neurales. Cada uno de ellos, incluida la capitana, reposaba firmemente sujeto a un sillón con un casco, a través del que la IA central de la nave mantenía contacto con sus sistemas nerviosos. A pesar de que prácticamente todas las operaciones se efectuaban en entorno virtual, una



pantalla enorme presidía la sala, mostrando en esos momentos una imagen borrosa, ondulante, en la que se adivinaba una estructura extraña y oscura tras las interferencias y la estática.

Aunque la tripulación, como ya hemos dicho, se comunicaba a través de sus implantes, para hacer comprensible este relato obviaremos este dato a partir de aquí.

—¿Kahoku, qué es eso?—preguntó la capitana Yasashiku.

—Es una nave extraña, capitana —respondió el oficial científico—. Según los sensores de largo alcance, ha salido al espacio normal a cien años luz fuera de la galaxia.

—¿Qué rumbo lleva? —preguntó la capitana.

—Parece dirigirse hacia el planeta a velocidad ATL-9.

—Vamos a interceptarla —añadió Yasashiku—. Que el modelo experimental regrese inmediatamente y que despeguen los interceptores.

—Van demasiado rápidos señora —intervino la oficial piloto—. Si son hostiles llegaremos demasiado tarde para interceptarlos.

—Capitana, tenemos imagen de la nave intrusa —anunció el oficial científico Kahoku.

—Veámosla —ordenó la capitana.

La pantalla mostraba una recreación de la nave y datos telemétricos de la misma recogidos por los sensores: forma de dodecaedro, quinientos metros de diámetro, color negro, velocidad ATL-7.5. Aparentemente estaba frenando.

—¿Tiempo para interceptación? —preguntó la capitana.

—Si reduce a ATL-4, coincidiremos en... ¡Capitana, están cambiando de rumbo, vienen directamente hacia nosotros!

—¡Atención a escuadrilla de cazas, la nave intrusa viene hacia nosotros, preparados para interceptación! —Ordenó la capitana y añadió—: ¡Atención, caza experimental, regrese a la base inmediatamente!

—Capitana —informó el puesto táctico—, la Aguja está demasiado lejos, vienen de regreso pero no llegarán a tiempo.

—¡Atención, Delta-1 informando —sonó la voz del comandante Vlazor, al mando de la escuadra de cazas en misión de pruebas—, la nave enemiga despliega dos escuadrones de cazas!



—Delta-1, cubran la nave prototipo —ordenó la capitana—, es prioritario que no sufra daño y que no caiga en sus manos. Teniente Domínguez, evite el combate, es prioritario que regrese a la base.

—A la orden capitana —respondió la piloto de pruebas.

—Comandante Vlazor —prosiguió la capitana—, el prototipo no debe caer en manos del enemigo, repito, el prototipo no debe caer en manos del enemigo.

Hubo un breve silencio tras el cual la voz del comandante Vlazor sonó lúgubre:

—A la orden capitana, si es necesario, la destruiré personalmente.

El comandante sabía que su deber con el Imperio se encontraba antes que sus intereses personales por Eloyse. Si la situación se volvía apurada debía destruir el prototipo, pero ¿cómo, si era indestructible?

A partir de ese instante la acción se volvió trepidante. Un escuadrón de cazas enemigos atacó el crucero imperial, rodeándolo como un enjambre de moscas. Medio centenar de cazas giraban en torno a la Uróboros disparando sin cesar, mientras ésta se defendía con toda su artillería, pero a pesar de ello causaba pocas bajas.

A un millón de kilómetros de distancia, el escuadrón de cazas al mando del comandante Vlazor, combatía contra una docena de enemigos y al mismo tiempo intentaba proteger la Aguja.

Para los sentidos alterados de Eloyse, a los mandos del prototipo, la batalla era una experiencia única. Siguiendo las órdenes recibidas intentaba mantenerse al margen, pero tuvo que intervenir para compensar la superioridad numérica del enemigo. Tras destruir cinco atacantes, recibió de lleno un disparo. El fuselaje aguantó, pero el dolor que sintió Eloyse a través de los múltiples sensores que conectaban la superficie del casco de la nave con su sistema nervioso, la dejó paralizada, inerte, perdiendo la consciencia instantáneamente. Durante minutos que parecieron eternos, flotó a la deriva rodeada de la confusión del combate. Vlazor se dio cuenta de que algo malo sucedía e intentó comunicarse con ella, pero no contestó. A través de los sensores pudo comprobar que todavía seguía viva, pero no pudo llegar hasta ella.

En el crucero Uróboros la situación era desesperada, aquellos malditos cazas eran difíciles de destruir, pero para colmo de males la nave desconocida, crucero o lo que fuese, se dirigía hacia ellos. Desde su sillón de mando, la capitana Sonia Yasashiku, observaba impotente el masivo ataque a que estaba sometido su escuadrón de escolta. No podía enviarles ayuda, si a duras penas podía mantener indemne el crucero. De pronto, una descarga energética golpeó la zona de los motores. La nave enemiga estaba poderosamente armada y los



había atacado desde una distancia insólita, dejándolos impotentes para saltar a hipervelocidad. Prácticamente todos los sistemas fallaron, los sensores quedaron ciegos, las luces se apagaron y la gravedad artificial dejó de funcionar. El crucero imperial, convertido en un cascarón inerte, quedó a la deriva. Los cazas atacantes se retiraron y la nave nodriza se desplazó hacia donde el escuadrón imperial defendía la Aguja. Estos, abrumados por la superioridad numérica del enemigo, no tuvieron ocasión de intentar siquiera destruir el prototipo. Vieron desesperados como éstos la rodeaban y la remolcaban. La llegada de la gran nave enemiga dispersó los cazas imperiales, huyendo de la potente artillería. Todos los cazas enemigos volvieron a su base, llevándose la Aguja con ellos. ¡Era a lo que habían venido! Pero, ¿de dónde?

A los mandos de su caza, el comandante Vlazor observaba impotente como el dodecaedro negro se preparaba para acelerar a hipervelocidad. Y entonces se le ocurrió una idea: aceleró tras ella, logrando acercarse lo suficiente para colocarse entre los cuatro motores que en ese momento comenzaban a emitir energía, logrando introducirse en la estela de la gigantesca nave.

Eran pocos los pilotos que se habían atrevido a realizar una maniobra tan arriesgada y había sobrevivido para contarlo. Al acelerar hasta casi la velocidad de la luz, las naves generaban una distorsión en el espacio, llamada *estela* o *la ola* en la jerga de los pilotos, donde era arrastrado todo lo que se hallaba en los alrededores de la nave. Si la nave que quería efectuar el viaje en la estela, no se mantenía en el punto álgido de la ola, igual que un surfista, la nave quedaría destruida o iría a parar algún punto ignoto del espacio.

El comandante Vlazor conocía todos los riesgos y se lo jugó todo a cara o cruz. Aceleró al máximo y entró en la estela. Mantuvo el control lo mejor que pudo en la ola de desplazamiento hiperlumínico, donde el tiempo se ralentiza, se alarga y se retuerce. Fue una experiencia agónica, pero al fin salió, junto con el inmenso dodecaedro. ¿Y ahora qué? ¿Lo atacaba él solo? Empezó a pensar que había hecho una tontería y quedó convencido de ello cuando un disparo dio de lleno en un costado de la nave, lanzándola a la deriva girando alocadamente sobre sí misma. El dodecaedro aceleró de nuevo y desapareció en los pliegues del espacio-tiempo.

Durante veinte horas permaneció Vlazor en la nave muerta, ingrávido, a oscuras y angustiado, no por su suerte sino por la de Eloyse. Sabía que lo único que le esperaba era una muerte lenta por asfixia, una agonía a la que no temía. No era la primera vez que se encontraba a la deriva. Cinco años atrás, durante un enfrentamiento con los piratas del cinturón de Gwualing, su caza recibió el impacto de un torpedo y se quedó agarrado al pecio retorcido en que se había convertido su nave, solamente con la protección de su traje espacial. A punto de morir de asfixia había sido recogido por su nave nodriza. Pero esta vez todo estaba perdido, según sus cálculos podía encontrarse a cien años luz de cual-



quier lugar habitado. La resignación a morir dio paso a la sorpresa, cuando sintió que lo remolcaban.

5. CARGUERO UISCE BEATHA, EN ÓRBITA ALREDEDOR DEL PLANETA OTHILA II.

—...y eso es todo —terminó de relatar el comandante Vlazor—. No le he ocultado nada. ¿Puede ayudarme... por favor?

—Marga cariño —dijo el capitán Read por toda respuesta—, ¿estás lista para continuar el viaje?

—Sí amor —respondió el ordenador—, cuando quieras.

—¿Has hecho los cálculos de trayectoria de la nave que destruyó la base imperial?

—Por supuesto, ¿por quién me tomas? La duda ofende.

El comandante Vlazor se desesperaba ante la cháchara inútil de su anfitrión con la computadora, aunque podía comprender que un tipo que vivía solo en su nave acabara por volverse loco. Pero si este loco le ayudaba a rescatar a Eloyse, él no era nadie para poner inconvenientes.

—La trayectoria más probable es hacia el sistema Tohuwabohu —continuó la computadora—, podemos llegar en dos días a velocidad ATL-7.

—¡El sistema Tohuwabohu es un enjambre de asteroides y planetoides! —exclamó el comandante imperial—. ¡Es un montón de basura estelar, no podremos encontrarlos!

—Confía en mí... ¿puedo llamarte Vlazor? —dijo Charly Read recostándose en su sillón—, al fin y al cabo vamos a trabajar juntos.

—De acuerdo, Charly —ya añadió el militar—. Estoy en tus manos. Cuéntame que planeas hacer cuando lleguemos.

—Pues verás... tú me has sido sincero y yo voy a serlo también. Espero que, si salimos de ésta, no serás tan desagradecido de aprovechar en beneficio del Imperio lo que hayas aprendido.

—Te pediría lo mismo, pero...

—Pero no confías en la palabra de un pirata, ¿cierto?

—Pues...



—¿Qué os creéis los imperiales? ¿Acaso tenéis derecho a controlarlo todo?
—gritó Charly Read airado.

—Protegemos el Imperio, el comercio, la economía imperial,...

—¡Y un cuerno! —Lo interrumpió el supuesto pirata—. Si dejaseis comerciar libremente no habría escaramuzas en las fronteras. A los Throdwod o a los Kilpraty les beneficia la guerra tanto como a los humanos. Me refiero a los ciudadanos y a los comerciantes, no a los políticos ni a los militares, que sólo buscan el poder.

—¿Y los comerciantes no buscan el poder? —respondió Vlazor irónico—. ¿El poder económico?

—Sí claro, pero el poder económico no asola planetas, no masacra personas inocentes —replicó Charly—. ¿Sabes cuantas víctimas inocentes mueren en cada ataque del Imperio a las naves que vosotros llamáis piratas?

—Son delincuentes —afirmó Vlazor.

—No, no lo son. La mayoría viaja con sus familias. Viven en sus cargueros. Raras veces se limitan a hacer una ruta fija que les permita volver a casa a cenar.

—Hace diez años que salí de mi planeta natal, eso no es nada extraño para un militar.

—Un comerciante tiene que ir donde está el negocio, al igual que un militar va donde lo mandan —sentenció Read—. Pero el Imperio se empeña en monopolizar el comercio, y por lo tanto, todo el que no está con él está en su contra y es perseguido.

El comandante Vlazor nunca lo había visto desde ese punto de vista. Toda su vida había vivido para el Imperio. Sus padres y antes que ellos sus abuelos, lo habían servido fielmente. Por el Imperio había destruido cargueros piratas, posiblemente cargados con familias cuyo único delito había sido querer sobrevivir. Miró a ese hombre, al que había considerado un contrabandista hasta un momento antes, pero vio un ser humano que le había ayudado sin cuestionar nada, ni siquiera la posibilidad de que en alguna ocasión lo hubiese perseguido por algún sistema fronterizo. Se levantó y poniéndose firmes, se llevó la mano derecha al corazón y dijo:

—Capitán Read, le doy mi palabra de que, si sobrevivimos, no entablaré ninguna acción hostil contra usted.



—No esperaba menos —respondió Read conteniendo la risa y añadió dirigiéndose a la computadora—: Marga, cielo, ¿cómo van las reparaciones del caza del comandante?

El oficial imperial dio un respingo.

—Cuando llegemos al sistema Tohuwabohu estará como nuevo —respondió la computadora—. Hay que ver lo provechosa que es la chatarra.

6. CAZA EXPERIMENTAL AGUJA DE VORGÓRRIGAN, EN EL INTERIOR DE UNA NAVE DESCONOCIDA.

Cuando recobró la consciencia la teniente Eloyse Domínguez se encontró mareada y desorientada. Le dolía todo el cuerpo, pero no era dolor físico, el disparo recibido por la nave le había afectado los terminales nerviosos, provocándole una horrible agonía que le había hecho perder el conocimiento. Continuaba conectada a la Aguja, pero ya no estaba en el espacio. Antes de retomar el contacto consciente con la nave, a través del casco transparente, observó su entorno con sus ojos físicos. Estaba en un hangar enorme, iluminado tenuemente con una luz rojiza que no le permitía ver mucho. Dispositivos extraños rodeaban el prototipo, sujetándolo como las garras de un ave de presa sujetan a su víctima. Tanteó su entorno con los sensores conectados a su implante. Sintió que la temperatura de la atmósfera exterior era de 25° C, la humedad relativa del 50 %, en lugar de la presión atmosférica recibía la señal de *sensor averiado*. Fue comprobando, uno a uno todas las lecturas de los sensores, algunos estaban inactivos o averiados, otros daban medidas absurdas. Probablemente los aparatos adosados al casco neutralizaban algunos de ellos. Comprobó el estado de funcionamiento de los motores y no detectó anomalías. La integridad del casco era del 100%. No habían intentado sacarla de la nave. Tal vez la habían tomado por un componente biológico de la misma, pensó divertida, no se equivocaban en absoluto, sin ella tenían pocas posibilidades de que la hiciesen funcionar.

Pero su situación no tenía la menor gracia, estaba atrapada en una nave desconocida, probablemente el dodecaedro negro que los atacó. Esperaba que a Vlazor no le hubiese pasado nada, confiaba en él y sabía que haría lo imposible por sacarla de allí. ¡Qué optimista! Ni siquiera sabía si había sobrevivido al ataque, aunque tenía la corazonada de que así había sido.

Notó la familiar sensación de frenado, luego un cambio de rumbo, más tarde el crujido de anclajes de atraque. Algún tiempo después la Aguja comenzó a moverse, transportada en los soportes que la atenazaban. Unas enormes compuertas se abrieron ante ella.



7. CARGUERO UISCE BEATHA, RUMBO AL SISTEMA TOHUWABOHU.

—E ntonces —decía el comandante Vlazor—, el sistema Tohuwabohu es una guarida de piratas.

—¡Qué fijación tienes con los piratas! —Replicó Charly Read—. Aunque tal vez esta vez tengas razón, es un sistema difícil de controlar, el sitio ideal para ocultarse. Esa nave en forma de dodecaedro pertenece a la Corporación Hiroshi, uno de los clanes mafiosos más poderosos de este sector del Imperio, encabezada por Yoshi Usagi.

—Nunca había oído hablar de ellos —dijo Vlazor—. ¿A qué se dedican?

—Lo clásico, juego, prostitución, contrabando, protección,... —Charly se encogió de hombros—. Creo que en esta ocasión alguien importante les ha encargado un trabajo. ¿A quién le interesa hacerse con el prototipo?

—No sé. Es un proyecto secreto bajo la tutela del pentarca Forest —Vlazor quedó un instante pensativo—. ¿Tal vez otro pentarca?

—El pentarca Forest dirige el sector del borde galáctico, el más tranquilo de todos, ya que no tiene frontera con los Kilpraty, ni los Throdwod, ni los Gwoolik —meditó un segundo—. ¡Claro, está muy claro!

—¿Qué está claro? —preguntó Vlazor frunciendo el ceño.

—Si el pentarca Meginher se aliase con los Kilpraty, podría expandir su territorio a costa de la República Throdwod.

—¿Y para qué querría el prototipo? —interrogó Vlazor como para sí mismo.

—¿Estudiaste estrategia en la academia imperial? —dijo Charly acabando de sorber su groc de forma ruidosa.

—Sí, por supuesto, pero... —dudó un momento—. ¡Ya lo comprendo! Para que los Kilpraty se avengan a firmar un tratado con otra potencia, ésta tiene que tener superioridad sobre ellos.

—Veo que estás al corriente de la política del Imperio —dijo Charly haciendo un gesto de aprobación—. Alguien se va a marcar un farol con tu prototipo.

—Pero eso no pueden haberlo planeado los cinco pentarcas —afirmó Vlazor y continuó—, si así fuese no tendría sentido robar la Aguja. ¿Quiere eso decir que hay una conjura de pentarcas o que Meginher es un traidor al Imperio?

—Yo me decanto por lo segundo —aclaró Charly—, nadie más parece ganar nada con eso, sólo el pentarca Meginher.



—¡A mí la política me importa un cuerno de rikuino salvaje! —exclamó Vlazor—. Tenemos que rescatar a Eloyse y recuperar la Aguja si es posible o destruirla.

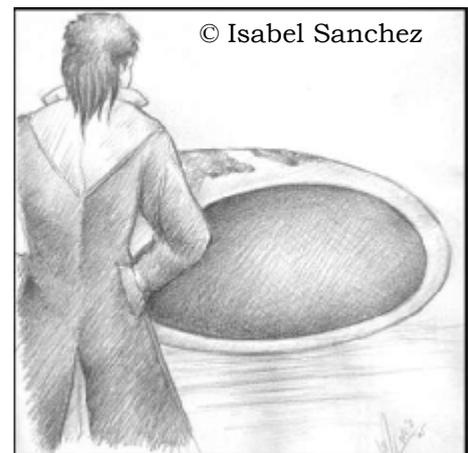
—Está bien, te ayudaré, espero no tener que arrepentirme —respondió Charly levantándose y arrojando el frasco de groc al reciclador—. ¡Vamos, a trabajar comandante!

8. LA ESTACIÓN TROMMELEINHEIT

Llegaron al sistema Tohuwabohu. Como todos los sistemas binarios no tenía planetas habitables, pero la Corporación Hiroshi había construido la estación Trommeleinheit en órbita alrededor del mayor de los planetas, un gigante gaseoso rodeado de anillos y multitud de satélites de gran tamaño. En la inmensa estación de forma cilíndrica, del tamaño de una ciudad, se hallaba el centro financiero de la Corporación. En los muelles de carga, infinidad de naves entraban y salían continuamente. Siguiendo las indicaciones del control de tráfico, la *Uisce beatha* atracó.

En el control de entrada, Vlazor presentó la identificación falsificada que le proporcionó el Capitán Read. Bajo su nueva identidad de Growel Pavlinter, tripulante de segunda, se internó en la estación supuestamente en busca de diversión. Para no levantar sospechas, Charly inició la contratación de carga para su nave.

Tras un complicado viaje, usando lo que en otro lugar y otra época se hubiera llamado metro, el comandante Vlazor llegó a una zona comercial bastante alejada del centro neurálgico de la estación. Aquella galería estaba flanqueada de tiendas y negocios de todo tipo. Los olores que emanaban los locales espesaban el aire, dando la sensación de que se podía cortar. Cuando el comandante llegó a dónde el capitán Read le había indicado, torció el gesto. Era una tienda de artículos de entretenimiento sexual. La puerta se abrió al acercarse y entró. En el interior un seamaniano de mirada inescrutable lo examinó con sus cuatro ojos, dos de ellos en la punta de unas gruesas antenas que sobresalían tras su cabeza. Mientras las antenas oscilaban estudiando atentamente al recién llegado, la imitación de una sonrisa humana contrajo el rostro alienígena.



—Buenas tardes, humano, bienvenido. ¿En qué puedo servirte? —Las palabras sonaron extrañas en una boca parecida a la de un batracio.



—Buenas tardes —dijo Vlazor—, un amigo me ha hablado muy bien de sus productos.

—Excelente, excelente —respondió el seamoniano colocando sus manos palmeadas sobre el mostrador—. ¿De qué es exactamente lo que desea? ¿Un estimulador neural? ¿Un vibrador clásico? ¿Un androide clase triple equis?

—Mi amigo me habló de un *retrucador esforcilado* —dijo Vlazor, a punto de echarse a reír ante la estúpida contraseña que le había dado Charly Read.

El seamoniano enderezó sus antenas y fijó los cuatro ojos en el humano que tenía delante. Lentamente se dio la vuelta y entró en la trastienda. Un instante después se asomó e hizo una seña a Vlazor para que lo siguiera.

Cuando el militar imperial salió de la tienda, llevaba una mochila repleta de suministros ilegales, que nunca pensó que se pudieran conseguir en una tienda de entretenimientos sexuales. Siguiendo las indicaciones del seamoniano volvió a cruzar el gigantesco cilindro de la estación. Se apeó del tren cerca de uno de los muelles de carga menos activos, pero que según su informador, era de uso exclusivo de la Corporación Hiroshi.

El comandante Vlazor, entró en un aseo público, abrió una rejilla de ventilación y se introdujo por ella. Siguió los sucios túneles de ventilación, abriendo barreras y neutralizando alarmas. Algunas horas después se asomaba por una trampilla cercana al techo de un hangar de aspecto descuidado. En el centro del recinto, rodeada de sofisticado equipo, se encontraba la Aguja de Vorgórrigan. De la mochila que le había proporcionado el seamoniano, sacó un visor infrarrojo y escudriñó todos los rincones del hangar. Sólo detectó una señal débil en el interior del prototipo. Estaba claro que fuera quien fuese quien había robado el caza, confiaba plenamente en la protección electrónica, no había guardias, ni humanos ni alienígenas. Aunque había colocado trampas y sistemas de seguridad por todo el hangar, pero no habían tenido en cuenta que intentara introducirse el mismísimo jefe de seguridad de la nave Uróboros. Vlazor, protegido por un sofisticado camuflaje electrónico, había neutralizado todas las barreras y había descendido hasta la misma nave.

El oficial imperial comprobó que el camuflaje electrónico personal estaba funcionando al cien por cien y salió por la trampilla hasta una cornisa estrecha y por ésta hasta una de las vigas del techo. Gateó por ella hasta encontrarse sobre la vertical del prototipo. Luego, enganchado a un cable de trillium —del grueso de un hilo de coser, pero tan fuerte como el acero—, descendió lentamente hasta situarse a tres metros sobre la nave, desde donde pudo distinguir



la figura de Eloyse en el interior. Parecía encontrarse bien, lo estaba mirando y le sonreía.

No podría acceder al interior de la nave hasta que desarmase todos los sistemas de seguridad y liberase la mordaza que la aprisionaba. Hechas las comprobaciones oportunas, sacó un instrumento más de la mochila y haciendo un barrido frente a él con gesto concentrado, desactivó el campo de detección por proximidad. Luego descendió hasta ponerse en pie sobre el fuselaje del caza y se descolgó por el lateral hasta el suelo.

Eloyse lo perdió de vista tras la mordaza que aprisionaba el fuselaje. Unos minutos después oyó en su implante:

—Cariño, ¿te encuentras bien.

La alegría la embargó y respondió:

—Hambrienta pero bien, lleva cuidado, estoy rodeada de trampas.

Era innecesario decirlo, pero llevaba tanto tiempo sin comunicarse con alguien que necesitaba hablar. De nuevo oyó la transmisión de Vlazor:

—Voy a soltar la mordaza, en cuanto lo haga activa la energía y abre la escotilla, yo entonces entraré y saldremos por la puerta del hangar a toda velocidad.

—Entendido —respondió ella—, pero la puerta está cerrada.

—Para entonces no lo estará —respondió Vlazor.

Dicho esto, un crujido restalló en el hangar y la mordaza se abrió como una almeja, liberando la nave. Eloyse activó la energía. La escotilla se abrió el tiempo justo para que Vlazor saltara dentro.

En ese instante la gigantesca puerta del hangar explotó. La atmósfera interior salió de forma explosiva por el boquete. En el prototipo no había donde sentarse, aparte del asiento del piloto, pero el comandante Vlazor se agarró como pudo. Eloyse aceleró los motores a toda potencia y sacó la nave. En los alrededores de la estación espacial, un tremendo caos de disparos, explosiones e ir y venir de naves, se desarrollaba a velocidad vertiginosa.

—Cariño, eso que veo ahí masacrando todo a su paso, ¿no es tu caza? —dijo Eloyse, asombrada—. ¿Quién la pilota?

—Sí, es mi viejo caza. Lo tripula una amiga —respondió Vlazor haciendo todo lo posible por no girar como una peonza a causa de la gravedad cero y la inercia de las maniobras evasivas.



Efectivamente, el caza del comandante Vlazor, pilotado de forma suicida por un avatar de Margarita, la computadora de la nave *Uisce beatha*, ponía en jaque las defensas de la estación. En medio del ataque, un supuesto disparo errado había abierto la bodega donde se encontraba la Aguja de Vorgórrigan, haciendo que pareciese fortuito y dando tiempo para que los dos oficiales imperiales escapasen. Eloyse pilotó el prototipo sorteando la batalla que se desarrollaba en el exterior y alejándose de la estación rumbo al planeta.

—Vamos a pasar entre el anillo interior y la atmósfera —dijo Eloyse entusiasmada—. Utilizaremos la gravedad del planeta como una honda para salir lanzados fuera del sistema.

—Lo que tu hagas está bien hecho —contestó Vlazor agarrado de pies y manos al asiento de su compañera—, lo importante es salir de aquí.

—¿Y cómo se supone que vamos a escapar? —interrogó Eloyse—. Todavía no habían instalado los hipermotores. No podremos dar saltos ATL.

—No te preocupes —dijo el comandante—, todavía tengo un par de amigos ahí fuera, si no nos dejan en la estacada.

—No te puedo dejar solo —comentó ella—, enseguida empiezas a hacer amistades extrañas.

—Ni te imaginas lo extraños que son —respondió él.

—Por cierto, ¿esos que nos disparan son amigos tuyos? —dijo Eloyse maniobrando para esquivar los disparos energéticos que les pasaban rozando.

Vlazor miró las pantallas.

—Pues no. Si mis amigos no aparecen pronto...

Tres poderosas naves de la Corporación Hiroshi, armadas hasta los dientes, los perseguían disparándoles sin muchos miramientos, posiblemente ya no les interesaba vender el prototipo a nadie, sino ocultar su robo. Pero no les iba a resultar fácil destruir la pequeña nave. Algunos disparos energéticos los alcanzaron. Afortunadamente Eloyse ya no estaba conectada a los sensores externos. Durante su cautiverio le había dado tiempo a pensar mucho en ello y si volvía a ver al profesor Vorgórrigan, pensaba explicarle adecuadamente los efectos de su invento. De momento el vitridio aguantaba los impactos, pero no sabía si tendrían armas más potentes.

Ya estaban a punto de rebasar la luna más externa del gigante gaseoso, tras la que nada los protegería contra las naves de la corporación. Lo único que podrían hacer era utilizar el pequeño planeta como catapulta para aumentar la



velocidad de nuevo. El corazón de Eloyse dio un vuelco cuando tras el planeta apareció una nave.

—¡Es Charly! —Exclamó Vlazor y su entusiasmo le hizo girar sobre sí mismo—. ¡Bendita sea su alma pirata!

—¿Es tu amigo? —interrogó Eloyse aliviada.

—Sí, Charly y Margarita, la computadora de la nave. Te van a gustar.

—Si nos sacan de aquí no lo dudes —añadió ella.

Pasaron ante la proa de la, aparentemente torpe, nave de carga y ésta se interpuso en la trayectoria de la persecución. Las naves de la corporación Hiroshi continuaron disparando, esperando que el carguero se apartase de su camino, pero éste cambió de rumbo y aceleró, persiguiendo al prototipo fugado. La maniobra fue espectacular, el carguero, acelerando a toda máquina, soltó la carga de contenedores que llevaba sobre la cubierta, creando momentáneamente un escudo entre él y sus perseguidores, que éstos no tendrían más remedio que intentar esquivar. Luego, acercándose vertiginosamente al caza experimental abrió la bodega de carga.

Eloyse y Vlazor suspiraron aliviados cuando el rayo tractor del carguero los introdujo en la bodega al tiempo que la nave saltaba a velocidad ATL-9.

9. CARGUERO UISCE BEATHA, EN RUTA HIPERESPACIAL.

—**S**egún yo lo veo —decía Charly Read al comandante Vlazor y a la teniente Domínguez—, no podéis volver.

—¿Sugieres que desertemos? —Dijo Eloyse frunciendo el ceño—. ¿No nos quieres llevar hasta el sistema Samaruc?

—Mejor escúchalo, cariño —dijo Vlazor.

—Como decía —continuó Read—, la Base Imperial del sistema Othila no era fácil de destruir. Al fin y al cabo la nave de la Corporación no posee una tecnología más avanzada que las del Imperio, de lo que se deduce...

—Se deduce que hubo una traición —intervino Eloyse—. Y en el ataque a la Uróboros también, ¿cierto?

—Tuvo que haberla —continuó Read—. ¿Qué opciones creéis que tenéis?

—Le entregamos el prototipo en persona al Pentarca Forest —dijo Eloyse evaluando las variables disponibles—, y destapamos la conspiración.



—¿Y quién nos garantiza que Su Magnificencia no está también en la conspiración? —añadió Read.

—¿Por qué razón habría de estarlo? —Replicó Vlazor—. No lo termino de entender.

—Supongo que quieres decir que puede estar conspirando junto con Meginher —intervino Eloyse—, al fin y al cabo el proyecto Aguja estaba patrocinado por él.

—Tenéis todos los datos y no los veis —interrumpió la I.A.—. ¡Qué limitada es la mente humana!

—¿Pero que se ha creído esa...? —exclamó Eloyse airada.

—Déjala que hable —dijo Read—, Marga lleva más de doscientos años acumulando datos, especialmente datos históricos, son su pasatiempo.

—Exacto —añadió Marga—, si se me permite os lo aclararé.

—Adelante bonita —dijo Read.

—Como ya habéis deducido vosotros solos, es posible en un 93,5 %, que el pentarca Meginher quiera aliarse con los Kilpratya para poder repartirse el territorio de la República Throdwod. Pero eso a los demás pentarcas no les gustaría demasiado, ya que inclinaría la balanza de poder hacia uno de los cinco. Todo ello podría llevar a una guerra civil y al desmembramiento del Imperio —la I.A. hizo un alto en su discurso, para provocar un efecto dramático.

—¿Entonces —intervino Vlazor—, dónde está el problema? Los otros cuatro pentarcas se encargarán de que todo vuelva a su cauce.

—Eso sería así —continuó la I.A.—, si la traición procediera sólo de Meginher. Pero si éste, Forest y los Kilpratya se alían...

—El Imperio se dividiría —terminó Eloyse, pero continuó razonando—: y ahora debemos decidir qué hacer. Si devolvemos la Aguja, los traidores se saldrán con la suya, y si no la devolvemos seremos traidores a los ojos de todos.

—Hay otra opción —dijo la computadora, haciendo otro alto de efecto dramático.

—¡Cuál es! —exclamaron los tres humanos al unísono.

—Elemental, queridos humanos —prosiguió la I.A. usando una de sus expresiones favoritas—. Debemos ir al Alto Mando Estratégico en Almassil VI y presentarnos ante el consejo de pentarcas.



—Exacto —intervino Vlazor—. Si les entregamos el prototipo a los cinco, seguro que habrá susceptibilidades heridas y recelos entre ellos, pero al menos por el momento, no se escindirá el Imperio ni habrá guerra.

—Permitidme que haga un inciso —dijo Read—, ¿pero habéis pensado cómo llegaremos allí? Es el lugar más protegido del Imperio.

—Dejadlo en mis manos —dijo Margarita.

10. SISTEMA ALMASSIL, SEDE DEL ALTO MANDO ESTRATÉGICO DEL IMPERIO GALÁCTICO.

¡ATENCIÓN NAVE DE CARGA desconocida, identifíquese!, la llamada recibida por el comunicador hiperespacial de la *Uisce beatha* se repitió una vez más. Los militares imperiales se miraban nerviosos, mientras el capitán Read esperaba de brazos cruzados. *¡Atención nave de carga desconocida, identifíquese!*, la llamada se volvió a repetir. Read se incorporó en el asiento y pulsó el mando del comunicador:

—Aquí el carguero *Uisce beatha*, repito: aquí el carguero *Uisce beatha*. Tengo problemas técnicos con el comunicador y la I.A., por favor permítanme que ataque para hacer reparaciones.

Durante unos instantes excesivamente tensos el comunicador enmudeció.

—*Atención nave de carga Uisce beatha* —respondió la voz al fin— *ésta no es su zona de comercio, ¿cuál es el motivo de su presencia?*

—Al habla el capitán Read, como ya he dicho, tenemos problemas técnicos y hemos tenido que desviarnos de nuestro curso. ¿Pueden ayudarnos?

—*Fijen rumbo a la Estación 576, pero no se desvíen de su rumbo o serán abatidos.*

—Muchísimas gracias —respondió Read y cortando la comunicación añadió—: ¡Qué simpáticos esos militares, ¿verdad?

Los pilotos imperiales se miraron contrariados, pero luego se echaron a reír, la emoción que sentían al transgredir las normas bajo las que habían estado viviendo casi toda su vida, les excitaba.



Tras atracar sin novedad en la Estación 576, Charly Read desembarcó, perdiéndose en el laberinto de pasillos y dejando a los dos pilotos imperiales escondidos en el carguero.

Cuando cuatro horas más tarde regresó:

—Buenas noticias —dijo excitado—, el consejo de pentarcas se reunirá mañana por la mañana en Almássilon, la capital del planeta.

—Muy bien y cómo demonios vamos a llegar hasta ellos —replicó Vlazor—, mañana será la ciudad más protegida de la galaxia.

—Lo tengo todo listo, chicos —intervino la I.A.—, dejadlo todo en manos de la bella Marga.

—¿Vamos a dejar nuestras vidas en manos de una I.A. presumida? —exclamó Eloyse enfadada—. Debemos de estar locos.

—No te preocupes, Eloyse —la aplacó Read—, la buena de Marga es capaz de todo. Confíemos en ella, ¿o tienes un plan alternativo?

La teniente se encogió de hombros.

—Mientras podéis descansar —añadió la computadora—, mañana vais a necesitar estar bien despiertos.

11. SEDE DEL A.M.E. DEL IMPERIO GALÁCTICO. CIUDAD ALMÁSI-LON.

—¡A tención, los Honorables Pentarcas del Imperio Galáctico! —el ujier imperial golpeó el suelo tres veces con su bastón ceremonial y los pentarcas entraron en fila, siguiendo el riguroso orden de antigüedad en el cargo: primero el Pentarca Ludwig XIII, un hombrecillo centenario, calvo y bastante arrugado, pese a los trasplantes a los que con seguridad se había sometido. Lo seguía Salustiano III, algo más joven que el anterior, que lucía abundante cabellera blanca y piel bronceada. El siguiente era Klator V, con el aspecto de un joven de cuarenta años, gracias a la ingeniería estética, ocultaba los ochenta años que ya había cumplido. Y los más jóvenes: Meginher I y Forest VII, que no pasaban de los sesenta años estándar. El primero robusto y de mirada seria. El segundo de aspecto grácil y astuto, siempre sonriente. Tomaron asiento y comenzó la sesión, durante la que los altos mandos militares y los emperadores discutían los planes estratégicos a corto, medio y largo plazo.



El general Glawinder informó que durante esta sesión se debía de haber presentado el prototipo de caza de combate, pero misteriosamente había desaparecido. Explicó el desastroso incidente, causando revuelo y escándalo entre los presentes. El Pentarca Klator apoyó la moción de enviar una expedición de castigo contra los Throdwod, según él los culpables de todo. El anciano Pentarca Ludwig, daba cabezadas sin enterarse de nada, mientras que el Pentarca Salustiano jugaba con una pequeña computadora de bolsillo. No llegaban a ningún acuerdo. Forest y Meginher se miraban de soslayo, pero no intervenían. Súbitamente sonó una alarma.

En el carguero *UISCE BEATHA* las cosas se estaban desarrollando a una velocidad pasmosa:

—*Deténganse y regresen a la estación, están detenidos* —bramaba el comunicador.

Habían abandonado el muelle de la Estación 576, y contraviniendo todas las órdenes, se dirigían hacia el planeta a una velocidad que haría arder el carguero al entrar en la atmósfera.

Cuatro interceptores de la Armada Imperial los perseguían, pero aún se encontraban fuera del alcance de sus armas.

—En estos momentos la Sala de Juntas del A.M.E. estará cubierta con un escudo energético —informó Vlazor a sus compañeros, luego guardó silencio mientras se agarraba con fuerza a su asiento.

—Los interceptores están a distancia de...

Una sacudida hizo callar a Charly Read en mitad de la frase.

—Nos han dado —continuó, explicando lo que parecía evidente.

—Entrando en la atmósfera —indicó Marga, la I.A.—. Dos minutos para incineración.

—¿Eso nos tiene que tranquilizar? —gritó Eloyse para hacerse oír entre el tremendo traqueteo a que estaba sometida la nave.

—Los interceptores han abandonado la persecución —informó Marga—, son unos chicos muy precavidos. Un minuto para la incineración.

—Marga, ¿estás segura de lo que haces? —Gritó el comandante Vlazor.



—¿Y ahora lo preguntas? Cincuenta segundos.

—¿Y si algo sale mal? —Volvió a gritar Vlazor.

—Confía en mí, guapo. Cuarenta segundos.

—¿Qué sucede General Glawinder? —Preguntó el pentarca Forest dando una palmada sobre la mesa—. ¡Exijo que nos lo diga o lo haré ejecutar por traición!

El militar se volvió hacia los pentarcas haciendo tintinear sus condecoraciones. La cara se le había ido congestionando conforme escuchaba las noticias del exterior, por su comunicador personal. Cuando al fin pudo hablar dijo:

—Honorables Pentarcas, me comunican que una nave de carga ha entrado en la atmósfera con rumbo de colisión. La trayectoria tenía como objetivo este complejo. Afortunadamente se ha desintegrado al entrar en la atmósfera.

Un suspiro de alivio, emitido por todos los presentes, resonó en la gran sala.

—Pero eso no es todo —continuó el general, aún con el rostro congestionado—, una pequeña nave de tipo desconocido ha emergido de la desintegración del carguero y continúa su trayectoria.

—¿Y sus interceptores? ¿Están de vacaciones? —gritó Ludwig XIII con voz chillona—. ¡Son ustedes unos incompetentes!

—¡Honorables —continuó el general tras escuchar por su comunicador—, me informan que la nave parece hecha de cristal verde...

—¡Pues muy bonita, felicidades, podrán derribarla? —insistió Ludwig XIII irónico.

—Es invulnerable a nuestros disparos, Honorable —dijo el general angustiado.



ATENCIÓN, ATENCIÓN, aquí... —chirrido— ...Vorgórrigan, llamando, resonó súbitamente por la megafonía de la sala y todos los comunicadores personales de medio planeta.

—¿Qué es eso? —preguntó Forest VII, con voz desahogada y mirando de reojo a Meginher.

Atención, atención, aquí nave experimental Aguja de Vorgórrigan, llamando al alto Mando Estratégico. Sonó de nuevo la llamada. Den orden de alto el fuego, vamos a tomar tierra frente al Palacio Pentacular. Y continuó: No tenemos intenciones hostiles. Tenemos que comunicar información vital para la seguridad del Imperio.

—¡Derribenlos! —Gritó el Pentarca Forest, histérico—, ¡Macháquenlos!

—¡Cállate idiota! —Aulló Meginher dándole un empujón a Forest y haciéndolo rodar por el suelo—. ¡Todo está perdido, no lo empeores!

Por los comunicadores proseguía el mensaje desde la Aguja:

...un complot para dividir el Imperio en beneficio propio, que llevaría a una guerra civil que acabaría con el sistema establecido...

Un oficial entró corriendo en la sala, se dirigió al general Glawinder y le cuchicheó al oído. Cuando acabó el oficial permaneció firme detrás del general.

—Honorables... —se interrumpió el general ante el triste espectáculo del forcejeo que tenía lugar entre los dos pentarcas más jóvenes. Carraspeó y prosiguió—: honorables Pentarcas, me comunican que hay un crucero órbita, el Uróboros, y está transmitiendo algo sobre un sabotaje y un complot contra el Imperio.

12. EPÍLOGO.

—¿Y Y bien Charly, que vas a hacer ahora? —preguntó Vlazor.

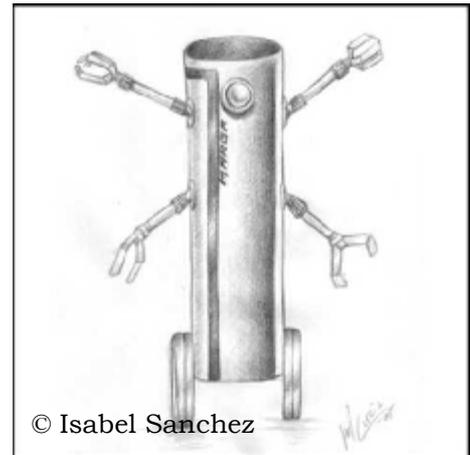
Estaban en la sala de recreo del crucero Uróboros. Los conjurados habían sido detenidos y puestos a buen recaudo. El comandante Vlazor y la teniente Domínguez habían sido condecorados y ascendidos. Y a Charly Read lo había invitado la capitana Sonia Yasashiku a bordo de su nave, por orden del triunvirato, para llevarlo a donde él quisiese.



—Bueno, pues creo que tendré que establecerme en alguna colonia —dijo el aludido con tono melancólico—, sin la *Uisce beatha*, no puedo hacer otra cosa. Aunque si lo lamento es por Margarita, sin una nave a la que pilotar no sé si...

—Por mí no te preocupes —dijo Marga desde el interior de su nuevo cuerpo, un cilindro metálico con ruedas y algunos brazos manipuladores—, en el cuerpo de este robot estaré bien, de momento, luego, si el negocio va bien podrás comprarme otro mejor, o tal vez otra nave.

—Pero la *Uisce beatha* era la nave de mi abuelo. ¿Sabéis lo que quiere decir ese nombre? En la antigua lengua de mis antepasados, el gaélico, significa *agua de vida*. Era un licor alcohólico que se obtenía fermentando el grano de algunas plantas y destilándolo después. — Charly calló y se quedó sumido en tristes pensamientos, pero después añadió—: Luego lo llamaron whisky. Era con lo que traficaban mis ancestros antes de emigrar de la Tierra.



—Atención señor Charly Read, preséntese en la Zona de carga 7 —sonó por la megafonía.

—Creo que la capitana te llama, Charly —dijo Vlazor dándole una palmada en el hombro—, vamos, no hay que hacerla esperar.

Bajaron a la Zona de carga 7. La capitana estaba frente a una pantalla, a su lado, muy seria permanecía Eloyse, con sus flamantes galones de comandante. Al verlos llegar se dirigió a Vlazor:

—Coronel Vlazor, gracias por acompañar a nuestro invitado —y dirigiéndose a Charly Read, dijo—: señor Read, por la autoridad que me ha delegado el triunvirato imperial, le hago entrega de... —hizo un alto y señaló la pantalla— ... de su nueva nave, la *Uisce beatha II*, o como desee llamarla, antes conocida nadie sabe por qué, como *Zorra Veloz* y que sirvió como yate de recreo del pentarca Forest VII. Gracias Charly Read por su inestimable servicio prestado al Imperio.

—No sé que decir —respondió Read—, mejor no digo nada. Al fin y al cabo...

—Otra cosa más, Charly —intervino Vlazor—, los pentar... el triunvirato te comunica que tus quejas han sido oídas y que gracias a ti habrá una profunda



reforma en el Imperio, y que a partir de ahora todo se hará con buen talante.

© José Vicente Ortuño

JOSÉ VICENTE ORTUÑO nació en Manises (Valencia) en 1958. Es funcionario de profesión, aficionado a la literatura fantástica y voraz devorador de libros de todo género. Desde su infancia comprobó que para el dibujo y la música era completamente inútil, pero que le gustaba inventar historias. Raras veces ha enseñado a nadie los relatos que ha escrito, sólo recientemente, animado por unos amigos, se decidió a tomárselo más en serio. Ha publicado FRANKENSTEIN 2004 en Axxon n° 145 (<http://axxon.com.ar/rev/145/c-145Uficcio1.htm>).



LA SINIESTRA IRONÍA DE LA PALABRA AYUDANTE

por Germán Núñez López

La arrogancia es, ejem, una de las mejores virtudes del hombre. Con el tiempo los humanos vamos aprendiendo a ser humildes a base de comprobar que no somos tan hábiles ni tan sabios como estimábamos en un principio. No obstante conservamos en nuestro interior un cierto poso de engreimiento. ¡Cuantos castillos habrán caído por su causa!

La Enana salió de su pequeña habitación, construida a su medida por sus Ayudantes, y caminó desnuda hacia la sala de control de la Mina Mayor. La dirigía desde hacía más de veinte años, desde que comenzó la última fase de la Guerra Comercial. Por eso todavía calzaba botas de piel curtida, las trajo consigo, junto con el resto de su equipaje, antes de que el Emporio lograra cortar los suministros.

Recorrió el corredor iluminado por la tenue luz verdosa de los avisos de radiación. La Enana suspiró, cuando ella pasó a controlar la Mina reforzó con una doble capa de cemento todo el edificio principal, se había jurado que mientras viviese no volvería a ver enrojecer aquel corredor.

Entró en la sala y se cubrió con la camisa que había dejado allí la noche anterior, era blanca y la cubría hasta los pies, rozando las chapas del suelo, brillantes y pulidas. Subió unos escalones hasta el panel principal, que le llegaba a la altura de la cabeza. Los Ayudantes habían reformado todas las salas en las que hacía vida para adecuarlas a su tamaño, todo menos ese panel. El Ejecutivo le había negado el permiso, eso sería retrasar la extracción de uranio, le dijo, discutieron y ya no lo volvió a ver.

En el extremo sur de la mina una colosal máquina, con una altura equivalente a cincuenta pisos de Habitantes Normales, se puso en marcha atronadora e hizo girar sus cadenas. Otros colosos menores encendieron sus focos alrededor bajo el cielo rojizo, mientras los Ayudantes Obreros comenzaban a revolotear por todas partes.

Subida en un pequeño podium la Enana contemplaba como, unos cientos de metros por debajo de ella, un camión de ruedas desproporcionadas recorría las terrazas a cielo abierto en dirección sur. Con un pensamiento la Enana acababa de ordenar arrancar al vehículo, y con otro los datos provenientes de sus sensores comenzaron a inundar su cerebro.

Incluso a través de los gruesos cristales del puente de mando se podía oír como los colosos horadaban los restos de la cordillera. Aunque ella disfrutaba más con las vibraciones del suelo, se había sacado las botas, y a través de la



piel de las plantas podía notarlas, y no solo esas, sino las producidas por los millones de máquinas que cubrían toda la piel del planeta. Con el casco sensorial se comunicaba con el Ayudante Mayor, y en realidad con toda la inmensa Mina, no necesitaba manejar los mandos diseñados para Normales.

Ese era su mejor momento de todos los días. Pese a los años que habían pasado desde la muerte del último técnico, ella seguía sintiéndose pequeña. Lo sentía al verse siempre rodeada por Ayudantes de estatura normal, al atravesar las infinitas fábricas y los astilleros altos como montañas, al rozar con los regordetes dedos aquel panel para adultos. Pero un momento después todo cambiaba al conectarse, sentía como su cuerpo crecía hasta alcanzar el tamaño de un continente, en un orgasmo de poder.

Se quitó la camisa y pegó su rechoncho cuerpo en el asiento metálico, sintiendo palpar las entrañas de la Mina como una parte de su propio organismo, allá abajo, en las galerías, miles de vagonetas se empezaron a mover como glóbulos por sus venas.

Era consciente de que su aspecto, con el reluciente casco dorado haciendo crecer aún más su desproporcionada cabeza, era ridículo. Pero no le importaba, no quedaba nadie para sentir lástima por ella, la mayoría de los técnicos habían muerto en el accidente, el resto de cáncer cuando el bloqueo agotó los medicamentos, y los Ayudantes estaban programados para guardar su libre albedrío para el combate.

Un Ayudante de Cocina, equipado con una raída piel de cuero blanquecino, trajo el desayuno en una bandeja con patas que dejó sobre un tatami. La Enana se acercó, vio que consistía en la típica ensalada con leche de soja e hizo un gesto de asco. Añoraba los filetes ensangrentados, y los huevos, se desplomó inconsciente sobre los cojines.

El Ayudante no hizo ni un movimiento, él no era un Ayudante Personal, sino un Chef, ¿qué podía hacer? Los únicos Ayudantes Médicos estaban a miles de kilómetros, en la Base Central, si los llamaba tardarían horas en llegar. Pero la Enana despertó al momento, con un terrible dolor de cabeza, era el tercer desvanecimiento en dos días. Tampoco hizo ni un movimiento y permaneció en silencio, ella no era estúpida, tenía que ser un tumor, ¿y qué podía hacer? Los Ayudantes Médicos no tenían esquemas para fabricar terapias génicas, parecía increíble, pero así era la guerra, las filiales mandaban recursos a los planetas sede de la Corporación Erai, y no al revés.

Volvió a mirar la comida sin apetito, suspiró, por primera vez en años se sintió sola. Había nacido hacía sesenta años en ese mismo planeta, entonces propiedad de una filial menor del Consorcio de Astilleros, antes de ser absorbida por Erai durante su primer intento de monopolio, en una de las fases frías más largas de la eterna Guerra Comercial. Durante aquella época la Enana estudió en Vrida, la capital del Emporio, fue la peor época de su vida.



Muchos años antes de que ella naciera el Emporio había erradicado las enfermedades en el sistema Vrida y su Seguridad Laboral decretó el estándar de salud normal, oficialmente para impedir que las corporaciones sin escrúpulos creasen patentes mejoradas de Habitantes, y extraoficialmente, para evitar que el Emporio Vrida las perdiera en manos de compañías menores. Los Ayudantes Madre de su hogar nunca habían funcionado bien, cuando la incubadora tuvo la anomalía no fue capaz de eliminar el embrión, y así fue como ocurrió. Siglos de salud habían borrado de Vrida todo dolor, por eso nadie entendió que dejase la universidad sin doctorarse. Había crecido entre ingenieros nacidos en planetas de alta gravedad, haciendo si cabe aún más duro el impacto de Vrida, un mundo de gigantes. Más tarde supo que todos los amigos de su infancia entraban en el estándar, y que cariño significa lástima.

Aborrecía las hojas verdosas, y los aros blancuzcos.

Algunos invernaderos subterráneos habían sobrevivido a los bombardeos en el hemisferio norte, donde vivía el Ejecutivo, pero allí solo quedaban plantas, así que ellos dos eran los dos únicos habitantes de carne de todo el planeta. Él había sido enviado por Erai, solo habían cruzado palabras sucias en cinco años. Estaba sola.

Pensó en las antiguas fugas en las refinerías de uranio que rodeaban la Mina, quizás ellas la envenenaron, como a todos los demás. Siempre estuvo aislada, no sintió mucho su pérdida. Sentía más que miles de Ayudantes, los únicos que la obedecían sin compadecerla, no hubieran sido capaces de cerrar aquellas fisuras. Nunca habían funcionado bien.

Algunas semanas más tarde la Enana había muerto.

El Ejecutivo recibió la noticia en la Fortaleza Polar.

—Tu pareja ha muerto —anuncio el Ayudante de Campo.

El Ejecutivo lo miró, los ojos electrónicos tenía un brillo que se le antojó irónico, hasta los labios sintéticos parecían sonreír cuando en un modelo militar eso era imposible.

—Muy gracioso —contestó el Ejecutivo, de nariz aguileña y pelo rizado como alambre, peinado estirado hacia atrás—, ella no es mi nada, casi no hablaba con esa desgraciada.

Se sacó las gafas sensoriales y las dejó bruscamente sobre el escritorio. Se levantó del sillón de cuero falso y caminó hasta las cortinas blancas bordadas de plata de su despacho. Sopló y fijó la vista en el Ayudante.

La fortaleza estaba en alerta permanente, y en estado de excepción todos los Ayudantes conservan alto su nivel de libre albedrío, pero éste tenía dema-



siado, era incluso impertinente. Esa mujer había muerto, y él era el único ser vivo en un mundo dedicado por completo a la guerra. No la conocía pero, aunque ni él mismo se lo creyera, le dolía perder su única compañía, y encima esa máquina insinuaba...

—Diseña el funeral —le ordenó.

—¿Funeral? —preguntó el Ayudante casi dudando.

—Incineración, según la directiva para ingenieros, como las otras veces.

—Comprendido —el Ayudante se volvió para salir.

—Y no quiero otra vez errores —insistió el Ejecutivo—, nada de reciclaje, el coste energético de la limpieza de conductos equivale a la fabricación de un Marine Básico, memorízalo.

—Comprendido —repitió el Ayudante y salió.

—Esa enana era la Ingeniera Jefe de Energía —murmuró una vez solo—, y merece un respeto.

Los esquemas de fabricación de Ayudantes Jefe de Energía llevaban años sin usarse. La Enana se había negado a sustituir a los muertos con ellos, la obsesionaba el control, con ella no se podía razonar. Él era el único hombre sobre esta tierra, y esa mujer no se dignó ni a darle una palabra amable, con un mal gesto la sacó de su mente y cambiar la pieza pasó a ser la prioridad en sus preocupaciones.

El Ejecutivo cambió el color del traje a un tono fúnebre, y apartó la cortina para ver los campos de cañones que crecían hacia el sur. La principal producción del Planeta Veintitrés de Erai eran Flotas de Defensa, piezas de maquinaria pesada, y escuadrones de Auto Marines Básicos y Pesados. La Corporación había reducido al mínimo la presencia de carne en el planeta dado que era obvio que podían defenderse solos de un ataque, y ya había habido muchos, siempre rechazados con éxito.

Todos los Altos Ejecutivos tenían bajo su mando la defensa de los planetas en los que estaban destinados, millones de robots de combate y cañones automáticos se podían controlar desde aquel mismo despacho.

El Ejecutivo contempló las lejanas chimeneas troncocónicas de altura inconcebible para arquitectos de carne, blancas, ceñidas con aros dorados, los colores de su Corporación.

La historia de Erai había empezado más de quinientos años atrás, cuando un puñado de accionistas emprendedores se hizo con la licencia para la cons-



trucción de un Túnel Dendrita, nadie esperaba que aquella ampliación del Axón llevase a algún sitio, pero se equivocaron. Con calma y paciencia Erai había reunido un buen manojito de túneles aprovechando sucesivas fases de la Guerra Comercial, y seguía creciendo.

El orgullo de ser parte de todo aquel poder lo reconfortó en parte, y se dispuso a devorar el gran plato de tubérculos fritos que el Ayudante Camarero, con forma de carrito lleno de tentáculos, metía por la puerta.

Al día siguiente viajó hasta la Base Central, donde asistió al funeral de empresa, oficiado por él mismo, el Ayudante de Campo, y otro de Mantenimiento, que se llevó el pequeño ataúd hacia los hornos de fundición. Tras el accidente, quince años atrás, la propia Ingeniero Jefe había ordenado dismantelar los crematorios, instalando una cadena de montaje especializada en su lugar. Realmente esperaba acabar así. Pero al Ejecutivo no le gustó, como tampoco le gustó no haber podido comunicar su muerte. Las comunicaciones estaban cerradas, y eso solo podía significar un nuevo ataque.

—¿Por qué no me diría que se estaba muriendo? —exclamó el Ejecutivo sin esperar respuesta—, solo me ha dejado problemas.

Dio unos pasos, mirando preocupado las cajas polvorientas que se amontonaban contra las paredes. No confiaba en los Ayudantes Ingenieros que se montaban en el viejo crematorio, con esquemas tan poco fiables que no se habían implementado desde hacía siglos. Cuando la Compañía de Astilleros compró el planeta no encontró rastro de vida, pero sí enormes vetas de uranio, así que para ahorrar costes decidió usar primitivas centrales de fisión como fuente de energía. Todo dependía de las refinerías de uranio, nunca habían funcionado bien y ahora iban a quedar en manos de máquinas obsoletas.

El destacamento de Marines, tan altos como cinco Habitantes Normales, adoptó una pose marcial cuando una sirena marcó la desintegración del cuerpo en el metal líquido.

Luego la estridente sirena calló.

Al Ejecutivo le incomodó el silencio.

—Di algo inteligente —le ordenó a su Ayudante.

—¿Algo sobre la muerte? —preguntó la máquina.

El hombre suspiró:

—Di lo que quieras.

—Recuerda que eres mortal —dijo el Ayudante.



El Ejecutivo se volvió: el rostro del Ayudante estaba fijo y sus ojos un poco apagados, pese a la penumbra del ambiente. El leve resplandor amarillento de la cercana fundición comenzó a entrar por el amplio ventanal del almacén, un tren de barras de metal candente pasaba frente a ellos.

—¿Es otra de esas frases sobre la naturaleza del poder? —preguntó el Ejecutivo.

El Ayudante volvió la cabeza maquinalmente hacia él, como cada vez que abría un archivo poco utilizado:

—Antes del Emporio, cuando Vrida empezó a extenderse por sus primeros planetas, estos también fueron automatizados. Los gobernantes de esos mundos escuchaban esa frase sonorizada por un robot cuando tomaban posesión del cargo.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo que acaba de pasar?

—Ahora eres el único ser de carne que gobierna la mayor potencia militar del sector, eso te hace un ser muy poderoso, omnipotente me atrevería a decir —el Ayudante hizo una pausa—: en otras épocas tal poder hacía que algunos hombres llegaran a creerse dioses, Vrida temía que algo así podría frenar su crecimiento, por eso programó a mis antepasados, para recordar a aquellos primitivos Ejecutivos cual era su lugar en la empresa. Es una tradición que se ha mantenido.

Desde luego aquel Ayudante era un impertinente, pensó el Ejecutivo, bonita forma de remarcar lo obvio tras un funeral. Aunque en cierta forma se sintió animado.

—Y por eso dentro de dos meses llega mi relevo —replico con una desabrida sonrisa—, ya no tendrás que recordarme que solo soy polvo nunca más, tu programa se acaba aquí.

—Cierto —contestó el autómata y giro la cabeza de nuevo al frente—: el poder está en la carne, todas las máquinas de este planeta están pensadas para ser instrumentos que la sirvan, obedecemos tus órdenes, sin ellas no somos nada.

—Muy bien —afirmó el Ejecutivo satisfecho—, eso último queda mejor para un funeral —terminó, y se envolvió en su manto blanco disponiéndose a salir.

El Ayudante volvió a mirarlo fijamente, sus ojos brillaron en la, de nuevo, creciente oscuridad.

—Pero recuerda esto —dijo—: el verdadero poder se ejerce sobre seres de carne, las máquinas solo son instrumentos para alcanzar ese poder.



—Muy bien —el Ejecutivo se acomodó dentro de su envoltorio con prisa—, vamos, tenemos que preparar las defensas.

Salieron de la Base Central y se acomodaron en el tren bala monorraíl que comunicaba los antiguos núcleos de Habitantes. Ahora tenía un único vagón, acondicionado lujosamente según instrucciones del Ejecutivo.

Atravesaron lentamente la fundición y el interior del tren se tiñó de fuego. Unos gigantes brazos mecánicos terminados en manos de cinco dedos recogían bloques de metal al rojo vivo, colocándolos cuidadosamente dentro de prensas que los retorcían dándoles forma. El Ejecutivo sintió un escalofrío al pensar en la Enana disuelta en ellos, si su sueño era crecer lo había conseguido, su cuerpo se había fundió con el planeta, pronto estaría en todas partes, observándolo. El tren aceleró y dejó atrás las manos, que durante un instante se alzaron, despidiéndolo con un gesto obsceno.

Su Ayudante permanecía sentado en silencio, con las manos sobre las rodillas y la mirada perdida en el vacío, dando las instrucciones de Alerta General. Era el nodo central de otros cuarenta como él, recibían energía y órdenes a través de una red de microondas con la que se mantenían en contacto permanente, haciendo del planeta Veintitrés un cuerpo integrado.

Bajo del tren se sucedían llanuras de asfalto sembradas de baterías antiaéreas, el Ejecutivo se levantó para admirar el espectáculo a través de las ventanillas: los ejércitos recién montados forraban el suelo hasta el horizonte y las rampas de misiles se comenzaron a desplegar a sus pies, como dispuestas para revista. Respiró exultante: su producto estrella seguía cumpliendo con los requisitos de la Corporación.

La única forma que tenían las corporaciones como Erai para mantener su independencia era la inversión en investigación, mientras que el Emporio dependía por completo del espionaje industrial. Cuando éste llegaba a poner en riesgo las vidas de Ejecutivos e Ingenieros cualificados, o se contrataban ataques corsarios contra naves espía Emporiales, intervenía Seguridad Laboral y empezaba la siguiente fase caliente de la Guerra Comercial. Oficialmente para mantener la Paz Empresarial y extraoficialmente para frenar la expansión de cualquier otra empresa que pudiese amenazar alguno de sus monopolios. Eso era lo que había puesto a Erai bajo sospecha, sus sistemas de libre albedrío eran los mejores del mercado, a años luz de los esquemas del Emporio, atado a la supuesta seguridad de los obsoletos Teledroides. Vrida era débil, su monopolio sobre el Estándar de Habitantes había anulado su capacidad de adaptación, antes o después sus Ejecutivos no serían capaces de enfrentarse a alguna crisis, y entonces Erai estaría allí, dispuesta a ocupar su puesto.

El ataque llegó cuando el Ejecutivo volvía de la ducha con su bata de auténtica seda de gusano, tenía treinta iguales.



—Dos Destruyores Emporiales han salido del Túnel Dendrita y se aproximan a la órbita por el cuadrante cuatro —informó el Ayudante mientras las cortinas de acero blindaban el despacho.

—¿Clase? —pregunto el Ejecutivo relajadamente.

—El Ayudante Flota los está escaneando ahora.

—Muy bien.

El Ejecutivo se colocó un ligero gorro sensorial y se metió en la cama, todo el techo era una pantalla que se iluminó mostrando los datos del ataque. Nubes holográficas empezaron a flotar alrededor de su cabeza llenas de mapas multicolores y trayectorias en espiral. Dos naves fantasmagóricas surgieron de la pared en dirección a un etéreo globo. El Ejecutivo sonrió beatífico, aquello era como una droga.

El Ayudante de Campo lo miró desde su puesto a los pies de la cama, sus ojos parpadearon brevemente:

—Mandan pulsos de interferencia, intentan anular la integración planetaria.

—Típico —contestó el Ejecutivo, bostezando—, bien, conecta las comunicaciones por cable y manda la flota a proteger los astilleros, dejemos que se acerquen.

Contempló por un rato el lento movimiento de las naves, y se durmió.

Hacia rato que había olvidado la preocupación de la tarde, y con razón. Los Ejecutivos de Seguridad Laboral del Emporio eran tan predecibles como la gravedad, para ellos cualquier innovación encarecía los costes y tenía el riesgo del fracaso, así que repetían los mismos clichés hasta la náusea. Su monopolio sobre el Axón, que unía el sistema Vrida con el resto de su Emporio, los hacía extremadamente conservadores, además de dueños de una inmensa flota. De una forma u otra todas las grandes empresas de transporte galáctico formaban parte del Emporio y a la vez competían con él.

Siempre había sido así, desde que el embrión del Emporio, una empresa de nombre olvidado, compró el planeta Vrida y se hizo cargo de su gobierno, extendiéndolo luego fuera de él, y más allá, en sucesivas ampliaciones de capital. Todo gracias a los beneficios obtenidos de la explotación del primer túnel estelar, el Axón, que había sido descubierto accidentalmente en uno de sus laboratorios de alta energía y que hizo rentable el espacio por primera vez, dándole a su propietario el poder adquisitivo suficiente como para hacerse con los monopolios de todos los viejos estados juntos. Bajo la buena administración de sus Ejecutivos, paz, riqueza y Emporio se convirtieron en sinónimos. Fue la opera-



ción más rentable de la historia, fruto de la libre competencia, una tradición que Vrida mantendría viva. Pero que, como todo buen sistema, tenía un alto precio, materializado en la inevitable Guerra Comercial.

Después de todo Vrida era una empresa más, debía competir, como todas las demás.

Cuando millones de naves de combate saturaban el espacio, los precios caían y las corporaciones menores iban a directas a la quiebra, entonces el Emporio mandaba su Gran Armada de Abogados, se firmaban compras, ventas, absorciones, aparecían nuevas empresas, y vuelta a empezar. Siempre se repetía el mismo ciclo. Pero esta vez Erai no iba a caer en los mismos errores del pasado, las piezas de las naves estaban a salvo en los almacenes subterráneos, y los ejércitos protegidos en sus búnkeres, no los gastarían inútilmente, ni construirían mas de lo necesario, sus prioridades eran otras.

Derrotar a Vrida era un sueño al alcance de su mano.

Cuando el Ejecutivo despertó los rayos oblicuos de la lejana Gigante Roja llenaban la habitación, atravesando el oscuro holograma que representaba el planeta Veintitrés. El Ayudante seguía en su lugar a los pies de la cama, junto a la bandeja del desayuno.

—Tenemos dos Naves Nodrizas y doscientos Cruceros Tácticos Emporiales aproximándose a la órbita —dijo sin inflexiones—, durante su descanso la Flota rechazó un ataque de Acorazados de Asalto contra los astilleros, destruyó catorce forzando al resto a regresar al Túnel.

—¿Y los Destruidores?

—También destruidos, nuestra Flota a vuelto a los hangares.

El Ejecutivo extendió la mermelada sobre la tostada, sin prestarle más atención. El Ayudante continuó:

—Sus Cruceros se han detenido y se están desplegando.

—Ya —le contestó con la boca llena de migas—, esperaremos.

El Ejecutivo se hacía la manicura poco antes de cenar.

—Las Naves Nodrizas han entrado en la órbita —le informó el Ayudante— están desplegado sus bombarderos.

—Perfecto —dijo mientras se trabajaba la uña del pulgar.

El Ejecutivo se masturbaba viendo una vieja película.



—Los Cruceros Tácticos han cercado las minas del campo de asteroides —declamó el Ayudante recortándose en la pantalla—: hemos detectado haces magnéticos, planean usar proyectiles de gravedad.

El hombre resopló con fastidio:

—¡Son ganas de cortar la diversión! —se colocó su gorro sensorial y olvidó la película en cuanto el planeta se puso a sus órdenes.

En algún punto del sistema los Cruceros alineaban varios pequeños asteroides utilizando sus campos magnéticos, las grandes piedras empezaron a recorrer lentamente el despliegue en espiral, impulsadas por cada nave, dando vueltas, girando y acelerando más y más, hasta salir disparadas contra el planeta a velocidad cósmica. Era un arma infalible, ni la más potente pantalla de energía puede detener algo así.

Los misiles de largo alcance se levantaron de sus fosas a una orden del Ejecutivo, apretando los dientes los lanzó uno a uno, mientras los Ayudantes calculaban sus trayectorias.

La fila de asteroides entró dentro del campo gravitatorio, precipitándose sobre la superficie, un tiro preciso dirigido contra los titánicos montacargas que subían módulos hasta los astilleros de la órbita baja.

Las estelas blancas de los Ayudantes Misiles atravesaron el cielo como lanzas. El Ejecutivo se mojaba continuamente los labios con la lengua, tenso.

Desde una pequeña mina en la superficie del primer asteroide varios Ayudantes Obreros miraron impasibles su objetivo. Y un brillo que se aproximaba a gran velocidad, un misil.

Las cabezas perforadoras hendieron profundamente la piel rocosa, las ojivas nucleares inflamaron sus entrañas de magma, y el primer asteroide se disolvió poco antes de entrar en la atmósfera. El segundo también, con sus restos quemándose en la fricción, el tercero en una lluvia de trozos, el cuarto, no.

Falló el tiro, chocando a más de trescientos kilómetros de la columna del montacargas, devastando unos cuantos almacenes vacíos, y aunque la onda expansiva dañó sus instalaciones, la columna siguió sosteniendo el cielo.

El Ejecutivo se relajó hundiéndose en su sillón, *no es la primera vez, pero ha estado muy cerca*, se dijo, y abandonó su cerebro a un baño de opiáceos naturales. Era increíble lo que podía conseguir una sola persona.

Horas más tarde las bodegas de las Naves Nodriza se abrían descargando miles de aviones, pero ya no importaba. El ataque principal había terminado y los Cruceros se retirarían, con la energía justa para volver a casa.



—Entran por la zona abandonada, en dirección al montacargas principal —el Ayudante giró la cabeza—, van sin cobertura de cazas.

—Me conocen, saben que no responderé con aviones —sonrió el Ejecutivo con sarcasmo—, quieren demostrar que tienen una flota tan enorme que pueden permitirse el lujo de perder todos esos Teledroides sin dudarlo.

En varias partes del planeta enjambres de cazabombarderos arrasaron varias fábricas menores, antes de que una nube de misiles actuara como insecticida, abortando su retirada. En el interior de la Nave Nodriza los pilotos suspiraron viendo como sus juguetes desaparecían de las pantallas. El grupo principal dejó atrás las zonas menos protegidas, las grises alas delta entraron en el lado nocturno, volando radares y baterías hasta gastar sus misiles, y continuaron avanzando sin problemas.

—Déjales pasar —ordenó al Ayudante, para el siguiente paso disponía de un bonito botón rojo que adornaba su escritorio. Lo pulsó, apretando despacio con la uña limada de su índice.

Sonó un clic.

Los Ayudantes Cañones y Ayudantes misiles desencadenaron una tormenta de relámpagos que reventó miles de fuselajes en minutos. La tierra negra se moteó de puntos escarlata.

La blanca superficie de la leche vibraba con los estampidos cercanos, el Ejecutivo se acabó de abrochar el pijama y se la bebió saboreándola, sin prestarles atención. Aún les reservaba otra pequeña sorpresa.

Cuando los maltrechos aviones teledirigidos se acomodaban en el vientre de sus Nodrizas, los Acorazados de Erai salieron de sus madrigueras y se lanzaron sobre ellas como una jauría de pirañas. Usando proyectiles de Cuchillas desgarraron las corazas y los sorprendidos ocupantes. Una Nave caía hacia la superficie, mientras la otra lograba escapar amparándose en la política de ahorro Erai. Su Capitán sabía que no la seguirían.

Un hongo negruzco crecía donde había caído su compañera, días más tarde los Ayudantes no encontraron cadáveres, todos los ocupantes habían sido consumidos por las llamas.

Dentro de sus sábanas el Ejecutivo metió una mano entre sus muslos, recordando cuando de pequeño tenía erecciones mientras jugaba a batallas con sus muñecos.

A la mañana siguiente recibió un comunicado de empresa, el primero desde hacía meses. Sobre su cama apareció el mismísimo Vicepresidente de Erai, el Ejecutivo se tapó hasta el cuello.



—Tranquilícese hombre —dijo la cara de tez verdosa—, veo que está cómodo, así que no le importara lo que tiene que oír: no tendrá relevo.

El Ejecutivo abrió la boca para hablar, pero su superior lo cortó con un manotazo al aire:

—No conteste, llevo toda la mañana repitiendo el mismo discurso, así que no estoy de humor para preguntas. Tenemos un problema en la Luna Diecisiete, no es importante, un simple conflicto laboral, pero nos pone en una situación difícil y necesitamos tener todos los empleados disponibles. Sus Ayudantes tienen los detalles, buenos días. Corto.

El Ejecutivo dejó que los tentáculos del Ayudante Camarero le preparasen el zumo del desayuno y reflexionó sobre la noticia. La Luna Diecisiete era donde Erai tenía las Fábricas Genéticas, allí era donde se diseñaban los nuevos pilotos. Unos años antes la crisis del SIVA, una enfermedad mental que sufrían los tripulantes de los cargueros en los cada vez más frecuentes viajes a larga distancia, había obligado al Emporio a abandonar su política sobre el estándar de Habitantes y conceder varias licencias de mejora. Erai ganó el concurso con un prototipo que combinaba genes de Habitantes seleccionados con sistemas mecanogénicos que implementaban cromosomas de determinados coleópteros capaces de soportar condiciones de baja gravedad. El gran éxito de ventas que tuvo el modelo Erai había sido la causa directa de la guerra, lo último que supo el Ejecutivo antes de incorporarse al puesto fue que se preparaba una versión de combate, ¿tendría eso algo que ver?

Nunca le gustó la idea de viajar en una nave conducida por un monstruo mecanogénico, los Habitantes de Vrida tenían muy clara la línea que separaba lo normal de lo anormal y solo por necesidad toleraban convivir con una abominación, aunque la publicidad se empeñase en decir que eran personas normales. No le resultó nada extraño que hubiese problemas, estaba claro que eran seres fabricados y así debían haber sido tratados desde el principio.

Arrojó la servilleta sobre la bandeja, por culpa de ellos debía permanecer en el planeta, le gustaba su trabajo, pero no por tiempo indefinido. Se sirvió una bebida ardiente y la agitó en el fondo del vaso. Todavía no tenía mujer ni hijos, eso solo llegaría cuando cumpliera con la Corporación, las primas por servicios en las filiales garantizaban el estatus suficiente para tener acceso completo a una matriz fértil, eso compensaba la espera. La mayoría de sus amigos eran Ejecutivos como él y en Vrida solo lo esperaba alguna de sus amantes. Pronto lo olvidarían, volcó el contenido del vaso sobre su garganta, pero encontraría otras, tendría paciencia.



Muchos años después, en el centro del cráter creado por el proyectil de gravedad, se alzaba una hermosa mansión rodeada por tres lagos concéntricos de aguas cristalinas en los que nadaban bellos Ayudantes Cisne de blancas plumas y picos dorados. Separando cada lago había un anillo de hierba verde, en el más exterior crecían frondosos árboles frutales, en el más interior cuidados parterres de flores, y en el central, el Ejecutivo, luciendo barriga de cincuentón, cortaba el césped tranquilamente, arropado por jardines y setos.

Durante aquel tiempo de soledad había sacado buen partido a los esquemas encontrados en el camarote del Capitán de la Nave Nodriz: hombre culto y amante del arte, un verdadero mecenas, como todo alto Ejecutivo de los mundos sede. También se había dedicado a estudiar botánica, jardinería, e incluso ingeniería cibernética, aunque los cálculos siempre los hacían máquinas.

Sopló cansado y subió al Ayudante Góndola que lo llevó por un canal hasta la entrada de la mansión, últimamente pasaba casi todo su tiempo en la torre más alta, coronada por un salón sin paredes cuyo techo abovedado se sostenía sobre un círculo de columnas de mármol, entre ellas el Ejecutivo podía contemplar el llano de espejos que rodeaba su pequeño paraíso, dando de comer al sol artificial.

El aburrimiento le hacía sentirse más viejo de lo que era.

Se volvió al Ayudante de Campo, reluciente entre cojines.

—Tráeme las Guris —le ordenó.

Media hora más tarde dormitaba en el jacuzzi que ocupaba el centro del mirador acariciado por tres ninfas complacientes, abrió los ojos y recorrió con los dedos la curva de la espalda de la Guri que le masajeaba el torso con sus tiernos glúteos. Adoraba el tacto suave y cálido de su piel, ya no se trataba del socorrido tejido sintético, estaba hecha por millones de nanoayudantes funcionando como auténticas células, mejorando incluso el original. Ah, aquel tipo era un auténtico sibarita, debía ser un Almirante o algo así para mantener un lujo tan exclusivo. Las ninfas, de color oro, plata y rojo pasión, le estaban costando una cantidad inmensa de energía, pero valía la pena. La Guri de oro se volvió y le frotó varias veces el pecho con su esponjosa cabellera, haciéndolo ronronear como un gato. La Guri de plata se metió en el agua y lo miró ardiente.

—Sé lo que quieres —dijo, y sumergió la cabeza entre las burbujas comenzando una felación, *esto es lo bueno de que no necesiten respirar*, pensó el Ejecutivo.

Su pene se elevó y elevó, alzándose sobre las aguas, hasta que sintió el duro roce de los dientes de la ninfa, eran casi demasiado perfectas, pero no tanto. Los incisivos volvieron a arañar y la apartó de un empujón. Salió del baño eno-



jado, dio unos pasos, cogió su ropa y contempló por un instante el cielo azul creado por las radiaciones de su falso sol. Se volvió. Las Guris lo miraban hambrientas.

La rojo pasión agitó su melena negra:

—Yo sé hacerlo mucho mejor, no la necesitas —dijo feroz.

La oro se acercó gateando como una tigresa, y la plata salió del agua con un caminar insinuante, el Ejecutivo la miró mientras se ataba el cordel de su túnica de seda de gusano.

Ella lo esperaba, ansiando complacerle.

El Ejecutivo alzó el brazo y le señaló el vacío:

—Salta.

La Guri obedeció, destrozándose contra un pretil de piedra.

Los Ayudantes de Mantenimiento se apresuraron a limpiar los restos, mientras que una ventolera levantaba una nube de polvo plateado y arrastraba el pelo como una bola de suciedad.

El Ejecutivo respiró con satisfacción, estaba orgulloso de lo bien que funcionaba su planeta. La ninfa de oro empezó a chuparle el lóbulo de la oreja.

—¿Ayudante? —dijo él, dejándose tumbar entre los cojines.

—Sí, todopoderoso amo.

El Ejecutivo ignoró su impertinencia:

—Ordena a la Guri de Cobre que suba.

El Ayudante salió y él se sumergió en la orgía de masajes hasta volverse a quedar adormilado.

Cuando abrió los ojos pensó que se había quedado ciego.

Aleteó con las manos tanteando en la oscuridad, hasta tocar un cuerpo frío y rígido, palpó sus brazos, su pelo esponjoso: era una de las Guris, en posición de cuatro patas.

—¿Eh...? —puso una mano sobre el hombro de la muñeca, que se derrumbó desmadejada—, ¡eh!, ¿qué ocurre?



La tocó, palpándole los pechos, la piel había perdido toda su calidez, entonces comprendió, había perdido la energía, igual que el falso sol: se había ido la luz. Pestañeó, nunca pensó que la noche del planeta Veintitrés pudiese ser tan negra.

Bajó cuidadosamente la escalera de caracol, arrastrándose sentado sobre los escalones. En el salón principal se podían distinguir los muebles, había algo de penumbra amarillenta, se giró, detrás de una puerta había luz: la Sala de Control.

Acudió y se encontró con su Ayudante de Campo de pie, en una postura forzada, como frenado a mitad de un paso. Sus ojos parpadeaban con una vacilante luz verdosa.

—Soluciona el fallo —le espetó el Ejecutivo, nervioso.

Tras unos largos momentos el Ayudante habló con palabras tenues.

—Lo..., lo estamos haciendo, ha sido..., es...,... fallo general, afecta a todo el planeta.

El Ejecutivo paseó los ojos por la habitación, solo estaban encendidos algunos diodos y las luces de emergencia, todas las pantallas estaban apagadas.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó—, ¿cual ha sido la causa del apagón?

—Una fuga en la mina de uranio, seguida de una explosión en las refinerías, gran... —hubo una larga y tensa pausa—, gran magnitud, afectó a una de las centrales nuc..., ...pensación las otras sobrecargaron la red..., ...reacción en cadena.

—Déjalo, céntrate en el problema —el Ejecutivo caminaba dando vueltas y pensando rápido, recordando sus estudios en Vrída, buscando soluciones.

—Lo estoy haciendo —respondió el Ayudante—, los sistemas de emergen...

—Perfecto —continuó el Ejecutivo—, activa los sistemas de emergencia del cuadrante suroccidental, están en las antípodas de las refinerías, ¿has probado los del hemisferio norte?

El Ayudante permaneció mudo.

—Los sistemas que alimentan esta zona —insistió el hombre—, ¿los has probado?

Sopló al comprender su silencio. Se volvió, los ojos del Ayudante estaban muertos, y esta vez no por orden suya.



La luz se redujo hasta desaparecer.

Algo en sus vísceras le dijo que no había nada que hacer, sintió un impotente escalofrío.

Sus estudios de ingeniería sin duda le darían la solución teórica al problema, pero, ¿cómo podría hacer los cálculos sin sistemas de computación, sin Ayudantes que los pusieran en práctica? Suspiró, asombrándose de la velocidad a la que se estaba resignando. Se sentó en el suelo. Eso no podía ser, al amanecer encontraría la solución, se adaptaría, los sistemas redundantes se adaptarían, si, habría un reencendido.

Apoyó la barbilla en la palma de la mano, esperaría, de un momento a otro se haría la luz, bastaba con pensarlo. Entonces sus tripas resonaron de hambre.

En la despensa del palacete había latas de legumbres y el depósito del edificio estaba casi lleno de agua, pero ambos recursos se agotaron rápidamente, el Ejecutivo había sido un hombre acostumbrado al lujo desde siempre, tardó demasiado en renunciar al baño diario y decidirse a racionar.

Cuando por fin lo hizo desde el anillo de lagos llegaba una brisa maloliente, las bombas llevaban semanas sin funcionar y los cisnes habían tocado fondo. El poco líquido que quedaba se estancaba en los desniveles del lecho de cemento, las plantas se habían secado, y sus restos podridos flotaban en la superficie de los charcos, entre manchas procedentes de las filtraciones de las refineras subterráneas, que mantenían un silencio sepulcral.

Sin capacidad de autoreparación el depósito de agua sufrió una fuga y al amanecer el Ejecutivo descubrió horrorizado como las últimas gotas de vital elemento se derramaban por la junta agrietada. Esa noche le entró el pánico y corrió a los lagos con una linterna, no le importaba consumir las limitadas baterías, la economía había sido sustituida por los instintos. Cegados por el miedo a la extinción inminente.

Saltó al fondo reseco y busco desesperado un charco que pareciese potable, los montones de hojas caídas, esparcidas por sus patadas, revoloteaban dentro del vacilante rayo de luz como mariposas de una sola noche. Hasta que al fin la vio: una lámina cristalina a la que llegó tropezando. Hundió las manos en ella y bebió a bocados.

La diarrea lo despertó del todo, sin tiempo para salir de la cama convirtió las sábanas en un lodazal. Trató de tomar algún mendrugo de pan seco para desayunar, pero las náuseas se lo impidieron. Por la tarde llegó la fiebre, bajo tembloroso a la enfermería donde jugaba a médicos con las Guris. Abrió el congelador donde guardaba las dos únicas cajas de antibióticos de alta potencia de todo el planeta: un pozo oscuro. Los había sintetizado por diversión



hacia años, estarían estropeados por la temperatura, caducados, solo lo empeorarían. Cerró de nuevo la pesada tapa.

En sus delirios nocturnos se le apareció la Enana en la oscuridad, un monstruo mecanogénico de ojos vidriosos, pequeña como un insecto, imprescindible como un Ayudante.

—Sé lo que quieres —le dijo con voz metálica.

—Arréglalo, arréglalo —imploro el hombre manoteando sobre el pestilente colchón.

No podía recordar como era el rostro de la Enana, eso le angustiaba, su rechoncho cuerpo creció hasta llenar toda la habitación, pesado, duro, asfixiante.

—Yo sé hacerlo mucho mejor —dijo la enorme cabeza desde el vacío—, no te necesito.

En Ejecutivo se incorporó sudoroso, el cuarto daba vueltas, y salió al balcón, donde cayó, mareado, sobre la baranda.

—¡Salta, salta, salta! —resonaba en su cerebro.

El amanecer lo descubrió acurrucado junto al pretil donde se estrelló la Guri, mirando con ojos desorbitados el polvo planteado que se acumulaba en los rincones, preguntándose como seguía vivo. Se levantó con esfuerzo, pero al punto se encorvo en cuclillas en otro espasmo, las heces se derramaron a través de las perneras del pijama, fluyendo por delante de su rostro demacrado.

—Tenías razón, no soy un dios —murmuró recordando vivamente a su Ayudante. Apoyó la espalda contra el muro, decidido a esperar la muerte, y perdió la mirada en el mar de espejos, su reflejo desprendía una lúgubre claridad.

Entonces lo supo.

El Ayudante de Campo tenía razón, sin Enana, sin Habitantes de carne había perdido todo su poder. En aquel planeta los Ayudantes no eran un simple complemento, eran todo. Se suponía que las máquinas ayudaban a vivir, no que la vida tuviese que depender de ellas. Estaba realmente solo, muerto en vida, pero la lucidez se resistía a abandonarlo. *El hombre necesita un sistema que lo mantenga*, resonaba en su cabeza, sin él no es nada, solo con su voluntad no es nada. Nadie puede sobrevivir en una isla desierta, sin nadie con quien hablar, sin nadie a quien pedir ayuda, enloqueciendo como pilotos con el SIVA, perdidos en el vacío del espacio, en mitad de la nada. Sin Vrida, sin Emporio, sin depender de toda una sociedad no se puede ser libre. *Está claro, pensó, si dependes de todos eres más libre que si dependes solo de tus propias manos.*



Pasaron horas hasta que levantó un brazo y señaló al otro lado del océano.

Había recordado algo que había más allá del mar de espejos: una pequeña refinería de aceite de oliva industrial, con un depósito de agua destilada, pintado de verde.

Se tragó en seco los antibióticos y analgésicos, dañándose la garganta. Alguien tuvo que funcionar ya que por la tarde se sintió lo bastante fuerte. Su pequeña silueta atravesó el mar de cristales enrojecidos por el sol gigante, y gritó cuando su linterna iluminó la pila de latas de aceitunas en conserva.

Comido y bebido ideó la siguiente parte del plan, la que le inspiraban unos instintos seguros de sí mismos de nuevo. Lo enviaban a los invernaderos subterráneos, situados a más de doscientos kilómetros al norte, su deber era intentarlo.

Llenó varias botellas de agua, volvió a la mansión, hizo un hatillo con algunas cosas más y partió hacia el horizonte.

Tras un viaje de dos semanas el Ejecutivo al fin alcanzó su objetivo, sucio, sin agua y con la ropa rota, después de atravesar los inhóspitos almacenes durmiendo en contenedores. Ignoró los invernaderos microclimáticos donde sabía que las hortalizas ya estarían muertas y agujoneado de nuevo por la sed corrió a las piscinas hidropónicas. Estaban secas, busco desesperado entre las hileras de árboles agonizantes, tratando de encontrar alguna bomba manual o un sistema de drenaje, dándose de bruces con otro pestilente cenagal. Sintió como su esperanza se volvía a desvanecer. Se revolvió desesperado, del techo colgaban los Ayudantes de Recolección, congelados en mitad de su tarea, con frutas ennegrecidas entre sus dedos.

El Ejecutivo volvió a pensar en la siniestra ironía de la palabra Ayudante, sus ojos, a punto de abandonarse a las lágrimas cayeron sobre uno de ellos, una estatua que podaba una rama con una sierra mecánica..., una sierra mecánica que usaba combustible sintético. Se la arrancó de las manos, la encendió con un rugido, cercenó el cable del que pendía el robot de un golpe, lo descuartizó y le sacó el generador con sus propias manos.

Tras sudar una hora apretó con los dientes las conexiones que unían las piezas de la sierra con las del Ayudante y sorbió de un tubo, cuando el combustible le quemó los resecaos labios escupió y lo conectó al depósito. Miró expectante su creación: un rudimentario generador eléctrico. Cerró el tapón de rosca tembloroso, se levantó y lleno de dudas tiró del cable de arranque. La máquina empezó a traquetear y el taller se llenó de humo negruzco. *Sí, la electricidad es limpia y este trasto apesta, pero funciona*, pensó. Unió el trasto a las bombas de agua y bebió de nuevo hasta hartarse.



Días más tarde una columna de humo negro se elevaba sobre la achatada torre de observación que era su nueva casa. Había construido varios generadores más usando todos los motores de explosión que encontró, no hacía más que felicitarse a sí mismo por decidir años antes que esa era una buena forma de aprovechar el subproducto de la fabricación de lubricantes. Los había conectado a varios sistemas hidropónicos así que al menos tenía el alimento asegurado, con el mayor había cargado las baterías auxiliares de un Ayudante Cañón Antiaéreo por lo que también disponía de aire acondicionado y agua caliente. Sacó la bata de seda del hatillo y se la puso, la cafetera silbó y se sirvió el líquido hirviente, mientras esperaba que se enfriase contempló las columnas de humo que surgían de los invernaderos del nivel superior, y por un instante recordó cuando el planeta estaba encendido. Tenía buenas razones para sentirse satisfecho, pero no lo estaba, lo único que había conseguido era demostrar otra vez su absoluta dependencia de las máquinas, las palabras del Ayudante de Campo seguían atronando en su cabeza una y otra vez, las cosas nunca serían como antes. Solo se había asegurado de sobrevivir hasta el inevitable final.

El Ejecutivo se miró los dedos llenos de arañazos, se había comportado como un animal, un animal que instintivamente había construido máquinas, herramientas. Un animal tecnológico, que no puede huir de sí mismo, que no puede evitar depender de las máquinas. Siempre habría Emporios, serían necesarios sistemas defectuosos y Enanas deformes para mantenerlos, dedicándoles su vida pese a todo.

La barba y los largos cabellos rozaban su cintura cuando llegó el siguiente ataque, lo despertó el estruendo de los aviones y rápidamente se cubrió con su raída tela granate, gateó hasta el observatorio de la torre y atisbó bajo los inútiles ojos electrónicos del Ayudante Cañón. Esperaba oír explosiones a continuación, pero cuando se apagó el rumor de los motores, se encontró con un silencio absoluto, aguzó el oído sin comprender. Sus instintos animales lo habían obligado a vivir durante dos años más, pero ya era momento de acabar de una vez con el aburrimiento, ¿a qué esperaban?

En el horizonte aparecieron las aplastadas siluetas de dos Naves Nodrizas, se aproximaron lentamente, flotando de una forma que se le antojó nerviosa y dubitativa. El Ejecutivo se imaginó el desconcierto de los oficiales al no encontrar la habitual tormenta de fuego y misiles, debían estar tomando mil precauciones, esperando un ataque sorpresa que nunca podría llegar. Rápidamente lo entendió, aquellos pilotos debían haber transmitido que el planeta estaba apagado, en cuanto se recuperasen de la sorpresa lo ocuparían sin problemas, no hay necesidad de disparar cuando se puede conseguir algo gratis.

Debía asustarles bastante no encontrar nada a que apuntar. Nada menos él, claro, durante un momento el Ejecutivo sintió en las manos un cosquilleo



que pedía a gritos agarrar el cañón para reventar esas gordas Naves que llenaban el punto de mira.

Pero en su lugar sonrió resignado, con el sistema apagado no hay libre albedrío que valga. Podría suicidarse saltando de la torre, pero ¿qué ganaría con ello?, de todas formas su vida estaba acabada: si sobrevivía al juicio de empresa del Emporio sería expulsado de la Corporación por haber permitido el apagón, la competencia jamás aceptaría a alguien incompetente, y el Mercado técnico no admite tecnócratas fracasados mayores de cincuenta. Sin posibilidad de trabajo sería descatalogado y declarado Habitante Especial. Pensó en la lástima que todos sentían por la Enana, hasta el mismo, siendo la única hembra en años luz. Ninguna mujer puede amar a alguien digno de lástima, *la carne no está tan loca*, se dijo. Así que lo único que tenía que hacer para estar técnicamente muerto era dejarse llevar, a partir de aquel momento dependía de los favores de los demás.

Un Teledroide de tres metros derribó la puerta, arrasando su pequeño hogar laboriosamente construido, y lo apuntó con un cañón del calibre de su cabeza. Por suerte el tipo que lo dirigía desde las entrañas de la nave tuvo el reflejo de no disparar. El Ejecutivo se encogió de hombros, después de todo su vida tampoco había cambiado tanto.

Años de soledad le habían enseñado a permanecer callado y se dejó guiar como un corderito por dentro de la Nodriza, lo tomaron por síquicamente anormal y ni siguiera lo esposaron, dejándolo olvidado junto a una claraboya mientras un equipo de técnicos Emporiales bajaba a la superficie para tomar posesión de su nuevo planeta. No sabía que harían con él, después del apagón obviamente no se lo quedarían, tal vez lo sacarían a subasta o lo revenderían a bajo coste, quizá como chatarra.

Se dio cuenta de que un joven oficial de uniforme esmeralda le estaba hablando, con un esfuerzo le prestó atención.

—...no tendrá juicio de empresa —le estaba diciendo—, la Corporación Erai presentó suspensión de pagos, ahora es parte del Emporio, las cosas han cambiado un poco mientras usted estuvo sin luz, señor.

—¿Cambiado? —preguntó el Ejecutivo, de repente cayó en la cuenta de que pese a su juventud el tipo tenía todo el aspecto de un curtido veterano, miró a su alrededor, todo tenía el aspecto de llevar mucho tiempo en penosa campaña, debía ser la peor guerra comercial de la historia, se imaginó.

—Si, señor —continuó el joven—, usted estuvo tanto tiempo ahí solo porque su Corporación trató de contener sola el problema.

—¿Qué ha ocurrido? —viejos recuerdos volvieron a su mente.



—Una huelga, señor, una huelga. Los pilotos del modelo Erai ocuparon las fábricas de la Luna Diecisiete, y luego de varias otras, están creando una inmensa flota, a estos no los frenan criterios económicos —sonrió tristemente—: es una revolución, señor.

El Ejecutivo dejó de escucharle, la palabra mecanogénico cruzó inmediatamente por su cabeza, pestañeó: ¿una revolución? Esa no era la mejor forma de definir lo que le contaba, lo que realmente pasaba era algo que aún no tenía nombre. Máquinas que cumplen las leyes de la carne, *es imposible controlar el libre albedrío de un ser así*, pensó. Pronto el Emporio iba a pasar por su misma experiencia, pronto los Habitantes Normales sentirían el universo desvanecerse bajo sus pies y tomarían conciencia de que la independencia no existe.

Y recordó la textura del gorro sensorial entre sus dedos.

© Germán Núñez López

GERMÁN NÚÑEZ LÓPEZ: nació en 1974 en Barcelona, España. Inició la carrera de Historia, aunque no llegó a acabarla, completando en créditos el equivalente a tres años. Tras el cambio de siglo hizo dos master de guión, uno para cine y otro para TV. En ellos se reafirmó en la escritura y comprendió que podía dedicarse a lo que mejor sabe hacer: ordenar los pensamientos de su calenturienta cabeza y plasmarlos sobre el papel. Confía que el futuro le depare poderlos plasmar sobre una pantalla.



CONDENADOS A VIVIR

por José Carlos Canalda Cámara

La ciencia-ficción es un campo abonado para narrar sociedades distintas, o expresar nuestro asombro ante la forma de concebir la vida que tienen dichas sociedades. Y es que no siempre los demás tiene por qué pensar como nosotros.

A lo largo de mi dilatada vida profesional he tenido ocasión de visitar muchos más planetas habitados que la mayor parte de la humanidad; podría, pues, con toda facilidad relatar mis experiencias como viajero por toda la variopinta extensión del universo colonizado por el inquieto hombre. Pero yo no soy escritor sino tan sólo un sencillo comerciante, y lo mío no es narrar mis aventuras sino comprar y vender cualquier tipo de mercancía que me pueda permitir ganarme honradamente la vida; por ello, les aseguro que este relato que tienen ahora en sus manos será la única excepción a mi tradicional regla de ver y oír mucho pero hablar poco.

Y es que, a pesar de estar más que habituado a recalar en mundos de lo más exótico, y a pesar también de que estoy acostumbrado a encontrarme ante situaciones que asombrarían a la mayoría por lo extraño de las mismas, no hubo por menos que sorprenderme lo que tuve ocasión de conocer en Alteya, un remoto mundo perdido en los difusos límites del Orbe. Como fronterizo que es, Alteya prometía presentar las peculiaridades típicas de estas sociedades en todos los sentidos lejanas; pero la singularidad de sus estructuras sociales, insólitas en un planeta de sus características, hace de Alteya un caso único en todo el conjunto no ya de la Federación, sino inclusive de la totalidad del universo habitado.

Para empezar, Alteya no es un mundo nuevo sino muy antiguo, ya que fue colonizado durante la primera Gran Emigración que precedió a la expansión del desaparecido Imperio. Como en tantos otros mundos explorados y habitados en aquella lejana época, sus pioneros provenían básicamente de los grupos disidentes que huyeron de la férrea dictadura implantada entonces en la Tierra partiendo en busca de unos nuevos horizontes y, fundamentalmente, de una libertad que aquí les era negada. Sin embargo, y al contrario de lo que hiciera la mayor parte de los emigrantes de esa época, todos los cuales acabaron recalando en planetas cercanos, los primeros colonos de Alteya prefirieron internarse en las desconocidas profundidades del cosmos viajando incansablemente hasta donde sus destartaladas astronaves les permitieron para, finalmente, rendir viaje en este Finisterre galáctico más allá del cual sólo se abría lo desconocido.



¿Por qué obraron así? Nadie en Alteya conocía la respuesta, pero es muy probable que todo obedeciera a un inconsciente deseo de alejarse lo más posible del planeta del que habían huido para siempre. Lo cierto fue que, premeditadamente o no, estuvieron acertados en su decisión, ya que poco después de su huida el recién fundado Imperio Terrestre comenzaba una política de expansión que acabaría engullendo todas aquellas colonias que habían tenido su origen precisamente en un rechazo a su soberanía. Alteya, gracias precisamente a su lejanía, fue la única que se vio libre durante siglos de la ambición expansionista del ya rebautizado como Imperio Galáctico, lo cual le permitió desarrollarse sin cortapisas su propio proyecto de sociedad. Por ello, cuando los omnipresentes cruceros imperiales llegaron al fin a su sistema estelar, la inevitable anexión al vasto estado terrestre no pasó de ser una mera formalidad legal.

Sí, Alteya era teóricamente una provincia más del Imperio, pero su lejanía y su escaso valor estratégico y comercial motivaron que tal dependencia política fuera, en la práctica, mínima: un gobernador imperial más interesado en salir de ese rincón del universo que en imponer la autoridad del emperador, una reducida y aburrida guarnición sin nada que defender, y un planeta por último con una población lo suficientemente evolucionada y madura como para ser tanto impermeable a las influencias terrestres, como lo suficientemente inteligente como para no dar a sus nuevos amos la menor excusa para romper el para ellos tan cómodo *status quo*. De esta forma todos quedaban satisfechos y el planeta continuaba siendo, de hecho, el dueño de sus propios destinos.

Por esta razón, cuando el imperio colapsó en Alteya las cosas cambiaron muy poco. Los escasos retazos imperiales presentes en su suelo se apresuraron a marcharse de allí sin que nadie los echara, con lo que el planeta se vio de nuevo formalmente independiente. Gracias a su secular aislamiento, el hundimiento político y cultural que trajo como consecuencia la larga y oscura Edad Media no afectó prácticamente nada a un planeta que, acostumbrado desde siempre a valerse por sí mismo, fue uno de los pocos rincones del Orbe que no experimentaron entonces un retroceso en su cultura.

Cuando pasados varios siglos la humanidad logró salir del marasmo en el que había estado sumida, los lazos rotos por el gran interregno comenzaron a ser anudados de nuevo, si bien lo fueron de una manera completamente distinta a la anterior; no en vano había escarmentado con los errores de antaño. No hubo, pues, un Segundo Imperio que muy pocos planetas habrían aceptado, sino una flexible confederación que, con el nombre de Nuevo Orden, se impuso como premisa fundamental el respeto de los derechos y las peculiaridades de cada mundo por separado. La fórmula se reveló afortunada de modo que, tras un período de tiempo relativamente breve, prácticamente todo el vasto territorio que el antiguo Imperio había conquistado a sangre y fuego se vio de nuevo pacíficamente reunificado por el Nuevo Orden, esta vez por propia voluntad de sus integrantes. Alteya no fue ninguna excepción y ahora era un miembro más del Gran Consejo Estelar, con los mismos derechos y deberes que el resto de



sus integrantes pero, y esto era lo fundamental para sus habitantes, conservando intactas su autonomía y su idiosincrasia.

Una de las huellas más indelebles de los Siglos Oscuros fue la evolución aislada de todas y cada una de las diversas regiones habitadas del universo, lo cual quebró la antigua uniformidad imperial trocándola en una variopinta diversidad que hacía de cada planeta algo singular y diferente del resto. Alteya, obviamente, no sólo no fue ninguna excepción sino que, poseedora de una marcada identidad y de una sociedad completamente madura ya con anterioridad al hundimiento de la antigua civilización, experimentó durante esa época de aislamiento total, que no de colapso cultural en su caso, una notabilísima evolución que sirvió para acrecentar su ya notable singularidad hasta hacer de ella un caso único en todo el universo.

Y aunque ahora su exotismo era aceptado y respetado, su notable divergencia con las pautas más comunes en los planetas del Orbe seguía marcando su relativo aislamiento con respecto al resto de la confederación; a pesar de que no existían trabas de ningún tipo que lo impidieran, ni los ciudadanos de otros planetas se encontraban demasiado cómodos en Alteya, ni los alteyanos mostraban el menor interés en abandonar su planeta natal. De hecho, tan sólo los diplomáticos de ambas partes y algunos escasos comerciantes apátridas como yo, ninguno de los cuales era nativo de Alteya, rompíamos en la práctica esta barrera. Y no es que la sociedad alteyana fuera hostil con los visitantes; muy al contrario, los alteyanos eran exquisitamente amables y educados con todos nosotros, dando todos ellos sin excepción una gran importancia a las reglas de la hospitalidad... Pero ocurría que eran demasiado diferentes como para que nadie procedente de otra cultura, incluso si se trataba de alguien tan desarraigado y cosmopolita como un comerciante, pudiera encontrarse cómodo entre ellos.

Por esta razón los contactos entre ambas culturas eran mínimos, aunque en modo alguno fríos; de hecho, yo tenía varios buenos amigos en el planeta incluyendo a mi propio agente comercial, y no puede decirse que lo pasara nada mal en mis poco frecuentes viajes al mismo... siempre y cuando éstos no se alargaran demasiado. Aun siendo unos excelentes anfitriones, los alteyanos eran lo suficientemente extraños como para sentir una inexplicable sensación de ahogo cuando te zambullías lo suficiente en su mundo.

A pesar de todo, yo los admiraba. Pocos lugares había en todo el universo habitado en los que una sociedad hubiera alcanzado mayores cotas de madurez y de prosperidad... los alteyanos eran felices en su mundo, y no había la menor razón para exigirles que renunciaran a ello.

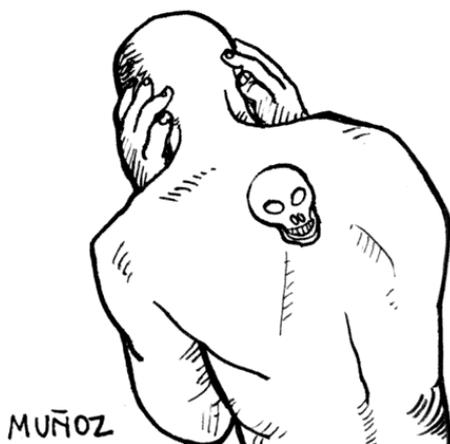
Pero me estoy extendiendo demasiado al tiempo que me desvío de mi propósito original, por lo que renunciaré a continuar describiendo las múltiples peculiaridades de este planeta, por otro lado suficientemente divulgadas ya,



para centrarme exclusivamente en el punto que tanto me llamara la atención. Ya he comentado anteriormente el gran desarrollo social del planeta, pero lo que todavía no he dicho es que éste llevó siempre pareja una activa investigación científica y técnica que ha hecho de Alteya uno de los lugares más prósperos de todo el Orbe. Cuando el Nuevo Orden restableció las largamente interrumpidas relaciones entre los distintos planetas los alteyanos, que jamás fueron egoístas, compartieron generosamente sus tesoros científicos con todos los que lo necesitaron, lo que contribuyó no poco al apuntalamiento de la todavía frágil recuperación económica. Sin embargo, hubo algunas tecnologías que se negaron rotundamente a revelar alegando, y no sin razón, que la humanidad todavía no estaba preparada para recibirlas.

Una de ellas, sin duda la más trascendental de todas, fue la de la inmortalidad o, por hablar con mayor propiedad, la de la prolongación indefinida de la vida humana. Entiéndase bien: los alteyanos compartieron desde el primer día todos sus conocimientos acerca de la prevención de la vejez y la supresión de las enfermedades relacionadas con la misma, gracias en buena parte a los cuales los humanos vivimos hoy muchos más años, libres además de las desagradables secuelas de las que hasta entonces estuvieran aquejados los ancianos. Pero, añaden ellos, el hombre es un ser mortal y en su condición de tal debe morir, ya que de no ser así nuestras mentes jamás asimilarían el hecho de vivir eternamente sin sufrir trastornos irreversibles.

De hecho, tampoco ellos aplican de forma generalizada esta práctica a su población la cual, de esta manera, no tiene en promedio una longevidad mayor que la de cualquier otro humano nacido fuera de Alteya. Tal práctica está reservada exclusivamente para algunos casos excepcionales, concretamente para aquellas personas tales como artistas, científicos o gobernantes de singular valía cuya muerte natural hubiera causado un grave perjuicio a la sociedad de su planeta; sólo en estas circunstancias les es permitida una prolongación artificial



de su existencia, la cual nunca es indefinida sino limitada hasta que el propio interesado estima que ya ha cumplido de forma completa con su misión. Es entonces cuando les es retirado el tratamiento falleciendo éstos dulcemente, lo que es interpretado por todos y por los propios afectados como un premio a la par que como un merecido descanso.

Una única excepción hay esta regla, la cual tuve ocasión de conocer por pura casualidad durante mi último viaje a Alteya; porque si bien no es secreta para los extranjeros, —ningún secreto hay, de hecho, en el planeta— sí que es llevada a cabo con una discreción absoluta; pero para poder explicarla, he de realizar antes un pequeño inciso. En Alteya la



delincuencia, esa plaga que azota a tantos planetas incluyendo a la vieja y despreocupada Tierra, es en contraste algo casi desconocido. Esto no quiere decir que no existan delincuentes, sino que éstos son tan escasos en número que, reuniendo a todos ellos, sería imposible llenar una sola prisión de nuestro mundo... Si existieran sus equivalentes en Alteya, circunstancia que no ocurre.

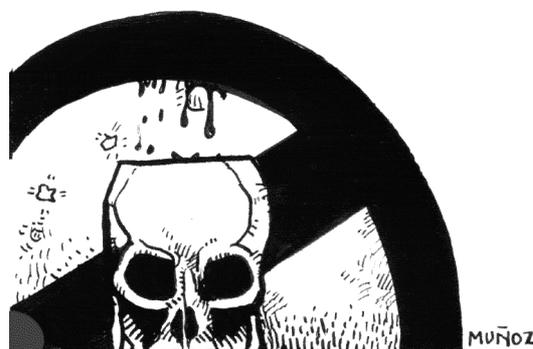
¿Qué hacen entonces los alteyanos con los que allí cometen un crimen? Bien, los detienen y son juzgados, con una severidad únicamente comparable a lo antisocial de su comportamiento en un lugar tan pacífico y respetuoso con sus ciudadanos como es este planeta. Acto seguido son condenados a la única pena existente en sus leyes, la de vida.

Sí, la de vida; porque, por sorprendente que pueda parecer a cualquiera que no sea alteyano, los criminales no son allí condenados a morir, sino precisamente a lo contrario: a no morir durante un largo período de tiempo que siempre es proporcional a la magnitud del delito cometido. Por lo demás, los convictos quedan completamente libres para seguir viviendo exactamente igual que lo hicieran antes.

En contra de lo que pudiera parecer esta condena a no morir, lejos de ser una liberación es en Alteya un gravísimo castigo, porque la filosofía imperante en el planeta, de la cual están imbuidos sin excepción todos sus pobladores, considera vacía y despreciable toda prolongación artificial de la vida que no esté justificada por una buena causa. Por eso los alteyanos reciben siempre con calma y satisfacción a la muerte cuando estiman que su trayectoria vital está ya culminada, y por eso no puede haber mayor castigo para ellos que el verla prolongada sin que exista una razón tal como ocurre con los prohombres.

Nada hay más patético que ver a un antiguo criminal arrastrando tristemente su condena; porque si bien éstos no son ni discriminados ni rechazados por sus compatriotas, y aunque el castigo es aplicado con tal discreción que nadie salvo sus más íntimos conoce su desgracia, los condenados sienten tal sensación de vacío, tal necesidad imperiosa de morir, que para ellos es una auténtica liberación la llegada del fin de su pena, la cual puede alcanzar en ocasiones una duración de varios siglos.

Podrían suicidarse, por supuesto, y sin duda todos nosotros lo haríamos de encontrarnos en su situación; pero el alteyano es un pueblo que tiene tan arraigado el sentido de la moral y de la justicia, que jamás a ningún condenado se le ocurriría hacerlo aun habiendo llegado a su máximo grado de desesperación. Los penados son tan plenamente conscientes de su culpa y de su obli-





gación de cumplir con la totalidad del castigo que les ha sido impuesto, que jamás se ha dado el menor caso de nadie que no la haya cumplido escrupulosamente hasta el final.

¿Sorprendente, verdad? Y, por supuesto, aleccionador. Lo único que me inquieta desde que lo supe es lo siguiente: ¿Por qué no podríamos ser todos nosotros como los alteyanos?

© José Carlos Canalda Cámara

JOSÉ CARLOS CANALDA (Alcalá de Henares, España, 1958) es doctor en Ciencias Químicas por la Universidad de Alcalá de Henares, y trabaja en un instituto del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.) en Madrid. Aficionado a la ciencia-ficción desde muy joven, cultiva tanto la vertiente del ensayo como los relatos.



Fanzine de Fantasía, Ciencia-Ficción y Terror:

<http://theplague.ci-fi.com/>



Golwen

Revista Literaria

Cuentos de todos los Géneros. Artículos. Reseñas.

<http://webs.sinectis.com.ar/mcagliani/golwen.htm>

Suscripción: golwen-alta@elistas.net



EL HEREDERO

por Carlos F. Castrosín

La ciencia-ficción está intrínsecamente ligada al género de terror desde sus orígenes. Carlos F. Castrosín combina ambos géneros en este relato para mostrarnos los horrores que pueden provenir del espacio exterior.

Cayó del cielo, rasgando la oscuridad de la noche. Destrozó una bandada de pacíficos *flotadores* y atravesó las sucesivas capas de nubes, hasta que se hundió, violentamente, en el cieno.

Ramírez sabe que están ahí fuera. Sus ojos se mueven, nerviosamente, de las ventanas a los pequeños monitores de color azul. De vez en cuando se vuelve y mira a la escotilla que tiene detrás, su última defensa. Y suda. Suda y está dominado por el terror.

De repente, uno de los monitores, con un *fzzz* que ya conoce, se queda ciego. Maldice en voz baja. Con rapidez, dirige el resto de cámaras hacia la que ha sido inutilizada.

No hay nada. Únicamente la baliza con la parte superior destrozada. Y la niebla. La eterna niebla de Gleestra.

Ramírez cambia la posición de las boyas que quedan, formando un triángulo alrededor de la lancha, y sigue esperando dentro de la torreta acorazada, apretándose un poco más contra la culata del fusilametrallador.



La frente la tiene empapada de sudor, los guantes parecen una segunda piel de lo pegados que los tiene. Mueve el puesto con precipitación hacia la derecha. Durante un instante le ha parecido ver una silueta amarilla, aleteando entre la espectral bruma... Pero ya no hay nada. Sólo el espeso banco de nubes que le rodea...

El paisaje siempre es el mismo, las tomas diferentes. Las imágenes que mandan cada una de las boyas cambian de continuo, las microcámaras que llevan implantadas se mueven de un lado para otro, automáticamente, hacia



cualquier movimiento detectado por los sensores. Pero la condenada niebla *los* protege.

Y lo quieren a él.

Un escalofrío le recorre la espalda.

Hace ya doce horas que han dejado la base, Ramírez cae en la cuenta, viéndose de nuevo en la camareta, desperezándose, fumando un cigarrillo de eslowe, en tanto se vestía y miraba por la ventana, buscando el cambio de luminosidad en el techo nuboso. Cuando, con un chillido irritante, la alarma empezó a sonar.

Rápidamente, se preparó una lancha que partió en seguida. Mientras se alejaban –recuerda ahora Ramírez–, se había quedado mirando el extremo de la antena de transmisiones, observando la manera en que se perdía entre las nubes, como si presintiese que iba a ser la última vez que la contemplara.



La capa de nubes. Apenas a veinte metros de ellos. Era la más cercana al suelo gleestriano. Durante cinco kilómetros estas formaciones de cúmulos ocupaban gran parte de la atmósfera, impidiendo la visión del terreno y, por supuesto, el desarrollo normal de la guerra con los kloog. Las comunicaciones eran poco nítidas, sufrían frecuentes interrupciones, debido a las terribles tormentas eléctricas que arrasaban el planeta.

Superando a duras penas los treinta kilómetros por hora en los tramos más claros, la lancha proseguía su desplazamiento. Los bancos de niebla se interponían con frecuencia, rodeándolos unas veces, cubriéndolos otras. De vez en cuando, sobresalían de la superficie pantanosa enormes cactus de color gris, de más de cinco metros de altura y casi uno de diámetro, ofreciendo sus grandes flores de pétalos alargados como reclamo a las atrevidas collambees.

Un enjambre de balizas automáticas acompañaba a la nave, protegiéndola en su recorrido, a más de doscientos kilómetros de distancia, hacia un punto perdido al noroeste. Entre tanto, el suave ronroneo del motor era el único sonido sobre aquel monótono panorama. Gleestra era un pantano gigantesco. Cie-



no, niebla y silencio eran las características más relevantes de aquel mundo crepuscular.

Llegaron a una zona mucho más compacta. La profundidad del terreno disminuía hasta los sesenta centímetros. La lancha tuvo que reducir su velocidad.

Por encima de ellos, las oscuras nubes corrían con gran ligereza, dirigiéndose al centro de la tormenta que se estaba iniciando a un kilómetro, a estribor.

Comenzó a caer un aguacero. El suelo burbujeaba, parecía hervir. Hacia la derecha, se veía el resplandor de los relámpagos. De pronto, el capitán lanzó una maldición, señalando con una mano: más allá de la proa, se aproximaba un espeso banco de niebla.

Ramírez creyó poder leerle los pensamientos que en ese momento cruzaban por su mente: si ya era suficientemente lento y difícil el camino, con la pesadez del terreno y con la tormenta eléctrica, ahora se complicaba con aquella nueva dificultad. Por eso no le extrañó que no se desviarán, que siguieran de frente, arriesgándose a meterse en el banco de niebla.

Era como estar en otra dimensión, dentro de una cueva, rodeado de aquella nebulosa blanca. Todavía Ramírez no acertaba a adivinar el porqué de tanta urgencia por llegar a ese lugar misterioso del que apenas habían sido informados.

De improviso, como un latigazo, un apéndice verdoso de un xicrofegges enganchó por la garganta a Tokeshi y tiró de él, llevándoselo al interior de la bruma, en un visto y no visto.

Aún no habían reaccionado, cuando la lancha chocó con algo. Osciló, haciendo que dos hombres cayeran al lodazal. Ambos intentaron incorporarse, pero otros dos brazos con ventosas salieron instantáneamente de la nada, agarrándoles y tirando de ellos hacia dentro.



Ramírez giró con celeridad la torreta y comenzó a disparar, alcanzando a uno de los tentáculos, que, con un estampido, reventó violentamente. El soldado, cubierto de un líquido plateado, quedó liberado de su atadura mortal.

Una boya indicó la situación del otro desaparecido. La torreta-ametralladora y el resto de la patrulla comenzaron a disparar, en esa dirección, desde la cubierta.

A los pocos segundos, una segunda explosión retumbó, anunciando la muerte del xicrofegges. Recogieron al caído del cenagal y se acercaron, muy despacio, hacia los restos de la planta carnívora.

Trozos de tentáculos aún se retorcían en el fango. La gran vejiga estaba completamente abierta, reventada. Podían verse en su interior, entre cilios rojizos, restos humanos que todavía no habían sido digeridos, mientras la savia de color plata caía, formando grandes manchas sobre el barro.

Igual que un cuchillo, la lancha fue desgajando la bruma.

Era como salir de una telaraña gigante. La tormenta eléctrica hacía rato que había acabado, pero el aguacero continuaba cayendo con el mismo tesón.

A su espalda, Ramírez sintió que se abría la portezuela. Mladenovic, apoyándole una mano en el hombro, le reemplazó en la torreta.

Nada más terminar, en cuanto dejó su puesto, Ramírez dio un sorbo al humeante café que sus compañeros le ofrecieron. Casi le abrasó la garganta. Se quedó mirando, en silencio, los círculos concéntricos que se formaban en el fondo de la taza. Cuánto deseaba fumarse un cigarrillo de eslowe y sentir el efecto tranquilizante de la droga en su cerebro. Al cabo de unos segundos, levantó la barbilla y se quedó observando, uno a uno, a sus compañeros. Una pregunta le vino a la cabeza: habían comenzado ocho, ¿cuántos volverían?

El contador digital señalaba que habían recorrido ya ciento noventa y nueve kilómetros. En apenas diez minutos habrían llegado, por fin, al lugar de destino, les acababa de explicar el capitán, repitiendo, recordándoles con voz ronca que esta misión era de máxima seguridad: debían encontrar y recuperar lo que quedara de una aeronave que había caído allí, hace unas once horas.



Se suponía que era un transporte enemigo, ya que, cuando iba a aterrizar en aquella zona recóndita de Gleestra, prácticamente, a la vez, un crucero de combate kloog salía, en esa misma dirección, de su base más próxima.

—Además —decía el capitán—, se había comprobado que ninguna aeronave terrestre aparecía registrada, realizando vuelos sobre esa parte del planeta.

Desde el Alto Mando tenían gran interés en recuperar estos restos. Creían poder avanzar con ello en el estudio y conocimiento de la desconocida cultura kloog. Y, por consiguiente, en esta condenada guerra.

Swartz avisó, señalando hacia la izquierda. Entre la bruma, se empezó a recortar la silueta del crucero de combate kloog. Se les habían adelantado, dijo alguien, apagando el motor y acercando la lancha en silencio.

Los detalles empezaron a delimitarse. La embarcación kloog estaba destrozada, parecía vacía y se inclinaba con tristeza hacia un lado. Dos hombres saltaron desde la lancha a su interior. El crucero kloog se balanceó peligrosamente sobre el fango. Un silencio aterrador lo rodeaba todo. Había puertas arrancadas, ventanas destrozadas, trozos de los mamparos esparcidos por todo el piso. En medio de la cubierta encontraron varias manchas oscuras. Eran los restos que dejaban las armas kloog al desintegrar algo, apreciaron todos con un escalofrío. Cerca de la puerta encontraron el cuerpo desmembrado de un soldado kloog. Su forma azulada parecía consumida. Scott se acercó y, de un puntapié, le dio la vuelta. La cabezota se volteó, los tres pares de ojos se le quedaron mirando sin vida. Tenía el pequeño y gordo cuello abierto, mordisqueado. La carne de la herida estaba seca, casi blanca. Las grandes placas protectoras caían sobre su cuerpo como si fuera una armadura vacía. El característico color añil de la raza kloog se había tornado en un celeste desvaído en el cadáver de aquel soldado. Entonces Scott sacó un cuchillo. Le dio un tajo a uno de los brazos, confirmando lo que Ramírez ya suponía: ese cuerpo no tenía dentro ni una gota de sangre.

El terreno que rodeaba al crucero de combate era bastante sólido. Se puso la lancha a su lado y se dirigieron a pie hacia la bruma, dejando de guardia a Mladenovic.

Chapoteando, el barro les subía por encima de los tobillos. Las hebras de niebla se movían en silencio. Badalanescu señaló las huellas recientes de la patrulla kloog en el fango, mientras el eco del radar martilleaba con insistencia en sus oídos.



Encontraron los restos de la aeronave. Estaba al final de un gran surco. Resbalando por el declive, se pusieron a caminar por él.

A los lados, como si fuesen árboles petrificados, se levantaban altas estalagmitas de lodo reseco, formadas sin duda en el impacto de la aeronave contra la superficie gleestriana. Aún se podía sentir el calor del choque. Quitando pequeños destrozos, el armazón negro de aquel enorme vehículo parecía intacto. Impresionaba. Y eso que la mayor parte permanecía hundida en el suelo pantanoso.

Desde luego no era kloog. Tenía un estilo extrañamente barroco. Torretas afiladas, grandes ventanales ornados con símbolos circulares, escalinatas estrechas, largos garfios sobresaliendo a lo largo del armazón, cúpulas de techos espirales. Todo abigarrado y, a la vez, esbelto.

Fueron bajando, lentamente, por el surco en el fango, acercándose, con un temor reverencial, hacia la aeronave. Tenía algo de místico... de sagrado... era como una especie de catedral... de catedral sideral...

Hallaron lo que quedaba de la expedición kloog en el cieno. Destrozados, consumidos por una misteriosa fuerza desconocida, los crustáceos yacían diseminados por doquier.

Esto no era una mutación o enfermedad venida del espacio profundo. Al igual que en el crucero de combate, restos oscuros en el lodo confirmaban que los kloog habían utilizado sus armas. Habían sido atacados por algo. Y se habían defendido. Ese algo tenía cuerpo. Y había sido herido.

Volteando a uno de los muertos, el capitán comentó lo que desde hacía rato era más que evidente: los kloog habían caído en el mismo error que ellos, debieron pensar que la aeronave era terrestre y, por eso, salieron inmediatamente en su busca, encontrándose con... ¿con qué?

Los cinco se quedaron mirando la tremenda herida que el cadáver tenía en la garganta.

Scott, de repente, lanzó un grito desgarrador. Todos se volvieron hacia él. Unos poderosos brazos le tenían agarrado por la espalda, una larga cola se enroscaba alrededor de sus piernas, en tanto una boca llena de dientes le mordía en el cuello: un ser de color amarillo batía sus membranosas alas de forma espasmódica detrás suyo, tragando con avidez la sangre que a borbotones salía de la herida, mientras Scott se consumía por momentos.

Debía de medir más de dos metros. La forma de su cuerpo era humana y sumamente estilizada, pero no por ello débil, los músculos se marcaban con intensidad por toda su anatomía. Los rasgos de su cara se asemejaban a los



asiáticos, en la cabeza no tenía pelo y las orejas eran pequeñas y puntiagudas. Las manos y los pies, grandes, eran garras prensiles de largas uñas curvas.

Con una convulsión, Scott dejó de resistirse. El demonio –que eso es lo que parecía– soltó su presa, dejando que el cuerpo demacrado de Scott cayera pesadamente en el fango.

Todos se quedaron inmóviles. Los rasgados ojos amarillos les miraban con voracidad. La boca abierta mostraba tres filas de afilados dientes sobre los que colgaba una delgada y larga lengua que babeaba una mezcla de saliva y sangre. Una erección empezó a formársele, mientras caminaba hacia ellos.

El capitán, dando un paso al frente con decisión, le destrozó la cabeza de una ráfaga. El cuerpo decapitado del demonio braceó y cayó hacia adelante, como queriendo copular con el barro.

Arriba, en la aeronave, una compuerta se abría y colgaba de sus enganches. Y de ella, como si la Caja de Pandora hubiese sido destapada, iba saliendo en tropel una cascada de demonios que caía en picado sobre el grupo.

Ellos formaron con celeridad un círculo, espalda contra espalda, y abrieron fuego.

Los demonios, vampiros o lo que rayos fuesen aquellos seres atacaban sin ningún orden. Y sin ningún orden morían. Los MHG escupían continuamente cartuchos explosivos que reventaban cuerpos alados como si se tratase de una atracción de feria. Badalanescu, histérico, cantaba en alto los impactos, hasta que, con un veintisiettt..., se quedó encasquillado con la garganta abierta por un zarpazo. Los demás cerraron filas y continuaron disparando a discreción.

Aleteos, chillidos, bramidos de armas, llenaban el aire. Poco a poco, la nube de demonios comenzó a desmembrarse. Se elevó y empezó a reagruparse cerca de la compuerta abierta. A una indicación, los terrestres aprovecharon ese momento para huir.

Subiendo por el embarrado surco, encontraron a Mladenovic. Al oír el eco de los disparos, había dejado la lancha y les venía a ayudar.

Dejaron la accidental pista de aterrizaje y se hundieron en el banco de niebla. Ahora sólo se oía el chapoteo de sus pisadas. Caminaban a tientas, entre las nubes suavemente empujadas por el viento. Pero no podían equivocarse, a quinientos metros en línea recta estaba la lancha, su salvación, su única salvación...

El aleteo diabólico se volvió a escuchar, cada vez más cerca, cada vez más cerca. El capitán les ordenó a Mladenovic y a Ramírez que corrieran, que no se detuviesen, en tanto Swartz y él mismo les intentaban proteger.



Mladenovic iba delante, la neblina apenas permitía ver más allá de cinco metros. Disparos. Avanzaban pesadamente, las botas se hundían y salpicaban. Más disparos. Luego silencio. Durante un segundo, los dos se quedaron paralizados. Un latigazo nervioso les subió por toda la espina dorsal. Apretaron el paso. Mladenovic se escurrió y se dio de bruces, como un fardo, contra el cielo. Ramírez se volvió para ayudarlo a levantarse, pero una sombra cayó y le derribó.

Rápidamente, se intentó incorporar. De pronto, el miedo le dejó paralizado a Ramírez: había perdido el MHG.

Con una ojeada localizó, a unos tres metros, el rifle, medio hundido en el lodo. Se lanzó a gatas sobre él. Cuando lo cogió y se levantó, vio a su compañero debatiéndose con uno de los vampiros. El demonio lanzó un bocado, que arrancó media cara a Mladenovic.

La ráfaga que Ramírez disparó no distinguió entre el ser amarillo y su compañero, atravesando a los dos.

Presa de terror, huyó a trompicones.

En seguida aparecieron los contornos de la lancha. Ramírez subió de dos saltos las escalerillas, se dio la vuelta y lanzó otra descarga sobre los monstruos que salían de la niebla. Violentamente, de un portazo, cerró la escotilla de la cabina.

Le temblaba el pulso, se limpió la cara de barro y se quedó escuchando en silencio su propia respiración.

Entonces, dándole un vuelco el corazón, la luna delantera saltó hecha añicos. Un vampiro apareció empalado por mil cristales. La sangre, muy amarilla, resbalaba por los trozos del ventanal, reflejando la luz halógena del interior del camarote.

Ramírez abrió la portezuela de la torreta giratoria. Se volvió a girar y, antes de meterse dentro, disparó a otros dos seres que aleteaban sobre la luna rota. Se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada y subió por los cuatro escalones hasta el sillón acolchado que, al sentarse de golpe, suspiró. Encendió todos los paneles, activando el puesto con un tenue pitido, asíó los mandos del fusil-ametrallador y el asiento de cuero empezó a rotar.



El escozor en los ojos conecta a Ramírez con la realidad. Las gotas de sudor frío caen, nublándole la vista. Se restriega con una mano.

Ya no queda ninguna boya conectada. Y tampoco deben de quedar muchos más demonios, deduce, pensando en los que él mismo ha ido matando y los que han sido reventados por el explosivo que cada boya llevaba en su interior. De hecho, hace rato que no siente los torpes movimientos de las alas membranosas entre las nubes.

Ramírez comprueba que su descripción de los hechos ha sido registrada por el ordenador de a bordo y se desconecta, con la sensación de que no volverá a hacerlo nunca más.

Un demonio amarillo sale de las tinieblas, abalanzándose sobre la torreta. Ramírez dispara. El cuerpo ametrallado cae sonoramente contra la cúpula metálica, destrozando la cámara de televisión.

Se ha quedado ciego, prácticamente ciego, metido allí, entre aquellas paredes acorazadas. Acongojado, Ramírez mira el visor de la única cámara que queda. Muestra el interior de la lancha, con el gran ventanal roto, y varios seres muertos, caídos sobre él.

Y espera.

Hasta que por fin se decide a bajar. Sale de la torreta, empujando la portezuela de un golpe, y se escuda detrás de una de las literas, protegiéndose con el MHG.

No se escucha nada. Nada. Únicamente su respiración. Agachado, Ramírez se asoma y, sorprendentemente, encuentra a Mladenovic a dos metros de él, quieto, con los brazos caídos y la cabeza de lado, con un gran mordisco en el cuello. La cara la tiene medio destrozada, le falta casi todo el lado izquierdo, parte de la calavera sobresale entre los nervios y los músculos blanquecinos que parecen consumidos, como en los cadáveres kloog. Lentamente, con pesadez, mueve un pie lleno de barro y se dirige hacia él.

Ramírez apunta a los ojos sin vida de su antiguo camarada y le revienta la cabeza. Mladenovic se derrumba con torpeza sobre el suelo, sin que caiga ni una sola gota de sangre.

A continuación Ramírez se acerca al muerto, sin pensar en nada. Oye un chapoteo, va hacia el ventanal destrozado y observa que de la bruma van saliendo los demás: Scott, Badalanescu, Swartz y el capitán, todos con un rictus de horror congelado en los labios, con el cuello también abierto.



Aparta los cristales y pasa por encima de los vampiros muertos. Apunta y dispara uno a uno a los zombies en que se han transformado sus compañeros, antes de que consigan alcanzar la borda de la embarcación.

Vuelve a entrar en la lancha. Se sienta y aguarda unos segundos. El corazón le martillea en el pecho. Aunque no sucede nada.

Inconscientemente, saca de un bolsillo un cigarrillo de eslowe, lo enciende y le da una calada profunda, la mayor de su vida. Y se queda mirando –mientras siente de inmediato la acción de la droga– cómo el humo se ondula y sube hacia el techo, la forma en que da vueltas y se mezcla con la fría niebla que entra por el ventanal.

La escena le hace sentirse como espectador privilegiado de un viejo teatro, esperando que comience la función en el escenario vacío. Los movimientos del telón de bruma parecen esconder a nerviosos actores ante el estreno de la obra. Ansioso pega otra calada. El eslowe le voltea el cerebro.



Una figura sale lentamente de la bruma. Con pasos premeditados y muy despacio un vampiro amarillo se va acercando. Y, al fijarse en la hambrienta sonrisa, Ramírez comprende, en ese instante, que es el último representante de aquella fantástica raza. Y que le ha elegido a él como único heredero.

© Carlos F. Castrosín

CARLOS nació en Madrid, el 10/07/60. Desde hace bastantes años vive en Coslada y trabaja en Cajamadrid donde ahora esta en el Área de Planificación e Innovación Tecnológica. De sus libros cabe destacar *ZOOROPA* (1994, ganador I premio El Escritidor), *LOS SUBTE-RRÁNEOS* (1999, finalista Premio Ignotus) y *CINCO DÍAS ANTES* (2002, ganador Premio Ignotus Mejor Novela).

ESCRITORESCF es una lista de correo dedicada a aquellos que escriben relatos encuadrables en la literatura fantástica. Organizada como un taller literario a distancia, han pasado por sus filas autores de la talla de Santiago Eximeno. ¿Vas a dejar la oportunidad de apuntarte? Basta enviar un mensaje a escritorescf-subscribe@yahoogroups.com para subscribirse.



LA SANGRE DE LOS INOCENTES

por M^a Concepción Regueiro Digón

LA SANGRE DE LOS INOCENTES entronca con el universo de la Reunificación Interplanetaria o RIP iniciado en el relato *UN APRENDIZAJE DIFÍCIL*, publicado en el Libro *Andrómeda Razas Estelares*. Si en *LAS NUEVAS MISIONES*, Alfa Eridiani n° 11, la autora se refería a un hecho histórico como las Misiones Pedagógicas, en este se refiere a otro, poco conocido, como fue el secuestro del buque *Sta. María* en 1961 por un comando de DRIL de gallegos y portugueses y de lo que la gallega M. Ledo Andión ha hecho un excelente documental, *SANTA LIBERDADE*, que nos recomienda la autora. De ella, de M. Ledo Andión, es una frase de la protagonista sobre cuando lo presentó en el *I Festival de Documentales Play-Doc de Tui*.

El malmutiano tiene esa mirada extraña propia de un sistema visual superdesarrollado y en donde yo puedo distinguir cierta hostilidad. Preferiría que no estuviese en el equipo, pero Tirdhán se empeñó en incluirlo pese a las protestas del resto. No debería ir con un ser en quien no confío plenamente, pero también es verdad que mis nervios de punta me hacen ver fantasmas por todas partes. Sin embargo, sabe perfectamente lo que hace y ha preferido dejarme pasar a mí primero por el puesto de control interplanetario, aguardando al turno relegado para los nativos de planetas de segunda en la RIP, tal y como han quedado desde el último Protocolo de Ganimedes.

Me toca una funcionaria terráquea cuya mirada sí es abiertamente hostil. No me extraña: la rutina de varios años en este globo en medio de la nada tiene que hacerte odiar hasta a tu propia madre. Me acribilla con el escáner a máxima potencia en una miserable venganza hacia otra de su planeta que puede moverse con libertad. Cuando se lo aplique al malmutiano y a sus ojos tan sumamente sensibles será peor aún pero yo no puedo dejar de experimentar cierta satisfacción malvada.

—¿Profesión? —me berrea la funcionaria sin molestarse en leer la pantalla donde aparecen todos mis datos.

—Soy licenciada en Historia —contesto con el tono más educado posible.

—Pero aquí pone que su trabajo es de limpieza —corrige ella. Ya ha conseguido completar su venganza. La sonrisa cruel lo dice bien claramente: eres una miserable moviéndose por trabajos mal pagados porque no has sido capaz de superar las pruebas de capacitación de RIP y yo sí. Sé perfectamente que ese gesto insoportable me está diciendo todo eso, desde la primera a la última palabra, pero mi autocontrol le va a responder desde la sonrisa angelical que tanto encandilaba a las visitas en mi niñez.



—Trabajo para los equipos de mantenimiento higiénico, pero mis estudios y mi especialización son la Historia Terráquea y los Primeros Contactos.

—Menuda pérdida de tiempo —rezonga dejándome el paso libre para el acceso de servicio. Me siento humillada como tantas otras veces, pero aún le falta el tiro de gracia para demostrar nuestras respectivas posiciones en el universo—. Tanta tontería para acabar limpiando los detritus. Venga, pasa —concluye empleando el tuteo para el cual no le he dado permiso y que ratifica bien a las claras quien tiene el mando.

Pese a todo mi entrenamiento de los últimos meses, vuelvo a notar las lágrimas pugnando por salir. No hay nada peor que una oprimida entusiasta de los opresores y sus métodos y ésta se ve a la legua que lo es. Antes de doblar el primer recodo llego a distinguirla abrasando sin piedad al malmutiano, aunque éste debe tener un mejor autocontrol a juzgar por su expresión tranquila. Seguramente, ella le estará humillando con su condición de paria de RIP pese a su pasaje de primera clase y estará disfrutando por dentro del lagrimeo de sus ojos ante el simple reflejo del haz de luz del escáner. Prefiero no seguir cultivando mi resquemor y acelero mis pasos para entrar en la nave de una vez.

Aar-Nuur es el orgullo de la flota de recreo de RIP, un claro ejemplo de tecnología aplicada a la molición de las clases pudientes y eso se ve incluso en el recubrimiento de sus accesos, forrados del metal áureo extraído por los nevirianos de las minas del Satélite 20 a costa de su sistema respiratorio, reducido al final de su vida laboral a un simple amasijo de vísceras oscurecidas. Por supuesto, de ese lujo queda eximido el personal de servicio y yo debo atravesar unos estrechos pasillos por donde a duras penas consigo arrastrar mi equipaje y que en una emergencia serían lo más parecido a las antiguas ratoneras, cuando aun quedaban roedores silvestres en la Tierra. Apenas me da tiempo a dejar todo en el camarote que comparto con otros cinco porque el cabaquense encargado de la dirección del equipo me ordena incorporarme de inmediato a mi puesto, antes siquiera de poder ojear el holograma de las estancias, como así le hago saber. En realidad, me sé al milímetro la distribución de la nave y todas mis obligaciones, pero debo disimular y, por otra parte, me encanta ralentizar los planes de los mandos directos. El cabaquense es de esos seres repugnantes que se creen alguien porque los walhallianos le han permitido quedarse con unas migajas del pastel de poder, y prefiere ignorar que sólo lo separa del lumpen una simple orden acerada de cualquier jefe. En poco tiempo se va a arrepentir de su postura vital, y yo seré la maestra estricta en esa lección.

—Déle un último repaso a las suites del Ala Oeste. A los walhallianos les encantan las superficies relucientes —me ordena con el tono de quien está descubriendo un secreto único. En realidad, a los walhallianos les encanta comprobar su poder viendo a los humanos humillados en unas tareas perfectamente realizables por los sistemas automáticos de limpieza—. Aún da tiempo a una última pasada de abrillantador.



Cojo el carrito con los útiles y me encamino adonde me ordenan. Los pasillos de servicio están llenos de pantallas bombardeando las consignas relativas a la competitividad y los inexistentes pluses de rendimiento. Vuelven a mi cabeza las lecciones de mi vieja profesora: todo sistema totalitario requiere de un sistema de propaganda eficaz y continuo y éste es un buen ejemplo. RIP no puede bajar la guardia en ningún momento y, como aquella antigua Alemania nazi, recuerda en definitiva quienes son los únicos dueños del cotarro. También me acuerdo de las lecciones sobre Roma y aquellos puntos clave

para cualquier imperio: un emperador al frente, la unificación del territorio y una creencia única común basada en criterios míticos. Duele comprobar la falta de originalidad de la historia del Universo en tantos milenios.

La suite *Valles de Neviria* es un inmenso camarote recargado de ornatos de diversos planetas que da una primera impresión de ahogo pese a sus dimensiones. Conseguir ese aspecto tan extremadamente reluciente demandado por mi jefe me llevaría por lo menos dos jornadas de trabajo, así que me limito a pasar la bayeta con desgana por las superficies más a la vista mientras con la lengua voy separando el falso molar izquierdo superior y cuando paso cerca del cuadro de mandos de la habitación saco la microcarga y la dejo depositada bajo la consola. Doy un par de sacudidas de bayeta más y salgo a tiempo de no cruzarme dentro con el mandatario que va a ocupar la estancia. Como todos los walhallianos, tiene esa expresión inhumana derivada de su falta de emociones, pero el sobrepeso de la vida acomodada consigue suavizarle las facciones. Le saludo con un humilde *a su servicio, señor* desde el pasillo pero él ni se digna a mirarme. Sé que espera los masajes de la prostituta cabaquense y seguramente es de esos recién llegados a la cúpula de poder que todavía se avergüenzan de la contratación de ese tipo de servicios. Cuando la extrema capacidad táctil de ella le encuentre sus centros de placer y le haga experimentar varios orgasmos seguidos olvidará con toda tranquilidad dichos reparos y se felicitará a sí mismo por su suerte.

Todo va bien. Los últimos pasajeros ya han subido a bordo con su retahíla de equipajes y criados. Tras una última comprobación de seguridad, el capitán da la orden de arrancar y Aar-Nuur empieza a separarse lentamente del miserable puesto interplanetario desde donde tiene que iniciar ese crucero de placer entre los Anillos Cinco y Seis. Su inmensa mole avanza majestuosa por las rutas de aceleración hasta que en una primera demostración de poderío es puesta a su máxima potencia, convirtiéndose durante segundos en un fogonazo multicolor que debe dejar asombrados a los funcionarios del puesto. Viene a significar otro ejemplo más de ese despilfarro de dinero que tanto gusta a los mandos. Aar-Nuur es como aquellos antiguos trasatlánticos de recreo de la



Tierra, inmensos y majestuosos pero perfectamente superados en prestaciones en un momento dado por los aviones o los coches. Poco importaba si la norma básica, como ahora, era la demostración insultante de la riqueza. El capitán, un walhalliano mestizo, pasea entre los pasajeros derrochando esa amabilidad babosa de los arribistas profesionales y en la comida de bienvenida adopta la costumbre terrestre del brindis protocolario, seguramente ordenado por esa configuración genética humana que completa su secuencia. Algunos dirigentes lo miran con desagrado y quizás él piensa por unas décimas de segundo mientras eleva su copa de licor sintético que se ha propasado en sus demostraciones de sumisión, pero se aclara la voz y entona su discurso con seguridad. Yo lo escucho arrodillada en el suelo gracias al descontrol de esfínteres de la malcriada mascota tekhorenses de la esposa de un comandante igual de malcriado.

—Excelencias. En nombre de la tripulación, el personal auxiliar y el mío propio, quiero darles la más calurosa bienvenida a la nave de recreo Aar-Nuur, orgullo de la flota de RIP. Es un honor y un privilegio recibir aquí a tantos honorables mandatarios de la Reunificación antes de su nuevo calendario de actividades gubernamentales. Todos los que aquí trabajamos les deseamos unas jornadas lúdicas plenas de descanso y diversión. Queremos ser ese reposo tan merecido previo a su reincorporación al difícil trabajo de la dirección de nuestra unidad de planetas en su destino y en su presente común. Por ello, levanto mi copa y brindo con ustedes.

No sé cómo se pueden decir tantas mentiras en tan poco tiempo. Recuerdo uno de los artículos de mi antepasado en aquel pasquín francés del PCF sobre los falsos mitos del poder y agarro dentro de los bolsillos del uniforme sus dos posesiones, llegadas a mí precisamente a través de los siglos y que en estos momentos están funcionando como sedantes para mi ansiedad. El malmutiano se ha levantado de su mesa y se acerca discretamente hasta la del capitán. Ha llegado la hora, por lo que parece, pero su mirada sigue destilando una hostilidad que me quita las ganas de todo.

—Capitán, le ruego me acompañe —susurra mientras le enseña entre los pliegues de su servilleta el arma con que lo apunta. Él le mira con su gesto inexpressivo salpicado por unas moléculas de pánico y se levanta mansamente. Como buen Walhalliano en definitiva ha sabido valorar la situación y ha comprendido que está demasiado cerca para intentar cualquier heroicidad. No así ese militar cabaquense de su derecha, perfecto ejemplo de ímpetu brutal. Ha clavado sus dedos en el brazo de mi compinche con saña, obviando su capacidad sutil para encontrarle en décimas de segundo sus puntos de dolor y el malmutiano se ve obligado a soltar su arma retorciéndose por el sufrimiento.

El tiro ha retumbado en todo el salón y durante unos instantes eternos todos hemos quedado paralizados ante el sonido grosero de un arma tan antigua en un mundo donde las máquinas de matar tienen la cortesía del silencio. La bala ha alcanzado al militar cabaquense en sus conductos nasales, pero aún



tarda unos segundos en caer muerto, sostenido probablemente por su asombro ante lo sucedido. Es entonces cuando me doy cuenta de lo que he hecho. La *Star* aún humea en mi mano y un inapropiado ramalazo de satisfacción me recorre de arriba a abajo: yo sola he sabido mantener la pistola en perfecto estado operativo, y únicamente a partir de la lectura de los viejos manuales. Sin embargo, debo desechar esa sensación de triunfo cuando mi cabeza se ve violada por el aviso telepático de un escolta acercándoseme dado por la camarera tekhoreense. Muevo el brazo sin pensar y aprieto el gatillo de nuevo. Esta vez, el sonido no nos asusta tanto, pero el escolta debe comprobar horrorizado cómo se abre una enorme flor de sangre en su pecho mientras él boquea agonizante. Esto va mal, yo no quería muertos y ya llevo dos, pero estamos en un punto de no retorno.

El secuestro acaba resolviéndose con cinco bajas, ninguna nuestra. El malmutiano está loco de dolor, pero consigue dictar las órdenes a la tripulación ya dominada. Siguiendo el plan, yo lo acompaño hasta el puesto de comunicaciones. Voy un poco más tranquila pues su gesto ha perdido la hostilidad hacia quien en definitiva le ha salvado la vida. Hemos encerrado a todos los pasajeros en sus respectivos camarotes y las microcargas por las cuales en su momento me arranqué con gusto toda mi dentadura natural para implantarme la hueca cumplen con su función inutilizando el mecanismo de apertura y todos los de comunicación interior y exterior. Esos seres superiores deberán descender de su situación de poder sobre lo más nimio a los tiempos antiguos de la tierra, cuando los prisioneros tenían que esperar por sus magras raciones de comida y hacerse cargo de la limpieza de sus celdas.

—¿Estás preparada para hablar? —me pregunta el malmutiano con algo parecido a una sonrisa dolorida.

—Por supuesto —contesto yo calándome las gafas redondas de mi antepasado. He preferido no hacerme la corrección oftálmica y emplear este viejo sistema para leer nuestro comunicado. Será otro homenaje más a ese ancestro perdido en mi árbol genealógico. Me siento ante el panel de transmisiones agarrando el texto pero no necesito mirarlo. Creo que lo llevo grabado en mi corazón desde el mismo instante en que decidí tomar parte en todo esto.

—Éste es un mensaje para el Mando Supremo de la Reunificación Interplanetaria. Además, el mismo está llegando simultáneamente a todas las estaciones receptoras sin posibilidad de ser interrumpido en los próximos minutos —aviso congratulándome de contar en nuestro comando con tan eficaces ingenieros de comunicaciones. Me aclaro un poco la voz y continúo con seguridad—. Hemos secuestrado la nave Aar-Nuur con toda su tripulación y pasaje. En estos momentos nos estamos desviando de su ruta preestablecida y nos mantendremos fuera del alcance de sus procedimientos de detección. Hemos desconectado todos sus sistemas de navegación automática, por lo que siempre va a estar controlada por nosotros y le hemos prefijado una trayectoria de coli-



sión contra el astro más cercano, así que no intenten ningún acercamiento. Tampoco intenten ganar tiempo con excusas o señuelos pues de la misma forma la estrellaremos o la despresurizaremos, matando así a todos los que están en su interior. También hemos conectado pequeñas cargas en las escotillas. Cualquier intento de abordaje producirá igualmente una despresurización total.

El malmutiano me aprieta suavemente el hombro en un inesperado gesto de apoyo pero sólo consigue intranquilizarme. La idea obsesiva de la muerte segura me descoloca, pero sigo plenamente convencida de mi acción. Bebo un poco de líquido y paso a la parte central de nuestro comunicado:

—Somos un comando formado por seres de los distintos mundos que conforman RIP. A todos nos une nuestra voluntad de lucha contra el orden establecido y sus mentiras. RIP se fundamenta en la falsa idea de un sistema planetario único regido por una única norma que nunca ha existido y donde basan todos sus mecanismos dictatoriales. La verdad definitiva es que estamos hablando del imperio cruel de los walhallianos, quienes han conseguido imponer su doctrina única frente al crisol de razas y culturas que conforman los distintos planetas habitados. Amparados en su apabullante dominio científico y tecnológico han mutilado cualquier fórmula propia de civilización y han convertido a seres autónomos en meros monigotes al servicio de esa alta política tan difundida entre sus medios de comunicación globales y que al final sólo es una simple dominación de la casta más poderosa.

Estoy sudando pese a que la temperatura de este habitáculo es más bien fría. El miedo ha hecho aparición pues sé que me he convertido directamente en rea de muerte según el Código Penal de RIP, pero sigo estando en ese punto de no retorno y sigue sin haber marcha atrás, ahora menos que nunca.

—Con nuestra acción queremos hacer ver al universo la situación de opresión de quienes se cuestionan el orden establecido. Los mandos walhallianos se han dedicado en los últimos tiempos a encarcelar, torturar y asesinar a todos aquellos que de una u otra forma cuestionan ese poder desde el simple ejercicio de su opinión, cuando no a humillarlos socialmente y dejarlos como parias entre los parias aprovechando precisamente su hegemonía sobre los medios. Así, hay en estos momentos lo que en la antigüedad terráquea se hubieran llamado *presos políticos* en un número de veinte. Exigimos su liberación inmediata. Mi compañero pasa a enumerarlos.

El malmutiano ocupa mi puesto y con una voz más firme detalla la lista. Cuando menciona el nombre de mi vieja profesora no puedo evitar estremecerme. Todavía recuerdo perfectamente el día que se la llevaron a empujones en medio de la clase mientras los guardias nos encañonaban con sus armas. Todo por poner en duda en sus artículos para revistas académicas ese dogma de la reunificación a partir de sus humildes estudios de historia de los Prime-



ros Contactos. La verdad siempre es la pesadilla del poder. Ese axioma sigue sin cambiar pese a todos los milenios transcurridos.

—Deben ser liberados de forma inmediata. En caso contrario, estrellaremos la nave o la despresurizaremos y todos los de su interior morirán. Recuerden que en ella van dirigentes clave para el funcionamiento de RIP como el responsable de la Alianza Militar o el asesor financiero del comodoro Yi-Ur. Cualquier intento de retrasar estas exigencias será contestado por nuestra parte con la ejecución de un walhalliano en un primer momento, dos en el siguiente y así sucesivamente. Por lo demás, garantizamos la seguridad de todos los retenidos. En ningún momento tomaremos medidas de castigo contra ellos, pese a ser algunos los responsables directos de muchas acciones de represión. Esperamos su respuesta —concluye el malmutiano y yo siento un tremendo alivio por no haber proferido la amenaza. No puedo olvidar que aquí viajamos casi quinientos seres, muchos de ellos simples inocentes con mala fortuna y cuyo destino queda sometido a la decisión de unos mandatarios con una nula capacidad de compasión.

Tal y como esperábamos, parte del personal de la nave se nos une sinceramente pero otros intentan mentirnos aunque la camarera tekhoreense que antes me avisó enseguida los detecta con su afinada capacidad telepática y los encierra en un cuarto trastero. Los ha metido allí a golpes y empujones e incluso a un humano le ha abierto de un golpe una brecha en la cabeza por resistirse. Me molesta su acción violenta, por mucho que provenga de una colectividad represaliada precisamente por un grupo de funcionarios de mi planeta.

—Qué quieres. Esto no es ningún juego —masculla al percatarse de mis pensamientos—. Debemos actuar con contundencia.

—Ya lo sé —digo yo—, pero quedamos en no tomar medidas de castigo.

Ella prefiere no rebatirme y vuelve a su puesto de vigilancia. Ahora nos quedan unas cuantas horas de espera y no debemos envenenarlas con discusiones entre nosotros. Las ocupamos con el frenético trabajo de alimentar a los rehenes y mantener en funcionamiento toda la maquinaria. Los dignatarios tuercen el gesto al comprobar la escasez de sus raciones pero no se atreven a protestar. Si algo caracteriza a los walhallianos es su precisa comprensión de la gravedad de las cosas, lo que los convierte en unos prisioneros modelo. No pasa así con su caterva de enchufados y demás ladillas adulatoras que todo grupo de poder suele llevar pegado. No han dejado de lloriquear y suplicar por sus vidas y están despertando en mí el inapropiado deseo de ejecutarlos a la menor oportunidad.

—Eh, tú.

El militar humano al que acabo de pasar su ración intenta retenerme. No le cierro la compuerta directamente porque hay algo muy conocido en su voz.



—Sí, la humana con las gafas. No te vayas —insiste.

Vuelvo, en parte por curiosidad y en parte para acallararlo de una vez. Sobre todos sus rasgos destaca una mirada dura.

—¿Qué quieres?

—Que abras los ojos. Tú siempre tuviste inteligencia para eso.

—¿John? —pregunto, poniendo nombre por fin a un acento tan conocido.

—El mismo.

—Han pasado muchos años —mascullo casi sin aliento.

—Sí, desde la Academia, y veo que tú sigues con tu absurda afición a los cachivaches antiguos —dice señalándome las gafas. Los otros dos compañeros que me acompañan en el reparto de comida se revuelven molestos y yo les hago una seña para que esperen.

—Ya ves. Son muy útiles si se saben cuidar. Como todo —ahora es John quien se inquieta quizás pensando en la pistola de mi bolsillo que los tan sofisticados escáneres no supieron distinguir desmontada—, ¿algo más?

—Recapacita de una vez —ordena, como si yo fuera cualquiera de sus reclutas—. Sabes que RIP nunca accederá a vuestras pretensiones y esto va a ser un baño de sangre. Tú nunca has sido una asesina como esos terroristas. Aun estás a tiempo de evitarlo.

—¿Cómo? —pregunto casi sin querer en un susurro, lo suficientemente lejos de la tekhoense para que no pueda leer mi nerviosismo.

—Entrégate y yo te juro que haré todo lo posible para evitarte represalias —mi mirada incrédula le hace dudar—. Soy un hombre de palabra y tengo bastantes contactos. Los convenceremos de que tú viniste engañada y no te caerán más allá de unos meses en un Centro de Reeducación —asegura. Sé que me dice la verdad. John siempre se ha caracterizado por su voluntaria sumisión al mando y rechazo a sus alternativas, pero también por una insobornable franqueza. Me paraliza el miedo al fracaso de nuestra operación, entre otras cosas, porque tengo pánico a la muerte, la mía propia y la de cualquiera. Es un agujero negro infinito por donde nadie debería caer, pero con cada una de mis recientes acciones he dado muchos pasos hacia su borde. Los compañeros deben sospechar que algo tramamos porque han empezado a apurarme entre susurros. Pienso en los trodos que cocerían mi cerebro y me llevarían a convertirme en una autómatas recitadora de loas a RIP y en mis compinches ejecutados por cualquiera de los miles de eficaces verdugos de la Reunificación pues ése ha acabado siendo el oficio más demandado tras los últimos levantamientos en



Tekhor y Neviria pero, sobre todo, pienso en la imagen de mi profesora siendo arrastrada fuera de la clase.

—¿Te acuerdas de mi antepasado? —pregunto por fin—, ¿ése de la primera mitad del siglo XX que yo tanto investigaba?

—¿Qué?

—Oliverio Cañadas —concreto—. Era el profesor de la escuela del pueblo, cuyas eran las gafas y la pistola. Cuando estalló la Guerra Civil Española tuvo que escapar porque el cura y el cacique querían matarlo, acusándolo de todos los delitos posibles.

—¿Qué tiene esto que ver...?

—Su único delito era haber enseñado a leer y a escribir a unas personas y evitarles seguir siendo unas ignorantes a merced de gente así. Tuvo que echarse al monte y acabó siendo un maquis. Aguantó cinco años y luego consiguió escapar a Francia y colaborar en la resistencia contra los nazis, ¿te acuerdas de lo que estudiábamos en la Academia sobre los nazis?

—Por favor, recapacita...

—Querían un mando único sobre toda Europa y casi lo consiguieron a sangre y fuego, igual que los Walhallianos. También como ellos eliminaron a quienes les molestaban. ¿Y tú me hablas de terrorismo? Deberías recordar nuestras clases de historia, John. Son muy prácticas para evitar los errores.

Doy un manotazo al mecanismo de cierre dejándolo con su gesto de asombro congelado en la cara. Me coloco las gafas y vuelvo a tocar la pistola como si fuera mi amuleto. Pienso que a través de ambos objetos viene a mí parte de ese espíritu de la libertad de mi antepasado y con esa idea me consuelo mientras espero la hora de nuestro siguiente comunicado.

El puesto de comunicaciones me parece más asfixiante que antes. Sin embargo, me siento cordialmente acogida por el malmutiano. Ha tenido que entablillarse el brazo de forma artesanal, pero no parece tan quebrantado. Antes de que pueda comentarle nada aparece el holograma del Comodoro de Seguridad Walhalliano. El malmutiano y yo intercambiamos una mirada interrogativa pues aún faltan casi diez minutos.

—¿Ya está?, ¿han accedido a nuestras peticiones? —pregunta el malmutiano ingenuamente por todo saludo.

—Saben que no podemos liberar a todos en tan poco tiempo. Algunos están en los presidios de las colonias de...



El malmutiano no le deja acabar la frase. Sale a toda velocidad de la cámara y antes de un minuto vuelve arrastrando al mandatario walhalliano cuyo camarote abrigó en primer lugar. Les acompaña la prostituta cabaquense, otra de nuestras cómplices en el plan.

—¿Es que no recuerdan nuestro ultimátum? —grita a la imagen tridimensional el malmutiano. Vuelve a estar imbuido por la hostilidad—, ¿no se acuerdan? En un primer momento, un walhalliano, ¿es lo que quieren?

La cabaquense empieza a buscar en la zona frontal de su último cliente las dos arterias que irrigan su núcleo cerebral. Él se mantiene con su pose serena, pero por su respiración entrecortada imagino que está muerto de miedo ante el fin, como yo.

—Quizás no han podido liberarlos a todos —sugiero casi sin voz—, ¿cuánto tiempo necesitarían en horas terrestres? —pregunto al Comodoro.

—De veinticuatro a treinta y seis —responde con seguridad.

El tiempo mínimo para triangular los radares de su flota de cazas y darnos alcance, pienso recordando las distintas variables de nuestro plan. La cabaquense ya está hincando sus finos dígitos en la frente del rehén. En cuestión de segundos le provocará un fallo cerebral fulminante. El malmutiano los contempla con su hostilidad ya transmutada en crueldad insoportable.

—Doce horas —exclamo de repente mientras de un tirón separo al walhalliano de sus verdugos—. A las doce horas de esta comunicación deberemos recibir un mensaje de los liberados ya en su nave. Si no, empezaremos a matar, pero de tres en tres.

—Pero eso va a ser imposible.

—En doce horas menos cinco minutos volveremos a comunicarnos. Cualquier dilación tendrá esas consecuencias. Hasta entonces.

La figura del holograma difuminándose en la desconexión es la de un comodoro asaltado por la sorpresa. Quizás es la primera vez en su carrera que se ve azuzado por una orden tan directa.

—Pero, ¿te has vuelto loca? —me increpa el malmutiano agarrándome por las solapas—, nos has dejado en ridículo a todos.

—¿Te has vuelto loco tú? —protesto separándolo de un manotazo—, ¿quieres empezar a matar de buenas a primeras?



—Ahora pensarán que somos unos pusilánimes y nos capturarán —tercia la cabaquense tras encerrar en un armario al walhalliano—. Ni siquiera necesitan apresurarse. Saben que no vamos a hacerles nada a los rehenes.

—Pensad un poco —insisto—, hay por lo menos cinco compañeros en los penales de las Colonias y es imposible liberarlos antes de uno o dos días, pero en doce horas pueden ser enviados en una nave camino del punto preparado por Tirdhán sin que a la flota de RIP le dé tiempo a localizarnos.

—Eso mismo podía hacerse cumpliendo nuestro ultimátum —masculla el malmutiano—, y estaríamos en una postura de fuerza que no tenemos ahora.

—Seguimos estando en una postura de fuerza —aseguro sin mucha convicción.

—Eso no es verdad. Tu coloración facial denotaba tu debilidad, ¿te crees que ellos no se han percatado? Seguro que en ese equipo hay alguien de mi planeta informando de esas cosas. Tu cara es todo un informe de progresos —concluye con una sorna inimaginable entre su raza.

—Escúchame, yo... —no sé con que otra cosa rebatir y prefiero salir del habitáculo antes de caer en una discusión estéril. Mi reacción ha sido inapropiada, pero ahora no tiene remedio. Sabíamos perfectamente que íbamos a recibir esa respuesta en un primer momento. La cuestión estaba en seguir hasta el final con nuestras amenazas o mostrar dudas ante el siguiente paso a dar. Mi imposición de esta última opción nos ha dejado tocados en esa partida que estábamos jugando. Con total seguridad, los walhallianos no tendrán esos titubeos cuando se les presente la posibilidad de reducirnos. Pero yo sigo teniendo miedo a ese agujero negro infinito, al mío y al de los demás. Ahora, mis compañeros estarán intentando comunicarse con Tirdhán. Quizás él pueda darnos alguna alternativa a este fallo imperdonable, pues empiezo a comprender que yo sola he comprometido todo el éxito de este secuestro. Aunque seguimos estando ilocalizables y con todos esos mandatarios bajo nuestro control, RIP conoce nuestro punto débil y seguro que golpeará en él una y otra vez hasta tumbarnos.

Ansío oír la última hora de los noticiarios, pero una de las claves para nuestra propia seguridad es no dejar rastro de ninguna señal, y eso incluye los medios de comunicación. Los propios mensajes encriptados para Tirdhán deben reducirse al mínimo, así que yo me siento como si estuviese en el centro de una campana de aislamiento y mi ansiedad crece enteros. Vuelvo a recordar un libro sobre historia del siglo XX donde hablaba del hecho poco conocido del secuestro del trasatlántico *Santa María* por portugueses y españoles para protestar contra sus respectivas dictaduras. Le cambiaron su nombre por uno tan bello como *Santa Libertad* y consiguieron finalmente ser protegidos por las propias potencias de la época. En él me inspiré cuando me uní a este grupo,



animada con esa idea optimista de que a veces la utopía es posible, pero en ese momento no había contemplado mi propia debilidad boicoteando el plan. Me obligo a revisar una vez más los detonantes de las escotillas y cuando paso frente a la puerta cerrada del camarote de John no puedo evitar bajar la mirada. El tiempo restante hasta nuestra siguiente comunicación lo paso encerrada en la biblioteca de la nave, como si estar rodeada de la sabiduría pasada y presente me fuese a dar fuerzas para continuar. Prefiero no hacer caso de los ecos intranquilos de mis compañeros, preocupados por el silencio que obstinado continúa llegando de vuelta por parte de nuestro líder y que viene a convertirse en otro importante escollo. Cuando vuelvo a entrar en el puesto de comunicaciones, a las once horas y cuarenta y cinco minutos de mi error, mis compañeros siguen cuchicheando entre ellos con inquietud.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—No hemos podido contactar con Tirdhán. Le ha pasado algo —contesta el malmutiano.

—Quizás haya algún problema con los aparatos —apunto sin entusiasmo.

—No, eso no —masculla la prostituta cabaquense sacando al walhalliano del armario donde lo había dejado encerrado, medio asfixiado por el enrarecimiento de la atmósfera en un sitio tan pequeño—. Faltan otros dos. Ahora los traigo —concluye saliendo del habitáculo. El malmutiano continúa intentándolo pero sigue llegando de vuelta ese vacío del comunicador de Tirdhán. En una reacción ridícula, yo sólo me preocupo de alisarme el pelo con las manos para volver a colocarme frente al panel de transmisiones.

—Aquí tenemos a los otros dos —dice la cabaquense casi con alegría haciendo pasar a los rehenes que completan ese primer trío infortunado. Siento que mis vísceras se anudan sobre sí mismas al comprobar que uno de ellos es John—, ¿qué pasa?, ¿algún problema con mi elección? —me pregunta con insolencia. Algún compañero le ha chivado nuestra charla entre cuchicheos y ahora quiere ponerme a prueba—. A lo mejor estás pensando en darles a algunos rehenes privilegios inmerecidos.

—Yo no estoy pensando en nada —miento—. Si tienen que ser estos los primeros, que así sea, pero de momento esperemos a ver qué dicen esos de RIP.

El Chambelán de las Cortes Supremas malmutiano seleccionado en tercer lugar rompe a llorar. Es tremendo ver en esa situación a un ser con unos lacrimales tan desarrollados y una valentía tan exigua.

—Vamos a morir todos —hipa—, por nuestro Gran Destino Cósmico, tened piedad de nosotros —implora a su coterráneo y éste le lanza una mirada de asco terrible.



—Ten por lo menos el valor de asumir tu destino, tal y como proponen tus absurdos mandamientos de RIP —dice mi compinche propinándole un empujón tan violento que lo hace caer.

—Cálmese —ordena John también mientras le ayuda a levantarse. El joven decidido de la Academia se ha convertido en un hombre valiente y sereno, tal y como había imaginado en aquel entonces— ¿qué vais a hacer con nosotros? —me pregunta con esa serenidad tan admirable.

—Nada, de momento. Estamos a la espera de la nueva comunicación con los mandos de RIP. Son ellos quienes deberían preocuparos, no nosotros —contesto con un leve temblor en mi voz. Quizás es parecido al que yo tenía en aquel paseo por el parque, tantos años atrás, sólo que los motivos no podrían ser más diametralmente distintos—. Quienes pueden dejaros morir en definitiva son aquellos a los que tú juraste lealtad —explicó dominando un poco el temblor.

—¿Por qué hablas con ella? —pregunta con suspicacia el malmutiano zarrandeándolo. John se limita a bajar la cabeza. Yo podría contestar a mi compinche que él fue el primer chico que me besó, tras un paseo por el parque en una tarde de primavera, tantos años atrás, pero no sé hasta qué punto este ser comprenderá términos tan nuestros como *primer amor* o *ternura*, conceptos ambos que en esta situación carecen de importancia. Qué importancia pueden tener las exploraciones mutuas de dos pares de labios torpes de adolescentes cuando estamos luchando por principios como la libertad o el cese de la opresión de RIP. La cabaquense se acerca y por unas décimas de segundo parece que va a ahogar a mi primer novio con un hábil pellizco en su cuello, pero se limita a separarlo un poco del panel principal para que pueda ser mejor enfocado por la cámara holográfica.

De nuevo, vuelve a aparecer el holograma del Comodoro de Seguridad Walhalliano. Sigue con su gesto imperturbable, aunque yo creo adivinarle bajo el mismo una sonrisilla atroz que no tenía en nuestra primera comunicación.

—¿Y bien? —pregunto intentando aparentar tranquilidad.

—Depongan su actitud —ordena él por toda respuesta.

—Pero, ¿qué está diciendo? —salta la cabaquense.

—Hemos ordenado meter a todos los prisioneros por ustedes señalados en diversas naves dirigidas a la estrella más cercana. Son ustedes quienes deben rendirse o, de lo contrario, colisionarán contra ellas y esas muertes serán finalmente de su responsabilidad. Ustedes deciden.

El malmutiano me lanza una mirada de odio y yo comprendo por fin que los walhallianos son los amos porque comprenden a la perfección a seres como



nosotros y saben actuar en consecuencia. La idea de que mi vieja profesora se achicharre precisamente por un error mío me corta la respiración y casi no puedo articular las siguientes palabras.

—Esos prisioneros tienen unos derechos establecidos por las propias leyes de RIP. No pueden hacer algo así —mascullo a duras penas.

—Podemos hacer lo que estimemos oportuno. RIP está facultada para impedir por cualquier método que una banda como la suya ponga en jaque a todo el sistema.

De nuevo recordé las palabras de mi vieja profesora: un imperio se rige por una norma común que se impondrá a sangre y fuego a cualquier intento de cuestionarlo. Mis compañeros se han quedado paralizados, igual que yo. Ellos tienen además a allegados en esa lista y su ansiedad se afila ahora con la preocupación por sus respectivas suertes.

—Mataremos a todo el mundo —dice por fin el malmutiano.

—Esperen, quizás sea mejor que se lo explique otra vez mi nuevo adjunto —dice el Comodoro con una ironía obscena—. Me he decidido a incluirlo en mi equipo por sus increíbles dotes de estrategia.

El proyector holográfico nos golpea de repente con la imagen tridimensional de Tirdhán ataviado con el uniforme de gala del Departamento de Seguridad de RIP. Estoy a punto de desmayarme y creo que mis compañeros también. Vuelve a quedar claro que los walhallianos son los amos porque saben leer todas nuestras señales, y en lo que nosotros interpretamos ingenuamente como audacia de nuestro líder ellos supieron distinguir a la perfección su ambición infinita.



—Hola, compañeros —dice Tirdhán con su voz suave—. Ya habéis oído al Comodoro, será mejor que depongáis vuestra actitud y dirigáis la nave hacia la ruta más próxima hasta que llegue la primera flotilla de cazas. Os garantizo que RIP será justa con vosotros.

—Eres un vendido —grita, fuera de sí, la cabaquense—. Todo esto fue idea tuya y ahora nos entregas.

—Me equivocaba, y RIP vuelve a demostrar su generosidad acogiéndome en su seno —susurra nuestro antiguo líder con una expresión beatífica—. Es dentro de la Reunificación donde podemos trabajar todos en paz, y no arriesgando la vida de tantos y tantos inocentes ni sacrificando inútilmente a com-



pañeros indefensos. Por favor, entregaos y yo os garantizo un juicio justo. Vosotros no sois asesinos. Tú no eres una asesina —concluye, dirigiéndose a mí en concreto. La cabaquense y el malmutiano intercambian miradas de terror. Acaba de entrar la camarera tekhoreense que golpeó al humano y el holograma la deja paralizada.

—¿Qué pasa aquí? —farfulla, aunque su lectura de las tres mentes horrorizadas le da rápida respuesta—. No puede ser, no puedes hacernos esto.

—Pensadlo —insiste Tirdhán—. Entre los prisioneros están vuestros allegados, ¿queréis ser responsables de la muerte de aquellos con quienes compartís la misma sangre?

Mi vieja profesora escupía sangre por la boca cuando aquel guardia de RIP se la partió para acallarla. También dicen que los infantes tekhorenses sangraban por sus pequeños pabellones auditivos tras las sesiones de trodos donde sus sistemas cerebrales quedaban reducidos a pulpa chamuscada y muchos presos de las colonias más exteriores sangran continuamente por sus conductos nasales debido a las presiones insoportables que hay en esos astros nocivos y la falta de equipos adecuados para moverse por ellos. Todos ellos son seres inocentes, pero RIP sabe distinguir diversas gradaciones de esa inocencia según el lado donde se dé. Mi corazón va tan rápido que temo que en cualquier momento reventará, pero mi voz suena muy tranquila.

—Estamos aquí para comprobar si se ha cumplido nuestra primera exigencia ¿Podemos comunicarnos con las naves de nuestros compañeros? —pregunto con un tono inhumanamente sereno.

—Pero, ¿te has vuelto loca? —salta Tirdhán sorprendido—. Sabes que están de camino a...



Me limito a girarme hacia los rehenes y, tras sacar la vieja pistola del bolsillo, disparo tres veces. Los tres cuerpos se desploman casi al mismo tiempo. El tiro que ha agujereado la frente de John y que salió por su coronilla ha ido a estrellarse con uno de los cuadros de control y ahora éste chisporretea salvajemente hasta que la cabaquense coge un extintor y lo inunda con su espuma.

—Cambien el rumbo de esas naves de inmediato y cumplan nuestros requisitos. Si no, en nuestra próxima comunicación, dentro de treinta minutos, mataremos a seis, y todos serán walhallianos esta vez.



Salgo del puesto de comunicaciones sin volver la cabeza pero puedo distinguir la voz del comodoro pidiendo tiempo y ofreciendo cosas. Recuerdo que ese autor terrestre tan antiquísimo llamado Shakespeare dijo algo sobre ríos de sangre y la imposibilidad de salir de ellos y parar con las muertes. Sigo pensando que todo se sigue repitiendo con una enervante regularidad. Sólo se complementa con nuevas caras y nuevos recursos tecnológicos, pero nada más. He matado para garantizar la posibilidad de que otros vivan, pero también he anulado con eso las demás opciones de obtener algo a salvo de las formas brutales de esa RIP contra la que lucho. Quiero ver libre a mi vieja profesora, pero ese anhelo podrá hacerse realidad tras volarle la cabeza al hombre que una vez me dio mi primer beso de amor en una agradable tarde de primavera.

Tiro la pistola en una papelera del pasillo. Pensaba utilizarla contra mí, pero es imposible matar a una muerta, aunque esta siga andando y respirando.

© M^a Concepción Regueiro Digón

M^a CONCEPCIÓN REGUEIRO DIGÓN (Lugo, 1968) es trabajadora social de profesión, docente de Formación No Reglada de «ocupación», estudiante cuasi eterna de Ciencias de la Educación y escritora esforzada en los ratos que lo anterior se lo permite. Tiene publicada dos novelas en gallego: *TEMPOS AGRADABLES* (premio *Mulleres Progresistas* 2001) y *UN MARCIANO NESTE MUNDO* (finalista I Premio Meiga Moira 2004), así como varios relatos (en la II Antología del Melocotón Mecánico, en el Libro Andrómeda *SISTEMA BINARIO*, en el Libro Andrómeda *RAZAS ESTELARES*, El Párnaso nº 3 y en Alfa Eridiani, nº 11).



PALABRAS

por Francisco Ruiz Fernández

Los klingon, como casi cualquiera sabe, son guerreros por naturaleza y asuntos como la belleza de un atardecer no son cosas que los muevan a filosofar. Curiosamente, nos encontramos con uno cuyo concepto de lo bello lo hace un conquistador excepcional frente a una situación ordinaria... para él.

Dos figuras dialogaban en la oscuridad de una noche estrellada. Una de ellas, achaparrada y de movimientos nerviosos a la que llamaremos de ahora en adelante el ratón, comentaba en esos momentos:

—Observa lo que nos rodea. El valle, insertado entre las cumbres: a la luz de las estrellas sus laderas parecen un manto de terciopelo; con el sol de la mañana resplandecen, inmersas en las gasas de la bruma matutina. Ahora puedes constatar el primer hecho, y mañana tendrás a tu disposición el segundo. Con el amanecer, si te colocas en una cresta y prestas un poco de atención —yo estaré allí para orientarte, no temas— podrás apreciar cómo la brisa porta hasta aquí el fresco olor de las flores. Estamos en primavera, y la belleza de la naturaleza se nos muestra exuberante, incluso agresiva.

Tras pronunciar estas palabras el ratón se sentó en una roca. Movía su cabeza de lado a lado contemplando el paisaje con aire de satisfacción. La suave brisa hacía ondear su ropa holgada y vaporosa. Su compañero, una figura alta y de complexión robusta encorsertada en cuero pulido, permanecía de pie con gesto marcial.

—Te engañas. Esa belleza de la que tú hablas es ridícula, ínfima, nada en comparación con lo que yo he visto —los ojos le brillaban como ascuas. Su cabeza, de parte superior calva y con una cresta rugosa, lucía a los lados una melena leonina, oscura y áspera. Bien podría definírsele como un león—. Los vacíos a través de los que viajamos... uno no puede describirlos con meras palabras. Y lo más hermoso radica en que no están vacíos. En ellos bulle la energía, en forma de cánticos tan ancianos como el tiempo. Las emisiones de las estrellas; puede describirse como un olor, una huella personal e inconfundible de cada astro, pintadas con vivos colores en las pantallas de navegación.

El ratón se limitó a alzar una mano, con un gesto que abarcaba todo cuanto les rodeaba:





—Contempla el padre valle —insistió— y cómo protege la aldea con sus robustos brazos. Las casas se elevan elegantes al mismo tiempo que humildes, endebles construcciones de madera e ilusión en las que vivimos acompañados de nuestros seres queridos y de nuestros sueños.

El león cabeceó y murmuró con voz apagada, teñida por un toque de desprecio:

—Tus sueños están lastrados, atados a la tierra. Son grávidos —se detuvo un instante, como si meditara. Luego meneó la cabeza, su rostro en las sombras, y apostilló—. Sueños cautivos. Esclavos.

El ratón alzó la mirada hacia su contertulio, como si no comprendiera, pero éste no pareció percatarse. Sin poder obtener respuesta a su pregunta no pronunciada, el ratón dijo:

—Quizá tengas razón pero, ¿acaso son peores mis sueños, por humildes y limitados, ante los tuyos, que los intuyo cercanos a lo irrealizable?

Una sonrisa resplandeció en el rostro del ratón. La media luna de hueso miraba al león, esperando.

—Sigue viviendo tu mentira. Elevado y libre no implica inalcanzable. Yo hablo de fantasías hechas realidad —y su mano se crispó llena de furia, de energía. La piel oscura adquirió un tono apagado en los nudillos a causa de la tensión—. Visitar diferentes mundos, contemplar nuevos paisajes, divisar horizontes vírgenes. No comprendes la grandeza del universo, de su increíblemente rico abanico de maravillas.

—Perdóname, pero en verdad el equivocado eres tú. Fíjate —y la mano del ratón, de pelaje blanquecino moteado de negro, descendió hacia el suelo— por ejemplo en las briznas de hierba que pisas. En ellas existe una armonía que, aunque humilde, no está exenta de belleza. Uno no necesita viajar más allá para poder disfrutar. Todo lo que le rodea, incluso lo más abyecto, oculta una flor fragante.

El león se revolvió inquieto. Sus ojos oscuros descendieron hacia el ratón.

—Oírte me causa una extraña mezcla de sentimientos, entre envidia y desprecio. Sí, lo admito: desprecio. Tu discurso me parece demasiado autocomplaciente, casi patético. Te conformas con las nimiedades que te rodean. Cierras los ojos a las maravillas que aguardan más allá de la atmósfera.

—Tú sí que me provocas un poco de lástima —y en su voz se notaba la tristeza, pero no animosidad—, buscando y buscando, navegando los océanos de éter en busca de algo que tienes tan cerca que no lo puedes ver. ¿Qué son tus



galaxias sino simples representaciones ampliadas del baile del A.D.N.? Y esa sin par danza y sus consecuencias está en todos nosotros.

—Con qué poco te conformas. Yo he visitado estrellas —el león alzó la vista al cielo salpicado de luces— que ni siquiera puedes ver en tu cielo, de lo distantes que están —caminó en torno al ratón, con seguridad y sigilo. Sus movimientos le descubrían como un experto cazador—. He pisado planetas de atmósferas ácidas, he luchado contra criaturas de aspecto gelatinoso, he visto con mis propios ojos el nacimiento de una nova, y he caminado entre los restos calcinados que otras han dejado en su ocaso.

El ratón cabeceó triste, disgustado. Sus ojos irritados estaban al borde del llanto.

—Hablas de novas, de planetas ácidos, de cadáveres chamuscados... Y yo —de nuevo su mano derecha descendió a la hierba— te muestro una flor, un sol vegetal, un astro en torno al que giran las existencias de decenas de criaturas. Fíjate en sus vivos colores. Tienen una razón de ser: han de atraer a las criaturas para que las fertilicen. Degusta su aroma, creado a lo largo de millones de años de evolución con el fin de embriagar a sus zánganos animales.

—Flores, zánganos, colores. Nada en comparación con el silencio mortal del espacio. Distancias colosales que albergan epopeyas. La gloria de unos, la derrota para otros. Mira ese grupo de estrellas de ahí —y señaló a los cielos—. Sí, ése. Hace cientos de años —empezó a decir, volviéndose hacia el ratón—, en un planeta que gira en torno a una de esas estrellas, un príncipe secuestró por amor a una joven de origen humilde. Sin que se lo propusiera, eso desencadenó una guerra entre dos sistemas vecinos. Batallas, victorias y derrotas. Héroe, traidores y cobardes. Benefactores y villanos. Los colores de unos y otros variaban según el prisma y el bando del observador. Pero, por encima de todo, se forjó el orgullo del guerrero, la grandeza de la lid.

El león estaba aún de pie, contemplando las estrellas. Se notaba la emoción en su rostro. De repente se alzó una ventolera que hizo ondear la melena del coloso. El ratón suspiró.

—Yo podría hablarte de otras historias de amor, muchas. Y para ello sólo debería coger a cualquiera de mis vecinos: ellos te contarían la belleza del combate por conseguir el amor. Como ves —dijo poniéndose en pie—, no hace falta mirar ese puñado de luces en el cielo para comprender la fuerza de ese sentimiento llamado amor.

—Sentimientos, sí. Pero ¿y los imperios? Eso sí que es grandeza. Son criaturas vivas, incluso a su propio modo sintientes. Nacen en un remoto planeta; crecen alimentándose de más y más sistemas; padecen enfermedades —el león se enardeció al hablar, los puños de nuevo apretados con una emoción oscura— en forma de rebeliones y luchas internas; se relacionan con otros de diver-



sas maneras, ya amistosas, ya violentas; y al final —agachó la cabeza, como si lo que fuera a decir le doliera en su propia alma—, sin posible escapatoria, mueren. Pero en su devenir crean glorias. Y esas glorias las esparcen allá donde van.

—Imperio —musitó el ratón. No acababa de comprender la obcecación de su compañero. Temía que jamás llegaran a un acuerdo. Entonces recordó aquella duda que antes había tenido. Alzó la cabeza para preguntarle al león, pero su gesto parecía brutal, fiero. Decidió posponerla para más adelante, y seguir con lo que había dicho el león—. Hablas de imperios, cuando bien puedes referirte a un niño que nace y crece, un adulto que madura y descubre la verdadera naturaleza del mundo que vive, que con dolores y alegrías avanza en la vida para, al final, acabar tendido en su tumba.

El león, de espaldas al ratón y contemplando el valle a sus pies, afirmó con la cabeza.

—Todo lo necesario para hacer tu vida plena está aquí, en lo que te rodea. No hace falta nada de eso —aseveró el ratón.

—Con qué poco te contentas... Eres esclavo de tu conformismo.

De nuevo la duda. Aunque no comprendía, el ratón decidió no tirar la toalla y continuar rebatiendo las ideas del león.



—No hace falta más, te repito —el ratón notó que había alzado el tono, lo que le produjo vergüenza y enojo. Bajó la cabeza hacia el suelo. ¿Podía aquel diálogo carecer de sentido? No, toda criatura inteligente puede razonar. Razonar de verdad. Y el león, dado que acababa de llegar al planeta desde las distantes estrellas sin duda razonaba. Al fin y al cabo pertenecía a una raza capaz de surcar los océanos de las estrellas—. Deberías reconsiderar tu filosofía: te sobran demasiadas cosas. Ellas ciegan tu sendero hacia la felicidad —se levantó de su asiento y avanzó sobre el húmedo césped hasta situarse al lado del

león—. Fijate en ese galzo macho, en esos movimientos bruscos que hace con la segunda cabeza. Se trata de un rito de cortejo. Allí, escondida en las sombras de la copa de ese árbol, está la hembra, sin perder detalle de la representación de su amante. Sí, escucha el canto del macho. La hembra, si se siente satisfecha, responderá con un suave ulular. Ahí está, sí.

La extraña criatura, una masa de patas de entre las que surgían dos apéndices bulbosos, se arrastró hasta el árbol. Con dolorosa lentitud empezó a tre-



par por el tronco, buscando a la hembra. A su paso dejaba un rastro gelatinoso que resplandecía a la luz de las estrellas. El león contemplaba con gesto asqueado los progresos de la criatura, que seguía cantando.

—Extraños sonidos, extrañas criaturas, en verdad. Pero demasiado melifluos en comparación con el rugir del combate. Existe algo en el bramido guerrero durante el enfrentamiento que no poseen esos animales. No lo comprendes, seguro, pero en la furia yace adormecido el placer. El cuerpo grita —por tercera vez el león sintió como su espíritu se enardecía— radiante de energía. Y esa energía sólo se encuentra en el combate.

—El combate. Pena me da —y lo decía con absoluta sinceridad: las lágrimas estaban a punto de surgir en sus ojos—. Combate implica dolor y muerte, algo contrario a la naturaleza, que en el fondo es vida.

—El combate desemboca, si posees voluntad férrea y objetivos iluminados por la verdad, en gloria. Y no hay nada más grande que la gloria de una pelea, el honor del vencedor. E incluso el perdedor adquiere gloria si asume su posición con dignidad. Orgullo en uno y en otro. Incluso en un esclavo.

El ratón ya no lo pudo evitar más y alzó sus ojos para buscar los del león:

—Has hablado varias veces de algo llamado esclavo. ¿Qué es?

Con extrema lentitud, como si sopesara el movimiento y calculara la energía gastada, el león se giró. Sus ojos resplandecían como ascuas ardientes.

—Esclavo. ¿No sabes lo que significa? Tranquilo, lo comprenderás. Y enseguida —le dijo con acento rudo el canciller esclavista al pacífico dirigente aeshrraniano. Mientras el guerrero hablaba, la flota a su cargo desembarcaba en el planeta Aeshrran, tomando posiciones para asegurar la invasión.

© Francisco Ruiz Fernández

Este relato fue publicado originalmente en la antología Últimas Fronteras, recopilada por el Club Stara Trek de Madrid.

TXISKO, aunque actualmente afincado en Madrid, es del norte húmedo y boscoso. Desde crío tuvo cierta afinidad con lo fantástico, en concreto con el género del terror. No es extraño que, una vez leídos numerosos libros de dicho género, diera el paso a la escritura. Ha publicado tanto en formato electrónico ([Alfa Eridiani](#), [Axxon](#), [Katarsis](#), [Púlsar](#), [TauZero](#), [NGC 3660](#) ...) como en papel Solaris (reseñas), Valis y [Revista Ochocientos](#) (también en formato electrónico). Txisko, además de escritor, coedita junto a Santiago Eximeno [Qliphoth](#) y los blogs [Efímero](#) vs. [Eterno](#). Recientemente, ha lanzado un nuevo proyecto editorial llamado [Ma-Ycro](#).



MORAL E IMPERIO

por Fabián Álvarez

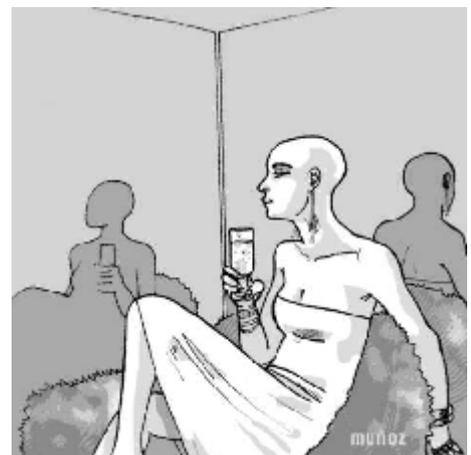
Los imperios surgen, crecen y posteriormente caen. Todos ellos dejan una influencia en las estructuras de poder que le suceden. Sus códigos legales, léase derecho romano o código napoleónico, gozan de una tremenda popularidad entre los juristas. Igualmente la cultura, la filosofía y la moralidad de esos imperios dejan una huella perdurable en sus descendientes.

I. Consideramos el acto sexual como un acto en el que intervienen uno o más sujetos, y siendo un acto que puede ser apropiado o inapropiado, determinamos que los actos sexuales pueden ser inapropiados de diversas formas. Puesto que el acto sexual es consecuencia de la proyección del deseo sexual sobre un objeto concreto, que puede ser o no sujeto a su vez, consideramos que, en cuanto al objeto deseado, los actos sexuales pueden ser inapropiados de dos formas: por la esencia del objeto, o por la inclinación del objeto. En primer lugar, son inapropiados en cuanto a la esencia del objeto, todos aquellos actos sexuales realizados con objetos distintos a la persona humana. Consideramos así, inapropiados como actos sexuales, por esencia, todos aquellos actos realizados con animales y plantas, y aquellos realizados con objetos inanimados. En segundo lugar, son inapropiados, por inclinación, todos aquellos actos sexuales realizados con sujetos carentes de plena libertad y responsabilidad. Consideramos así actos sexuales inapropiados, por inclinación, todos aquellos actos realizados en contra de, o prescindiendo de, la libertad y la responsabilidad plenas de todos los participantes.

Moral e Imperio, capítulo IV, 2360, Golconda

Me pregunto si nuestra época será recordada como gloriosa o como infame.

Tatiana Ivanovi de Medeiros está radiante, pensó Gregorio Santos dando un largo sorbo a su copa, y luego pasándose un dedo por los labios mientras la contemplaba, allí sentada en un sofá de piel sintética, enmarcada por dos grandes espejos de cuerpo entero, que reflejaban su imagen haciendo que pareciera un tríptico holográfico de uno de sus conciertos. Ni siquiera en su propia casa la diva dejaba de ser diva. Pero sería injusto, y dio otro sorbo a su bebida, pensar que no tiene derecho a tal cosa. Nadie es como Tatiana; nadie ha tenido un registro vocal tan amplio desde los tiempos de Maria Callas, y aunque los hermafroditas no eran inusuales en el mundo del espectáculo, La Divina de Medeiros, como la llamaban algunos, homenajearo su ascendencia portuguesa, era la única que había logrado triunfar en el círculo de cuchillos del canto





lirico. Dejó resbalar sus ojos por su figura; Tatiana vestía un largo vestido de seda, blanco, sobre un ceñido tubo de tela sintética, que marcaba su figura. Su pierna derecha se cruzaba elegantemente por encima de su pierna izquierda, y una gota de licor descendía lentamente por su piel, vagamente bronceada, hacia sus pies, torneados por unas sandalias de cuero artificial a juego con el vestido. Años atrás, Tatiana había elegido depilarse la cabeza, y una leve transpiración, provocada por la iluminación del cuarto, hacía brillar su piel, sin que por ello a Gregorio le pareciera un ápice menos atractiva.

—Supongo que más que por nuestra moral, nos recordarán por nuestra política. Al menos, eso es lo que espero que ocurra.

Nicolás Valcárcel se reclinó, más cómodo, entre la pila de cojines sobre la que estaba sentado, y dejó que sus dedos juguetearan con los botones de su camisa, mientras miraba, de reojo, a Gregorio, concentrado en su copa. Tatiana Ivanovi, contratador hermafrodita amada tanto por los críticos musicales como por las masas populares, que compraban sus nuevos trabajos en cuanto aparecían a la venta en la Red, tenía la intuición de que Nicolás y Gregorio hacían algo más que tomar una copas y ver holopelículas cuando se visitaban el uno al otro. No es que aquello tuviera ninguna importancia, claro, porque ella y Gregorio no estaban casados, ni siquiera comprometidos, pero Tatiana no podía evitar preguntarse si aquel comentario de Nicolás, el hecho de que parecía querer que el Imperio Terrano fuera recordado por su política, y no por su moral, podía significar que tenía algo de lo que avergonzarse. Aunque es probable que simplemente fuera una frase destinada a romper el hielo de la conversación. La tertulia de hoy aún no había despegado, y la conversación se arrastraba, perezosa, sobre los vasos de licor. Aunque Nicolás no le resultaba atractivo, le echó un vistazo, intentando pensar que podría Gregorio encontrar sexy en él: Nicolás era joven, de pelo castaño, ojos azules, de sonrisa fácil, nariz recta. Sus manos, de dedos alargados y uñas bien cuidadas, estaban ahora colocadas sobre su regazo. Su camisa estaba entreabierta, dejando ver un poco de vello pectoral; su musculatura estaba cuidada, pero no de forma obsesiva. Parecía moderado en todos los sentidos.

—El Imperio ha llevado una moral avanzada y moderada a todos los planetas colonizados por la humanidad.

Gregorio Santos volvió a tomar un sorbo de licor de menta, y se levantó para poner algo de música. Con un gesto de la mano, ajustó los controles de la consola; luego se acercó a la ventana. El sol estaba descendiendo lentamente, y su silueta rojiza se recortaba contra la línea del horizonte de Terranova, en la que se alternaban los rascacielos construidos desde la proclamación del Imperio con los edificios más bajos, humanistas y funcionales, pertenecientes a los años finales de la 1ª República. Nicolás Valcárcel, contemplando a su amante, pensó en las palabras que acababa de decir Gregorio. Una moral avanzada y moderada; en eso tenía razón, porque el Imperio había conseguido equilibrar el



autoritarismo y el liberalismo, y ofrecer una libertad moral y sexual que, aunque era más restrictiva que el abanico de posibilidades que había ofrecido la República, era también más estable. La doctrina imperial podía resumirse en una frase: *Todo acto sexual realizado con sujetos carentes de plena libertad y responsabilidad no sólo es inmoral, sino también ilegal*. Así, el Imperio había conseguido censurar moralmente y castigar legalmente, usando el mismo baremo, actos en apariencia tan distintos como la necrofilia y la violación pedera. Gregorio era alto, moreno, de ojos azules; a pesar de que trabajaba como abogado en un edificio cercano al Senado Imperial, había recibido muchas ofertas de holorevistas que querían que posara como modelos. Nicolás mismo le había puesto en contacto con un par de fotógrafos que habían disfrutado de la posibilidad de retratar al apuesto, maduro y atractivo Gregorio, de espaldas anchas y manos suaves.

—Pero forzamos a todos los planetas del Imperio a seguir nuestra misma moral, nuestras mismas leyes. Sin duda, eso es un poco arrogante.

La cuarta persona que había en la habitación, Verónica Goldfarb-Castro, se puso de pie, y se sirvió otro vaso de licor mientras sus ojos dorados, de color de miel, resbalaban por la habitación, depositando su mirada, de uno en uno, en sus tres amigos. Tatiana Ivanovi, la hermafrodita de cabeza depilada y sombra de ojos azul eléctrico; Gregorio Santos, el abogado atractivo y arrogante, de ojos azules como el cielo; Nicolás Valcárcel, el joven crítico musical, con su camisa medio abierta. Verónica había tenido relaciones con los tres, y sabía que ellos las tenían entre sí, por lo menos de momento. La química sexual era quizá una forma inusual de cementar una amistad, pero Verónica nunca había tenido mejores amigos que los tres que ahora estaban bebiendo con ella en su casa, escuchando una retrospectiva de la gloriosa María Callas, en la que se intercaban las versiones más contemporáneas de aquellas arias que la habían hecho famosa en su época de esplendor.

—¿Por qué es arrogante el deseo de conducir a todos los habitantes del Imperio a la felicidad? , replicó Tatiana al comentario de Verónica.

—Tales proyectos siempre han fracasado, a lo largo de la historia de la humanidad. ¿Por qué el Imperio debería ser diferente?, dijo entonces Nicolás.

—Porque nunca ha existido nada como el Imperio, afirmó Gregorio.

Eso es cierto, pensó Verónica. Nunca había existido nada como el Imperio; había que retroceder hasta los lejanos días del siglo XIX, cuando Terranova todavía se llamaba Tierra, o la Tierra, singularizada, para encontrar algo semejante al Imperio Terrano. A pesar de todas sus similitudes con los antiguos imperios, como el británico, el español, el chino o el romano, el Imperio Terrano era algo diferente. Era una unión de planetas, no muy distinta en su estructura a la organización republicana, que cooperaban entre sí según los parámetros dictados desde la capital imperial, que era Golconda y no Terranova, la



cuna de la humanidad que había sido, desde su fundación hasta su caída, la capital de la 1ª República.

Golconda, también llamado Alfa Centauri IV, había sido la primera colonia de la humanidad. El emperador, tras tomar el nombre de Analastu, había trasladado allí la capital como un gesto simbólico más, uno que aspiraba a ser representativo de la distancia que quería marcar entre su Nuevo Orden y la República. Si todavía había alguien en el Imperio que abrigara la creencia de que la Tierra, Terranova, era el centro del universo, aquel gesto imperial debería haber servido para poner fin a su ingenuidad.

Y sin embargo, Terranova había dejado de ser el centro de los mapas estelares para convertirse en algo a lo que los ciudadanos imperiales se referían como *el corazón del Imperio*. Su guía moral, su conciencia, su rector ético, su censura... Y desde Golconda, mientras tanto, gobernaban los emperadores de la dinastía Analastu Abdi, en árabe *Yo no soy el sirviente de mí mismo*. No hombres, sino títulos. Eso era lo que Analastu I había querido para sí y sus sucesores: emperadores que no se sirvieran a sí mismos, sino al título que portaban, y al Imperio.

Tatiana había actuado recientemente en Golconda, en una gala que el actual emperador, Analastu III, había ofrecido al Senado Imperial y a los gobernadores provinciales, y hacía tan sólo unos días que había regresado a Terranova. Tatiana había sido honrada por el Emperador con una condecoración al mérito artístico, y había tenido la oportunidad, en el transcurso de la gala, de acceder aunque fuera temporalmente a las estancias por las que se movían los que marcaban el ritmo político del Imperio. La contratenor sabía que, en tiempos lejanos, antes del Éxodo, la humanidad había estado dominada por un sistema de pensamiento llamado capitalismo, o post-capitalismo, y que durante el Éxodo mismo las corporaciones multinacionales habían acumulado en sus manos grandes cantidades de poder y capital. Pero todo eso había cambiado, y la humanidad había regresado a formas de organización social, al mismo tiempo más nuevas y más tradicionales. En una ocasión, en un cóctel, Tatiana había oído que el Imperio Terrano era comparable a la Francia de Napoleón III; tras hacer algunas averiguaciones, no le había parecido una comparación injuriosa, aunque todavía tenía sus dudas. Se volvió hacia Gregorio, que tras su último comentario se había servido otra copa de licor, y le invitó a que se sentara en la alfombra, junto a ella. Sonriendo divertido, tras echarle una mirada de reojo a Nicolás, Gregorio se sentó a los pies de la contratenor, y volvió a la carga.

—Vamos, no os quedéis callados, y pensadlo seriamente: ¿Cuándo ha disfrutado la humanidad del equilibrio perfecto entre libertad y prosperidad que tiene ahora? Hay que hacer sacrificios para conseguir beneficios; no se puede hacer una tortilla sin romper huevos, como decía mi bisabuela.

—¿Qué son huevos? —dijo Verónica, alejándose de la ventana.



—Algo que usan los animales para reproducirse; no me preguntes sobre los detalles eróticos. Los desconozco, y Nicolás sonrió ampliamente, mientras se ponía de pie.

Nicolás caminó hasta Verónica, y le dio un beso en la mejilla. Luego se sentó en el sofá que Gregorio había dejado vacío, e invitó a Verónica, la escritora de éxito, a que se sentara junto a él, en el suelo. Cuando ella lo hizo, Nicolás alzó su copa hacia Tatiana, y dijo: *Brindo por el Imperio*. Los demás asintieron, brindaron por el Imperio, y apuraron sus bebidas.

Nicolás carraspeó, y dijo:

—En sus últimos ciento veinte años de vida, la 1ª República estuvo hundida en la guerra civil, la corrupción, el hambre, la miseria y el caos. En los treinta años que han transcurrido desde la proclamación del Imperio por el primer emperador Analastu, la historia de la caída de la 1ª República se ha convertido en leyenda. ¿Quién se acuerda ya de aquellos días de dolor?

—Ahora todo va más deprisa, dijo Tatiana, pensativa...

—Insisto en que el Imperio llevará a la humanidad a donde no ha llegado nunca. No estamos preparados, como civilización, para la libertad responsable que proporcionaba la 1ª República, afirmó Gregorio.

—¿Quieres decir que tenemos miedo a la libertad? ¿Necesitamos entonces, como especie, que alguien nos lleve hacia el progreso?, concluyó Verónica.

Los cuatro se miraron, en silencio, inquietos ante las implicaciones de una afirmación semejante. Todos eran ciudadanos prósperos de un Imperio próspero, y todos sabían como se había llegado hasta la proclamación del Imperio: el ejército había asaltado el Parlamento, disuelto la República y creado un Gobierno Provisional. Dos años después, Analastu I había sido proclamado Emperador, y aclamado por el ejército. En esos dos años, las tropas del gobierno habían extinguido el fuego de la rebelión y la secesión a lo largo y ancho del mapa de la República, y todos los sistemas planetarios rebeldes habían hincado la rodilla ante el gobierno provisional. Ningún Imperio había sobrevivido tanto como sus fundadores hubieran deseado, y muchos de ellos no sobrevivieron a su primer emperador. El Imperio Terrano ya había tenido tres gobernantes, y todo parecía ir bien.

Tatiana fue la primera en quitarse la ropa, lentamente, sensualmente. Una vez que se hubo quedado desnuda, se sirvió otra copa de licor, y dijo:

—¿Realmente crees que hay un equilibrio perfecto entre libertad y prosperidad, Gregorio? Yo creo que no... creo que todo sistema construido sobre la tiranía debe caer, tarde o temprano, por grandes que sean sus logros culturales y artísticos.



—¿Y por qué ha de ser así? ¿Es que acaso, como civilización, no estamos dispuestos a hacer ningún tipo de sacrificio? —Gregorio dejó su copa sobre la mesa, y tras quitarse la ropa, se sentó en el suelo, junto a Tatiana.

—La reconciliación requiere el perdón, y el perdón requiere el reconocimiento de la culpa. Mientras el Imperio no pida perdón a todos aquellos que sometió y humilló, no habrá reconciliación, y la sombra de la destrucción siempre estará sobre nosotros. —Nicolás dejó sus ropas plegadas sobre una silla, apuró su copa de licor, y besando a Gregorio en la frente, se sentó entre él y Tatiana.

—Todo está destinado a la destrucción; no hay nada eterno, salvo quizá, las mismas ideas de eternidad y destrucción. Lo que importa es hacer que los momentos de paso, los cambios entre un modelo de civilización y otro, sean lo menos traumático posibles para los implicados.

Tras estas palabras, Verónica se despojó de sus ropas, y dirigiéndose hacia sus tres amigos, se unió a ellos tras apagar una a una todas las luces de la sala.

Fueron necesarios ciento veinte años para construir el Imperio Terrano, y tan sólo veinte para destruirlo. El cuarto emperador, Anaslato IV, fue incapaz de estar a la altura de sus tres predecesores. Una serie de malas decisiones ejecutivas provocaron una cadena de insurrecciones, y varias derrotas militares hicieron perder a la población la confianza en el Imperio. Para preservar la paz, Analastu IV empezó a ceder regiones imperiales al control de los gobernadores planetarios; fueron estas regiones independientes las que formaron el núcleo de las nuevas potencias cósmicas: la Autoridad Centáurea, la Confederación de Weissmann, la Alianza de los Navegantes, y también, la 2ª República, que aspira a preservar, para la humanidad, lo mejor de la 1ª República y lo mejor del Imperio.

De toda la legislación imperial, la más importante que hemos preservado ha sido la relativa a la moral.

Del Imperio a la República, 2440, Terranova

© Fabián Álvarez

FABIÁN ÁLVAREZ nació hace treinta años en Madrid, donde sigue viviendo, y ha publicado en *Alfa Eridiani*, *Pulsar*, y *El Sitio de Ciencia-Ficción*. No le gusta tener favoritos, aunque confiesa su admiración por Neil Gaiman, Clive Barker y Juan Manuel Aguilera. También le gusta H.P. Lovecraft, pero es partidario de no atarse a la tradición, y seguir siempre buscando nuevos clásicos. Compagina su trabajo como profesor de inglés, ya que es licenciado en Filología Inglesa, con un trabajo de investigación doctoral sobre la autora afroamericana Octavia Butler, a la que considera una de las cumbres de la ciencia ficción y la narrativa en general de los últimos años del siglo XX.



LA INVARIANTE C H O N

por Víctor Conde

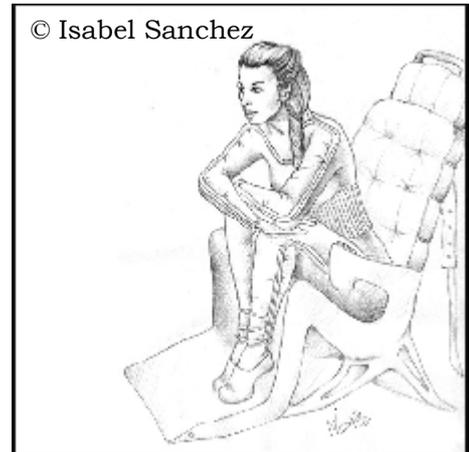
Más allá de las diferencias que nos separan, existe una constante: la unidad en la diversidad. Esa es una idea que todavía no hemos aprendido completamente la humanidad y aún nos queda mucho camino por recorrer. Es muy posible que nunca lo logremos pero el camino sin duda merecerá la pena.

ESDAN

El afilado contorno de la Carabela se hizo secuencialmente visible mientras abandonaba por fragmentos el túnel Riemann a tres órbitas del planeta. Sus aspas de impulso se plegaron conforme las condiciones de espacio relativista se iban normalizando, y juntas giraron unos grados hacia atrás y abajo, como los remos de un antiguo barco fluvial.

Esdan Demla/Zib se desprendió, entrelazando los dedos sobre la cabeza y empujando hasta oírlos crujir, y luego se destrabó los cinturones que la mantenían sujeta al diván de aceleración. Las lecturas estaban en un sólido verde tranquilizador; las estelas de espacio anormal Riemann que sus aspas se *traían* del salto se iban desvaneciendo poco a poco, sin provocar roces ni explosiones de incoherencia bajo las leyes del espacio estándar. Los disipadores funcionaban a la perfección, y eso era algo que la intrigaba: ¿qué demonios hacían esas máquinas para deshacerse del fragmento de hiperespacio –un término

© Isabel Sanchez



© Isabel Sanchez

que odiaba– que se pegaba a ellas en los conductos R? Ésa era una asignatura que en su nueva carrera de ingeniera de relativismos jamás lograría aprobar.

Flotó delicadamente hacia la zona de instrumentos centinelas (el puente estaba construido expresamente para evolucionar en gravedad cero, así que los sistemas de vigilancia quedaban colocados en el techo), y consultó los datos.

—Hola, Clarise —saludó, con la voz aún enronquecida. La suave respuesta del delfín llegó



desde un altavoz oculto:

—Hola, Esdan. ¿Has dormido bien esta mañana?

—¿Ya es por la mañana? Ajusta el día, por favor. Otoño entrante con suaves precipitaciones matutinas.

La mascota-inteligencia central activó los hologramas de todos los pasillos y habitáculos de la nave, y el resto de sus ocupantes se encontraron de pronto durmiendo apaciblemente en medio de extensos bosques de coníferas y bajo una fresca llovizna de Octubre. Ninguno despertó, pero algunos sonrieron como si en sus sueños hubiesen apreciado el cambio.

Esdan examinó el planeta al que se acercaban: una roca sin vida que describía órbitas muy lejanas alrededor de una estrella en explosión. La Regina VV6 había alcanzado el punto crítico de su fase nova hacía cuatro días, y ahora se encontraba estallando con fiereza y abriéndose como una flor esférica a la velocidad de la luz. Con un bostezo, la navegante calculó los intervalos: la onda expansiva de luz y calor les alcanzaría en dos quintos de jornada locales, unos veinte días. Tenían tiempo más que suficiente para completar su misión y salir zumbando antes de que la Regina se tragara también esa región del sistema.

Lo que le sorprendió fue encontrar la otra nave. El radar indicaba que un objeto giroscópico de un cuarto de kilómetro de longitud y seis anillos concéntricos rotatorios ya esperaba en geoestación sobre el planeta. Esdan frunció el ceño: había creído que ellos serían los encargados de monitorear a los Delvan en su prueba de fuego racial, la experiencia de madurez tecnológica que les permitiría entrar gloriosamente en un nuevo estadio evolutivo. Pero la presencia de aquella otra nave...

Con sincera curiosidad, ordenó al delfín abrir los canales de comunicación.

—Estoy enviando los paquetes comprimidos habituales de saludo y especificaciones técnicas de la conversación. Responden... ahora —anunció Clarise tras un segundo—. Vaya, su sistema de encriptación de código es extraño. Creo que pertenecen a la Tercera Rama, Esdan. Hay un ruido de fondo que me es difícil de entender; podría tratarse de una alteración de la señal debida a los potentes campos magnéticos en implosión de la estrella.

—¿Los Terceros están aquí? —la joven alzó las cejas, impresionada. Nunca había visto una nave de Terceros Humanos antes—. ¿Y qué están haciendo?

—Sospecho que han venido a lo mismo que nosotros. Ellos también tienen interés en el progreso de la especie delvana, pero no me han querido explicar por qué. De todas formas, se congratulan de nuestra presencia aquí y solicitan una reunión en vivo para intercambiar impresiones.



—Contéstales que estaremos encantados —dijo la navegante sin poder ocultar la emoción—. Si nos indican un muelle de anclaje...

—Insisten en que deben ser ellos quienes se personen en nuestra nave. Dicen que no debemos preocuparnos por el hábitat. Traerán un nicho ecológico no dañino con ellos, programado para desaparecer sin dejar secuelas en cuanto haya acabado la reunión.

—Uhm... —Esdan dudó. No era normal que los Terceros se anduviesen con tantos remilgos. Tal vez hubiera cosas que el embajador quisiera comentar fuera de la presencia de los suyos—. Está bien, comunícales que estaremos listos para recibirles en una hora.

Dicho esto, la joven estiró las piernas y se catapultó fuera del puente, en busca de su marido/dos. Él era el experto en política, así que sabría preparar la ceremonia con la mínima dignidad que un grupo de embajadores Terceros merecía.

Encontró a su segundo hombre ya despierto y aseado, paseando por un campo de maíz: la cámara de habituación. Era donde le gustaba pasar la mayor parte del tiempo, dejando que su cuerpo se liberase lentamente del estrés post-salto mientras hacía su trabajo en la consola. Al intuir que su mujer se acercaba, se giró para encontrarla acostada en el aire y rotando lentamente sobre su eje.

—Hola, cariño.

La ayudó a pasar del entorno sin peso al de una gravedad y la besó en los labios. Ella sonrió, hablando sin despegarlos todavía.

—Ummm. Me encantan estas sesiones de eliminación de estrés. ¿Recuerdas cuando el Metacampo existía y los viajes eran instantáneos?

—Apenas; yo era un niño entonces. Pero esto es mucho mejor —Lamor sostuvo a su mujer/uno justo por encima de las espigas doradas y la sentó frente a él. Cerró la consola para concederle toda su atención; era la primera vez que hablaban desde el comienzo del sueño, hacía dos meses—. ¿Por qué otoño?

—¿Eh? Ah, bueno —Esdan movió sus dedos entre la llovizna—. Me pareció apropiado para empezar un nuevo día, como en las montañas de la Tierra. Lluvia antes del sol.

—¿Qué es eso que tiene locos los sistemas de exploración de Clarise? La pobre no deja de murmurar cosas sobre la contemplación del protocolo desde que me despertó.



—Hemos llegado al planeta donde teníamos que reunirnos con los Delvan para monitorizar su prueba. Pero ya había alguien aquí.

El hombre arrugó el entrecejo. Sus rasgos latinos y las cejas pobladas le hacían irradiar un aspecto de misterio masculino que volvía loca a Esdan.

—¿Una nave? ¿De quién?

—Es un crucero de la Tercera Rama. Al parecer ya han contactado con los Delvan, y ahora quieren hablar con nosotros. Les he invitado a subir a bordo en una hora.

Lamor la contempló en silencio unos segundos, cavilando como solía hacer, dejando el cuerpo estático, y luego se rascó la sien.

—Bueno, si ése es su deseo... Veamos qué se puede observar.

—¿Despertamos a los demás?

—No, no creo que haga falta. Podemos resolver este asunto y continuar viaje sin tener que quebrar el equilibrio de los tanques fríos.

Un minuto después se encontraban de regreso en el puente de mando. La mascota-inteligencia central de la Carabela, Clarise, se había hecho visible adoptando su holograma favorito, un alevín con estriás azuladas, y daba tumbos entre las consolas de control saltando y volviendo a sumergirse en sus circuitos como un pececillo nervioso. En el foso táctico se perfilaba claramente una delgada línea rojiza que se acercaba con lentitud hacia ellos: el enclave de contacto de los Terceros.

Esdan se mordía una uña con nerviosismo. Mientras su marido hablaba con sus invitados y se ponía de acuerdo en algunas funciones básicas (vamos a usar este dialecto, la gravedad será de un g , os enviamos nuestro diccionario de modismos del idioma), ella no podía apartar la vista de la nave que los transportaba. La Tercera Rama era la Hélice de referencia más distanciada del estándar humano que se podía encontrar dentro de la especie. Sus mundos se habían desunido del Racimo Central durante tantos milenios que casi se podía decir que eran alienígenas a todos los efectos. Habían mutado sus cuerpos mediante I+D ARN a través de tantas generaciones que sólo conservaban una ligera forma antropoide en sus articulaciones y miembros.

En el fondo, Esdan admiraba su decisión de ser ellos los que cambiaran para adaptarse al entorno, y no que destruyeran los nichos ecológicos de los nuevos mundos colonizados mediante la terraformación como era la política de las demás Ramas. Pero eso les hacía parecer tan... distantes, que sentía escalofríos al contemplar el diseño de rejilla hueca del enclave de contacto. Incluso el aspecto de su tecnología sugería secretos misteriosos y lógica difusa.



Junto al corpachón anillado de la nave principal de los Terceros flotaba otra más pequeña y de apariencia biológica. Era un transporte veloz con aspas de impulso colocadas en V, construido a partir del esqueleto coriáceo de un antediluviano estelar muerto. Era la nave de los Delvan, el navío con el que tratarían de descubrir por sí mismos los misterios de los hiperconos Riemann, para ganarse su graduación como raza adulta y con opinión en el Racimo. Todos los intentos anteriores habían fracasado, y el que la Tierra enviase una pequeña Carabela consular como la suya para cubrir el evento en lugar de la extensa parafernalia mediática de la primera vez, indicaba que nadie confiaba realmente en que ahora lo lograrían. Pero su tesón era admirable.

Lamor zanjó las negociaciones con una sonrisa y, cerrando los canales de audio, derivó hacia ella con un suave impulso, abrazándola.

—Ya vienen. ¿Nerviosa?

—¡No! —dijo Esdan, asintiendo con la cabeza. Su marido rió.

—Abandonan su nave para evitar que sus condiciones ambientales nos hagan daño. Proviene de una colonia en las inmediaciones de Tetis 9 cero, un mundo muy próximo a una estrella azul. Su ecología es tan agresiva que nos quedaríamos ciegos con sólo contemplar el biotopo estándar.

—¿Y por qué tienen tanto interés en la prueba de los Delvan?

Lamor cruzó los brazos en una pose introspectiva.

—No estoy muy seguro de haberles entendido, pero creo que me han dicho que poseen algún tipo de control sobre los asentamientos delvanos en su región del Brazo Espiral. Al parecer han desarrollado un tipo de dependencia mutua entre ambas especies en esos sistemas. Creo que se sienten en parte responsables de ellos.

En la pantalla, el enclave se aproximó hasta situarse en las inmediaciones de la Carabela y corrigió su configuración estructural, haciendo pivotar el andamiaje como un gigantesco calamar que quisiera tragarse la nave terráquea. Cuando sus extremidades formaron un conducto que protegía un espacio cúbico de unos diez metros de arista sobre su proa, unos invisibles campos de fuerza rellenaron sólidamente las paredes y el biotopo artificial comenzó a desplegarse por el recinto como la vaharada de fuego del aliento de un dragón. Esdan tragó saliva.

—Muy bien. Esta es la primera vez que mantengo un contacto con esa Rama en mi vida —dijo—. Hagamos nuestro trabajo.

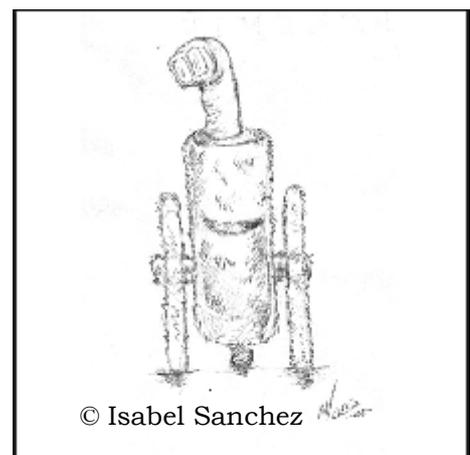


T
Se reunieron con los embajadores Terceros en la frontera de su nicho artificial. Esdan y su marido se habían puesto los trajes de presión, pero mantenían el casco plegado formando una pequeña bufanda alrededor del cuello: desconfiar de las disposiciones de seguridad de sus invitados podría haberse considerado un insulto.

Los Terceros aparecieron caminando solemnemente desde las profundidades carmesí del enclave, surgiendo desde la niebla como espíritus en llamas. Sus trajes eran fluctuaciones serpenteantes del campo de fuerza que mantenían a salvo junto a sus cuerpos unas condiciones vitales de total antibiosis. Esdan les vio moverse con lentitud, formas antropoides de dos metros o más de altura, con dos brazos y dos piernas y lo que parecía ser una cabeza, emitiendo un agresivo fulgor rojizo como gigantes rojos, respirando fuego y oxidación de materia. Sus ojos eran ascuas incandescentes recubiertas por máquinas captadoras de longitudes de onda del orden de los rayos ultravioletas. Operados para trabajar en un entorno donde la luz visible resultaba insuficiente, necesitaban ayuda tecnológica para verlos a ellos.



Junto a los Terceros aparecieron de improviso algunos Delvan. Esdan sonrió al verlos; las características físicas de su especie eran tan peculiares que no podía sentir más que admiración y algo de ternura. Era la única especie en la que la Naturaleza había alcanzado un hito biológico sin precedentes: inventar la rueda. Los delvanos eran pequeños cilindros verticales de apenas un metro de altura, bruñidos y recubiertos de un vello fino y no adherente que contribuía a mejorar su aerodinámica. Se desplazaban apoyados en dos ruedas musculadas, situadas en los extremos de un eje de hueso que atravesaba su centro de equilibrio longitudinalmente. Una tercera rueda, más pequeña pero rodeada de un enclave muscular potente que controlaba la orientación, servía de contrapeso trasero y director del movimiento.



Esdan había estudiado a estos seres durante su viaje y se había familiarizado con algunos de sus rasgos más relevantes, en qué forma la Naturaleza (ayudada con mano maestra por los genetistas) había solventado el problema del eje móvil. Literalmente, su sistema motriz era una pieza totalmente separa-



da del cuerpo, un hueso horizontal que constituía un organismo insólito e independiente. El principal escollo que había entorpecido el progreso de los seres vivos desde la locomoción tosca sobre patas a la veloz e inercialmente eficiente sobre ruedas, había sido la rotación del mecanismo de la rueda. El hueso-eje debía poder girar continuamente sobre sí mismo sin necesidad de tener que regresar a su posición de partida, como ocurría con cualquier articulación de los artrópodos. El problema había sido solventado de la manera más radical: si el eje debía estar totalmente separado del cuerpo para asegurar su perfecta movilidad, entonces sería un ser vivo autónomo, con su propio sistema de riego linfático y lubricación, sus glándulas giratorias generadoras de oseína para restaurar el desgaste del tejido conjuntivo derivado del rozamiento, e incluso con su sistema nervioso propio y semiindependiente.

El hueso estaba anclado al resto del Delvan mediante unos anillos dentados, de los que surgían gran cantidad de pequeños espolones quitinosos que crecían por sí mismos como las uñas de los dedos de los mamíferos. Un complicado conjunto de pelos interiores alojados en una cámara de locomoción se movían desgastándolos como las aguas de un río enfurecido, golpeando estas diminutas aspas e impulsando el eje a rotar. Esdan sabía que, además, poseían dos potentes músculos en iris que se cerraban sobre sus extremos para proporcionar el empuje inicial (hacia atrás o adelante) y no sobrecargar de peso a los cabellos de su flora locomotiva. La simple inercia hacía el resto.

Los Delvan entraron en la sala y contemplaron a sus anfitriones humanos, Esdan y su marido/dos, desde la atalaya de su periscopio ocular (era realmente eso, un cuello retráctil provisto de espejos; los órganos visuales estaban a salvo dentro del cuerpo). Se colocaron diligentemente junto a los Terceros y aguardaron en silencio. Era extraño, pero la navegante notó que, desde el momento justo de su aparición, el holograma de Clarise se revolvía inquieto a su alrededor, más nervioso que de costumbre.

Lamor rompió el silencio, dándoles la bienvenida e interesándose por sus costumbres. El líder de los Terceros, un pavoroso elemental de energía térmica semitranslúcido que se hizo llamar T, le agradeció sus esfuerzos por vencer las enormes distancias culturales. Lamor no tardó en sacar a relucir el tema de su inesperada presencia en el sistema.

—Nuestras relaciones con los mundos aerrenizados Delvan son más estrechas que las que mantiene el Cúmulo Central —explicó el cónsul T con una voz traducida en muestreo de 32 bits—. Hemos monitorizado sus cuatro últimos intentos de trascender, pero aún no se han obtenido resultados positivos.

—¿Sus últimos cuatro intentos? Pero... —Lamor hizo una pausa—. No teníamos noticias de tales experimentos.



—Nuestros asuntos sólo nos conciernen a nosotros y a los delvanos. No consideramos necesario informar de todos nuestros movimientos a su gobierno.

—Er... Por supuesto, lo entiendo —asintió Lamor, algo nervioso. Las relaciones del gobierno central con las Ramas de la Humanidad más distantes habían caído en un pozo de confianza mutua y poco más que mera simpatía tras la caída del Imperio, el gran ente unificador que se había derrumbado con la imposibilidad de utilizar el Metacampo para realizar viajes estelares instantáneos. Ni siquiera la tecnología de puentes Einstein-Rosen o los conductos Riemann habían podido mantener unidos planetas sitios a distancias inconmensurables a lo largo de la galaxia. Las Ramas más extremas eran las que antes se habían alejado del conjunto administrativo, y nadie quería desencadenar una guerra anexionista obligándoles a acercarse. No después de la última gran tragedia.

Esdan, atenta a las evoluciones de los extraterrenos en un segundo plano, observó algo en los callados Delvan. Al principio les miró sin saber qué era lo que estaba mal, pero luego un leve movimiento del delvano de cabeza le hizo verlo con claridad. El pequeño alienígena se apartó un centímetro del Tercero que tenía a su izquierda, como molesto por el calor que irradiaba su traje-biocenosis. Esdan se fijó en unas marcas de quemaduras insignificantes pero presentes por todo el eje interior de las ruedas y parte del tallo de su cuello de visión.

Primero se le ocurrió que había sucedido un accidente a bordo del enclave de contacto, pero tuvo que desechar la hipótesis; el Delvan sabía perfectamente dónde colocarse para que la radiación del Tercero no le afectase... demasiado. Sus compañeros también mostraban, quien más quien menos, estas marcas térmicas.

La navegante afiló los ojos. ¿Qué significaban esas quemaduras? ¿Era tan necesario el contacto entre ambas especies que los delvanos preferían arriesgarse a sufrir daños estructurales a cambio de la valiosa ayuda de sus precursores evolutivos?

Se fijó en un delgado hilo que se acumulaba en un desorganizado ovillo bajo las ruedas del delvano más adelantado. Era plateado y tan fino que podría producir cortes tan sólo por el hecho de agarrarlo con fuerza. Quizás ésa era la manera en que los pequeños se libraban del calor residual que se acumulaba en sus delicadas articulaciones: disipación a través de un conductor térmico.

El holograma de la mascota-inteligencia, el alevín azulado, se movía nervioso sin saber qué hacer o dónde ir. Miraba intensamente al Delvan del hilo. Esdan se fijó en que la bolsa marsupial del delvano (que sabía llena de pequeños cilios prensores para manipular objetos) se movía como si estuviese manipulando algo.



T, que hablaba mirando fijamente a Lamor, decía en ese momento:

—Ahora la prueba se ha complicado, dada la singular situación de la Regi-na VV6. Los Delvan deben rebasar su escudo explosivo y alcanzar por sus propios medios la máquina evolucionadora.

—¿Máquina... evolucionadora? —inquirió Lamor, alzando una ceja. El cónsul Tercero varió unos milímetros su pose en el centro del biotopo artificial.

—La encontramos hace seis años estándar orbitando en el interior de la VV6. No sabemos quién la construyó o para qué, pero lo cierto es que sus funciones operan sobre todos los cerebros basados en el intercambio de valencias eléctricas, mejorando notablemente sus sinapsis, concediéndoles un regalo. Una forma aleatoria de enfocar su progreso a partir del contacto inicial.

—¿Una máquina alienígena? —Lamor miraba a su esposa de hito en hito. La progresión evolutiva de las especies protegidas se llevaba a cabo mediante I+D ARN o, en el peor de los casos, dejando actuar a la selección darviniana. Pero nadie había notificado nunca la presencia de una máquina de tales características—. No sabíamos que tal cosa existiera.

Los Terceros parecían regocijarse con su ignorancia.

—Nuestras investigaciones indican que lleva más de cincuenta millones de años oculta bajo las capas exteriores del astro. El momento en el que apareció parece coincidir con el ciclo estelar de fin del combustible pesado y comienzo de la contracción, aunque no sabemos si ambos fenómenos están intrínsecamente relacionados. Ahora que ya no existe el astro a su alrededor ha quedado al descubierto. Eso abre muchas puertas.

—Es increíble —musitó Lamor, pensando en muchas cosas a la vez, que venían a su embotado cerebro como una marea de prioridades incontenibles y superpuestas—. Debemos avisar de esto al Cúmulo. Es... no es... ¿qué es? —balbuceó. T cruzó mansamente sus doce dedos.

—Por ahora es preferible que no lo hagan. Si esta vez los Delvan tienen éxito, será el primer contacto directo con la máquina sin puentes E-R. Sería interesante para ambos contemplar los resultados. Tenemos gran interés en que su especie evolucione, en vistas a que su relación con nosotros se podría volver infinitamente más fructífera. Su genio con las computadoras es ya legendario, pero creemos que aún quedan muchas características especiales de estas pequeñas maravillas de la ingeniería genética por destapar. Y además nos pueden aportar valiosos datos destinados a reproducir la experiencia.

Y aplicarla a nosotros mismos, pensó Esdan, completando la frase del Tercero. Por eso tenían tanto interés en ayudar a los delvanos a cruzar la gran barrera de la deflagración de la VV6.



Contempló a Clarise de reojo. Deseó tener una terminal a mano para preguntarle qué demonios le ocurría. Podía elevar la visera del casco, que se expandiría automáticamente hasta recubrir su cabeza y mostraría una pantalla de estado ante sus ojos, pero eso podría ser malinterpretado por los Terceros.

—¿Cuándo van a realizar la prueba?

—Ahora —señaló T, y se volvió hacia el campo de fuerza que había de pared, que cambió de configuración para aceptar vibraciones de láser y transformarse en una pantalla bidimensional. Sobre ella apareció un plano general de la nave Delvan, el esqueleto fósil del antediluviano estelar, que energizaba sus aspas de impulso y se dirigía a toda velocidad hacia la barrera de energía.

Lamor había pensado que los Delvan que tenía delante serían los encargados de realizar la prueba, pero vio que se equivocaba. Había varios grupos Delvan que acompañaban a los Terceros por motivos aún ignotos. En la pantalla, la nave aceleró hasta transformarse en una mota de polvo brillante, y pasaron a control por radar de larga distancia.

—¿Les han impuesto alguna restricción sobre cómo lo deben hacer?

El Tercero asintió.

—Utilizan una tecnología Riemann que no les pertenece, pero la nave en que viajan sí. Abrirán un conducto R a través de la presión de energía saliente para tratar de rebasar la barrera sin sufrir daños. Pero deberán hacerlo sin alcanzar una velocidad determinada, que hemos cifrado en dos segundos de Hipervínculo por debajo del espacio euclidiano.

—¿Una limitación en la velocidad? —preguntó Lamor—. ¿Por qué?

—Porque está en barbecho —aclaró T—. Desde que empezó la fase nova de VV6 hemos dejado que los Delvan intentasen rebasarla en varias ocasiones, lo cual ha dejado la frontera que apelmaza la velocidad óptima llena de interferencias. Debemos dejarla reposar hasta que su estado armónico se equilibre.

Esdan asintió, comprendiendo. Las raspaduras y llagas que sus impulsores dejaban en los túneles Riemann, como los fragmentos de hipercono que sus aspas se habían *traído* cuando ellos abandonaron el túnel, dejaban lesiones que resultarían peligrosas para otras naves que trataran de usar el mismo conducto para desplazarse. Si el problema era tan grave como para decretar todo un rango de velocidades en barbecho, significaba que los Terceros habían obligado a los Delvan a cruzar la barrera muchas veces, más de las que habían admitido. Con la consiguiente pérdida de vidas, imaginó.

El punto de luz que representaba la nave delvana en el radar se acercó a la barrera y aceleró. Todos contuvieron imperceptiblemente el aliento, viendo cómo



mo describía lentas espirales de caída hacia el momento de máximo rozamiento. Planeaban atacar ese momento lateralmente, llegando a la barrera desde una dirección totalmente perpendicular a la de expansión y confiando en que la disipación de empuje les ayudaría a entrar.

El Tercero no parecía nervioso, pero sus ojos luminiscentes no se apartaban de la pantalla. Esdan, participando por primera vez en la conversación, preguntó tímidamente:

—¿Qué rasgo latente en concreto quieren despertar en los Delvan con este experimento?

El embajador encogió los hombros en un gesto extrañamente humano.

—Eso es lo de menos. Cualquier mejora nos puede servir, tratándose de tan... estimables criaturas.

T hizo un inocente gesto con su mano, aferrando el extremo del cable de disipación térmica del delvano que tenía a su lado, y lo atrajo hacia sí, como quien se asegura de tener bien atada a su mascota.

Abriendo mucho los ojos, con una expresión que hubiera asustado a Lamor si en ese momento hubiese estado mirándola, Esdan captó de golpe el significado de todo aquello. De la presencia allí de los Delvan, del dolor que les debían producir las quemaduras por tener tan cerca a los Terceros pero sin querer apartarse de ellos. De ese hilo áspero que se enredaría en su sensible eje si intentaban huir, raspando sus delicados músculos motrices y haciéndoles daño por dentro.

El periscopio del pequeño delvano se giró hacia ella, enfocándola con sus lentes y haciéndose tristemente partícipe de su descubrimiento.

Los Delvan no eran colaboradores de los Terceros.

Eran sus esclavos.

KEEK.

En ese momento la nave delvana alcanzó la barrera, acelerando para alcanzar el segundo de Hipervínculo que los situaría justo al extremo del límite de velocidad fijado por sus vigilantes. En uno punto siete segundos de Hipervínculo, la nave atacó a la nova desde una dirección geométrica segura. El delgado hipercono les protegería durante picosegundos de la presión centrípeta, tal vez permitiéndoles pasar al otro lado. Esdan lo dudaba. Su experiencia como navegante estelar le dictaba que dos segundos enteros serían un buen escudo contra la radiación saliente, pero menos...



El antediluviano se estremeció en la pantalla de radar, notando las primeras perturbaciones. Vacilantes, sus pilotos retrasaron unas décimas su entrada; algo veían mal. Estaban inseguros.

Tras un instante, el capitán delvano pareció tomar una decisión de riesgo: atacarían la barrera perpendicularmente. Esdan negó con la cabeza, viendo cómo el destello rojo que marcaba la posición y trayectoria de la nave giraba hasta situarse con la proa apuntando a la perpendicular del movimiento de la barrera, y aceleraba de nuevo. Los Terceros vigilaron los indicadores, muy atentos a los límites que habían fijado. La nave delvana se acercó muchísimo a ellos, pero no los rebasó.

Entonces penetraron en la nova.

Su señal desapareció de la pantalla y todo quedó en silencio. Ambos cónsules esperaron, Lamor observando intranquilo la lejana esfera de la VV6 al natural, los Terceros esperando la transmisión que confirmaría la supervivencia del explorador delvano.

No llegó.

La joven navegante apretó la mano de su marido, sintiendo llegar la rabia. Éste no dijo nada, pero la miró captando su furia, y negó sutilmente con la cabeza: no era conveniente.

Esdan retrocedió, acercándose a la esclusa de entrada a su nave. El suelo de campos de fuerza vibraba con cada paso, dúctil pero intraspasable. El holograma de Clarise se colocó junto a su oído.

—¿Qué demonios te ocurre? —susurró la mujer, vigilando a los Terceros, que seguían concentrados en sus pantallas de datos. El alevín transmitió:

—Datos contradictorios *Admisión en registro de actualización siete punto punto .. /Detecto un intruso en el sistema.*

—¿Un intruso? —exclamó Esdan, más alto de lo que hubiese querido. Su marido se volvió hacia ella—. Malditos sean —musitó—; están tratando de entrar sin ser vistos.

El embajador Tercero la miró en silencio, y Esdan sintió que el fuego de sus pupilas ígneas incendiaba su alma. De repente la alcanzó la lástima contenida por el destino de los pobres Delvan. Acercándose a su marido, le susurró algo al oído.

—¿Ocurre algo? —se interesó el Tercero. Lamor le miró boquiabierto, sin saber qué hacer.



—Us... ustedes... —balbuceó.

—Están tratando de invadir nuestro sistema informático desde que llegaron —aclaró Esdan, endureciendo la voz y tratando por todos los medios que no temblara—. Nuestro ordenador detecta las señales de intrusión. Es un ataque.

—Creo que tenemos una ligera confusión idiomática. ¿A qué se refiere con *un ataque*?

Esdan iba a replicar cuando tanto ella como el embajador T se dieron cuenta de algo. Ambos miraron a la vez al delvano más próximo, el que tenía el hilo enrollado en su eje. Lamor se puso en pie, confundido, y se giró hacia su mujer para decirle algo cuando los campos de fuerza fallaron.

De repente se encontraron flotando en el vacío espacial. Tanto los humanos de la Primera Rama como los Terceros se llevaron las manos al cuello, en un acto reflejo por la falta de oxígeno, aunque las condiciones vitales de estos últimos estaban bien seguras dentro de sus campos de fuerza personales. Los cascos de los trajes de presión de los terráneos se activaron, cubriendo sus cabezas y presurizándose en un veloz instante. La rejilla del enclave de contacto se plegó sobre sí misma, tratando de reconfigurarse para abrazar a los Terceros y protegerles del vacío.

Esdan y su marido se separaron. Él cayó hacia delante, hacia las profundidades del enclave, mientras la breve descompresión explosiva la arrastraba a ella hacia atrás. La joven rotó incontroladamente bajo la panza cromada de la Carabela, gritando órdenes a Clarise por el intercomunicador. De reojo, vio que una pequeña figura, más pequeña que su marido/uno, se había despegado también del grupo de los Terceros: era el pequeño Delvan, que colgaba al extremo de su cable plateado girando sus ruedecitas frenéticamente.

Se estaba asfixiando. El holograma de Clarise se movió a su alrededor como una rémora fantasmal.

Entonces la Carabela reaccionó. Clarise activó los campos de contención locales y atrajo hacia el casco a Esdan y al pequeño delvano. Lamor estaba demasiado lejos de ellos y quedó confinado dentro del enclave cuando sus tensores de metal se cerraron como las fauces de una bestia mitológica.

Haciendo presión con sus manos sobre el casco de la Carabela para dejar de rotar, Esdan miró furibunda al pequeño alienígena. El campo de fuerza de la nave había cortado el cable que lo mantenía atado a los Terceros, y ahora flotaba mansamente mientras Clarise hacía lo imposible para tratar de presurizar la región de espacio encerrada en la burbuja de fuerza. El Delvan movía apresuradamente lo que fuese que guardaba en su bolsa marsupial, ejecutando complejos movimientos con sus cilios manipulativos. Esdan se enfureció aún más, si tal cosa era posible.



—¿Qué has hecho, maldito? —gritó. El Delvan enfocó sus espejos hacia arriba, a la nave, y la compuerta se abrió.

—Debemos huir. Es peligroso —murmuró, en idioma universal pero con un acento muy forzado.

—Has entrado en nuestras computadoras y manipulado los campos de fuerza. Eres un asqueroso hijo de...

—La barrera se acerca. Tu hombre está a salvo. Darnos prisa.

—¿Prisa? —Esdan se acercó a él, penetrando a través de la esclusa hacia el interior de la Carabela. El holograma de Clarise entró con ellos—. ¿Qué quieres decir? ¿Por qué has hecho esto?

—Debemos huir. Es peligroso.

Las condiciones se normalizaron y Esdan retiró el casco de su traje. Trató de lanzarse sobre el delvano para arrebatarse la pequeña terminal que seguramente guardaba en el interior de su bolsa, pero chocó contra un campo de fuerza.

Confundida, con la nariz colorada por el golpe, siguió los contornos de la campana con los dedos: estaba atrapada justo sobre la esclusa de salida.

—¡Clarise! —chilló, mirando el esquivo holograma del alevín—. ¡Clarise, escúchame! ¡Tienes que liberarme y rescatar a Lamor, ¿me entiendes?!

—Los Terceros cuidarán del varón.

—¡Cállate, maldito bicho! —estalló la joven, golpeando el campo con fuerza—.

—Ellos no atacarán una nave consular del Cúmulo. Aquí dentro estamos a salvo. Prioritario completar la misión.

—¿Qué misión? ¿De qué me hablas? ¡Nos estás secuestrando y poniendo en peligro!

—Ellos no atacarán una nave consular del Cúmulo. Aquí dentro a salvo. Prioridad completar la misión.

—Maldito juguete genético. Como mi marido haya sufrido algún daño... —masculló Esdan, tratando de encontrar desesperadamente una salida. El delvano, completando su lapso de pensamiento circular, musitó:

—Los Terceros cuidarán del varón.



Y rodó hasta colocarse en una esquina de la bahía de desembarco, cerca de la salida. Habló con el alevín en voz baja y, para sorpresa de Esdan, de pronto estuvieron en el puente de mando. El circuito de hologramas lo reprodujo con tanto detalle que la navegante creyó que habían sido teleportados por efecto de alguna magia alienígena.

El delvano introdujo unas coordenadas en la memoria de vuelo y Esdan sintió cómo las aspas R de la Carabela la separaban con velocidad del enclave del contacto de los Terceros, que había vuelto a abrirse en estrella.

Probablemente una configuración defensiva, imaginó. Pero... ¿hacia dónde se dirigían ahora?

—Completar la misión —aclaró el delvano cuando ella avanzó la pregunta—. Avanzar en el misterio de la evolución.

Esdan se tensó. El pequeño Delvan no había secuestrado su nave para escapar de sus amos; lo había hecho para tratar de superar la prueba por su cuenta.

—¿Quién eres tú?

—KeeK. Navegante y programador. Controlaba la rejilla informática del enclave hasta que las naves se unieron. Entonces me colocaron el collar.

La joven humana miró el extremo seccionado del cable y no pudo evitar sentir algo de lástima por el extraterreno. Pero su compasión duró poco:

—Escúchame. Entiendo vuestra situación y puedo tratar de hacer algo para arreglarlo por la vía diplomática. Pero esta nave está llena de personas, ¿sabes lo que eso significa? Hay doscientos dieciséis pasajeros durmiendo en sus nichos. No puedes poner en peligro sus vidas sin motivo.

—Completar la misión. Avanzar en el misterio de la evolución.

—¡Maldita sea, no...! —estalló Esdan, pero no pudo completar la frase. De un brusco acelerón la nave se propulsó hacia la gran barrera de energía de la nova. En el centro de la sala aparecieron unas cortinas de hologramas con todos los datos de la aproximación. Esdan no pudo evitar analizarlos mientras recobraba el equilibrio.

El enclave de los Terceros había vuelto a colocarse bajo la protección de su nave madre. No se alejaban del sistema pero tampoco trataban de detenerlos, lo cual sugería que el experimento, para ellos, aún seguía en marcha. Les dejarían tratar de sobrepasar la barrera.



Esdan pensó en su marido y apretó los dientes. KeeK hizo aparecer a su lado un indicador del sueño profundo de los tripulantes, junto a sus constantes vitales. De repente la joven temió por las vidas de todos ellos. El pequeño Delvan, bajo su aspecto de mascota esponjosa y cariñosa, podía muy bien esconder un asesino psicópata.

—Esto no es justo...

—Es lo que significa ser esclavo

Carecer de voluntad

Carecer de futuro y de esperanza

Sólo con el triste consuelo de avanzar hacia alguna parte que justifique la tristeza

pero sin futuro

pero sin voluntad

Eso es lo que significa ser esclavo.

Esdan contuvo la réplica, mirando fijamente al Delvan. El pequeño había desenrollado el resto del cable que tenía atado a su eje, levantando unos centímetros las ruedas delanteras y haciéndolas rotar en el aire. Estaba levemente cubierto de sangre.

El holograma de Clarise, atrapado por los trucos digitales del Delvan, permanecía callado a su lado. *Su genio con las computadoras es ya legendario*, había dicho T.

La navegante pensó en todas las personas que dormían plácidamente confiando en que ellos resolverían cualquier emergencia y, muy a su pesar, claudicó.

—Muy bien, ya que nos has secuestrado de una forma tan eficiente, entraremos en la nova a buscar esa supuesta máquina alienígena. Pero lo haremos a mi manera.

CLARISE.

—Los Delvan han fracasado porque trataron de hacer frente a la presión de energía saliente ocultándose en un hipercono Riemann de escasa velocidad —meditó Esdan, observando los indicadores digitales que flotaban en la cortina holográfica. El delvano aún no la había liberado, pero obedecía sus instrucciones al pie de la letra—. Si no podemos usar el rango declarado en barbecho por los Terceros porque peligraría la integridad de la nave, igualaremos velocidades. Necesito hablar con la mascota-inteligencia central —solicitó. El cuello del Delvan se contrajo unos centímetros, y tocó algunos mandos de su pequeña consola. Clarise volvió a recobrar su jovialidad.



—¿Sí, Esdan?

—Gracias a Dios, Clarise, estás aquí de nuevo. ¿Cómo vamos por ahora?

—Nunca me he marchado, Esdan. Por ahora la cosa va bien: nos acercamos a la esfera en expansión de la nova a un quinto de c y comenzamos a notar los choques contra las tormentas de neutrinos, pero las corazas aguantan. No puedo asegurar la integridad de la nave cuando nos acerquemos a la barrera a menos de un cuarto de millón de kilómetros salvo que entremos en un hipercono de dos segundos completos de desfase Riemann.

—El rango en barbecho.

—Tratar de atravesarla con menos es muy peligroso. Las tormentas atravesarían el casco con el efecto de una bomba de neutrones. Ninguno de ustedes sobreviviría. Yo podría completar sola la misión, pero eso no resultaría muy apropiado.

Esdan cruzó las manos detrás del cuerpo, en apariencia para ofrecer una imagen de capitán responsable como los que había visto en sus libros, en realidad para ocultar sus temblores.

—Vamos a atacar la onda de energía desde su misma trayectoria —decidió. Clarise se limitó a preguntar:

—¿Puedes especificar un rumbo?

—Elígelo. Nos acercamos justo hasta el perímetro y rebotamos contra él —pegó su nariz al campo de fuerza, esforzándose en ver bien los números de los holos—. Montaremos la ola a una velocidad sólo un poco menor que c , para que sea ella misma quien nos alcance y rebase. Entonces giraremos para buscar el punto de inserción geométrica perpendicular.

—Esdan, no quiero que lo consideres un agravio a tu posición de mando —carraspeó Clarise, con voz relajada—, pero si giramos buscando la perpendicular de fuga mientras vayamos en la misma dirección que la onda, nos encontraremos de repente avanzando en el mismo plano que ella. Pasaremos mucho tiempo dentro del punto de máxima intensidad energética.

—Haz lo que te digo, Clarise, por favor. Usaremos los conductos en uno punto nueve segundos de Hipervínculo.

El Delvan la miró con sorpresa, pero no dijo nada.

La Carabela aceleró a velocidad próxima a la de la luz en un instante progresivo y se colocó de espaldas a la onda, para huir después casi con la misma celeridad que ella. Esdan observó la pantalla de radar (que usaba emisiones de



partículas más rápidas que los fotones, ya que si no, aunque enviasen señales jamás podrían volver a recogerlas) y vio una pared infinitamente extensa de rabirosa energía en expansión que llenaba el espacio en todas direcciones, y que se acercaba a su popa como un océano de muerte y olvido, un océano cuyas olas podían arrastrar planetas y hacer desaparecer civilizaciones enteras.

El delfín salió de la nave y, al menos su conciencia, cabalgó delante de ella convertido en un ascua de información digital



que recogía datos sobre la agresiva cromosfera del fenómeno. A tan escasa distancia de la barrera, eventos relacionados con las fuerzas nucleares débiles se ponían en evidencia extendiendo su influencia a escala macroscópica, como si la Carabela fuese un minúsculo quark danzando alrededor de un gigantesco átomo de fuego. Todos los holos mostraban lecturas instantáneas y a veces contradictorias. Las aspas de impulso R vibraban tratando de atraer la química de la barrera: el impulso R dejaba un vacío en el espacio einsteiniano que éste trataba de rellenar siempre con materia o energía comu-

nes, pero al ir avanzando a la velocidad de la luz, que era una constante, la barrera no podía acelerar ni siquiera localmente fragmentos de sí misma para rellenar ese hueco, lo que provocaba curiosas manifestaciones: el espacio perdía energía y llegaba al umbral de fluctuación estocástica, creando conos de vacío comprimido llenos de energía negativa.

Esdan se aferró a las barras laterales de la esclusa, manteniendo el equilibrio. Toda la nave vibraba con espasmos incontrolados. KeeK giró sus ruedas y se encajó en una esquina de la bodega, abriendo su bolsa marsupial. De ella extrajo sus cilios. Era la primera vez que la joven los veía, enroscados en torno a un micropad que contenía un cerebro fotónico, la herramienta con la que había *secuestrado* a Clarise. Ahora los utilizó para afianzarse a las paredes.

Para sus adentros, Esdan seguía imprecando y maldiciendo y preguntándose cómo se había metido en aquel follón. Nada de aquello debería haber sucedido: los Delvan eran un pueblo sencillo y pacífico (o eso se habían imaginado ellos), y monitorear su prueba de madurez un encargo sin complicaciones. Ahora huían de un proceloso mar de llamas cuánticas a bordo de un bajel cuya escala lo hacía parecer minúsculo e indefenso, tratando de encontrar una máquina alienígena. Era absurdo.

De reojo controló en el radar la muesca que señalaba la nave de los Terceros, inmóvil en su posición sobre el planeta. La miró como si pudiera de alguna forma hacerle llegar a Lamor un mensaje de esperanza. Tal vez él estaría ahora haciendo lo mismo.



Las paredes crujieron y algunos bártulos de la bodega fueron lanzados por el aire, pegándose a ellas en virtud de concentraciones locales de magnetismo. Sus cabellos se pusieron de punta y, cuando uno de estos epicentros imantados pasó a través de ella, Esdan gritó; pequeños latigazos de arcos voltaicos recorrieron sus dientes y el espacio entre sus dedos, quemándola con cosquilleos galvánicos. El Delvan tampoco se libró de los fenómenos, e hizo desaparecer el periscopio ocular dentro del cuerpo para tratar de proteger los delicados espejos omatídicos.

—¡Clarise! —gritó Esdan, acercando las puntas de sus dedos al suelo, único lugar metálico a su alrededor no cubierto por el campo de fuerza, para tratar de descargarse—. ¡Infórmame de nuestra posición! ¡No veo las consolas!

—Estamos a uno punto ocho segundos de Hipervínculo y aumentando la velocidad. Nos acercamos al umbral de peligro.

—¡Acelera más! ¡Debemos ajustar todo lo posible la profundidad del hipercono! ¿Detectas ya el apelmazamiento de la barrera?

El alevín negó con su cabecilla azulada.

—Es extraño, pero no parecen desarrollarse reacciones más inusuales que las esperadas. Es como si en el exterior, hablando dentro de los parámetros de máxima inestabilidad que provoca el horizonte de sucesos de una nova... todo fuera bien.

Esdan se extrañó. Ya deberían haber empezado a detectar las anomalías que producían los hiperconos sobrecargados. Allí había algo que no cotejaba.

La nave fue alcanzada por la onda. Los campos de contención brillaron al máximo de su potencia, y apenas bastaron para deflectar la fuerza de la energía entrante. Algunos paneles volaron por los aires, y Esdan se encontró de repente rezando porque ninguno de los sistemas de supervivencia de los tanques fríos fallase. Aunque hubiera querido evitarlo, el Delvan aún mantenía bajo su control a Clarise, y la nave era suya. Podía obligarles a ir donde quisiera. Ella debía evitar que eso desembocara en un desastre.

A una señal de la capitana, giraron noventa grados perfectos para beneficiarse de un curioso efecto geométrico de expansión de ondas, la deflagración perpendicular. Durante largos segundos trazaron senderos a lo largo de la barrera cortando los sinusoides como un pez dejando estelas en el mar, avanzando en una lenta espiral que seguía el ritmo de la nube. Esdan vio que su trayectoria zigzagueaba en la pantalla, pero ella no sentía la inercia de los cambios de dirección.

—La nave está sufriendo muchos daños —notificó Clarise sosegadamente—. No vamos a resistir mucho tiempo más.



—¿Por qué nos desviamos de la ruta? Estamos zigzagueando, Clarise.

—Incorrecto. Seguimos siempre rectos, lo que ocurre es que la geometría del espacio cambia. Nuestra posición respecto a nuestro horizonte no varía, pero el horizonte en sí mismo sí lo hace.

—Está bien. Acelera a dos segundos. No nos podemos arriesgar a perder la Carabela por tan escaso margen —concluyó Esdan, uniendo las cejas en un gesto de determinación. La computadora protestó:

—Según los Terceros es muy peligroso. Hay muchas...

—Haz lo que digo y cállate —acotó la joven. Deseó que Lamor hubiese estado allí para sostenerla si caían.

La nave aceleró y penetró en un hipercono completo de dos segundos. El impacto de las partículas contra el blindaje disminuyó, pero una nube de chispas recorrió la cabina de mando, destrozando algunas consolas. Su reproducción holográfica la mostró al actualizarse.

Pero no estallaron.

Al momento de entrar, los sistemas de diagnóstico dieron luz verde en todas las lecturas; el cono se mantenía estable.

Esdan y el Delvan se miraron en silencio. Éste sacó su periscopio de entre los cuádruples hombros y lo elevó unos centímetros, arriesgándose a mirar fuera de la atalaya de su propio cuerpo.

Aún estaban allí.

—¿Clarise? —preguntó Esdan, preocupada.

—Estoy bien. Hemos alcanzado el interior del hipercono. Parece estable.

La navegante frunció el ceño. Eso no era lógico. ¿Dónde estaban los equilibrios machacados de los que había hablado T?

Entonces la vieron. Era otra nave, aún lejos pero en acercamiento. No, la nave no se movía de su punto de referencia; era la Carabela la que entraba paulatinamente en la sección del hipercono que ella definía.

Esdan no había visto nada igual en su vida. Se asemejaba lejanamente al transporte delvano construido a partir de un fósil gigantesco, sólo que éste parecía no haber salido nunca del huevo. Su perfil se curvaba sobre sí mismo de forma que permanecía encerrado en una concha, llena de marcas y relieves como huesos momificados. Medía el doble de longitud que la Carabela, y sólo



una pequeña abertura octogonal hendía el casco sin puertas ni campos de fuerza que la mantuviesen a resguardo del exterior.

La Carabela se acercó lentamente, casi con reverencia. Esdan sentía la presión del sostenido silencio en que habían caído, un silencio diferente del estruendo de la catástrofe en la superficie de la nova. Buscó un muelle de anclaje y lo vio, pero no distinguió ningún puente de mando ni aberturas con forma de ventanucos en el casco. Era el navío más aberrante que había visto jamás.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó. El delvano explicó:

—Primera nave exploradora delvana. Perdida en la estrella. Los Terceros no quisieron que la viésemos...

...e interrumpió su ciclo de pensamiento. Lo que sus espejos captaban se sobreponía a cualquier cosa que pudiera pasar por su atareado cerebro en ese momento.

Esdan entendía por qué.

TLALT.

Las dos naves se unieron como animales en celo y el apéndice de contacto de la Carabela se introdujo delicadamente en el muelle de la delvana. A través de él bajaron Esdan, enfundada en su traje de presión, el pequeño Delvan, rodando calladamente a su izquierda, y el holograma saltarín de la mascota-inteligencia. El hipercono se mantendría estable al menos media hora más, tiempo que habían reservado para tratar de reconstruir su propia versión del puzzle.

Había luces brillando en casi todas las secciones. Los pasillos eran anchos, lisos y sin esquinas, preparados para tolerar el paso de varios carriles de tripulantes y el mantenimiento de sus velocidades al girar o cambiar de nivel. Las puertas, bajas como los techos, obligaron a la única humana de la expedición a andar constantemente agachada, casi gateando. De vez en cuando se abrían unos nichos cúbicos en las paredes con estrías paralelas en el suelo, lugares donde encajar las ruedas de los tripulantes en fases de aceleración o, simplemente, para dormir sin derivar, momentos en los que los músculos de sujeción de sus ejes tendían a relajarse bajo cuadros clínicos de estrés o hipertensión. Esdan recordaba los datos y se iba imaginando a los pequeños seres locomotrices a su alrededor, rellenando aquellas calles-dormitorio ahora vacías.

Llegaron a un elevador. KeeK les invitó a pasar delante y activó los controles. Notaron un suave aplastamiento y cruzaron una decena de cubiertas en pocos segundos. Cuando la máquina se detuvo, Esdan no pudo contener una exclamación de sorpresa.



Estaban en el puente de mando, un lugar que más bien parecía una enorme pista de pruebas para vehículos estrambóticos. Todos los controles y paneles estaban desactivados, pero las luces de emergencia seguían encendidas. En el centro de la sala, completamente inmóviles, les esperaba un grupo de ocho Delvan. Vestían ropajes fluorescentes (ahora que Esdan caía en ello, el pequeño KeeK estaba desnudo), y sus bolsas marsupiales se agitaban con cierto nerviosismo. Pero, pese a que no se sorprendieron de su presencia allí, ninguno hizo esfuerzos por iniciar una conversación.

La joven miró sus periscopios, los ojos lenticulares que jamás parpadeaban, y sintió que la inseguridad hacía mella en su interior. ¿Qué demonios estaba haciendo ella allí? ¿Qué se supone que debía decir en un momento como ése? Ninguno de los héroes de sus libros se quedaba pasmado ante una situación de primer contacto. Todos tenían siempre algo que decir.

Ella no.

Tras un largo minuto, KeeK por fin se adelantó. Ejecutó una extraña reverencia, sosteniéndose un segundo sobre la rueda de atrás y haciendo girar las otras en vacío, y les habló a los suyos en su idioma. Esdan parpadeó, perdida ante su jerga de sonidos armónicos, y pidió a Clarise que tradujera.

—Los datos son imprecisos —susurró el delfin en el intercomunicador—. Hablan, pero me da la impresión de que me estoy perdiendo la mitad de la conversación. No capto el reflujo de pensamientos, sólo frases sueltas... espera, ya lo tengo —corrigió.

—¿Clarise?

—Sí que hay reflujo —aclaró el delfin—, lo que ocurre es que lo están incluyendo sobre la marcha: cada frase que pronuncian tiene sentido leída en ambas direcciones. Espera que adapte el traductor —una pausa—. Ya está. KeeK está excusándose por la intrusión, e informa a los otros de lo que ocurre en el exterior de la nova. Al parecer, esta nave fue un primer intento de evolucionar que los Delvan realizaron de modo unilateral, sin informar a sus amos. Hubo un ataque. —El delfin parecía muy interesado en la veloz conversación a dos niveles que mantenían los delvanos—. Trataron de huir. Los Terceros bombardearon esta nave con panales de antipartículas. Daños estructurales y lógicos. Quedaron atrapados dentro del hipercono...

—...A dos segundos de profundidad —concluyó la joven, tensando los labios. Todo parecía muy claro de repente. ¿Cómo habían sido capaces los Terceros de hacer una cosa semejante?

—Pero no les atacaron al comienzo de su maniobra, sino al *volver* —precisó el alevín—. Estos delvanos entraron en contacto con la máquina alienígena, y por algún motivo los Terceros no les dejaron regresar.



—Quiero dirigirme a ellos, Clarise —pidió Estdan.

—El jefe parece que se llama TlalT. Es el que nos observa desde el puesto más alejado de la consola. Sabe que estoy traduciendo.

Como si supiera que estaban dirigiéndose a él, el aludido se separó de los suyos, rodando hasta situarse a un metro de los terráneos. Se hizo un silencio repentino, y la navegante sintió que se le erizaba todo el vello del cuerpo. Entonces, el pequeño Delvan habló:

—La traición de los Terceros.

Nuestro destino como especie puesto en peligro por la intrusión de la máquina.

—¿A qué se refiere? —dudó ella.

—Los Terceros usaron la máquina repetidas veces sobre ellos mismos, forzando los límites. Nosotros éramos los mensajeros de la recombinación nucleónica. Su grupo mutó, alejándose del patrón de su propia raza.

La traición de los Terceros.

—Clarise...

—Estoy traduciendo de la fuente en su idioma. Según parece, ellos eran simples vehículos para las mejoras genéticas. Los Terceros no querían arriesgarse a entrar en contacto con la máquina, pero se dejaban... ¿cómo se traduce esto? Ah, sí: infectar.

—¿Infectar?

El holograma danzó a su alrededor, mientras los delvanos cuchicheaban rápidamente en su idioma.

—El grupo de Terceros esclavista se ha desligado de la rama principal. Su aceleración evolutiva se ha potenciado increíblemente en los últimos años gracias a la máquina. Pero hubo un último cambio que no quisieron aceptar.

—El último viaje de los Delvan...

—Correcto. En el último contacto trajeron algo que constituía a la vez un paso evolutivo más y un peligro enorme para esa rama de Terceros.

—Pulsaron hasta el extremo —susurró TlalT.

La máquina es sabia, completó el camino y volvió atrás.



Reflujo de complejidad estructural del ADN alterado.

El genoma mutado es nocivo para las antiguas estructuras, pero ellos no supieron ver su lógica.

La máquina...

Un temblor en sus ruedas lo desequilibró tanto que tuvo que parar. Las articulaciones de metal de la nave se convulsionaron. Esdan reconoció el efecto de los armónicos; había sentido lo mismo cuando la avanzadilla de los Terceros se había abrazado por primera vez a la Carabela.

Era el enclave de contacto. Les habían seguido hasta el interior de la nova.

Una pared desapareció en medio de una explosión y la frontera luminiscente de unos campos de fuerza entró como agua derramándose en un recipiente sin aire. Las nubes rojizas del nicho ecológico portátil de los Terceros entró después, deteniéndose a escasa distancia de los asustados Delvan.

La terráquea y el alevín retrocedieron, pero los otros se mantuvieron orgullosos en sus puestos.

Por el orificio entró Lamor, aún vistiendo su traje espacial y con el casco puesto. Esdan corrió hacia él, y se aferraron el uno al otro en un largo abrazo contra un fondo de llamas y estirados seres recubiertos por campos de fuerza. En medio de un silencio sepulcral, los Terceros entraron en la nave.

—¿Estás bien? —preguntó Lamor, acariciando a su esposa en el pelo y las mejillas como si no la hubiese visto en años. Ella asintió, indicándole que podía quitarse la escafandra.

—Muy bien. La nave no ha sufrido averías.

—¿Te ha hecho daño ese...? —no completó la frase. Esdan miró a su marido/dos con cierta perplejidad, pero se dio cuenta de que para él, a todos los efectos, ella había sido secuestrada. No conocía más.

Iba a replicar cuando el embajador de los Terceros se adelantó justo hasta el extremo del campo de fuerza. A su lado, el aire y la presión cargados de energía térmica y partículas inestables rugían furibundos, contenidos sólo por la presencia allí de los dos humanos. De no estar ellos, los Delvan haría tiempo que estarían muertos.

El embajador no apartaba la vista de TlalT, el cual irguió su órgano visor, orgulloso.



—La máquina nos ha hablado —comenzó, inseguro. Los ojos del Tercero eran dos ascuas inmisericordes—. Ha cambiado el curso de la evolución progresiva.

Todo lo que avanza acaba por retroceder.

Todo lo que comienza acaba por terminar.

(Aquí hizo un esfuerzo supremo para *contrapensar*, volver de nuevo al comienzo de las proposiciones, rompiendo el *tempo* con nuevas ideas asimétricas):

Abusasteis de los ciclos evolutivos de la máquina. Ella... completó el reflujó. El siguiente... paso... en vuestro cam... cam... camino. Retornar al origen.

El sacrificio.

La máquina os ha hablado —concluyó, y el sarcasmo que acompañaba a sus pensamientos pudo oírse incluso a través de las barreras idiomáticas. Los demás Delvan, incluyendo al pequeño KeeK, rodaron hasta colocarse a su lado, terriblemente asustados.

Sabían que iban a morir.

El embajador meditó unos segundos, sin decidirse a actuar, y luego miró a los humanos. Esdan y su marido retrocedieron un paso, igual de confusos. Los Terceros no dejarían sin castigo el insulto de la joven raza no evolucionada, sus *esclavos*, ni siquiera en concesión a la presencia de aquellos espectadores.

T dio un paso. Los Delvan temblaron, encogiendo unos centímetros sus cuellos.

El embajador alzó la mano para matar.

Y, en cuanto rozó al jefe de los delvanos con su diestra protegida por letales campos de fuerza, incinerando parte de su piel y convirtiendo sus músculos tensores en masas negruzcas y malolientes, algo ocurrió: su brazo se retiró como si hubiese tocado algo venenoso para su química.

Y así parecía. A través del campo de fuerza, el último regalo de la máquina a los desesperados ciclos de evolución de los Terceros alcanzó su cuerpo, extendiéndose como un virus que mataba el biotopo y convertía sus miembros en cenizas.

—¡No! —Esdan, entendiendo lo que sucedía, sólo vio que un humano (aunque fuera un Tercero) estaba a punto de morir. Se lanzó hacia delante, colocándose entre T y el delvano, pero fue inútil.



El embajador gritó. El resto de sus compañeros de raza retrocedieron, viendo caer muerto al Delvan sin entender lo que pasaba. KeeK miró a la joven con odio, pero entendió su traición, su intento por proteger al esclavista torturador. Al fin y al cabo, los Terceros eran también humanos.

—Vamos...

Esdan agarró a Lamor del traje y lo arrastró rumbo a la salida, al túnel de acceso que llevaba a la Carabela.

—¿Qué ocurre? —protestó él. Su mujer le empujó hacia el elevador automático.

—No te preocupes por ellos. Ahora es un asunto entre sus dos especies; nosotros no tenemos nada que hacer aquí.

Pero una figura se les interpuso. Era KeeK.

Detrás de él los delvanos del grupo superviviente se lanzaban contra los cuerpos de los Terceros, muriendo al estrellarse contra sus potentes corazas. Pero, por algún misterioso motivo, el virus sí que las sorteaba. Y por cada delvano que caía uno de sus amos se desplomaba también, en una suerte de rueda mortal de venganzas y desquites por arcaicos ultrajes.

Esdan sorteó a su secuestrador sin hablarle, entendiendo que ya no restaba nada más que ellos pudieran hacer para arreglar el desastre, cuando éste le arañó. Fue un roce de sus cilios en la cara, y la navegante descubrió que éstos en realidad acababan en diminutos garfios prensores.

—¿Qué haces? —chilló, llevándose la mano a la herida. Un leve corte cruzaba en horizontal su mejilla.

—Es la clausura del círculo.

Al final de toda carrera espera la muerte, la disolución en la nada.

(Contrapensó)

Ahora la responsabilidad... respon... ahora...

Es... vuestra. De vuestra especie.

Y se lanzó hacia el enemigo más cercano, calcinándose contra sus protecciones energéticas.



ESDAN.

Los dos humanos y el holograma del alevín alcanzaron la Carabela en un tiempo inusitadamente corto. Mientras corrían hacia el puente, Esdan le gritó a Clarise las órdenes de partida y el ordenador retiró los anclajes que los mantenían sujetos a la nave delvana.

El enclave se había cerrado sobre ellos como una enorme y vacía red de metal. La Carabela luchó por liberarse de su abrazo y, no sin cierta dificultad, lograron retroceder avanzando, esperando hasta que la geometría del espacio cambiara para que *delante* fuese *atrás*, y quedar libres de su zona de influencia.

Al llegar al puente, Esdan saltó de cabeza contra la consola.

Flotó con un impulso que la llevó a situarse frente al panel de sensores. Sin desviar la vista de los indicadores de estabilidad del hipercono, que rápidamente se desplazaban hacia las peligrosas regiones de sobretolerancia, ordenó:

—¡Clarise, sácanos de aquí! Abandonamos el conducto Riemann en t menos cuatro segundos.

—Podemos acceder al interior de la esfera en lugar de a su exterior —sugirió la mascota-inteligencia—. La mera existencia de la máquina alienígena es lo suficientemente importante como para arriesgarnos a un acercamiento.

En la pantalla de radar era reconstruida en tiempo real una imagen del espacio interior de la nova. Éste era un gigantesco hemicírculo hueco, una pared oscura (su luz había perdido demasiada energía al regresar), con los restos de la nube calcinada de la estrella en su centro, aún esculpidos por la explosión en formas espinosas.

Y en un punto de caída lenta hacia los intervalos Lagrange de las órbitas de basura del astro, había algo.

Era un objeto de casi un kilómetro de diámetro con una forma aberrante y confusa para los instrumentos, como una mancha solar desligada del astro por la fuerza de la detonación. Se movía en direcciones erráticas al son de extraños caprichos internos como si poseyera vida propia.

La máquina.

Esdan la contempló durante largísimos instantes, mientras Clarise esperaba su respuesta. Algo en su interior le decía: estás viendo algo que no se repetirá en la historia de la humanidad. Algo insólito y poseedor de secretos capa-



ces de cambiarlo todo para siempre, que grita por ser descubierto y aprovechado.

Pero en su nave había más personas. El resto de los miembros de su grupo de contacto diplomático, destinados a cumplir importantes misiones en mundos lejanos, a mediar en conflictos innumerables. No podía poner sus vidas en peligro por un sueño, no más de lo que las circunstancias los habían puesto ya.

Esdan sintió ganas de llorar, contemplando la lejana máquina. Aquello era lo más cerca que podría verla jamás, antes de su caída en el corazón de la estrella moribunda. Solo Dios sabía lo que ocurriría después.

Tomando aliento, la joven apartó la vista de la consola y ordenó a Clarise activar los impulsores.

La Carabela abandonó el hipercono segundos antes de que éste se colapsase, entrando en fase de saturación. Navegar a su través en las próximas dos o tres décadas sería muy peligroso para cualquier tipo de navío.

El enorme transporte anillado de los Terceros, del que había partido el enclave, les esperaba a una UA escasa de la barrera. Tenían apenas siete minutos para salir de allí antes de ser pulverizados.

—Solicitan hablar directamente con los cónsules Primeros —anunció Clarise—. Piden explicaciones sobre todo lo ocurrido y preguntan por el enclave.

Esdan consultó a su marido.

—Debemos dar nuestra versión de lo ocurrido —asintió éste, algo nervioso—. Aunque la culpa haya sido de los Delvan, en cierta medida nosotros también estamos involucrados. Como cónsules expertos, jamás debimos dejar que las cosas hubiesen acabado así.

Pero la joven dudaba de que el asunto hubiera acabado del todo. Se tocó la herida en la mejilla, y de alguna forma supo que ella también estaba infectada con el virus de la extinción, la misteriosa muerte que acabaría con aquel grupo de Terceros ultraevolucionados.

Había sido KeeK, tal vez para castigarla por haberse interpuesto tratando de salvar la vida de T; por haber concedido en aquel momento decisivo una mayor importancia a la constante biológica que distinguía a su especie por encima de los dilemas morales. Al yugo del cuarteto de elementos fundamentales, C, H, O y Nitrógeno que enlazaban las Ramas humanas por encima de los más radicales cambios evolutivos. Tal vez para castigarlos a todos. Sus manos podrían ser ahora portadoras de la muerte para el grupo de esclavistas que torturaban a los Delvan y les ayudaban a mejorar sólo en la medida en que podían



serles útiles. Podía llevar consigo el siguiente paso en el avance que la máquina había dispuesto para ellos, y que se negaron a aceptar.

Pero Estdan no era una asesina. No podía liberar una epidemia que desembocaría en genocidio, en miles o millones de individuos muertos.

Recordó a los Delvan, a sus cuerpecitos quemados por la cercanía de los campos de fuerza de sus verdugos. En la pantalla, el enorme transporte de los Terceros abrió sus fauces, dispuesto a tragárselos como una ballena de cuento de hadas.

Estdan se abalanzó sobre la consola de control de maniobra, ordenando a Clarise que indujera potencia a las aspas de impulso ante la estupefacta expresión de su marido, y evitó sus ojos. No tenía respuestas, aún no. Los Terceros se ofenderían, tratarían de perseguirles para aclarar el incidente que había acabado con una de sus naves, pero eso era el futuro inmediato, y en su abotargada mente aún no había sitio para él.

Mientras ignoraba las confundidas protestas de Lamor, Estdan creyó escuchar en su cabeza algo de lo que jamás se liberaría: El continuo ir y venir de una risa cadenciosa.

© Víctor Conde

VÍCTOR CONDE tiene 28 años, es natural de Tenerife y se dedica a la programación de sistemas. Ha publicado en revistas como *Axxon*, *Pulsar*, *Asimov* y *Artifex*. Además tiene publicadas las siguientes novelas: *PISCIS DE ZHINTRA*, *ARENA*, *EL TERCER NOMBRE DEL EMPERADOR* y *MYSTES*, novela que fue finalista del primer premio *Minotauro Internacional de Ciencia Ficción y Literatura Fantástica*.



HAMMURABI

por Jose Antonio Fuentes Sanz

Hammurabi es el legendario rey que recibió la ley del talión de la propia mano de Samash, el dios del sol y de la justicia babilónico. Hammurabi también es el nombre de una nave espacial destinada a crear su propia leyenda en una galaxia que ya ha sido poblada por los hombres y que está dominada por grandes compañías comerciales.

Los transbordadores bordeaban la gigantesca estación de mantenimiento, siguiendo en fila india la ruta hacia la órbita exterior. A lo lejos refulgía la enana roja del sistema, con su marchita luz bermeja, mientras a sus espaldas quedaba el planeta Calea, de atmósfera carmesí a causa de la actividad volcánica.

—Ahí está —anuncio Zavi—. La Hammurabi.

Los ocupantes del transbordador se acercaron en silencio al ventanal, con el respeto de una tribu primitiva en una ceremonia de invocación divina.

—¡Es enorme! —comentó Maila. Parecía un gran asteroide aplanado y alargado orbitando cerca de la estación exterior, que ya de por sí era enorme—. ¿No deberían tenerla amarrada?

Parecía lo más lógico con una nave tan valiosa.

—Arrastraría la estación —respondió Zavi.



La Hammurabi era una nave de guerra legendaria, construida en una época de grandes naves, última superviviente de un lote de once. Dos fueron destruidas en los muelles de ensamblaje, otras dos se desguazaron ante la imposibilidad de repararlas tras sendas incursiones en el espacio profundo y el resto se perdieron en la gran batalla del Sistema Genoe.

Solo la Hammurabi continuaba en la brecha, almacenada y reactivada según las circunstancias y fondos disponibles para costear una misión. Reclutar y pagar su tripulación era una fortuna que podía costear una decena de naves más pequeñas.





Zavi permanecía tranquilo y poco ansioso por poner los pies en la Hammurabi. Con diecisiete años estuvo en la Talión, gemela de ésta, cuando la desastrosa incursión al sistema Alteires, y no guardaba buen recuerdo ni de la nave ni de la batalla. Cinco meses en el espacio, una batalla en solitario contra diecinueve naves y un regreso desesperado perdiendo aire por el casco acribillado y repleta de heridos. Solo una cuarta parte de la tripulación logró llegar a la estación de acogida más cercana. La nave fue directa al desguace, convertida en un pecio.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Maila, acercándose a su oído—. Por un momento has puesto una cara muy extraña.

Zavi forzó una sonrisa.

—Fantasmas del pasado.

—¿No me dirás que ahora te arrepientes?

Estuvo a punto de admitir que sí, que era una pésima idea y valía la pena dar media vuelta, olvidarlo todo y regresar a la vida normal, cualquiera que esa fuera.

Tenía cincuenta y dos años, pero aparentaba muchos más, y en sus malos momentos parecía un viejo de ochenta. Aún conservaba un físico imponente, y seguiría manteniéndose así durante otros veinte o veinticinco años, pero tenía la mirada de quién ya parecía haber consumido toda su vida y rozaba la muerte con los dedos.

Comparativamente, Maila, con cincuenta y ocho, parecía más joven que él, sin pasar por ningún quirófano ni seguir tratamiento médico alguno. Ni siquiera tenía patas de gallo y las únicas arrugas en su cara eran las de la frente cuando fruncía el ceño, lo que no hacía a menudo.

Maila pertenecía al consejo directivo de la compañía Cnea, que tenía la concesión exclusiva para explotación mineral y comercial en aquel sector. A cambio costeaba tropas y naves con que defenderlo y la primera opción en los sectores que pudiera conquistar.

—Pero ¿por qué tiene que venir ella? —preguntó una voz a su espalda.

Era una tal Zalma, que según Zavi era la mejor para maniobrar un gigante como la Hammurabi. Maila había permitido a Zavi escoger a sus oficiales, como Zalma, que estaba sancionada por estrellar una nave en circunstancias confusas.

A Maila le disgustaba Zalma, especialmente por sus ojos ligeramente vidriosos, retocados por gotas para aliviar los efectos del colocón.



—Y exactamente ¿qué fuma? ¿O se lo inyecta directamente en la sangre?
—preguntó a Zavi, en privado, tras la primera entrevista.

El resto de oficiales superiores lo componían un tipo alto y fornido llamado Rakse, en cuyos ojos febriles bailaban las fichas de pah-mah y las altas apuestas, pero que era el jefe del Grupo Espacial Ligero; el jefe técnico Gerg, un tipo jovial cuyo aliento apestaba a caramelos y alcohol; el flemático Selvi, tercer oficial de a bordo, cuya historia bancaria era un torrente rojo negativo salpicado de islas negras en positivo, demasiado aficionado a los negocios fáciles que prometían pingües beneficios; el último era Merrik, un viejo soldado octogenario que comandaba las tropas de asalto, muy conocido por su afición a las mujeres a las que triplicaba la edad y a las bebidas fuertes.

—¿No dirás en serio que esta tropa serán los oficiales de la Hammurabi?
—se escandalizó Maila tras las entrevistas.

—Son los mejores disponibles. Tienen mi confianza y son MI elección
—cortó Zavi, manteniéndose firme.

Maila se enfurruñó, pero al final dio el brazo a torcer. El sistema de reclutamiento para una campaña era muy poco ortodoxo. La Compañía ponía la nave y buscaba al capitán. Este escogía a los oficiales superiores, más alguno que le adjudicará la Compañía. Luego estos contratarían a los oficiales subalternos, y a su vez estos reclutarían a las clases de tropa y tripulación. Se montaban las fuerzas de arriba hacia abajo, basándose en influencias personales, amistades y favoritismos.

Era un sistema corrupto dónde se compraban y vendían los cargos, gran cantidad de técnicos tenían un nivel inferior al declarado y muchos oficiales subalternos pretendían tener más dotación de la real, para embolsarse sus sueldos.

No era un sistema pensado para reclutar a la tripulación más idónea. Se trataba de reunir una tripulación lo bastante desesperada como para embarcarse en una aventura incierta de la que muy bien podían no volver. Y en el caso de la Hammurabi hacía falta mucha gente desesperada.

Se perdían muchas naves en accidentes y las necesidades militares y los costes de mantenimiento iban reñidos con las estrictas condiciones de seguridad exigidas para los viajes.

Ahorrabán en comida, aislantes, agua, combustible, piezas de recambio, e incluso en el mantenimiento del casco. Eran habituales las averías, las fisuras que filtraban oxígeno, la pérdida de motores y las enfermedades, que proliferaban con el pésimo mantenimiento de las aguas y el aire.



No era raro que una nave regresara de una simple patrulla sin haber visto un solo enemigo, pero con una décima parte de la tripulación muerta o agonizante.

Eran tristemente célebres casos como el del crucero Granico, que regresó con diecinueve tripulantes vivos de mil cuatrocientos, o el de la nave de asalto Jonás, hallada a la deriva dos años después de darse por desaparecida, convertida en ataúd para sus dos mil quinientos tripulantes.

Zalma, con ojo experto, examinaba el casco, en busca de señales de micrometeoritos que pudieran haber dañado la estructura. Parecía en muy buen estado, habida cuenta de que reparar el exterior de una nave era muy caro y la Hammurabi tenía muchos metros cuadrados de los que preocuparse.

—Se ha repasado todo el casco —advirtió Maila con una sonrisa—. No debe preocuparse por nada.

—Deje que me preocupe, es mi trabajo —respondió Zalma, devolviéndole la sonrisa.

Zavi se apresuró a mediar.

—Señoritas, ya estamos llegando. Cuando estemos dentro nos preocuparemos de lo que haga falta.

Maila no caía bien a nadie. Parecía demasiado lo que en realidad era: una ejecutora de asuntos sucios en un puesto de responsabilidad. Zavi no conocía toda la historia, pero Maila había formado parte de varias misiones diplomáticas que combinaban persuasión, intimidación y asesinato. Su primer empleo de responsabilidad fue en el planeta Ladenegon, donde sus dos años al frente de la explotación minera dejaron más muertos que los treinta y cinco que él llevaba batallando por el universo conocido.

A Zavi le fue imposible disuadirla de unirse a la misión, y menos aún prohibírselo. Maila estaba empeñada en comprobar personalmente el rendimiento de la nave y su tripulación, y controlaba el dinero. Pero, salvo él mismo, nadie confiaba en ella.

—No va a vendernos ni a traicionarnos —explicó a sus oficiales superiores.

Fue Rakse, rudo y franco como siempre, quién dio la opinión mayoritaria:

—A ti probablemente no. ¿Y a nosotros?

Aunque los directivos controlaban el dinero, los soldados preferían tenerlos lo más lejos posible. Sus aspavientos al ver sangre en directo era de lo más hipócrita. Como si ignoraran como se conseguía los beneficios.



Los transbordadores se acoplaron a la nave y nivelaron compresión y gravedad, los primeros equipos de mantenimiento ya llevaban tres semanas reactivándola. El tiempo corría y no se ponía en marcha semejante mole encendiendo un par de interruptores.

Bajaron del transbordador y les alcanzó una bocanada de aire viciado. Olor a cerrado, herrumbre, moho, aguas residuales y humedad. El glamoroso ambiente de una gran nave del espacio. Maila tosió, poco acostumbrada a semejantes fragancias.

Zalma apenas disimuló su decepción al ver que Maila no se mareaba. Zavi era consciente de que a Maila podían odiarla y desconfiar de ella, pero, en el fondo, representaba el sueño que todos perseguían: salir de la cloaca y lograr un puesto de importancia en la Compañía.

—Bueno, siempre me da esperanzas —comentó sotto voce Zalma.

—No te pases —pidió Zavi.

Golpeó el bolsillo de Zalma, donde asomaba la pipeta con filtro de agua para fumar drogas de diseño. Zalma bebía mucho, fumaba demasiada porquería y tomaba un montón de medicamentos para el hígado. De momento, a sus treinta y nueve se conservaba estupenda, dentro de diez... quien podría decirlo. Zalma escondió mejor la pipeta, no quería problemas con la jefa, como la llamaban despectivamente a sus espaldas.

En el muelle de descarga había multitud de tripulantes, divididos en escuadras comandadas por oficiales subalternos, contemplando impresionados el interior de la Hammurabi. Vistas desde fuera las naves parecían enormes, pero por dentro las zonas habitables eran estrechas, incómodas y claustrofóbicas. Comparativamente, los pasillos de la Hammurabi parecían las avenidas de una gran ciudad.

Zavi, flanqueado por los oficiales superiores y Maila, se dirigió hacia un grupo cercano que se arracimaba esperando instrucciones mientras pataleaban de frío.

Contrabandistas, navegantes, soldados de oficio, ladrones, yonquis, macarras, sicarios, traficantes y prostitutas, salidos de las junglas de vidrio y piedra sintética que jalonaban la superficie del planeta. Muchos se habían alistado sin dudarlo, arriesgando el pellejo en aquella misión de la que nada sabían, solo por poner los pies en la Hammurabi. Daba prestigio en los tugurios que frecuentaban.

—Se acabó el espectáculo —ordenó Zavi—. Tenemos una misión, poco tiempo y mucho trabajo. Podréis admirar la nave en vuestras horas libres...



que serán pocas. Todos habéis cobrado el adelanto. Al regreso cobraréis el resto. Y si la misión es un éxito habrá una bonificación.

Hubo murmullos de asentimiento. Antes de embarcar hicieron una revista dónde cotejaron las listas presentadas por los oficiales con la de tripulantes presentes. Para sorpresa de todos, incluidos Maila y Zavi, la realidad se correspondía en un noventa por ciento a la lista electrónica. Zavi sabía muy bien que, en circunstancias normales, una correspondencia de un sesenta por ciento era todo un éxito.

Luego pagaron el *adelanto*, dos meses de sueldo a cada uno, como paga y señal para el trabajo. El resto se abonaría al regresar, descontando cualquier posible sanción, y si el tripulante seguía vivo para cobrarla. Los oficiales superiores, además, recibían una pequeña compensación por cada tripulante muerto, en concepto de tiempo empleado para formar a un sustituto. En realidad, una pequeña garantía para que no se preocuparan demasiado por las pérdidas elevadas.

A las compañías solo les importaba la cantidad y salud de sus soldados y tripulantes en el momento del combate. Su estado y su número, antes y después, era irrelevante salvo a efectos contables. Y los tripulantes muertos tenían la ventaja, para la tesorería, de que no podían reclamar deudas.

Tanto y en cuanto hubiera sustitutos suficientes (y era improbable que los superpoblados y míseros suks dejaran de proporcionar carne de cañón abundante aunque volviera la época de las grandes batallas), soldados y tripulantes eran prescindibles, fueran soldados rasos o almirantes.

—¡Todos manos a la obra para ganarse esas pagas! ¡Tenemos que salir en cuanto embarque el último tripulante! —ordenó Zavi. Se volvió hacia su plana mayor—. Vamos, Maila. Al Puente de Mando.

Atravesaron las entrañas de la nave, entre pasillos oscuros cuyos techos apenas veían, atmósfera pesada y cargada, donde los equipos de mantenimiento se afanaban en las últimas revisiones. Tras ellos, a respetuosa distancia, iba el equipo de navegación de Zalma.

—¡Que bárbaro! —murmuró Gerg—. ¿Habéis visto que alto es el techo? ¿Por qué hoy día no se hacen naves así?

—Porqué el pozo del dinero se secó hace tiempo —filosofó Zavi.

—De todas formas —opinó Zalma—, en su época, gente que vivían como animales levantaron grandes palacios y templos.

Gerg le dio un codazo, tarareando mientras señalaba a Maila con un movimiento de cabeza:



—No des ideas...

—¡Que frío hace! —protestó Selvi.

—Hará frío durante algunas semanas —opinó Rakse—. Esta nave no cogerá calor encendiendo la calefacción como un transbordador.

Merrick se separó en una de las rotondas, donde se cruzaban varios pasillos, reuniéndose con algunos de sus oficiales. Rakse se quedó hablando con él, y Zavi ordenó a Selvi:

—Que tus hombres pongan manos a la obra ya. Conectad todos los reactores de fusión. Necesitamos energía y arrancar lo más rápido posible. Cuando la Alianza sepa que la Hammurabi vuelve a la brecha enviará a toda su flota para interceptarnos. Hay que adelantarse si no queremos tener una batalla campal a la salida misma del sistema.

Maila prestó oído. La Hammurabi era una nave reverenciada con muy pocas batallas y gestas señaladas a pesar de su dilatado periodo de servicio. Ninguna otra nave se atrevería a plantarle cara en solitario.

—¿Tanto la temen? —preguntó.

—A la fragata Synmia la borró de una sola andanada. Y puede transportar más material y hombres que ninguna otra nave actualmente en servicio en cualquiera de las Compañías. Para la misión que tenemos que realizar, haría falta una veintena de naves diversas, desde transportes hasta cruceros.

El Puente de Mando era la zona más habitable de la nave y con más signos de vida. Los paneles de control estaban encendidos y las pantallas parpadeaban volcando datos continuamente. El joven oficial asignado por la Compañía les dio la bienvenida.

—Teniente de navío Loren —se presentó.

Un verdadero crío, treinta años como mucho, pero parecía listo. Dirigió una mirada de agradecimiento a Maila, que le había conseguido el puesto y ofrecido un sano consejo:

—Recuerda que para el almirante Zavi las recomendaciones no significan nada. Cumple con tu trabajo si no quieres hacer una salida al espacio a pulmón libre.

En persona, Zavi no le pareció tan temible como decían, incluso aparentaba ser un buen hombre.

—¿Está todo a punto, teniente?



—Llevó a bordo dos semanas, hemos puesto en marcha los sistemas de mantenimiento y los depuradores de aire. Hay atmósfera respirable y gravedad aceptable. El equipo ya está embarcado: provisiones, agua potable, medicamentos, armas y piezas de repuesto esenciales.

—Muy bien, teniente, me alegra comprobar que es eficiente —bromeó Zalma, sentándose en su puesto—. Yo soy la capitana Zalma Kari, espero que nos llevemos bien.

El teniente Loren asintió, pensando que era una capitana muy joven para semejante puesto.

—Aún hay acumulado hielo, moho y cámaras dónde no se puede respirar —explicó—. Llevaba mucho tiempo sin una revisión a fondo ¿Cuántos años tiene esta nave?

—Casi 270 años estándares —respondió Zavi, mirando al exterior por la pantalla óptica—. Es más vieja que cualquiera a bordo, ha sobrevivido a muchas tripulaciones y seguramente nos sobrevivirá a nosotros.

Hicieron comprobaciones rutinarias mientras confirmaban el embarque del postrero grupo de tripulantes, y luego Zalma inició la salida, auxiliada por el equipo técnico que había contratado. Personal de primera, navegantes del espacio profundo.

Los motores de fusión vomitaron escapes de plasma incandescente y la nave empezó a moverse, imperceptiblemente al principio, hasta ganar velocidad. Pero según Zalma tardarían horas en desarrollar aceleración máxima.

—Los motores están fríos. Hay que calentarlos progresivamente si no queremos saltarnos todas las normas de seguridad.

Mientras Zalma guiaba la nave por la ruta trazada, Selvi distribuyó las jornadas de trabajo y Merrik recluyó a la tropa de combate en los compartimentos destinados, evitando que anduvieran figoneando y estorbando a la tripulación.

Aquella misma noche la cúpula de la Hammurabi celebró una frugal cena privada en los aposentos de Zavi, donde bromearon y comentaron los sucesos del día y las primeras impresiones. Tras despedir al servicio, Zavi dio inicio al primer consejo de guerra, conectando un gran plano holográfico y cediendo la palabra a Maila, quién se puso en pie para explicarles la misión:

—Como ya habréis imaginado, no se ha reactivado la Hammurabi para una incursión a la caza de mercantes —el plano holográfico mostró un sistema de única estrella y Maila señaló el cuarto planeta—. Este es nuestro objetivo: Caria Cesna. Produce minerales de gama pesada y estarán a punto de enviar su cargamento semestral de mineral para la Compañía Aega.



—¿Vamos a interceptar el cargamento completo? —preguntó Merrik, interesado.

Podía ser un buen botín, solo la parte del apresamiento que les correspondían merecía los riesgos. La sonrisa de Maila se hizo más pronunciada:

—Para capturar un cargamento no necesitamos a la Hammurabi. Quiero... la Compañía quiere Caria Cesna.

Hubo caras de sorpresa. Lo único bueno de las Compañías era que detestaban las grandes batallas. Preferían ataques e incursiones, con fines más específicos y recursos más modestos. Mantener una guerra era muy caro, y la propia naturaleza de ésta, dirigida contra objetivos industriales y rutas comerciales, dificultaba aún más su financiación. En vez de las confrontaciones a gran escala, que tanto agradaban a militares de carrera y políticos, practicaban un tipo de guerra más sutil y taimado, aunando la guerrilla, el bloqueo comercial y la piratería, en una guerra sin cuartel donde todo valía.

Entrar a saco en un sistema, disparando en todas direcciones, era un cambio desde la gran batalla del sistema Genoe. Maila permanecía a la espera, consciente de que ahora se lo jugaba todo: conocida la misión, quienes debían ejecutarla podían cumplirla o amotinarse para regresar.

Se intercambiaron miradas calculadoras por encima de la mesa, sopesando beneficios contra riesgos, sin que nadie se atreviera a decir la primera, hasta que Rakse rompió el silencio:

—¿Que oposición encontraremos?

Zavi retomó la palabra:

—Sabemos que habrá al menos dos o tres naves en órbita alrededor del planeta, tal vez más. Y luego la propia guarnición. Caria Cesna es un planeta prácticamente despoblado. Casi toda la actividad se concentra en estas zonas de aquí y aquí —las señaló en el plano holográfico—. El puerto de embarque es este. Aquí se concentra la mitad de la población. Hay guarniciones más pequeñas para vigilar a los contrabandistas, pero la mayoría están aquí para vigilar los depósitos de mineral.

Una sola pregunta:

—¿No es un bocado muy grande? —inquirió Merrik.

Zavi era un oficial calculador y frío, que no creía en milagros ni en reputaciones.



—Les cogemos totalmente por sorpresa. Una vez destruidas las naves y sus comunicaciones exteriores, solo tendremos que retener el puerto de embarque principal. Desde allí se controlan los principales suministros de energía, comida y todo lo que puedan necesitar. No necesitamos ocupar cada ciudad del planeta. Caída la sede del poder, las demás lo aceptarán de mayor o menor agrado.

Hubo gestos de asentimiento: los habitantes de Caria Cesna no tenían mejores motivos para apreciar a la Compañía Aega, que ellos mismos a la suya. La fidelidad no era un valor apreciado ni recompensado.

Maila se creyó obligada a blandir una zanahoria:

—Si todo va bien, creo poder garantizar que no será la última misión de esta tripulación en la Hammurabi.

El *creo* hizo que dudaran de la buena fe de semejante promesa. Pero no tardaron mucho en darle vueltas a las posibles ganancias que la promesa reportaba: sueldos, presas, prestigio...

Maila estaba segura de haberles convencido, porque la reunión se disolvió en un ambiente de optimismo. Y cuando quedo sola con Zavi, apenas pudo ocultar su emoción.

—¡Perfecto! Admito que tenías razón: irán hasta el final.

—No cantes victoria todavía, Maila. Aún tardaremos varias semanas en llegar a Caria Cesna. Pueden cambiar de opinión o suceder algún contratiempo que nos obligue a regresar de vacío. Incluso si llegamos, no hay ninguna garantía de que no nos espere toda la flota de la Alianza.

Maila se acercó, poniéndose de puntillas mientras le echaba los brazos al cuello y le besó:

—Has de ser más optimista, Zavi.

Pero incluso a ella le costó mantener el optimismo a partir del día siguiente. La tripulación, con Zavi a la cabeza, tuvo que trabajar en serio: jornadas de dieciséis horas, con un intervalo de tres horas de descanso, seguidas por ocho para dormir, con poco tiempo para el sueño y la comida. Cada ocho días libraban el noveno y luego vuelta a empezar.

Según comprobó Maila, la comida era pésima y estaba muy aderezada para que tuviera gusto a algo.

—¿De dónde ha salido esta bazofia? —preguntó al cuarto día, sacándose de la boca un trozo de tejido proteínico que parecía suela de bota.



—De los proveedores habituales —respondió Zalma.

Zavi pensó que era una suerte que Maila no pudiera ver las fechas de caducidad de las provisiones. Por si acaso, toda la comida se hervía y desinfectaba antes de servirse, aunque perdía buena parte de su valor nutritivo.

A los pocos días empezaron las primeras bajas entre la tripulación. Maila se enteraba a retazos, acompañando a Zavi mientras recibía novedades: accidentes, enfermedades, reyertas en horas de descanso... Un lento goteo al que pronto dejó de prestar atención, una mera estadística para los informes de la Compañía, aunque llegó a inquietarle que pusiera en peligro la misión.

Las horas de tedio sin novedades se alternaban con visitas a diversos departamentos de la nave. Zavi hacía inspecciones periódicas, comprobando que los problemas habituales no se iban de madre y se cumplían las órdenes. Hubo algún tirón de orejas y menudearon las pequeñas sanciones por faltas leves. Nada solía ir más lejos: Zavi tenía una temible reputación de mano de hierro imponiendo disciplina cuando era necesario.

Poco a poco la Hammurabi se hizo habitable, a medida que el calor seco de los motores de fusión y el sistema de soporte vital calentaban la nave.

Para Maila la visita más interesante fue al Plegador, dónde estaban los motores de viaje de largo alcance. Viajar lejos en el espacio requería más tiempo del que vivía un ser humano, así que se empleaban trucos para hacer el viaje más *corto*.

El Plegador era uno de estos trucos, tratando el tiempo como un efecto asociado al espacio y, como tal, susceptible de manipular, gracias a las especiales ondas gravitatorias que generaban las bobinas y tambores en la monstruosa sala dónde Gerg y su equipo vigilaban que el viaje transcurriera placidamente.

—Impresionante —opinó Maila—. He oído hablar mucho de este ingenio ¿Como funciona exactamente?

—Creamos un túnel —explicó Gerg—, por llamarlo de alguna forma, y curvamos el tiempo en su interior, rompiendo la ecuación de la velocidad: espacio por tiempo. Avanzamos en el espacio, pero no en el tiempo... al menos no tan aprisa. En pocas semanas podemos llegar al otro extremo del universo conocido, y al salir del túnel recuperamos la curvatura del tiempo

Maila tenía la intuición de que las explicaciones técnicas no eran el fuerte de Gerg.

Viendo la expresión de Maila, Zavi decidió aclarar algunos puntos:



—En realidad, querida, en estos momentos, además de hacer un viaje espacial, estamos haciendo un pequeño retroceso en el tiempo. Calculado para dejarnos a la salida del túnel con un cierto desfase que los científicos aún no han logrado eliminar. Cuando lo hagan, los viajes interestelares serán prácticamente instantáneos.

Maila asintió, echando una mirada a las dos chicas que fumaban droga sintética, sentadas sobre el panel de control de uno de los motores, y al final preguntó a Zavi:

—Realmente ¿esta gente tiene idea de lo que se traen entre manos? ¿O simplemente saben que botón apretar para que suceda tal cosa?

Zavi sonrió, benévolo.

—Digamos que Gerg y sus oficiales son los que tienen conocimientos exactos, el resto tienen conocimientos básicos de su cometido. Si nos ponemos quisquillosos, a la mitad de nuestro personal médico le han retirado la licencia para ejercer.

Maila asintió. Sintió un escalofrío recordando el hospital de la nave, dónde se hacinaban heridos y enfermos. Le dio la sensación de que a aquel lugar no se iba a sanar, sino a morir. Mejor no caer enfermo.

—Tienes mala cara —observó Zavi—. Vamos, te invito a una copa. El Centro de Recreo esta aquí al lado. De paso verás como pasan su rato libre los muchachos.

El Centro de Recreo era una concesión privada dónde un puñado de civiles vendían y trapicheaban con todo lo imaginable: desde alcohol y mujeres a mercancías robadas, pasando por las mesas de juego y viandas en mejores condiciones.

Los pasillos estaban abarrotados de hombres y mujeres, *descansando*, con jarras de bebida en la mano, pipetas para fumar droga y compañía.

En uno de los locales, varias mesas de juego le daban el aspecto de un gigantesco casino. Las fichas de pah-mah, el popular juego, se revolvían, remezclaban, repartían, se les daba la vuelta y se arrojaban con furia al perder, cambiando de manos grandes cantidades de dinero físico mientras la tropa hipotecaba sus futuros meses de sueldo. Algunos jugadores pisaban fuerte, convencidos de atajar hacia la fortuna, en vez de hundirse en la miseria.

Rakse les saludo sin perder ojo al juego, inclinado sobre la mesa, con ojos febriles, frente perlada de sudor, atento a las fichas mientras su bolsillo se vaciaba.



—No le va bien la partida —admitió Zavi, devolviéndole el parco saludo.

—Me sorprendería lo contrario —opinó Maila—. No está jugando, esta tirando el dinero. Me da la sensación de haber vuelto a los suks ¿Hasta que punto son de confianza esta gente?

Zavi vio a Merrik, sentado en una mesa, charlando con una joven camarera de ojos vidriosos. Merrik le hizo un imperceptible gesto para que se acercará.

—Hazme un favor, pídemme una copa y espérame en la barra. Quiero comentarle algo a Merrik.

—¿Empezamos con secretos? —bromeó Maila.

—Ningún secreto, Maila —prometió Zavi.

Merrik despidió a la camarera con una palmada en el trasero e invitó a Zavi a sentarse con un simple gesto.

—¿Ocurre algo, viejo amigo? —preguntó Zavi.

Merrik asintió, arrugando la nariz, mientras meditaba bien lo que iba a decir.

—Oye, Zavi, llevó pensando en esta misión desde la cena con la señora —hizo un gesto con la cabeza hacia Maila, en la barra—. Y hay una cuestión que me preocupa.

Se inclinó hacia él para asegurarse de que nadie más les oía y desembuchó:

—¿Seguro que tu amiga y la Compañía saben que están haciendo?

Zavi llevaba formulándose esa pregunta desde que Maila le presentó el proyecto, prometiéndole el mando de la Hammurabi. Reflexionó la respuesta.

Para el resto de la tripulación, la Compañía era un ente todopoderoso y deificado, un coloso del Universo. Zavi, por su trato con Maila, y Merrik, por su largo tiempo de servicio, tenían un punto de vista más ponderado.

Las Compañías, como cualquier ente comercial, dependían de la circulación monetaria y la confianza de proveedores y clientes. Las situaciones bélicas (batallas, derrotas, incursiones, pérdidas, ganancias, etc.) ponían a prueba ambas premisas.

Las épocas de abundancia venían seguidas por los números rojos y la escasez. Se trampeaba como se podía, de fiado con entidades de crédito, anticipos de proveedores, promesas a clientes y poniendo buena cara al mal tiempo. No cerraban puertas, o casi nunca, porque las Compañías eran como gigantes



azules en el Universo: si estallaban en una quiebra lo arrastraban todo consigo. Todo el mundo estaba interesado en que gozaran de buena salud (o al menos que lo aparentaran).

Pero había límites: la Compañía Cnea llevaba siete años sin dar beneficios, acumulando números rojos a duras penas enjuagados en las épocas de bonanza.

Que hubieran decidido financiar una misión con la Hammurabi solo significaba una cosa: pisaban el pedal de los gases a fondo y aceleraban al máximo en una huida hacia adelante, dispuestos a arrastrar al vacío o llevarse por delante a quién fuera con tal de sobrevivir.

Zavi sospechaba que en la Compañía valoraban excesivamente los beneficios en detrimento de los riesgos, y que estaban a punto de iniciar una escalada militar de consecuencias imprevisibles.

—La verdad —respondió al fin—. Espero que sí lo sepan. De todas formas, ya es tarde para echarse atrás. Estamos metidos en esto hasta el cuello.

Merrick asintió y Zavi le palmeó amistosamente el antebrazo poniéndose en pie.

—Cuídate y prepárate para cuando lleguemos a Caria. Esto va a ser duro.

Al llegar junto a Maila su expresión de preocupación se convirtió en una agradable sonrisa.

—¿Algún secreto que contar?

—Ninguno, Merrik está un poco preocupado por la misión, pero nada fuera de lo normal. Es un buen oficial.

—Un poco mayor para el puesto —recordó Maila—. En diez años podrá jubilarse.

Zavi echó un largo trago de su copa.

—En diez años no se jubilará porque no tiene pensión ni dinero. A menos que logre un gran golpe, seguirá en la brecha, y jamás conseguirá esa casita con un jardín en Calionte.

Maila rió pícaramente.

—Me gusta cuando habláis de vuestros sueños... una casita, una nave, ese bar que quiere Rakse. ¿Con qué sueñas tú, Zavi?



—Con mi tienda. Aún no acabo de crearme que me convencieras para regresar —comentó Zavi, dolido por el recuerdo—. Mi médico me dijo que si me alejaba del espacio y me cuidaba un poco llegaría a los cien.

Maila le paso el índice por la mejilla, en gesto afectuoso.

—No seas absurdo, Zavi. Tu tienda estaba en números rojos y tú con el agua al cuello. Yo no creo en el destino ni en los designios divinos, pero se que las personas nacen con virtudes y defectos que determinan sus capacidades y sus posibilidades.

Se miraron unos segundos, Maila tenía unos ojos intensos.

—Tú has nacido para este puesto, Zavi, eres un oficial del espacio profundo. Y sabes tan bien como yo que si algún día llega tu hora no será en una cama sobre suelo firme. Será entre las estrellas, en el Puente de Mando de una nave en llamas, y junto a los tuyos, peleando hasta el final.

Zavi no respondió, en su fuero interno estaba de acuerdo con Maila. Pero seguía soñando con su tienda y la esperanza de regresar a ella algún día. Una vida sencilla, sin problemas, sin muerte y sin guerra. No le parecía un sueño imposible.

Aún recordaba su tienda unos días más tarde cuando los motores del Plegador cerraron el túnel abierto y entraron a velocidad de crucero cerca del sistema de Caria Cesna. Tenían por delante dos días de propulsión normalizada para acercarse sin llamar la atención.

—¿Que muestran nuestros escáneres? —preguntó Maila al segundo día, mientras la estrella del sistema aumentaba de tamaño en las pantallas.

—Nada. Están apagados —respondió Zavi, y ante la expresión de Maila agregó—. Sus receptores captan nuestras señales a más del doble de distancia que el alcance útil de los escáneres. Navegamos únicamente con los sistemas pasivos.

Zalma rió disimuladamente ante el desconcierto de Maila, pero unas pocas horas después empezó el baile. La pantalla de alerta se iluminó progresivamente con varias señales, a medida que los escáneres enemigos iluminaban la Hammurabi.

—Señal residual, aún estamos demasiado lejos —explicó Zalma—. No saben quienes somos... todavía.

En el Puente de Mando empezó la actividad, la Hammurabi se preparaba para la gran batalla.



—Reduce velocidad y purga parte de los escapes por el costado de babor, corrigiendo trayectoria para ir rectos —ordenó Zavi—. Nos acercamos en una órbita elíptica para cogerlos con la estrella a sus espaldas, de manera que se les vea claramente. Nosotros tendremos detrás el espacio negro. El frontal de la Hammurabi es tan grande como una nave de buen tamaño vista de costado, purgando los motores por los escapes laterales de corrección de trayectoria, tendrán la sensación de que somos una nave sin potencia que va a la deriva... al menos durante algún tiempo. Enviarán sus exploradores a investigar, pero entonces ya nos habremos acercado lo suficiente —comprobó la velocidad de aproximación y añadió—. Corta impulso y mantén velocidad moderada.

—De acuerdo, además hemos acumulado muchos desperdicios y contenedores vacíos en el compartimiento de basura. Los arrojaremos al espacio mientras avanzamos —sugirió Zalma—. Creerán que son trozos de la nave y que tenemos alguna brecha en el casco.

—¿Creéis que les engañará un truco tan simple? —preguntó Maila, escéptica.

Zavi se permitió una sonrisa despiadada. El dueño de la tienda había desaparecido, dejando espacio al almirante.

—Por supuesto. Solo hay una nave de guerra con un frontal tan grande y ellos creen que está abandonada en un puerto espacial.

El gran plano holográfico en el centro de la sala se iluminó: Caria Cesna, su luna, las naves que eran identificadas y la Hammurabi.

—Crucero Egymon, patrullando cerca de la luna de Caria Cesna, junto a los destructores Tantalo y Rea, al otro lado de la luna están el destructor Lagash, la fragata Sargon y la Innin, una nave de carga reconvertida a corsario —recitó el operador.

Maila se acercó a la pantalla, con el ceño fruncido. Estaba saliendo todo tan bien que hasta le pareció extraño.

—¿Como podéis saber que naves son? —preguntó.

—Sus transponedores radián los códigos —respondió Zavi—. Se consideran en zona segura, y los tienen conectados para evitar errores de identificación, igual que sus escáneres. No están de vigilancia, emiten señales en órbita regular para disuadir a cualquier nave de efectuar un ataque en solitario. Es como una señal de *Peligro, estamos preparados y esperando*.

Hubo algunas sonrisas alrededor.



—Preparados los cañones —anunció Zalma—. Toda la tripulación en sus puestos de combate.

Aun estaban a varios miles de kilómetros, y junto a la luna, con la estrella a sus espaldas, distinguían los pequeños puntos que eran las naves. En el espacio, con adecuadas condiciones de luz, se podían ver de muy lejos y el equipo oprónico de la Hammurabi facilitaba la identificación visual.

—Entramos dentro del alcance útil de sus escáneres, empiezan a oler que algo no va bien —Zalma no perdía detalle en su consola—. Acabó la charada. Dad potencia a los motores, velocidad de combate.

—¿Listas las baterías? —preguntó Zavi.

—Listas, cañones de partículas a punto —corroboró el jefe artillero.

—Entonces ¡fuego! —ordenó Zavi.

Maila se encogió instintivamente al apretar el disparador el jefe artillero. Pero no ocurrió nada, salvo la tensión esperando resultados. Ni estampidos, ni chorros de llamas, ni señales cruzando el vacío. Solo un ligero zumbido eléctrico apenas audible y, creyó percibir, un parpadeo de las luces.

—¿Con qué hemos disparado? —preguntó, temiendo parecer una ignorante.

—Una andanada de chorros de metal de alta densidad, creo que molibdeno —respondió Zavi, absorto en las naves enemigas—. Cómo una carga de perdigones, muy concentrada, cruzando el vacío a 200 kilómetros por segundo. Atraviesan los escudos electromagnéticos defensivos y perforan los cascos limpiamente. La peor lluvia de micrometeoritos no puede compararse con una de estas andanadas.

Iniciaron una cuenta en voz baja, a la que se sumaron varios técnicos. Llegaron a ocho cuando uno de los objetos se iluminó en una gran llamarada insonora.

—Destructor Tantaló, alcanzado y destruido —anunció lacónicamente un técnico.

El teniente Loren echó un vistazo a la pantalla donde se volcaban los datos.

—La andanada ha debido perforar los motores de fusión y los depósitos de hidrógeno —opinó.

El crucero Egymon dio un brusco viraje de su ruta de aproximación mientras soltaba chorros de fuego visibles desde la Hammurabi. Se le desprendían grandes trozos de fuselaje y se alejó derivando, herido de muerte.



—¿Alguna vez has visto el fuego en el espacio vacío? —le preguntó Zavi a Maila—. Parece que sea líquido.

Afuera las dos naves destruidas brillaban, tumbas llameantes para varios cientos o tal vez miles de hombres atrapados en su interior.

—Girad en torno a la luna, vamos a por los otros.

—No hay reacción —repuso Zalma—. El personal debía descansar, los puestos de combate estarán vacíos.

—Peor para ellos. Tenemos unos minutos antes de que reaccionen.

La maniobra de Zavi introdujo a la Hammurabi en mitad de la formación enemiga, dividiéndola en dos.

—¡Fuego a discreción! —ordenó Zavi.

El Rea estalló en una gran burbuja de fuego casi al instante, el Lagash se quebró y una parte de la proa se separó del resto del casco, convertida en un amasijo informe. Intercambiaron andanadas con la Sargon y la Innin, e incluso el averiado Lagash continuó disparando hasta que una segunda andanada terminó con él. Todo en un silencio absoluto, como si no ocurriera nada.

—Nos han alcanzado —anunció Zalma, lacónica.

Maila tuvo un sobresalto, mirando alternativamente de las naves en llamas a Zavi. La Hammurabi era una nave muy valiosa ¿Cual podía ser la magnitud de los daños? Zavi se apresuró a tranquilizarla.

—Esta nave puede absorber muchos daños, su cubierta exterior es más gruesa que la suya, sus cañones son más pequeños y la fuerza de sus andanadas menor.

El sabía muy bien que solo era una parte de la verdad. Abajo, en los compartimentos alcanzados, los equipos de mantenimiento debían cruzar entre paneles destrozados, cadáveres despedazados y máquinas arruinadas por las esferas de molibdeno que habían convertido en jirones paneles, techos y suelos, tras dejar el casco como un colador.

Esperaba que se dieran prisa en afianzar los paneles espumados contra el casco y taponar los pequeños orificios por donde perdían atmósfera. Luego ya pondrían orden en el caos. Primero los heridos recuperables, luego los agonizantes y por último los muertos.

El estallido de la Sargon, convertida en una carcasa despedazada que vomitaba llamaradas al espacio, dando tumbos sin control, le devolvió a la realidad



de la batalla. La atmósfera que escapaba al espacio formaba una nube visible alrededor de la fragata. Ya era una nave bien muerta.

Más allá, la *Innin* se desmenuzaba en innumerables pedazos, derivando hasta chocar con un trozo bastante grande de la *Rea*. La nave se dobló por la mitad con una facilidad pasmosa y se partió en dos.

—¿Ya está? ¿Hemos vencido? —preguntó Maila, eufórica.

A pesar del momento de pánico cuando la *Hammurabi* resultó alcanzada le pareció una victoria fácil. Prácticamente llegar, vencer y coger. Ya podía enviar el mensaje de victoria al presidente y ofrecerle las buenas nuevas y el cargamento de mineral.

—No. Aún queda la guarnición del planeta. Intentaran resistir mientras esperan refuerzos.

—Envía a Merrik —respondió ella—. Que se gane el sueldo.

—A mi manera, Maila. Aún estoy al mando —le recordó Zavi.

Maila asintió, ella no sabía nada de batallas.

—Pasamos a la fase dos —ordenó Zavi a Zalma.

Maila estuvo a punto de preguntar que era la *fase dos*, pero decidió aguardar acontecimientos. No entendía porqué no bajaban directamente al planeta para recoger el fruto de la victoria, pero permaneció a la espera mientras Zavi enviaba órdenes a los diferentes grupos:

—Que salgan los zánganos y cacen a todos los satélites. Enviad los grupos de abordaje a las fábricas en órbita para tomarlas.

En el Puente de Mando la actividad se volvía frenética: control de daños, lista de bajas, equipos enviados al combate, recuento de satélites de comunicaciones enemigos... Maila quedó relegada a formar parte del mobiliario. Incluso Zavi pareció olvidarse de ella. El almirante desplazaba también al galán.

—¡Teniente Loren! —llamó Zavi—. Un impacto ha alcanzado la cámara dónde descansaba uno de los equipos de abordaje y hemos tenido varias bajas. Falta un oficial al mando ¿Le interesa?

Loren asintió de inmediato. No permanecería mucho tiempo en el puesto sino destacaba en algo. Había que coger las oportunidades al vuelo cuando pasaban ante los ojos.

—Desde luego, almirante.



—El mando es suyo. Preséntese en la cubierta 19, le están esperando para salir hacia la fábrica espacial alrededor de esa luna.

Discretamente, Maila siguió el periplo del teniente Loren a través de un terminal vacío. Apenas se dio cuenta cuando Zavi asomó por encima de su hombro para ver que hacía.

—¿Te preocupa el muchacho?

—Es hijo de un subdirector de la Compañía, Zavi.

—Es un soldado más, Maila.

Para Maila no. No quería tener que darle la noticia a su padre al regresar. No por él, ni por el muchacho, sino porque éste le había pedido que metiera a Loren en la Hammurabi como un favor y esperaba tener motivos para cobrar-se-lo.

El subdirector en cuestión creía que el trabajo de su hijo consistiría en asuntos administrativos. Si le viera ahora, enfundado en un exoesqueleto de combate, con un fusil modular hiperveloz y asaltando una fábrica espacial a través de una brecha abierta con cargas conformadas en el casco, intercambiando proyectiles y granadas con los defensores, seguro que se ponía hipcondríaco.

Disimuladamente, y con un nudo en la garganta, fue sintonizando frecuencias hasta encontrar la del teniente Loren. Estaba en una de las fábricas, en órbita baja sobre el planeta y parecía tenerlo todo bajo control. Pese a ser de buena familia era un chico duro con amistades poco claras: algo de robos con violencia y escalo, asociación de malhechores y pequeñeces por el estilo.

—¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego! —oyó gritar Maila por la radio, allá en la fábrica espacial.

La siguiente comunicación fue confusa, pero luego volvió a captar al joven Loren: por lo visto había aparecido un defensor enarbolando bandera blanca; la rendición era un hecho y él estaba sin un rasguño. Respiró aliviada y volvió a fijarse en Zavi y sus oficiales, pendientes de la superficie de Caria Cesna. Zalma hablaba con Zavi:

—Estamos en órbita a 20.000 kilómetros de su superficie. En mi opinión no podemos bajar más sin arriesgarnos a que su gravedad nos desestabilice.

—Mantén la órbita —pidió Zavi—. Y vigila su luna.

—Uno de los equipos de Merrik va rumbo a ella para reducir las instalaciones militares y observatorios que tienen.



—Entonces empezamos el ataque ¿Están listos los satélites de observación?

Zalma consultó su panel de datos, donde un operador se afanaba tecleando mientras el sudor le bajaba por la cara. A pesar del frío residual, todos sudaban a causa de la tensión y el estrés.

—Los estamos soltando, estarán operativos en breve. La Hammurabi ya tiene desplegadas todas las antenas y sensores. Estamos captando sus señales electrónicas. Defensas inactivas.

Maila se entrometió:

—¿No tienen defensas?

Zavi se volvió con gesto inexpresivo.

—Las han desconectado para evitar que su firma electrónica delate su posición y podamos neutralizarlas

Bajo sus pies los cohetes y zánganos disparados desde la Hammurabi cruzaban la atmósfera dejando largas estelas en el cielo, como una lluvia de meteoritos. Los escudos de ablación se desprendieron y las cabezas múltiples salieron disparadas, multiplicando por diez el número de objetos en el aire.

Las grandes cámaras de vigilancia de la Hammurabi exploraban la superficie y retransmitían los datos a los misiles, cuyos grandes ojos optrónicos buscaban objetivos según el programa de sus biochips.

—¿Que van a atacar? —preguntó Maila.

—Básicamente edificios grandes: fábricas, centrales de energía, depósitos, arsenales y fortalezas.

Maila manipuló una de las pantallas para observar el ataque a una ciudad. El primer misil hizo blanco con un hongo enorme de un blanco cegador, mientras las llamas buscaban aire para consumir.

—¿Hay suficiente oxígeno en el planeta? —inquirió.

—No demasiado, pero la bomba *fabrica* el suyo propio.

Una tras otra se produjeron una decena de explosiones que devoraban manzanas enteras cercanas a los objetivos, *daños secundarios en zona civil*, según rezarían los informes. El último impacto fue en un gran edificio de al menos 400 pisos de altura que se desintegró en una gran nube de vidrio y piedra sintética.



—¿Ese era un objetivo militar? —se sorprendió Maila—. Parecía un bloque residencial.

Zavi se encogió de hombros, indiferente.

—Un error del misil, a veces ocurre.

La muerte de cientos o miles no era algo que le quitara el sueño. Tampoco era culpa suya que los misiles no fueran más inteligentes. Mirándole, allí, de pie, indiferente y frío, Maila comprendió porqué le había elegido para aquella misión y porqué había obtenido aquella reputación de almirante de hierro.

—Conectan de nuevo las defensas —informó Zalma, lacónicamente.

—Introduce los datos para nuestros misiles —ordenó Zavi.

La siguiente oleada de zánganos llevaba múltiples cabezas dotadas de sensores electrónicos emitiendo perturbaciones y falsas señales de identificación, para provocar la reacción de las baterías antiaéreas. Y también equipos de búsqueda con cabezas de submuniciones explosivas que se guiaban hacia las señales de los escáneres.

Maila fue siguiendo un misil tras otro, hasta que eran derribados por las defensas o alcanzaban el blanco. Parecía uno de esos absurdos videojuegos para matar marcianitos, totalmente insonoro, pero aquel era muy real.

La Hammurabi completaba la acción con sus haces láser, destruyendo centros de comunicaciones y defensas espaciales a medida que orbitaba sobre el planeta. En unas pocas horas las defensas de Caria Cesna fueron silenciadas por el masivo ataque.

Maila pensó, maliciosamente, que a los contables de la Compañía les daría un infarto cuando comprobaran con que prodigalidad habían gastado el costoso armamento.

—Dile a Rakse que inicie el ataque —ordenó Zavi.

—Está de un pésimo humor —observó Zalma—. Dicen que ha perdido todo lo que tenía jugando al pah-mah.

Maila reprimió una sonrisa conmisericordiosa. Peor para él, pero mejor para la Compañía. Más motivos tendrían para combatir bien y que le volvieran a enrollar.

La gran pantalla central mostró la salida de las naves. Una de ellas se estrelló contra un trozo de casco de la Sargon que flotaba perdido ante las escotillas de salida. El resto siguió adelante, imperturbables, bajando hacia el plane-



ta y al ingresar en la troposfera redujeron la velocidad de entrada para evitar que se formara el cono de plasma ante la nave y cortara las comunicaciones.

—Estrella Azul, aquí Estrella Roja —radió Zalma, dirigiéndose a Rakse—. Tenéis compañía: de ocho a diez escuadrillas

—Bien, veremos de que pasta están hechos —respondió Rakse.

Como comandante del grupo aéreo Rakse no tenía necesidad de subir a un caza, pero así se embolsaba un segundo sueldo y además le gustaba la acción.

Desde el Puente de Mando seguían la acción sobre la pantalla holográfica donde se volcaban datos en tres dimensiones. Superficie del planeta, que variaba a una velocidad mareante, pequeñas figuritas mostrando los cazas de Rakse, diminutos bastoncillos representando misiles enemigos y otras figuritas ribeteadas de rojo mostrando los cazas enemigos que acudían a rechazarles. Las imágenes desaparecían a ráfagas, como una vieja persiana, para luego reaparecer.

—Son los equipos de guerra electrónica —le aclaró Zavi antes de que preguntara.

La melee fue inmediata una vez gastaron los misiles de largo alcance, pasando a cañones y haces de corto alcance. De cuando en cuando se producía un *puff* y una de las figuritas estallaba. De los suyos o del enemigo, tanto daba, apenas había tiempo de identificarla. La batalla parecía un gran enjambre de moscas moviéndose al unísono en un ballet aéreo.

Una chica le dio un toque en el antebrazo, mostrándole una bandeja con raciones rápidas.

—¿Quiere una?

Sorprendida, Maila se dio cuenta de que llevaba dieciocho horas sin comer ni beber nada, presenciando aquella batalla que podía ser un paso más hacia la salvación de la Compañía o hacia su ruina.

—Gracias.

No le gustaba la chica, tenía aspecto de drogadicta y enferma, y en circunstancias normales no hubiera aceptado nada de ella y menos para comer o beber. Pero en la Hammurabi no quedaba más remedio.

Engulló su ración con rapidez, sintiéndose fatigada de pronto. El tiempo pasaba sin darse cuenta, pero no quería abandonar el Puente de Mando, a pesar de que Zavi le sugirió que descansara unas horas.

—La batalla seguirá aquí cuando despiertes.



—Ni hablar, yo de aquí no me muevo —rechazó ella, obstinada.

Zavi no insistió. Maila no hacía nada útil en el Puente de Mando, pero tampoco estorbaba y no intentaba interferir en las operaciones. El tampoco se lo hubiera permitido. Zalma tenía otra opinión, empero:

—¿No podríamos embarcarla como copiloto en uno de los cazas de Rakse? Para que viera la acción más de cerca.

—¡Zalma!

—Era una sugerencia.

Tres horas más tarde, mientras los cazas seguían subiendo y bajando desde la Hammurabi, Maila empezó a arrepentirse de no seguir el consejo de Zavi. Las pastillas contra el sueño circulaban de mano en mano, los técnicos se movían de un lado a otro y los oficiales superiores saltaban de consola en consola y hablaban en cuchicheos.

Por lo visto un ataque no era un plan ejecutado sincronizadamente y al detalle, sino más bien una improvisación a gran escala. Como uno de esos juegos de piezas de diversos tamaños y formas que debían girarse y ajustarse mientras caían para que encajaran entre sí con los mínimos huecos posibles.

Sospechaba que, si en algún momento había existido un plan detallado, ahora estaba arrinconado y solo seguía en pie el objetivo: conquistar Caria Cesna.

El ballet de las moscas siguió durante algún tiempo sin que el enjambre aparentara clarear, a pesar de las diminutas explosiones que se sucedían sin tregua. Cada una representaba la destrucción de un pequeño caza. Estructuras compuesta de whiskers, zeolitas, metales espumados y polialeación bioeléctrica en micropaneles de superficie que imitaban los músculos y la piel. Circuitos, biochips y ojos electrónicos. Motores de carcasa cerámica construidos con la última tecnología. Misiles buscadores de cabeza optrónica y cañones de gran velocidad inicial. Un equipo de primera calidad, tripulado por uno o dos hombres con meses de instrucción, entrenamiento intensivo y experiencia en batalla para terminar convertidos en cenizas sobre el campo de batalla.

—Se están retirando —anunció, al fin, un técnico.

Hubo gestos de alivio. Se habían pasado momentos duros en que parecía que los defensores, como mínimo, retrasarían el desembarco de las tropas. En un par de ocasiones, Zavi estuvo a punto de ordenarle a Rakse que regresara para reagrupar a los pilotos y descansar antes de volver a intentarlo, ante la alarma de Maila, que veía peligrar la misión. Su alivio al anunciarse la victoria fue inmenso.



—Pasamos a la fase tres —anunció Zavi. Se volvió hacia ella y agregó—. Por fin vas a tener tu desembarco.

Las primeras avanzadillas partieron en pocos minutos, mientras llegaban los primeros cómputos de bajas: decenas, tal vez cientos de cazas perdidos.

—¿No muestras ninguna emoción, Zavi?

—No. Eran profesionales que cumplían con su cometido, igual que yo. La única preocupación que tengo ahora es sustituirlos antes de la próxima batalla. No tiene sentido llorar por los muertos a estas alturas.

Maila asintió. Haciendo un cálculo por lo bajo, el ataque de la Hammurabi a Caria Cesna ya debía haber costado varias decenas de miles de muertos, a saber cuantos heridos y una cantidad de dinero que escapaba a la imaginación de los empleados de a pie. Y solo llevaban treinta y siete horas en acción.

El mapa holográfico mostró la acción en el puerto: las primeras naves desembarcaron a los comandos zapadores. Soldados voluntarios que recibían un suplemento por el riesgo y también hombres castigados.

El primer objetivo fue gran pirámide truncada, alcanzada por los misiles y los láseres, dónde estaba instalada parte de la defensa contra ataques espaciales. Como pequeñas hormigas, las figuritas de los soldados corrían hacia allí, subiendo hacia la cima entre explosiones y destellos.

—Estamos en la cara oeste de la fortaleza —anunció una voz.

Maila tuvo un sobresalto.

—¿Ese no será el teniente Loren, verdad? —le preguntó a Zavi.

Zavi la miró, dubitativo, y agregó:

—No le he vuelto a ver desde que le envíe con el equipo de abordaje. Ha debido quedarse con el equipo de Merrik.

Por segunda vez, Maila tuvo que cruzar los dedos, deseando suerte, mientras llegaban los comunicados de los grupos de asalto, avanzando por los pasadizos y cámaras, *limpiando* la fortaleza, que, para alivio de todos, cayó con rapidez, aunque a costa de un tercio de los equipos de asalto, según se supo más tarde. Pero con ella aseguraron el puerto para un desembarco aún mayor.

Los transbordadores, ya sin nada que temer de las aniquiladas defensas, bajaron en tropel, aterrizando en el inmenso puerto de Caria, vomitando figuritas que avanzaban en fila hacia la ciudad. Pequeños guerreros de exoesqueleto pesado, con pulmón artificial y máscara protectora contra los rayos ultravioleta.



Como un torrente entraron en los edificios periféricos de la ciudad, abriéndose camino por los pasadizos y avenidas cubiertas. Pronto se iniciaron un centenar de hogueras en otros tantos bloques a medida que se luchaba con denuedo en su interior.

Maila empezó a inquietarse, a pesar de que ahora el éxito ya era seguro. Tironeó de la manga de Zavi.

—El plan no es conquistar un puerto espacial reducido a cenizas —protestó.

Zavi le guiñó un ojo.

—Pierde cuidado. No le deben nada a la compañía, en cuanto se les apriete un poco, harán una propuesta de rendición.

Pero Maila siguió inquieta, con los nervios a flor de piel, mientras el preciado botín con que contaba parecía consumirse ante sus ojos. El avance de los guerreros metálicos de Merrik se marcaba con las columnas de humo que se elevaban del puerto espacial, cuyo perímetro parecía reducirse a cada hora. Los cazas de Rakse y los misiles convertían el centro urbano en una pira de la que se elevaba una columna de humo inmensa, visible desde la Hammurabi cuando orbitaba sobre ella.

Intranquila, tomo otra pastilla contra el sueño. Ya llevaba más de cincuenta y siete horas sin dormir y casi sin comer ni beber. Tenía una extraña impresión de irrealidad. Apareció otra de las chicas con comida rápida y algo de bebida, lo que evitó que desfalleciera allí mismo.

—Deberías retirarte a descansar —sugirió Zavi—. Así estarás fresca cuando haya que negociar.

—¿Seguro que se rendirán? No parecen muy dispuestos.

—No morirán por su Compañía. Son mineros, comerciantes y parados.

Tuvo que esperar tres horas más, mientras preciosas instalaciones industriales y depósitos de mercaderías se convertían en chatarra y ceniza en los encarnizados combates entre los soldados de ambos bandos, que luchaban entre llamas y mamparos que se desmoronaban, y las compañías de centenares de hombres se fundían para convertirse en secciones de decenas.

Regresaban las primeras naves con heridos: quemados, mutilados, heridas múltiples, fracturas... deformados o lisiados de por vida en la mayoría de los casos, con años por delante para aprender a caminar de nuevo y moverse si es que no morían mendigando en cualquier rincón de Calea.



—Tenemos una petición de alto el fuego —anunció Zalma.

Maila creyó que le quitaban una gran losa de encima. Por fin tenía el planeta y, seguramente, suficiente mineral y propiedades para justificar la misión.

—Que traigan al representante aquí, a la Hammurabi —ordenó Zavi.

Llegó unas horas más tarde, con Merrik, acompañado por una escolta comandada por el teniente Loren. Un vicepresidente ejecutivo con un gran tórax para contener los pulmones hipertrofiados que le permitían respirar y estómago prominente que indicaba un exceso de comida natural. Le apodaron inmediatamente *La bola*. Zavi le recibió en el Puente de Mando.

—Éste es un acto que le costará muy caro —advirtió, sofocado—. Han atacado objetivos civiles y causando decenas de miles de muertos... ¿Quién es usted?

Zavi enarcó una ceja, sorprendido. La verdad es que los muertos civiles le importaban bien poco.

—Almirante Zavi Chail...

El vicepresidente perdió parte de su entereza, había hecho planes para tratar con el almirante enemigo, pero ahora se convertían en humo. Había oído hablar de Zavi.

—... comandante de la Hammurabi.

Para el vicepresidente fue la desagradable guinda de una tarta amarga, había esperado que los rumores sobre la Hammurabi no fueran ciertos. Confirmada la identidad de la nave agresora, los peores presagios se hacían realidad.

—Creía que se había retirado —fue lo único que atinó a decir.

—Yo también —admitió Zavi, desencantado, recordando su tienda—. Pero ya ve: tengo buena mano para estas cosas y es lo único que puedo hacer valer. Y espero que usted controle la situación y asegure la tranquilidad en el planeta, no desearía estropear nuestras incipientes relaciones con represalias innecesarias. Desearíamos que continuara la extracción de mineral... para nuestra Compañía. Y, por supuesto, queremos una *compensación* para que nuestros hombres no saqueen el Puerto. Creo que un acuerdo es lo más adecuado para evitar violencias innecesarias.

El vicepresidente frunció los labios en una sonrisa. Estaba acostumbrado a las baladronadas, y no creía que Zavi se atreviera a ir tan lejos.

—¿Y si nos negamos? ¿Que harán? ¿Saquear el Puerto? ¿Matarnos a todos?



Zavi no estaba de humor para bromas. Pero tampoco hacia falta una demostración de fuerza. La persuasión era más que suficiente.

—Bueno. Le presentó a la señorita Maila Genna, vicepresidenta de la Compañía Cnea. Seguro que ha oído hablar de sus métodos.

El vicepresidente apenas ocultó su expresión de horror mientras miraba a aquella mujer. Había oído hablar mucho de ella y de sus métodos en Lagenedon. El almirante Zavi Chail, la vicepresidenta Maila... ¿y quienes debían ser los demás? Seguro que nadie a quien conviniera tener cerca. Zalma le dedicó una sonrisa, y bastó con mirar al teniente Loren, a Rakse y a Selvi, para comprender que eran muy capaces de cualquier cosa.

—De acuerdo —aceptó, rindiéndose a los hechos consumados—. Seguiremos extrayendo el mineral. Veré que puedo hacer por la compensación.

—Esmérese —sugirió Zavi, indicándole a los hombres de Merrik que le devolvieran al planeta.

El hombre se fue cabizbajo y acongojado, pero convencido de que toda resistencia era inútil y solo podía terminar en un baño de sangre.

—Maila, el planeta es tuyo —anunció Zavi, sonriente, cuando se cerraron las puertas de nuevo.

Y todos estallaron en aplausos, ignorando las pantallas que volcaban datos con las primeras listas de bajas: centenares de nombres con su empleo y estado.

El botín iba a ser suculento y los esfuerzos habían merecido la pena. La parte que les tocaba a ellos les sacaría de apuros durante unos meses aunque perdieran a diario en el pah-mah y se colocaran todo el día.

Zalma sacó dos docenas de botellas para brindar. Repartió una copa a todos los oficiales y tripulantes en el Puente de Mando, incluido un vaso para Maila, y brindaron todos.

—¡Por la Hammurabi!

—¡Por la Hammurabi! —repitieron a coro.

—¡Por nosotros, su tripulación!

—¡Por nosotros!

—¡Que hagamos honor a la leyenda de la Hammurabi! —gritó entusiasmado el teniente Loren.



—¡Que así sea!

Y bebieron a una. Maila le pegó un codazo a Zavi, que parecía preocupado, poco acorde con el éxito obtenido: seis naves enemigas destruidas, el cargamento de mineral capturado integro, el planeta Caria Cesna conquistado.

—¿Que ocurre?

—Nada.

Pero más tarde, cuando yacían juntos en la cama, Maila no volvió a preguntárselo. Parecía sumido en una reflexión profunda. El almirante había vuelto al fondo del baúl, dejando al simpático compañero.

—¡Vamos, Zavi! ¿Que te pasa? Ha sido una victoria completa. Esto es bueno para nosotros, tu carrera de almirante y la mía en la Compañía se van a disparar. Ya lo veras. Empezamos una nueva época.

Zavi asintió, mirándola en la penumbra.

—No hay victoria hasta que no se gana la guerra, Maila. Hoy han muerto varias decenas de miles de hombres y mujeres. Voy a volver con un sexto menos de la tripulación con que partí. Esta batalla ni es un paso más para finalizar la guerra, ni nos proporciona ninguna ventaja a largo plazo. Solo ha sido un parche, que tendrá consecuencias, Maila.

Maila pareció confundida.

—¿Consecuencias?

—No hay acción sin reacción. Tú crees que devolver a la acción a la Hammurabi es un riesgo calculado. Pero los riesgos calculados, Maila, siempre te dejan una segunda opción si algo sale mal. Estás tirando los dados, igual que hace Rakse en el pah-mah. Vamos a atraer a toda la flota de la Alianza contra nosotros, no te quepa la menor duda. Una vez la Hammurabi caiga, no quedan segundas opciones. Estamos en la cuerda floja, Maila, y esta nave es lo único que nos aguanta encima. Lo sabemos nosotros y lo saben ellos, por mucho que celebremos nuestra victoria de hoy.

Maila se apoyó en su hombro. Se sentía muy fatigada y ausente. No quería discutir.

—No seas aguafiestas, Zavi. Es un gran éxito, míralo como quieras. Nada de lo que ocurra luego puede enturbiarlo.

Zavi asintió, mirando al techo, meditabundo, mientras recordaba a su tripulación festejando insensatamente las mieles del triunfo. Pero como había dicho Maila era un oficial del espacio exterior y presentía aquel día, ya no dema-



siado lejano, en que moriría en el Puente de Mando de su nave en llamas, rodeado por su tripulación moribunda, luchando en una batalla sin esperanzas, mientras comandaba a la Hammurabi en su última batalla.

© *Jose Antonio Fuentes Sanz*

JOSÉ ANTONIO FUENTES SANZ nació en 1969 en Tarragona (España), no terminó la secundaria, se pasó tres años en el Ejército como semiprofesional y ha tenido un par de empleos ocasionales. Desde hace diez es joyero de profesión. Escribe para divertirse y ha publicado cuatro cuentos: dos en Axxon (<http://axxon.com.ar/rev/136/c-136Cuento2.htm> y <http://axxon.com.ar/rev/145/c-145Cuento8.htm>), uno en LiterArea (<http://www.literareafantastica.com.ar/cuentos.html>) y Alfa Eridiani (<http://www.dreamers.com/alfaeridiani/marcos/eri8.html>).



DIPLOMACIA A LA TERRÁQUEA

por Alfredo Álamo Marzo

ALFREDO ÁLAMO nos ofrece hoy la continuación de su relato *EL CRÍTICO*, relato que publicamos en el *Eridano* n° 2. Recordemos que en aquella ocasión nuestro amigo Henry conoció al simpático extraterrestre Porter con motivo de un festival intergaláctico de Jazz. La traición de otro extraterrestre, también crítico musical, ocasionó que Porter quedase varado en la Tierra sin posibilidad de volver a su planeta natal. *DIPLOMACIA A LA TERRESTRE* continúa y amplía el universo de *EL CRÍTICO*.

El despacho del departamento de defensa era tan patético como Henry siempre se lo había imaginado. Las sillas eran incómodas, la decoración inexistente y los dos guardias que tenía a su espalda eran tan expresivos como la culata de un fusil. Al otro lado de una vieja mesa de despacho, el general de cuatro estrellas Walter Person III miraba fijamente el cigarrillo de Henry.

—Aquí no se puede fumar, señor, señor... —el general hizo un esfuerzo por pronunciar correctamente su apellido— Myczewycz.

Henry le pegó una última calada al cigarrillo y lo apagó con desgana en un cenicero con forma de bombardero B-52 que el general tenía encima de la mesa.

—De acuerdo —dijo Henry intentando encontrar un postura algo más cómoda en la silla—, ¿me quiere decir el porqué sus matones me han sacado de la cama a las tres de la mañana?

—Según mis hombres —contestó el general— tuvieron que esperar a que usted llegara a casa pasadas las dos y se comiera un bocadillo, no le han sacado de ninguna cama.

—Era una forma de hablar, general. Dígame, ¿que quiere el ejército de mí?, ¿una crítica de la banda de música militar del pentágono?

Henry era crítico de jazz en el almanaque cultural de Spring Valley, una pequeña revista del medio oeste americano con un número sorprendentemente alto de suscriptores. De todas formas Henry dudaba que le hubiesen traído a Washington en un avión militar en plena noche para que les hiciese una buena crítica.

—No juegue conmigo, joven —dijo el general levantándose de la silla—, sabemos lo de sus *contactos*.



El general dijo *contactos* de manera que Henry comprendiera que no eran unos contactos normales. Vamos, que no se refería a las dos copas que se había tomado con Rosalyn, la chica de Sucesos, el viernes pasado.

—No se a que contactos se refiere —dijo Henry con su tono de voz más formal.

—No sea usted estúpido. ¿Conoce usted al señor Harry Goose? —le preguntó el general.

—Es periodista deportivo, trabajamos juntos en el almanaque. Le puedo asegurar que nuestros *contactos* no incumplen ninguna ley tejana. ¿Por? —dijo Henry algo nervioso.

—Su amigo Harry va contando por ahí una historia muy curiosa acerca de usted y un ser que, por su descripción, parece extraterrestre.

Henry intentó poner su mejor cara de póker.

—Harry es un buen hombre —comentó Henry con tono confidencial—, pero tiene cierta afición a empinar un poco, ya sabe, el codo. Luego tiene alucinaciones terribles, visiones extrañas. Debería haber estado con él el día que terminó el Open America de golf, se levantó tan borracho que confundió el hoyo trece con...

—¡Basta! —le interrumpió el general—, normalmente la historia del señor Goose hubiera sido archivada y, como mucho, algún loquero se habría hecho rico a su costa. Pero la noche del viernes pasado dimos con esto.

El general se acercó a una puerta lateral, uno de los dos guardias se puso a su lado y la abrió. Lentamente una figura atravesó el umbral, la luz iluminó primero unos largos brazos, luego una trompa amarilla parecida a la de un elefante. Su cabeza recordaba a la de un pequeño perro terrier con las orejas moviéndose insistentemente en todas direcciones.

—Lo siento Henry —dijo el extraño ser bufando su trompa—, ya sabes lo mucho que me asustan los militares.

—No importa, Porter —dijo Henry algo abatido—. Sabíamos que esto sucedería tarde o temprano.

—¿Porter? —dijo el general girándose hacia el extraño ser—. Usted nos dijo que su nombre era impronunciable en nuestro idioma.





—Bueno, quizás exageré un poco —dijo Porter echando las orejas hacia delante— ¿No me irán a diseccionar por ello, verdad?

El general pareció pensar un momento en una mesa forense y varios tipos de cuchillos.

—No, al menos no por ahora —dijo finalmente.

A una seña del general el soldado sentó a Porter en una silla junto a Henry.

—¿Estás bien, cómo te han tratado? —le preguntó Henry a Porter.

—No muy bien, que quieres que te diga —se quejó Porter—. Los primeros días no me dieron nada de comer y me encerraron en un cuarto pequeño y oscuro. Ponían una música estridente de heavy metal a todo volumen y me interrogaban continuamente.

—Que animales —dijo Henry airado mirando al general—, heavy metal. ¿Es que no tienen corazón?

—No voy a discutir nuestros métodos con civiles, joven —se defendió el general—. Han dado el resultado que queríamos. Nos han llevado hasta usted.

El general se apoyó encima de la mesa sobre las palmas de las manos, mirándolos de manera amenazadora.

—Escúchenme bien, lo que les voy a contar es alto secreto. Hace dos semanas que los radares del NORAD detectaron una nave no identificada que se acercaba a los límites del Sistema Solar. Con los radiotelescopios más potentes hemos detectado una emisión procedente de dicha nave, un mensaje en el cual la Tierra es convocada a una especie de asamblea. Quieren que mandemos una delegación para negociar.

—Me parece muy bien —dijo Porter—, a lo mejor pueden ustedes dejar de pertenecer al tercer mundo galáctico.

—El único problema —continuó el general ignorando el comentario de Porter—, es que no hemos alcanzado un acuerdo en la composición de la delegación. Los científicos proponían a unos, los militares a otros. El cuerpo diplomático exigió un concurso de oposiciones. Fue entonces cuando le encontramos a él.

—Y a mí —musitó Henry—. Creo que puedo imaginar lo que se propone.

—Usted es la única persona que conocemos que ha entablado contacto con razas alienígenas. Por lo menos la única que parece medianamente cabal. El Alto Mando ha decidido nombrarle Embajador Terrestre y ponerlo al frente de la delegación que vamos a mandar a esa nave.



Henry arqueó una ceja, se había imaginado algo parecido pero, ¿embajador?

—¿Están ustedes locos? —dijo Porter—. ¡Este hombre casi provoca un conflicto galáctico la última vez que salió al espacio!

—Él será el embajador —dijo tajantemente el general— y usted irá con él, como consejero. Claro que si no le gusta la idea, siempre puede hablar con los chicos de biología. Parecen tener mucho interés en analizarle a fondo.

La trompa amarilla de Porter se levantó unos diez grados y palideció. Luego pareció relajarse.

—De acuerdo, si no hay más remedio. Todo sea por la Tierra —añadió Porter con trompa temblorosa.

—Un momento —dijo Henry—, yo todavía no he dicho que sí. Tengo mis condiciones —añadió.

—¿De qué condiciones me está hablando? —preguntó algo irritado el general.

—En realidad es solo una —sonrió Henry.

La puerta del apartamento de Harry Goose cedió al primer impacto del ariete. Cuatro soldados equipados con sofisticados visores de visión nocturna entraron a toda velocidad, registrando el salón y las habitaciones.

—Sargento —dijo un soldado—. Creo que lo he encontrado.

—¿Dónde estaba? —replicó el sargento acercándose.

—Estaba durmiendo en la bañera, señor.

—¿En la bañera?

—Sí, señor. Creo que está un poco resacoso, señor.

Harry Goose abrió los ojos. Le dolía la cabeza de una forma horrible y punzante. Su casa estaba llena de militares armados hasta los dientes. Oh, no, volvía a tener aquellas alucinaciones. Aquella iba a ser la última vez que se emborrachaba. Uno de los soldados intentó hablarle, pero Harry lo veía todo como si estuviese con la cabeza dentro de una pecera. Cuando lo sacaron por la puerta optó por la solución más fácil y se quedó inconsciente. Mañana sería un día tranquilo.



El sargento Wayne observó con desagrado a sus futuros compañeros de viaje a través de un cristal unidireccional. Desplazó su masa de ciento cincuenta kilos y dos metros diez centímetros de altura y se quejó al general Preston.

—¿Quiere usted decir que ese tipo —dijo señalando a Henry— va a ser el jefe de misión?

—Alguien tendrá que cargar con la culpa si todo falla, sargento —le contestó el general—. Esta vez no vamos a ser los militares, el alto mando está harto de que le lluevan todas las quejas.

—Pero aún así, señor, con el debido respeto... —objetó el sargento.

—No sabemos lo que se pueden encontrar allí arriba —dijo el general tranquilizando al sargento—, recuerde que si algo se tuerce siempre puede tomar el mando. Y si esos civiles se vuelven un incordio, tiene mi permiso para deshacerse de ellos.

—Gracias señor —saludó el sargento Wayne de forma firme y marcial.

Sus tres compañeros de viaje estaban discutiendo al otro lado del cristal, el general activó de nuevo el sistema de audio.

—No me creo que fueras capaz de ir por ahí cacareándolo todo —exclamó Henry.

—Pero si se lo contabas a todas las mujeres que te querías llevar a la cama —le contestó Harry.

—Venga, hombre, eso son secretos de alcoba —se defendió.

—Pues lo mío eran secretos de... secretos de... ¿de pasillo?, ¿de National Inquirer?

—Me parece que así no vais a llegar a ningún acuerdo —les dijo Porter mientras observaba el enorme espejo que dominaba la habitación—. Creo que nos están espiando desde el otro lado —añadió haciendo visera con la mano y pegando la cabeza al cristal.

—Así me agradeces que te dejara las llaves de la cabaña para aquel fin de semana —dijo Harry sin hacer mucho caso de Porter.

—¿Te refieres a aquel destartado granero que olía a pescado? —replicó Harry.

—¡EEE—OOO! —resopló Porter— ¿Hay alguien al otro lado?



El sargento Wayne se llevó una mano a los ojos, le estaba empezando a doler la cabeza.

—¿Puede desconectarlo, señor? —le rogó al general.

—Desde luego que sí —dijo el general accionando una palanca—. Son el grupo de civiles más insoportable que he tratado nunca. No puedo decir que le envidie, sargento.

El sonido desapareció, dejando a los dos humanos gesticulando y a Porter golpeando con los nudillos al espejo como si estuviese llamando a una puerta.

—Tiene una semana para entrenarlos, en siete días quiero que sean capaces de desenvolverse en el transbordador espacial sin que todo vuele por los aires, ¿está claro? —ordenó el general.

—Señor, sí, señor —echó un último vistazo por el cristal y suspiró. Ésta iba a ser una semana muy larga.

Harry observó la rampa de lanzamiento y no pudo evitar sentirse muy desgraciado.

—¿Tenemos que hacerlo? —preguntó desconsolado.

—Hombre, ahora ya creo que es difícil que nos dejen ir a casa —contestó Henry—, así que vete poniendo el casco antes de que llegue el sargento.

Porter apareció tras ellos con el traje correctamente ajustado. Lamentablemente tenía que llevar la trompa torcida para que cupiera dentro del casco, pese a sus quejas no le habían diseñado un acople para que la pudiera llevar recta. Estaba de muy mal humor.

—Muenga, muenga, gueprisa, gueprisa —dijo Porter.

—¿Qué has dicho? , creo que tienes algo en la trompa —se burló Harry.

—Nge crgrgrees mgyuy gñacioso —intentó decir Porter.

—Venga, Harry, déjalo en paz —terció Henry.

La semana de entrenamiento había sido un pequeño infierno, les habían sometido a cientos de exámenes médicos y a pruebas realmente duras diseñadas por sádicos o ingenieros. Henry no habría sabido decir la diferencia entre ambos.



—Venga señoritas —sonó la voz del sargento Wayne—, vayan desfilando hacia el transbordador.

La enorme figura del sargento se unió a las otras tres que esperaban en el túnel de acceso. Juntos avanzaron sin rechistar, habían aprendido a no discutir las órdenes del sargento, sobre todo cuando se llevaba las manos a rostro y decía que le dolía la cabeza, cosa que solía pasarle demasiado a menudo.

—Giesta niave essh unna chaifetiera —murmuró Porter al entrar en el ascensor de acceso.

—¿Qué ha dicho el extra? —preguntó el sargento refiriéndose a Porter.

—Que le encanta nuestra tecnología espacial —dijo Harry.

—Sí —añadió Henry antes de reír—, sobre todo nuestros trajes.

El sargento Wayne se puso el casco lentamente. Notaba cómo le venía otro de esos dolores de cabeza. El médico de la base le había dicho que no tenían una razón física, que era algo psicossomático. Ja, él conocía la causa, las causas; eran tres y las tenía delante.

Los cuatro integrantes de la misión se sentaron en sus sillones, les acompañaba un piloto que les guiaría hasta el punto de encuentro fijado por la nave extraterrestre. Todos los sistemas parecía operativos, la torre de mando inició la cuenta atrás, las toberas de combustible vibraron con intensidad preparándose para el inicio de la ignición. El transbordador vibraba con violentas sacudidas.

—Henry —dijo Harry apretando con fuerza los brazos de su asiento—, siento habernos metido en todo esto.

—No pasa nada Harry, somos amigos. Los amigos se perdonan.

—Chenry —dijo Porter—, ciuanado ligabias ein luios barries conntando niuestra historial, erria io quieenn tie espantalaba a lias chicas.

—¿Qué has dicho? —dijo Henry intentando hacerse oír por encima del ruido de las turbinas.

—¡Ha dicho que cuando salías a ligar contando lo del festival galáctico y todo eso —chilló Harry—, era él quién te espantaba a las chicas!

—Perrio siomos amigios, ¿no? —dijo Porter con su mejor aleteo de orejas.

—¿Amigos? —exclamó Henry—, maldito bicho peludo de trompa demasiado larga, ya te daré lo tuyo, ya. Ahora entiendo lo de todas esas noches en que volvía del servicio y me encontraba con que mi cita había desaparecido.



Henry estiró sus brazos hacia Porter, pero estaba fijo por los cinturones de seguridad al asiento. Intentó quitárselos a toda prisa, pero no alcanzó a dar con el mecanismo de cierre.

—Como te agarre —le amenazó Henry todavía concentrado con los anclajes del asiento.

—¿Son siempre así? —le preguntó el piloto al sargento Wayne.

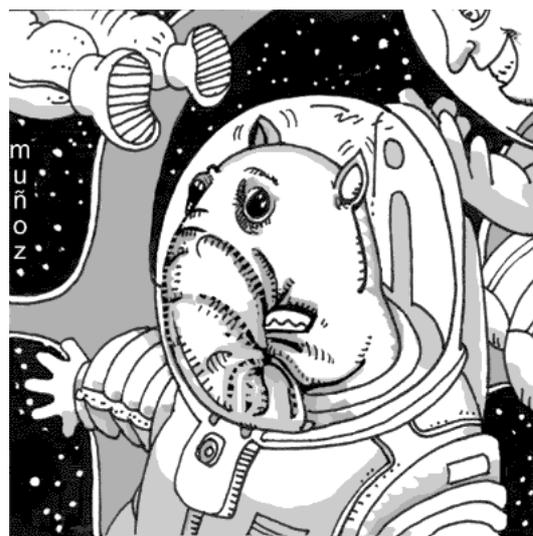
—No —aseveró el sargento—. Normalmente son bastante peores.

La cuenta atrás llegó al cero, el piloto pulsó la ignición. La fuerza de la gravedad hizo que todos se clavaran en sus asientos. Detrás de cientos de pantallas de seguimiento los ingenieros aplaudieron la salida de la nave de la órbita terrestre. En el espacio la tierra empezó a parecer ridículamente pequeña.

—Pueden quitarse los cascos si lo desean —dijo el piloto cuando logró estabilizar la nave.

Henry observó que Porter podía haber batido varios records de velocidad quitándose parte del traje. Sobre todos los guantes y el casco, que quedaron flotando inertes en medio de la cabina. Así que esto es gravedad cero, pensó mientras Porter estiraba su trompa y respiraba con profundidad.

—Por su seguridad les recomiendo no soltarse de los cinturones de seguridad —comenzó a decir el piloto—, la gravedad cero no es para principiantes y...



Antes de que terminara de hablar, Harry apareció flotando a su lado.

—Qué sensación más excitante —exclamó—, noto que todo me cuelga hacia arriba.

—No se preocupe —le dijo el sargento al piloto observando su cara de frustración—, usted sólo los tiene que aguantar un rato.

Henry se quedó mirando a Porter con una expresión jocosa en el rostro.



—¿Qué pasa, tengo monos en la cara o qué? —preguntó el alienígena algo enfadado.

—No, no. Es que con la falta de gravedad tu trompa apunta hacia arriba.

—Odio la gravedad cero —suspiró Porter.

El trayecto hasta el punto de reunión les llevó doce horas, tiempo en el cual el sargento Wayne amenazó varias veces con abrir la escotilla principal y lanzarlos a todos al espacio. Durante una de sus habituales amenazas el piloto ahogó una maldición.

—Dios... Miren el tamaño de esa cosa —dijo.

Frente a ellos se extendía la nave extraterrestre. Se trataba de un cilindro de más de diez kilómetros de largo, cubierto de una superficie espejada que reflejaba los distantes rayos del sol.

—Es enorme —dijo atónito el sargento.

—Es increíble —dijo Henry.

—Es un modelo estándar —comentó aburrido Porter—. Demasiado grande para mi gusto, a la hora de aparcar en un espaciopuerto luego todo son problemas.

El resto de tripulantes se le quedó mirando.

—¿Qué pasa? —dijo—, a mi me gustan más los modelos coupé.

Antes de que nadie le contestara, la radio del transbordador empezó a recibir una señal.

—Atentos —señaló el piloto— voy a conectarlo a los altavoces.

—Nave terrestre —sonó una voz grave y gutural—, prepárense para el transporte.

Porter se acercó a la radio.

—Transporte para cuatro, exceptúen al piloto —comunicó a la nave.

—Yo siempre había deseado decir eso —dijo Harry en voz baja.

Los tripulantes cogieron su equipaje y se despidieron del piloto. Luego sólo hubo un parpadeo, sin ruidos de campanillas ni luces de colores. En un momento estaban allí y al siguiente, simplemente, no estaban. El silencio se hizo dueño del transbordador mientras el piloto volvía a poner la nave rumbo a la



tierra. Aunque en el fondo les estaba cogiendo cariño a esos tipos, no daba un centavo por volver a verlos otra vez con vida.

Cuando Henry abrió los ojos ya no estaba en el transbordador espacial, se sentía pesado, de vuelta a la vieja gravedad, en medio de una gran sala llena de máquinas y monitores que parecían procesar una gran actividad. Sus tres compañeros estaban junto a él, Porter aparentaba la normalidad del veterano en transportes moleculares mientras que Harry y el sargento Wayne tenían la misma cara que puso Henry el día de su primer traslado, es decir, de absoluto idiota.

—Bienvenidos a la nave insignia de las Galaxias Unidas —dijo un ser vagamente reptiliano que caminaba sobre sus patas traseras y vestía una túnica verde excesivamente corta para el gusto de Henry—. Mi nombre es Danadri —se presentó—, ustedes deben ser del tercer planeta, escala solar, de este Sistema, ¿verdad?

—Así es —dijo Henry buscando la aprobación de Porter, éste había palidecido y se limitó a asentir levemente con la trompa.

El ser reptiliano consultó una pequeña carpeta con unas anotaciones.

—En realidad estamos muy contentos de su presencia aquí, no sabíamos si podrían llegar hasta el punto de reunión. Han superado ustedes la primera prueba.

—Nosotros también nos alegramos de haber llegado tan lejos —dijo Henry intentado que su voz resultara más formal— para poder contemplar la magnificencia de ésta nave tan increíble.

—Bah —masculló Porter.

—Por favor, acompáñenme a sus dependencias —dijo Danadri haciendo un gesto con el brazo—, supongo que el viaje les habrá resultado agotador.

Los cuatro integrantes de la delegación terrestre recogieron sus maletas y petates y siguieron a su guía a través de los pasillos de la nave. Estaban forrados en una especie de plástico blanco color mate que adoptaba formas orgánicas. Al sargento y a Harry se les iban los ojos detrás de cada especie extraterrestre que se cruzaban. Lo que le llamó la atención a Henry eran los trajes de colores chillones adornados con flecos y bandas doradas que llevaba la mayoría de los tripulantes.



—No resulta del todo extraño —le dijo Porter después de que le preguntara sobre el tema—, hay regiones de la galaxia con gustos un tanto extravagantes. Deberías haber estado en la Confederación de Planetas Sol Verdadero, muchacho. Allí vuestras Drag Queens parecerían maestras de escuela del centro de Arkansas.

El último pasillo que tomaron desembocó en una sala de ascensores. O eso debían ser, porque su apariencia era más parecida a gigantescas pompas de jabón que surgían del suelo y llegaban hasta el techo.

—Sígueme, no tienen más que nombrar la cubierta a la que desean acceder —les explicó su guía—. En su caso es la cubierta de invitados.

Dicho esto se introdujo en la corriente de pompas de jabón y desapareció. Harry se acercó cautelosamente e introdujo su mano en el ascensor.

—Hace cosquillas —sonrió Harry—, yo me meto para dentro, debe de ser como un yakuzzi.

Dio un paso más y desapareció entre los reflejos irisados de las pompas.

—No hay tiempo para tonterías —dijo el sargento siguiendo a Harry.

—Bueno, supongo que no queda más remedio —dijo Henry.

Porter se quedó mirando los focos de color malva que iluminaban la corriente de pompas y sacudió triste su trompa.

—Malditos diseñadores —se le escuchó decir antes de entrar en el flujo de esferas.

La experiencia del ascensor fue, después de todo, agradable. Daba una cierta sensación de cosquilleo, pero el traslado era suave y silencioso, una buena manera de desplazarse si no te molestaba el color malva, claro.

La cubierta de invitados parecía una suite de hotel enmoquetada en color azul y con lámparas de neón en forma de espirales para iluminar los pasillos. Dandari siseó con su lengua bífida un par de veces antes de señalar una puerta.

—¿Quién de ustedes será el portavoz de su mundo? —preguntó entrecebrando sus ojos de serpiente.

—Yo —contestó Henry de manera un tanto indecisa.

—Éste será su alojamiento, el resto de la delegación ocupará la habitación contigua —les explicó—. Ésta noche habrá cena de gala en el salón de actos,



cubierta principal, será a las cuatro horas, horario de la nave. Tienen indicadores de tiempo y consolas para uso personal en sus habitaciones.

—Muchas gracias —dijo Harry.

—Si tienen cualquier problema, no duden en avisarme —dijo Diandra antes de marcharse—, bienvenidos a bordo.

Porter se despidió con un gesto de la mano y luego se atusó la trompa.

—Vamos dentro, tenemos mucho de que hablar a partir de ahora —susurró.

Los cuatro miembros de la expedición entraron en la habitación de Henry apartando la cortinilla hecha con cuentas de cristal que habían puesto detrás de la puerta. Unas luces suaves iluminaron la estancia, dejando al descubierto telas azules y alfombras color salmón, enormes puffs y algunas botellas de cristal con formas abstractas.

—Menudo picadero te han montado —silbó Harry—. No veía nada parecido desde la celebración de la Superbowl en aquel hotel de Las Vegas, allá por el setenta y dos.

—Centrémonos en lo importante —dijo el sargento girándose hacia Porter—, ¿cuál es su opinión como consejero?

—Bien —empezó a decir Porter con cierto tono de voz académico—, como punto primero os diré que las Galaxias Unidas son una organización de piratas, ladrones y contrabandistas de primer orden, así que no me extraña que quieran a la Tierra entre sus filas. Consideradlo un honor, realmente hay pocos grupos organizados que agrupen a varios planetas, así que no lo fastidiéis, ¿eh? Supongo —continuó— que esta noche cenaremos cerca del Embajador Supremo, el tipo que maneja todo este tinglado. A parte de su evidente mal gusto para la decoración, lo que he escuchado por ahí es que tiene serios problemas de conducta, una amiga de Shanta IV me dijo que le habían implantado un regulador adrenalítico alrededor de su cuello.

—Bien —dijo Henry mientras observaba una de las jarras de cristal—, supongo que tendremos que descansar un poco antes de ir a la cena. ¿Cuánto tiempo nos queda?

—Tres horas —contestó el sargento incrédulo frente a la frialdad de Henry mientras miraba un reloj con saetas de neón verde que iluminaba un rincón de la habitación.

—De acuerdo, señores —exclamó Harry—, a prepararse.



Las puertas del pasillo de invitado se abrieron casi al unísono. El primero en salir fue el sargento Wayne, enfundado en un bonito y elegante uniforme de gala. El segundo fue Porter, vestido de negro, muy *cool*. Henry llevaba un frac que le habían confeccionado en la base militar, buena calidad, sí señor, pero la pajarita le estaba haciendo estragos en el cuello. Por último salió Harry, con un smoking blanco con volantes verdes en el pecho.



—¿Qué pasa? —preguntó al notar las miradas de sus compañeros— A-dap-ta-bi-li-dad —dijo lentamente—, aquí los horteras sois vosotros. Por fin —añadió con una sonrisa extraña—, y ahora... Seguidme.

El sargento se llevó de nuevo la mano al rostro. Harry empezó a desfilarse hacia los ascensores seguido de Henry y de Porter.

—Míralo —cuchicheó Henry—, sólo le falta la bola de espejos.

—Y unas gafas tipo Elvis —se rió Porter.

Uno a uno, los componentes de la delegación terrestre desaparecieron entre pompas malvas, sólo Porter miró hacia atrás antes de desaparecer, como si conociera que a partir de ese instante, ya no habría vuelta atrás.

A Henry el salón de actos le parecía sacado de alguna pesadilla nacida de combinar marisco en mal estado y demasiados musicales de los años cincuenta, varias mesas redondas en madera azulada se arremolinaban en torno a un sendero formado por un pequeño río artificial. Cinco o seis fuentes dispuestas en diferentes alturas lanzaban pequeños chorros de agua al ritmo de la música, una variante poco afortunada de la música de ascensor, mientras azafatas ligeras de ropa, pero cargadas de plumas rosas, asistían a los invitados a la cena.

Sin embargo, la mayor parte de dichos asistentes presentaban un aspecto poco idílico, o, por lo menos, no muy a juego con la decoración. Seres filiformes, humanoides, artropoformes, reptilianos e incluso varios gaseosos, mantenían una actitud pendenciera en la que destacaba una especie de tic nervioso consistente en no dejar que nadie pasara por detrás de ellos sin darse la vuel-



ta. Eso y las miradas de reojo de izquierda a derecha no acabaron de tranquilizar al sargento Wayne, que empezó a evaluar mentalmente las posibilidades de una huída.

—¿Cómo lo ves, Porter? —preguntó Harry cogiendo un canapé.

—Dicen que la mujer del Embajador lo tiene loquito, creo que a lo mejor todo este espectáculo es cosa suya —contestó Porter cogiendo a Harry de la chaqueta para evitar que se perdiera detrás de una azafata.

—Por lo menos el canapé está bueno —masticó Henry.

—Y vivo —añadió Porter.

Pero antes de que Henry se diera cuenta de las palabras de su amigo, una de las azafatas les indicó que se acercaran a la mesa, por su tamaño, principal. En el sitio presidencial estaba sentado un ser con forma de sapo gigante, con brazos largos y rechonchos que acababan en manos prensiles. Alrededor del cuello llevaba un extraño collar de metal en forma tubular que tenía multitud de indicadores, la mayor parte de los cuales ahora brillaban con una tonalidad azulada. A su lado, de pie, estaba Danadri, quién indicó a Henry que se acercara.

—Embajador Supremo —dijo Danadri bajando la vista—, el representante del sistema Sol 3.

—Un placer señor —saludó Henry sin saber si hacer una reverencia o extender su mano.

El sapo gigante gorjeó algo y Danadri sonrió.

—Mi señor está muy contento de su visita —tradujo—, y ha decidido que os sentareis a su alrededor durante la actuación.

—¿Actuación? —preguntó Henry.

—Sí, la esposa de mi señor cantará antes de la cena —aclaró Danadri—, es una artista de gran renombre —añadió con satisfacción.

Henry asintió y se retiró hacia sus compañeros después de dedicarle al Embajador una reverencia poco ortodoxa.

—Chicos —susurró—, ese sapo gordo de ahí es el jefazo de todo esto. Y su mujer,





que a saber como será, nos va a deleitar con un recital de canciones.

—Pues ya sabes —dijo Harry—, ni se te ocurra abrir la boca, di a todo que muy bien y no cabrearemos al primo gordo de Jaba el Hut en su saloncito.

—Pero si yo... —empezó a decir Henry.

—Creo que el señor Goose tiene razón —interrumpió el sargento, sorprendido de esas palabras—, no nos conviene un incidente de protocolo.

Henry buscó la ayuda de Porter con la mirada.

—Si es que eres un bocazas, Henry —bufó con su trompa el extraterrestre.

—Pues bueno, si es así, no diré nada —amenazó.

Los demás se miraron durante unos segundos.

—Por mi vale —dijo Harry levantando la mano.

Los demás se fueron hacia los asientos que las azafatas estaban preparándoles, dejando a Henry en medio de la sala al mismo tiempo que unas trompetas doradas aparecieron desde el techo tocando un Re sostenido que le sobresaltó hasta que descubrió de donde venía. Desde la mesa sus compañeros le apremiaron a sentarse, cosa que logró justo cuando las luces de la sala se atenúan hasta lograr una cálida penumbra.

Las fuentes cesaron en su cometido y el rumor del agua dejó de sonar, para ser sustituido por un murmullo que crecía en intensidad. En la parte superior del río artificial, allí donde parecía nacer, empezaron a caer burbujas malvas, como las de los transportadores de la nave. Para cuando se difuminaron, rebotando en las mesas adyacentes, en el agua apareció una pequeña sirena de pelo pajizo. Hubo un «ooh» contenido de admiración mientras una esfera negra, que Henry reconoció como un micrófono levitador, se puso a su lado. La sirena inspiró profundamente y lanzó su primera nota. O eso debería haber ocurrido, pero, pese a lo que parecía, Henry no lograba escuchar nada. Extrañado, miró a sus compañeros, que tampoco parecían escuchar nada hasta que Porter hizo un gesto de dolor bajando sus orejas.





—¡Duele! —murmuró quejoso antes de recibir un codazo cariñoso del sargento Wayne.

Poco a poco el sonido empezó a ser perceptible por los oídos humanos, constatando todos entonces lo que decía Portes: dolía. Era el tipo de sonido que podrías conseguir si rascaras con un tenedor un plato de porcelana mientras alguien te exprimía un limón en los ojos. Henry rezó para que no hubieran estudiado el lenguaje corporal de los humanos mientras se esforzaba por aparentar tranquilidad delante del Embajador Supremo, que miraba entusiasmado a su mujer.

Afortunadamente para los humanos, sólo hubo una canción, la cascada en forma de pompas de jabón recayó sobre la sirena, augurando su desaparición al mismo tiempo que las luces volvían a recobrar su anterior intensidad. El sonido propio de toda reunión social, un grande y consistente murmullo, volvió a ocupar el salón. El embajador gorjeó de nuevo y Danadri se levantó de su asiento.

—Mi amo desea saber qué le ha parecido al embajador de la Tierra —dijo formalmente— la actuación de su esposa.

Harry miró a Henry, que miró a Porter, que le miraba mientras el sargento se fijaba en el Embajador supremo que esperaba su respuesta atento a la traducción de Danadri. Pero Henry no dijo nada. El Embajador chasqueó su lengua y el color azul de su collar pasó a un verde un poco subido de tono. Danadri volvió a insistir.

—Mi señor aguarda vuestra respuesta —dijo apremiante.

Porter levantó su trompa.

—A mi me ha encantado —dijo intentando aliviar la situación.

El collar del Embajador supremo cambió del verde al naranja, Danadri seseó con sequedad.

—Mi señor quiere la opinión del humano, no la tuya.

Tanto Harry como el sargento miraban a Henry implorándole clemencia, y el crítico se relamió durante un par de segundos, durante los que el naranja del collar del embajador subía peligrosamente al rojo.

—La actuación —dijo lentamente Henry—, ha estado muy bien y ha sido un excelente regalo de bienvenida...

Todos suspiraron de alivio, hasta Danadri, que observó con satisfacción cómo el rojo del collar volvía gradualmente al naranja anterior.



—Para ser obra de una aficionada —terminó de decir Henry con una sonrisa.

El collar del Embajador pegó un fogonazo, Harry se tiró al suelo cogiendo una botella de licor, Porter empujó a Danadri y el sargento Wayne se abalanzó sobre Henry.

—¡Lo mato! —gritó el sargento— ¡Os juro que lo mato!

Pero ese último grito quedó amortiguado por el sonido de cien tipos de armas amartillándose a la vez.

El doctor Goldman, licenciado en psiquiatría según indicaba el diploma tras su sillón de cuero, carraspeó dos veces antes de tocar a Henry con la goma de su lápiz. Éste se movió en el diván y abrió los ojos.

—Eso ha sido muy desconsiderado, doctor —musitó mientras acababa de despertarse.

—Estamos en medio de una sesión, necesito que se mantenga despierto.

—Los militares nunca tienen suficiente, ¿sabe? Ahora creen que no puedo diferenciar realidad de ficción —se quejó Henry algo enojado—, menuda panda de primates.

El doctor anotó algo en su libreta y miró fijamente a Henry.

—¿Qué ha anotado? —le preguntó.

—¿Qué? —dijo el doctor.

—Que qué ha anotado —repitió Henry—, la gente como usted siempre escribe algo y mueve los labios haciéndose el interesante.

—¡Yo no he movido los labios! —se defendió el médico.

—Claro que sí, le he visto mover los labios y atusarse el bigote —añadió en tono acusador.

Un crujido seco indicó que el doctor había roto otro lápiz.





—Necesito que me cuente —vocalizó el doctor lentamente—, lo que sucedió a partir de la fiesta de recepción.

—¿Otra vez? —refunfuñó Henry—. Allá usted —dijo antes de volver a recitar su historia—. Tras el lamentable malentendido con el Líder, que necesitó de ayuda médica y de un aspirador neumático, fuimos a parar a los calabozos de la nave. Y si lo quiere saber, eran tan horribles como el resto de la nave. Casi prefería las salas de duchas del ejército. Bueno, el caso es que nos retuvieron allí, con sólo dos comidas al día, durante una semana: tiempo que estimamos necesario para la reconstrucción craneal de su jefe. No tengo que decirle que se mostró muy enfadado y que rechazó nuestras excusas, realmente era un hombre con un genio subido. El caso es que nos insinuó que nuestro destino iba a ser peor que la muerte y que nuestro planeta tenía las horas contadas, vamos, las fanfarronadas clásicas de ese tipo de gente, que pierden la fuerza por la boca.

—¿Cómo lograron escapar? —interrumpió el doctor.

—Bueno, eso fue cosa de Harry. Creo que debería preguntárselo a él.

Harry Goose no se encontraba cómodo tumbado en los divanes de los psiquiatras, prefería los sofás de cuero, el bourbon y las chicas del equipo femenino de volley-ball. Así que cuando el doctor Goldman le hizo la primera pregunta, Harry deseaba largarse de allí lo antes posible.

—¡Señor Goose! —chilló el médico cerca de la oreja derecha de Harry.

—Vale, vale —dijo—, no hace falta que me chille. Sólo tiene que hablar un poco alto, me parece que he perdido algo de oído últimamente.

—El general quiere que me cuente cómo escaparon de su confinamiento en la nave alienígena, Sr. Goose. Todo indica a que fue cosa suya.

—Sí, claro —se animó Harry—, si no hubiese estado allí, es posible que todos estuviésemos criando malvas... Se lo contaré, pero no espere detalles escabrosos, soy un caballero.

—Sí, eso me han comentado —dijo el doctor Goldman subrayando un informe.

—¿Qué ha escrito? —preguntó Harry.

—He subrayado algo —contestó el doctor.

—¿Porqué se atusa el bigote?

—¡No me atuso el bigote! —chilló el médico antes de romper el lápiz que tenía en las manos.



—Le veo un poco tenso, doc —dijo Harry—, ¿sabe lo que voy a hacer?, le voy a contar cómo escapamos de los calabozos.

—Gracias, Sr. Goose —murmuró el psiquiatra.

—Llámeme Harry —comentó el periodista incorporándose en el diván—. Bien, le pondré en situación: estábamos encerrados, amenazados de muerte y sin ideas. El sargento Wayne quería matarnos antes de que lo hicieran unos extraños, pero, aunque insistió bastante, no llegamos a ponernos de acuerdo en el método. El caso es que había un elemento con el que no contábamos, el amor.

—¿El amor? —interrumpió de nuevo el doctor.

—¿Sabe?, los siquiatras tienen esa manía de interrumpir diciendo la última palabra... No me gusta. Si lo vuelve a hacer no diré nada más. —Harry miró al doctor para ver si lo había comprendido antes de continuar—. Como le decía, el amor. No es la primera vez que me pasa, creo que es una cuestión de encanto personal. Porter opina que todo sucedió porque huelo a pescado, pero el caso es que la noche en que nos comunicaron nuestro fatal destino, alguien vino a nuestra celda. Era Danadri, con un mensaje de la mujer de su amo, la sirena. Su nombre era Alasha, que quiere decir, «la que rompe cristales con la voz». La verdad es que había quedado irremediablemente enamorada de mí, así que, con la ayuda de Danadri, logramos tener un encuentro fugaz en una de las piscinas de la nave. Baste decir que conseguí los códigos maestros de la nave y que así logramos escapar de los calabozos.

—¿Así de fácil? —se extrañó el médico.

—¿Ágil? —dijo Harry—, bueno, en un medio acuático se pueden hacer muchas cosas.

—No, no —dijo el doctor subiendo el tono de voz—, he dicho *Fácil*.

—¿Qué está insinuando? —se indignó Harry—, aquella era una situación límite. No crea que soy un hombre tan fácil. Y no me gustan los psiquiatras, se lo advierto.

—Pero, ¿cómo salieron de la nave?

—No lo tengo muy claro, el encuentro con Alasha me trastornó un poco. Creo que tendría que preguntarle al Sargento Wayne.

Las dos pastillas azules desaparecieron rápidamente en la boca del Doctor Goldman antes de tragar un buen trago de agua. Tenía los nervios a flor de piel.



—¡Se presenta el sargento Wayne, señor! —gritó el mencionado sargento abriendo la puerta de repente y sobresaltando al psiquiatra.

—Por favor, sargento, tumbese y empecemos.

—Señor, sí, señor.

Por fin un poco de paz, pensó el doctor Goldman mientras anotaba la fecha y hora de sesión en su bloc de notas y esperó que el sargento le dijera algo. No lo hizo. El doctor suspiró de alivio.

—Empiece sargento, soy todo oídos.

—Todo empezó con mi madre —dijo el sargento—, ella quería una niña. Solía ponerme vestidos de niña y llamarme June, cosa que no le gustaba nada a mi padre. Él quería que yo fuese soldado, como él. Bueno, no como él, ya que era mozo de intendencia. Pero siempre discutían en la cocina, cuando creían que yo dormía., pero yo estaba escondido y los oía gritar. Entonces yo me iba a mi lugar secreto y lloraba horas enteras.

—¿Pero que...? —dijo el doctor asombrado mientras sentía cómo una jaqueca se abría paso entre las pastillas azules.

—Era un lugar en el desván, junto a una ventana pequeña desde la que se veía todo el valle. Entonces una noche mi madre subió y me contó un cuento...

Dos horas después, el doctor intentaba librarse del abrazo de oso de sargento que lloraba a moco tendido sobre su hombro.

—¡Gracias doctor! —dijo finalmente el sargento soltando al médico—, usted me ha ayudado mucho. Ahora me conozco mucho mejor.

—Pe-pero —tartamudeó el siquiatra—, ¿cómo consiguieron la nave de escape?

—¿Eso? —dijo el sargento secándose las lágrimas con el dorso de la mano—, está en mi informe, señor. Rompí un par de cuellos, robé un láser portátil y nos introdujimos en la zona de carga.

—¿Así de sencillo?

—Bueno, señor, si no llega a ser por la habilidad de Porter para pilotar como un loco, no estaríamos teniendo ésta conversación ahora.

—Porter...—musitó el doctor quitándose el sudor de la frente y aflojando el nudo de su corbata.



El extraterrestre se tumbó cuan largo era en el diván, iba vestido de negro y su trompa amarilla barritaba lentamente. Sus pequeños ojillos negros miraban al doctor Goldman fijamente mientras sus orejas enfocaban diversos ruidos de la habitación.

—¿Y bien? —dijo Porter con su voz nasal.

El doctor Goldman miró subir y bajar aquella trompa y se encomendó a los dioses.

—¿Podría contarme cómo lograron escapar con una nave y llegar a la Tierra? —preguntó Goldman resignado.

—Fue cuestión de suerte —empezó Porter—, la nave que cogimos prestada, una Zohar Galaxia del ´63, tiene dieciséis conductos Humper y un manejo sencillo y directo. En la revista *Motor Galáctico* le daban cuatro estrellas. A mi me gusta más la Zohar del ´65, pero es una cuestión estética.

—Por favor vaya al grano —suplicó Goldman.

—¿No quería que se lo contara todo? —dijo molesto—, estos humanos nunca saben lo que quieren. El caso es que intentaron seguirnos con aquella mole de nave prehistórica que tenían, así que decidí atravesar el cinturón de asteroides por la parte menos densa. Para cuando se dieron cuenta, uno o dos meteoritos les habían rayado la pintura. Cuando dieron la vuelta, uno de los grandes se llevó de cuajo sus motores, ¡ja!, pilotos de segunda.

—¿Y no hubo nada más?

—¿Qué es lo que esperaba?, ¿combates galácticos?, ¿agujeros negros? Creo que ha leído usted demasiada ciencia-ficción, doctor Goldman. Por cierto, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Claro.

—¿Por qué se atusa el bigote cuando anota algo en su libreta?

El sargento Wayne golpeó la puerta 303 del Lonely Hearts Motel, en la interestatal 65, y se revolvió inquieto en su vieja chaqueta de aviador.

—Menudo ejemplar —dijo una voz de mujer al otro lado de la puerta antes de abrirla—, ¿te has perdido, guapo?

—Busco a un hombre —dijo el sargento.



—Pues es una lástima —suspiró la mujer terminando de ponerse un abrigo negro—, supongo que le buscarás a él.

—Pase, sargento —dijo una voz familiar desde el interior de la habitación—. Cuanto tiempo sin vernos.

El sargento esquivó a la mirada un tanto lujuriosa de la mujer y entró en la habitación, en la cama estaba sentado Henry, en calcetines, camiseta y calzoncillos largos a rayas, con un puro en la mano y un vaso de whisky en la mesilla de noche.

—Adiós, Henry —dijo la mujer cerrando la puerta—, ya sabes donde encontrarme.

—Adiós, Martina —lanzó un beso al aire Henry, junto con un aro de humo.

—¿La conoce? —le preguntó.

—En realidad, no mucho. Sólo quedamos para charlar de teología —contestó Henry dándole una calada al puro—, pero ya está bien de hablar de mí. ¿A qué ha venido, sargento?, ¿más interrogatorios?, ya sabe cómo acabó el pobre doctor Goldman.

—Llámeme John, Henry. He dejado el ejército —dijo sentándose en la cama que se quejó al soportar su tremendo peso.

—No me lo puedo creer —se asombró Henry—, el ejército era su vida, ¿por qué lo dejó?

—Estrés post-traumático, no sé. El hecho es que he venido a darle las gracias, Henry.

—No tiene usted que darlas, nos salvó a todos al destrozar al guarda Garamiano de dos cabezas con las manos desnudas.

—Sí, bueno, aquello estuvo bien —sonrió el ex-militar—, pero no tanto como cuando Harry logró seducir a la mujer del Embajador Supremo.

—Ya —se levantó Henry—, aún recuerdo que las orejas no paraban de sangrarle, pero no dejaba de repetir...

—*Ha valido la pena* —recitaron los dos hombres a la vez antes de estallar en carcajadas.





—Lo mismo que Porter pilotando a ciegas por aquel campo de asteroides —recordó Henry—, cuando dejamos la nave quería quedarse con las llaves, *para dar una vuelta los fines de semana*.

—Sí, Porter —dijo melancólico el hombretón—, nos lo pasamos bien, ¿verdad?

—Bueno —dijo Henry apurando un trago—, sobre todo desde que dejó de intentar acabar conmigo.

—¡Bah! —replicó el sargento palmeando la espalda de Henry—, fue un pronto sin importancia, no me lo tendrá en cuenta, ¿verdad?

—En absoluto, John, puede ponerse un whisky, hay una botella entera.

Por unos momentos no hubo más sonido en la habitación que la del crepitar de dos hielos al ser sumergidos en licor de alta graduación.

—Gracias, Henry —dijo Wayne de repente.

—Ya le he dicho que no tiene porqué, todos hicimos lo posible.

—No, usted logró algo muy importante. Hizo que pudiera ser yo mismo, después de tanto tiempo siendo otra persona, encerrado dentro de un sargento de marines.

Henry le miró y sonrió amablemente. Volvió a pegarle una calada al puro y señaló al teléfono.

—John, ¿quiere salir a cenar con nosotros ésta noche?

—¿Con todos?

—Toda la primera embajada terrestre espacial, venga, no se arrepentirá.

—Ya sabe lo de mis jaquecas, Henry.

—Hay que aprovechar el momento, qué, ¿se anima?

El ex-sargento John Wayne de los marines de los Estados Unidos, se perdió unos segundos en la contemplación del licor ámbar que se aguaba en su vaso. Luego, alguien descolgó el teléfono y marcó un número. La voz que contestó al otro lado tenía un tono nasal.

—Hola Henry —dijo Porter.

—¿Aún tienes las llaves de la nave?



—Según el alto mando de las fuerzas aéreas, no.

—Excelente —murmuró Henry.

A Wayne le asustaba Henry cuando se reía así, solía ser cuando planeaba algo que sabía no iba a gustarle en absoluto. Malditos críticos, pensó, sabían como venderte lo peor como si fuera oro.

—¿Y Harry? —preguntó el antiguo marine.

Henry golpeó la pared de la habitación con insistencia.

—Vooy —sonó una voz al otro lado.

—La hermana de Martina —explicó Henry—, bueno, no son hermanas de verdad —aclaró Henry—, en realidad son monjas.

—Claro —dijo el sargento esperando un nuevo dolor de cabeza que, para su sorpresa, no llegó a alcanzarle.

Fiiifiiififififn.

© Alfredo Álamo Marzo.

ALFREDO ÁLAMO, Valencia (1975). Es una joven promesa que ya ha publicado en diversos medios digitales como [Axxon](#), [Tau Zero](#), [Qliphoth](#), [Ma-Ycro](#), [El Sitio de Ciencia Ficción](#) y [Alfa Eridiani](#) y otros en papel como [Fobos](#), [Revista 800](#) (está última también accesible desde Internet), [Artifex 12](#), [Parnaso](#), [Libro Andrómeda](#) y en el libro *MAÑANAS EN SOMBRAS*. Entre sus logros más recientes se encuentra el haber ganado el Ignotus 2004 a la mejor obra poética por *APOCALIPSIS RELATIVO* y haber sido seleccionado para las antologías *Visiones 2004* y *Fabricantes de Sueños 2005*.



La página de los bien informados:

<http://www.stardustcf.com/>



Fanzine de fantasía oscura y terror: <http://maycrosoft.com>



Poesías

POEMAS CÓSMICOS

por Antonio Mora Vélez

Debo confesar que la poesía de Antonio es una de las poesías más bellas que he leído en mi vida. En ellos expresa su admiración por el cosmos, al igual que otros poetas expresaban su admiración por la naturaleza. Antonio Mora representa la superación de esa fase una vez que el espacio de nuestro microcosmos planetario se nos ha quedado pequeño.

MULTIVERSO

Tienes que ser verdad
Para que este Universo
De átomos y de moléculas
Pueda recoger sus fronteras
Al final de la expansión
Regresar al punto de partida
Y volver a ese otro lado
De los números imaginarios
En donde moran
Los seres que no han sido

EL ÁTOMO

Pequeño sistema solar en miniatura
Que condensas la esencia
De todo lo que vibra
Unidad de polos que compiten
Que generan la diversidad
Sumando vueltas
Enigma del ser
Exactitud que define su armonía
Puente entre este mundo
Y ese otro que intuimos
En los versos del poeta
Me pregunto que será de ti
Cuando la quietud y el frío
Reinen en el vacío
Dejado por galaxias y planetas
Y el cosmos sea una inmensa
Tumba negra



NEUTRINO

Nauta silente
Que atraviesas pétalos y rocas
Sin alterar su sueño
Mensajero insuperable
De los sucesos de ayer
Emperador de las tinieblas
Que cuelgas a voluntad
La levedad
Para cerrar el mundo
Pequeño diablillo que moras
En las burbujas del vacío
Y que argumentas el brillo
De la materia que se aduna¹
Arca cerrada
De la memoria del Fuego
Prisionero de otra historia
Síntesis minúscula del caos
Vocero fugaz de los cambios
De escenario
La poesía y la ciencia
Anhelan descifrar tus saltos
Antes de que tu inmensa
Alfombra negra
Se convierta en necrópolis
De todo el universo

GALAXIA

Caracol de fuego
Que fraguas la vida en tus aristas
Espiral de luz
Que portas el mensaje de los dioses
Escucha la voz de esta estrella
Que colapsa en uno de tus brazos
Y llena de amor
Esta franja del universo
Donde mora inseguro
El pensamiento

ESTRELLA

La materia sale de tu llanto

¹ **Adunar:** agruparse formando dunas.



En ráfagas
Y riega la epidermis del espacio
Hasta que se junta y forma
Las partículas del suelo
Por ti existe el surco alegre
De las aguas
El ulular del viento
Y la epopeya de los árboles
Eres la luz que iluminó a Jesús
Y que sembró en el corazón del hombre
El sentimiento
Vivimos en tu aliento
Y moriremos cuando tu fuelle
Agote su último latido
Y tu rostro cambie de tono
Por los siglos de los siglos

PLANETA

Cuenco de algas
Que viajas en la dirección
De la conciencia
Estallido detenido
Espejo desde el cual
El universo se contempla
En tu forma
El espíritu se libera del fuego
Y se instala
En la materia del hombre

HOMO SAPIENS

Complejidad de átomos
Que ascienden
Singularidad en donde
Se oculta la entropía
Ventana abierta
Del espíritu
Tienes en tus genes
El mensaje de los dioses
Pero aún batallas
Contra molinos de viento

COMETA

Lágrima infinita que emerges



Desde las orillas del silencio
Amenaza latente que pruebas
La consistencia de los sueños
Chasqui² insuperable de otros reinos
Que vas y vienes
Con polvo y hielo en tus alforjas
Y un montón de soledades añadidas
No juegues al azar en estos predios
Apunta hacia otro cauce
Hacia el lugar de los planetas desnudos
Que te desean
Desde que Cronos almacenó en tus grietas
La semilla de los ángeles

LA LUNA

Llegaste a este recodo del camino
Y te instalaste en la noche
De los hombres
Segura de tu luz regalada
De tu silencio
Y de la belleza de tus cambios
De rostro
Tu epidermis dibujada
Por el fuego de los dioses
Revela que el cosmos no es un lugar apacible
Por ello
Le escondes a los hombres
El enigma de tus ojos verdaderos
Y les muestras en tus siluetas de arena
El espectro del futuro



© Antonio Mora Vélez

ANTONIO MORA empieza a ser un viejo conocido nuestro. Este abogado colombiano ha sido docente y Decano de Educación en la Universidad de Córdoba. Ha sido publicado en numerosos medios tanto impresos como electrónicos. Hoy destacaremos que *JOYAS DE LA CIENCIA FICCIÓN* (La Habana, 1989) y la reciente antología nacional *CONTEMPORÁNEOS DEL PORVENIR: PRIMERA ANTOLOGÍA DE LA CIENCIA FICCIÓN COLOMBIANA* (Bogotá, 2000). Ha ganado varios premios de literatura y su nombre figura en *THE ENCYCLOPEDIA OF SCIENCE FICTION* de John Clute y Peter Nicholls (New York, 1995, página 696).

² **Chasqui:** mensajero, correo.

Portofolio

Hoy inauguramos una sección dedicada a la obra gráfica de autores del fantástico con las ilustraciones de Krystal Camprubí.



El Bosque de las fuentes



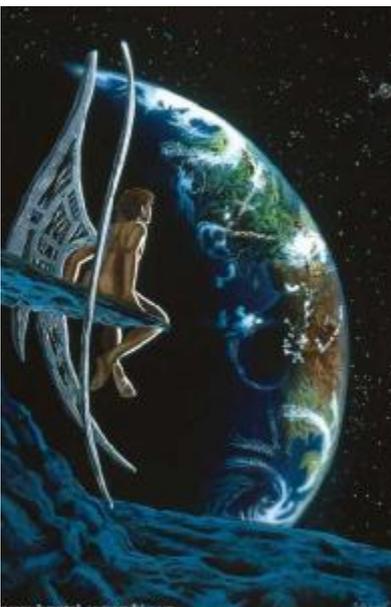
El canto de los árboles



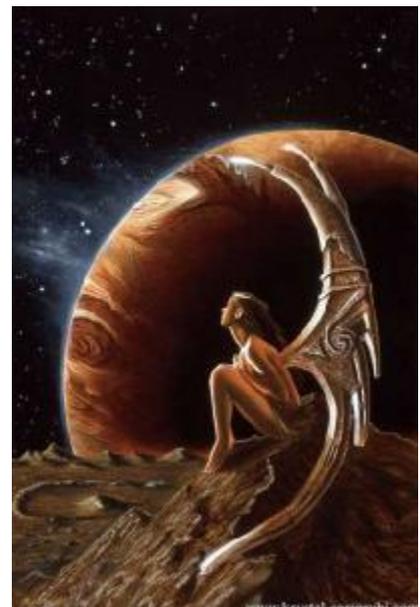
El elixir celeste



El ángel gótico



Claro de Tierra



Tierra de otro lugar



Faeries



Luciérnagas



Ronda de Otoño

Krystal Camprubí nació en 1976. Pronto manifiesta un gusto por la expresión artística, publicando sus primeros poemas a los 7 años. Aunque su clara vocación artística se dirige hacia la música y la pintura, sus múltiples centros de interés le llevan a estudiar varias carreras que enriquecerán sus inspiraciones pictóricas. Así en la Facultad de Letras estudiará literatura medieval y el fantástico celta. La experiencia literaria allí adquirida se traduce en sus pinturas, donde se combina mitología celta y estética medieval.

Durante 1999 estudió piano en la *Ecole Normale* de Paris, pasión que le ofrece la inspiración de sus primeros cuadros, especialmente gracias al pianista **Ivo Pogorelich** que ha sido su musa. La música todavía tiene una importante parte en su mundo imaginario: el arpa celta, que descubrió un poco más tarde, vuelve a ser una evocación recurrente en sus obras cada vez más personales.

No estudiará en escuela de las Bellas Artes porque ha preferido desarrollar intuitivamente su pintura y la deja evolucionar a merced de sus varias pasiones. Encuentra en los prerrafaelistas una inspiración muy cerca de la suya, en particular **John William Waterhouse** y Sir **Blair Leighton**. Gracias a su flechazo por **Tolkien** descubrió talentosos dibujantes entre los contemporáneos, como **Ted Nasmith** o **Alan Lee**, que influyeron en su pintura tanto al nivel temático como en el técnico (dibujo, acuarela).

Su mundo encuentra también el de **Wojtek Siudmak**, cuyas obras tienen un simbolismo poderosamente evocador. Tras su encuentro **Wojtek** en 2001 decide dedicarse a las artes gráficas. Se puede saber más sobre ella en <http://www.krystal-camprubi.com/>.



Artículos

DOS LECTURAS DE SOLARIS

por Dixon Moya

SOLARIS es una de las mejores novelas de ciencia-ficción de todos los tiempos y como tal, el cine ha reconocido su calidad ofreciéndonos dos versiones de la misma. En el artículo de hoy, Dixon Moya nos ofrece una valoración tanto del libro como de la versión cinematográfica de Steven Soderbergh.

No tenemos necesidad de otros mundos. Lo que necesitamos son espejos. No sabemos qué hacer con otros mundos. Un solo mundo, nuestro mundo nos basta, pero no nos gusta como es. Buscamos una imagen ideal de nuestro propio mundo.

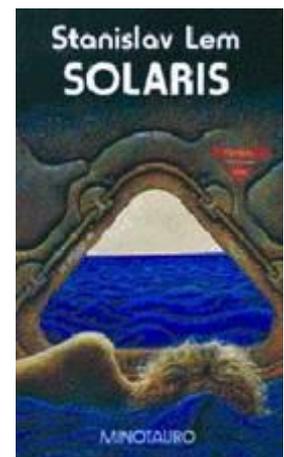
Solaris. Stanislaw Lem.

SOLARIS (Novela, 1961).

Stanislaw Lem, pareciera no haber escrito un libro de ciencia ficción sino un manual de psicología avanzada para físicos o una cartilla de física para psicólogos, con el fin de descubrir o redescubrir los recovecos de la mente (si se quiere el alma) humana, mientras unos hombres de laboratorio (a cambio de ratas) duermen en un diván, al vaivén de un misterioso océano en un remoto planeta.

Solaris más que un planeta es un mar. El mar siempre ha originado en los hombres sueños y miedos. Antes de lanzarse a viajar por los aires, el primer fluido que brindó la posibilidad de desplazarse o sumergirse fue el agua, así nació la profesión de navegante que ahora se aplica por igual, sin discriminación, a pilotos como a digitadores de textos en Internet.

La novela, plantea las complejas relaciones de los hombres con sus congéneres pero sobre todo, consigo mismos. Para ejemplificar mejor su objetivo, toma la relación más compleja de todas, la del amor entre un hombre y una mujer, pero apenas es una excusa más para condimentar su elucubración sobre el sentido de la vida humana, no es ni mucho menos una novela romántica, aunque algunos pudieran darle esa interpretación. Surge una pregunta transformada en múltiple, ¿es acaso ese mar misterioso una criatura viviente?





Es más, ¿podría tratarse de un ser poderoso, con la capacidad de entrar en la mente de los hombres, revolver recuerdos, recrear miedos o deseos íntimos? Mucho más, ¿podría equipararse a alguna especie de Dios jugueteón, que gusta divertirse, entristecerse o enfurecerse con sus creaciones? ¿O toda la intrincada trama sólo es fruto de la mente del hombre, que se encarna en una masa, un músculo blando, con capacidades ilimitadas pero desconocidas? *Solaris*, no es más que un cerebro infantil en pleno crecimiento?

Cada lector aportará su propia respuesta.

SOLARIS (Película, 2002).

Al hablar de película, me referiré a la cinta de **Steven Soderbergh**, no a la de **Andrei Tarkovsky**. Es comprensible que **Lem** renunciara a ver la versión estadounidense de su novela, con una lacónica sentencia: no me entendieron. Obviamente todo el complejo planteamiento de la obra literaria, sobre las relaciones, acciones y reacciones de la mente humana, en medio de un entorno desconocido, es muy difícil de llevar a la pantalla, lo lamentable es reducir todo a un sensiblero drama.



Es casi seguro que los espectadores de la película se aburrirán o se decepcionen con la novela si llegan a leerla, al encontrarse un abigarrada estructura, plena de teorías físicas, psicológicas, descripciones geográficas imposibles, arquitecturas bizarras, lo cierto es que los lectores que hayan sido atrapados por el relato, se llevarán una peor impresión con la película. Leer la novela es compartir el encierro de los protagonistas y sus fantasmas, sufrir hasta cierto modo claustrofobia. La película queda a medio camino, se enfoca en el drama personal del protagonista y un recuerdo con nombre de mujer. Si la historia original se resumiera en la tragedia romántica, podríamos decir que cumpliría su función.

El filme no es malo, pero tiene como gran sombra en su contra la versión literaria. Si se tratara de un guión original, seguramente tendría una buena calificación porque se aleja del esquema tradicional de las space operas, que ubica las fábulas medioevales en relucientes naves espaciales. En este caso, se recrea una tragedia humana, inmensa como la de quien pierde el ser amado y se enfrenta a su recuerdo tangible. Sin embargo, al ser versión de la novela queda en deuda, el verdadero protagonista, *Solaris*, queda reducido al fondo del escenario y obviamente las dudas que se plantearon al leer la novela, aquí ni siquiera se formulan.

La película no fue muy taquillera a pesar del rol protagónico de **George Clooney**, lo cual sería mucho más explicable si el filme fuera totalmente fiel a la obra literaria. En su momento no llegó a la mayoría de países latinoamericanos en el ciclo comercial, en mi caso, tuve oportunidad de apreciar esta cinta



en una programación de cine arte. De todas formas, para quienes buscan películas de ciencia-ficción diferentes, puede ser un buen aperitivo. Por lo menos, incita e invita a ver algún día a *SOLARIS* (1972), la película de **Tarkovsky**, e intentar una triple lectura, la cual por el momento queda pendiente.

© Dixon Moya.

DIXON MOYA nació en Bogotá, Colombia, en 1967. Es sociólogo (Universidad Nacional de Colombia) y Diplomático de Carrera (Academia Diplomática de San Carlos). Integrante del Taller de Escritores de la Universidad Central (TEUC), Bogotá, en 1993. Finalista en varios concursos de poesía, cuento y ensayo. Tiene Artículos, crónicas, poesías y cuentos publicados en libros colectivos, periódicos y revistas especializadas. Forma parte del equipo editorial de *Quinta Dimensión* (<http://www.quintadimension.com/>), publicación especializada en ciencia-ficción y fantasía, colabora esporádicamente con los editoriales de Sitio de Ciencia-Ficción (<http://www.ciencia-ficcion.com/>).

Ochocientos
Número 15. Abril 2004

**DORIAN CANO
EDUARDO J. CARLETTI
GUSTAVO MASSO**

**JOSÉ CARLOS CANALDA
ANDRÉS LORENZ
VLADIMIR HERNÁNDEZ**

**ALFREDO ALAMO
PABLO CASTRO**

www.revista800.com

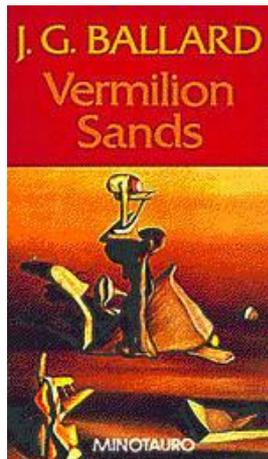
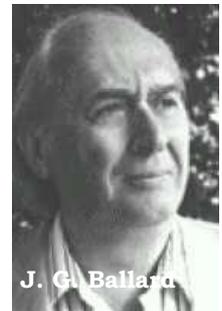


ECOLOGÍA, TEATRO, LOCURA Y RELACIONES DE PAREJA EN VERMILION SANDS

por Luis Antonio Bolaños de la Cruz

Luis Bolaños nos analiza en este artículo la antología *VERMILION SANDS*. En sus cuentos encuentra semejanzas estructurales y metodológicas que conectan unos con otros de forma inequívoca. A la vez que permiten ver la evolución del autor hacia la exploración del mundo interior.

Durante tres lustros **J.G. Ballard** se dedicó a describir una ribera oceánica interminable, probablemente atemporal *que se extiende sin interrupción en todas direcciones, mezclándose con las playas vecinas, extensiones de las mentes crepusculares de sus habitantes*, cuyos personajes y peripecias transcurren en un universo paralelo aparentemente encallado en las doradas décadas de los 60 y 70. Las peripecias y conversaciones aluden a personajes que oscilan desde **Marilyn Monroe** hasta el **Sha Reza Pahlevi** de Irán pasando por **Giacometti** o **Le Corbusier**, no obstante los mismos se encuentran drenados en cierta forma de su vitalidad histórica, despojados de sus atributos y mutados en iconos. *VERMILION SANDS* es como un brote casi congelado, hermoso y surrealista, en un rango que no admite repeticiones, ya que **Ballard** es cuidadoso en el manejo de las situaciones, pero si variaciones casi infinitas, algunas de las cuales se nos presentan como los mitos que acontecen en ese litoral intemporal.



Vermilion Sands, 1973
Minotauro,
Barcelona, 1996

Hay semejanzas estructurales y tratamientos metodológicos, además de procesos conductuales en los personajes, que conectan los relatos unos a otros hasta tornar sus vínculos tan borrosos como esa misma playa donde se despliegan sus avatares, y no obstante discernibles como las nervaduras de una hoja cuando el resto de su sustancia ha desaparecido triturado por las circunstancias. El punto en el cual se separan el tempo narrativo del tempo histórico se enlaza fuertemente con la decisión de **Ballard** de convertirse en un escritor de *New Worlds*, igualmente en estos relatos podemos rastrear, quizás más fácilmente que en sus novelas, su evolución hacia la exploración del universo interior que lo caracterizará posteriormente.

Un mar fósil recorrido por yates de arena con ruedas, estatuas sónicas con hélices (tanto cultivadas como silvestres), rayas de arena voladoras y una para-



fernalía de animales mutados, ojos enjorados (¿chips-bits o piedras preciosas incrustadas en las órbitas?), lagos de sílice fundidos (¿relacionados con bombas atómicas o de otro tipo que provocaron ese marasmo temporal y esa costa imperecedera?), flores cantantes, personas *mejoradas* por ingeniería genética, mansiones vivientes que se expanden de acuerdo a los diseños fabulados por sus propietarios, esculturas que abandonadas a sí mismas pueden terminar por devorarlo todo, locales ruinosos y preñados de recuerdos melancólicos por doquier, emergen en un torrente efervescente de las páginas, asombrando o demoliendo rechazos previos de su obra.

La tendencia de los objetos a flotar o a tener vida propia lo acercan a los mundos ingrátidos de los surrealistas y de ciertos cómics (*Jodorowsky* y *Möbius*), y podemos imaginar a los protagonistas gozando del paisaje columbrado desde sus terrazas, recostados en long chaises, rodeados de medusas que pulsan en una gama de tenues colores, mientras las propias copas de vino anuncian la cantidad de licor trasegado y algún comentario salaz sobre las neumáticas y globulosas esculturas que yacen alineadas bajo los parasoles en la arena.

La ingeniería genética juega un papel primordial en el peculiar bosquejo de semejante mundo, aunque también surge de inmediato la estampa del chip incorporado en el cristal para convertirlo en utensilio inteligente y sensores empotrados en los adornos o en las telas para captar los datos del ambiente y elaborar frases para el usuario.

La tecnología no explicada se encuentra tan presente como si le dedicarían dilatadas explicaciones o referencias permanentes y es allí donde surge la sensación de maravilla, en la intersección entre tecnología presentida, ambiente surrealista, referencias sociales y relaciones de pareja complejas que pueden ser catalogadas como postmodernas, aunque el instante de su surgimiento como movimiento y corriente se encontraba aún en lontananza para el autor y sus contemporáneos.

No todo es felicidad: el sistema económico tiene sus parias: artistas, escultores de nubes, marginales románticos y poetas, vinculados con sus prósperos mecenas o con negocios extraños siempre al borde de lo insólito, pero con la suficiente potencia para extraer peculio o recursos del entorno.

La especial belleza de algunas líneas demuestra el intento de experimentar con la forma y el ritmo, con los perfiles y los escorzos, para lograr poemas en prosa con arco argumental, y nutrir la pretensión de crear sitios: Lagoon West, Red Beach, Ciraquito, Stellavista, con la suficiente coherencia para que la panoplia de biotipos y biocenosis entregadas al lector sean un constituyente importante del ecosistema, más con la libertad requerida para que al interior de esos parámetros se oculte la sorpresa. Reglas laxas siempre actuantes, aunque sea en sordina, aportan tegumento sustentador y una cierta articulación con



las peripecias (ambiente y cadencia, ensueño y premonición) le proporciona el andamiaje preciso de CF que solicitamos.

Pasemos a comentar los relatos sin vulnerar el orden de publicación del tomo y sin acogernos a la tentación cronológica, que deviene circunstancial:

A.

En *LOS ESCULTORES DE NUBES DE CORAL D* se parte de un *LOVE STORY* y se llega a un *BITTER MOON* ambos signados por el *amour fou*. Quizás para escamotear el fracaso que no desea aceptar, cultivar el retrato (algo fijo ya terminado y no mejorable) que su amante le dedicó, se convierte para Leonora Chanel (¿evocación de **Coco Chanel**?) bella, rica y demente en un sustituto de la vida. Cada uno de sus momentos, más extraño que el anterior, le demanda un esfuerzo creciente y los intervalos se encuentran asolados por un duermevela donde la conciencia naufraga, la ecuanimidad se disipa y la cordura se canibaliza. Nolan, su amante, aún aceptándola como zombí mantiene una reserva de esperanza, sin embargo, ella se propone doblegarlo... y cree que las esculturas que brotarán de sus incursiones creativas en las nubes (efímeras, tan rápidamente cambiantes que las variaciones se siguen ipso facto y que hasta en sus momentos de decadencia y disolución a merced del viento pueden volver a resplandecer con hermosura) le proporcionarán la ocasión para humillarlos. En su soberbia no cuenta con que una Némesis particular surgida desde la naturaleza como desagravio por la ruptura de la armonía de la pareja, guiará a las nubes de tormenta para que la aniquilen a ella, demostrando que aquellos seres que se obsesionan por mantenerse idénticos a si mismos perecen ante la inevitable transformación del ecosistema.

Algo frecuente en los relatos consistirá en que los personajes cuestionables tengan problemas con la ecología, mientras que los de estatura ética elevada sean armónicos con ella. El paisaje es de una variedad suculenta, en las cabezas de las torres de coral se amontonan los cúmulos bañados con la luminosidad del verano y simultáneamente los vientos barren las dunas donde resueñan las estatuas cantantes.

El grupo de pintores constituido por Nolan: un artista doliente cuyo sufrir lo estimula (**Ballard** como creador abstracto) y propietario del lugar donde surge la aventura, un enano jorobado (Petit Manuel no es acaso una perífrasis del propio **Ballard** como un niño caprichoso y deforme, refugiado de un campo de concentración en Shangai), un glamoroso y musculoso atleta con diversas habilidades pero con voluntad retorcida (otro reflejo físico de **Ballard** adulto interpretado por Charles van Eyck) son apoyados por un piloto retirado de espíritu libre y romántico (**Ballard** como observador) cuya decisión de construir los planeadores precipita la historia y una secretaria bonita y eficiente (como esencial ancla de salvación), con un particular vibrar pragmático que salvará la vida sentimental del piloto (pareja asimétrica con la de Nolan-Chanel, donde se



aglutina la felicidad que ha sido drenada desde la otra, una especie de homeostasis vibrando). Quizás esta sea la parte tópica, la de una *soft story*, pero que por su continuidad enlaza los incidentes con su trama dulzona suavizando a la tragedia griega de fondo.

B.

En *PRIMA BELLADONA* la vida transcurre tranquila, sin sobresaltos, plagada de *Tecnología Bizarra*, con un sistema macroeconómico que funciona sin sobresaltos y acorde con mixturas aún por descubrirse, el goce de habitar en una vacación perenne sin las molestias del stress, la competencia o la insatisfacción permiten esquivar el terrible panorama de los océanos secándose (acaso como una versión optimista de *LA SEQUÍA* o un instante temprano de la misma, **Ballard** autopoiético constantemente se autorreferencia y se autorreconstruye); la ciencia parece haber logrado éxitos espectaculares pero no para evadir la crisis ambiental sino para alcanzar la vida muelle, quizás por eso a pesar de las dificultades, el agua no falta y el planeta se desliza por la cuesta sin fin de la irresponsabilidad opulentamente vivida, sin que aparentemente nadie tenga que preocuparse de cultivar o producir bienes o servicios (es inevitable recordar a los moradores de *RASCACIELOS* abandonados a si mismos, lo cual demuestra nuevamente ese proceso de autopoiesis a que Ballard se somete).

Los personajes encabezados por Parker, el dueño de una coroflorería o tienda de música vegetal que atiende a sus flores cantantes y las afina paseándose entre las macetas, enamorado de Jane Cyracylides, una hermosa cantante cuya genética profundamente alterada por la bioingeniería se expresa en una espléndida piel dorada, un cuerpo macizo y espectacular donde la imaginación puede resbalar y deleitarse sin prisas, una voz estupenda que le consiente vivir de ella y unos ojos de insecto multifacetados que le permiten seguramente observar el entorno total, y los dos rodeados de sus amigos: Tony Miles, vendedor de cerámica y Harry Devine, arquitecto, habituales de Vermillion Sands y cuyas circunstancias se enlazaran con otras derivadas de los relatos presentados en la recopilación.

El odio y la desilusión aportan su cuota, el primero irónicamente con la competencia entre las divas (Jane y las flores) y el segundo con la erosión de la relación amorosa, que aquí no alcanza a cuajar por una especie de castigo emanado desde la coroflorería. Una vez más se entremezclan ecología y relaciones de pareja, aunque aquí sin mediaciones que la alteren. El enfrentamiento es poderoso y de consecuencias dolorosas para los amantes. La intromisión de la humana con ADN alterado o con prótesis provenientes de la manipulación del proteoma empuja a un final quizás doloroso.



C.

EL JUEGO DE LOS BIOMBOS transcurre en medio de las colosales ruinas óseas de Lagoon West, donde la arquitectura de la mansión, mezcla de Piranesi y Escher, enmarca la desventura de una mujer con los desplazamientos de insectos enjoyados y el complejo edípico de un aristócrata con las veleidades propias de un mecenazgo a la producción cinematográfica esperpéntica y costosa.

En flashback retornamos al drama, gracias a los efluvios decadentes del sempiterno verano que se agregan a las agresiones del paisaje natural y artificial: mientras una continua amenaza parece emanar de las galerías de arrecifes colgantes, la descomposición de la tecnosfera es rauda, tan sólo de un año para otro se ha deteriorado la infraestructura y hasta las estatuas sónicas dejan de vibrar en consonancia con los visitantes para emitir trémolos sin sentido o permanecer mustias y silenciosas, generándose, no obstante, por tales motivos otros espacios de dispersión y propagación, tanto para las faenas de los protagonistas como para los habitats de distintas especies desérticas. Con las rayas voladoras de arena y los escorpiones enjoyados más activos que en pasados veranos, con el delirio rondando a los protagonistas y con una producción cinematográfica en marcha, un plato con profundo sabor a duna marina, celuloide terapéutico y tragedia griega está servido.

Paisaje y fatalidad de nuevo entrelazados como las fibras de una alfombra. Y para la evolución de la una se requiere la filmación de una película mediante una combinación de decorado laberíntico con biombos casi etéreos, en medio de las jorobas desérticas y las agujas de arena, escenario que intenta repetir-las, develándolas y ocultándolas simultáneamente (¿el arte copia a la naturaleza?... o ¿viceversa?), apoyándose en la guía de airados guiones futuristas que derivan hacia visiones terroríficas. Un panorama que incluye una caricatura de **Orson Welles**, un pintor (**Golding**) que calca algunos aspectos de **Nolan** y una mujer desdichada que no lograra remontar las cascadas de su infortunio. Ya tenemos servidos los nervios abiertos de las semejanzas y a pesar de los distintos compases con que la melodía particular del relato se instalará en nuestros oídos, tampoco renunciamos a reconocer arpegios comunes.



La figura de Emeraldita, domadora de insectos y arácnidos mutados (capaces de incorporar diamantes, zafiros o rubíes en su quitina y de obedecer órdenes de liquidar a alguien específico), obsesa y sensible, condensa en su perfil de actriz la posibilidad de reproducir el pasado para borrar culpas y reengancharse con el mundo que ha extraviado en su demencia, de explicarse una pretérita relación disuelta en la violencia del asesinato y de tender puentes para la sal-



vación de Charles van Stratten, el mecenas del mastodonte filmico. Mientras juega el ritual de perderse y recobrase entre los biombos de cartón con una alfombra de invertebrados embellecidos a sus pies, teje como Ariadna (con su danza que replica la de la vida y claro está, la de la muerte: acaso no son simétricas y mutuamente necesarias), el sendero aciago que cerrará el episodio, pautado por las notas de las estatuas sónicas resucitadas.

D.

LAS ESTATUAS CANTANTES: entes a medio camino entre mecanismo y organismo, anexando capacidad de reproducción por esqueje y unidad central de control de sonido, turgentes y tentadoras en ocasiones, punzantes y rechazadoras en otras, son entes que recuerdan a la serie de **Alessandro Bavari** sobre Sodoma y Gomorra o a los torturados de **John Jude Palencar** en su serie de los Mitos Lovecraftianos chillando desde la cárcel de su cuerpo, donde músculos castigados e instrumento atormentador conforman un único artilugio. Extiendan su uso a la mayoría de las plazas y mansiones del planeta y tendrán una pesadilla estruendosa en marcha y rumien las consecuencias prácticas para una formación socioeconómica concreta que posee una miríada de ingenios semejantes, con una legión de diseñadores, constructores, reparadores y vendedores alborotando entre sus diapasones para obtener una imagen apocalíptica como las surgidas al amparo del ciberpunk o de **Trillo** y **Altuna** en sus álbumes de CF.

Ballard, profundamente visual (de allí la tentación de graficar su pensamiento) sugiere con una potencia extraordinaria y crea ecosistemas poblados de criaturas fantásticas con habilidad portentosa; si le añadimos interlocutores vitales que se vinculan múltiplemente y que erigen ágilmente (aún recostados en sus hamacas) andamiajes multidimensionales, su lectura se torna un lance lúcido, una aventura perspicaz donde se hace presente la macroeconomía mediante un dato que desnuda la relación entre el artista y su agente: se lleva el 90% de comisión sobre el valor de la obra.

Lunora, la mecenas melancólica y desfigurada y Milton el escultor de efigies sónicas quedaran enmarcados por el encanto repelente que se desprende de tales artefactos vivientes, preparados para captar un suspiro y tornarlo una melodía abstracta en consonancia con la persona que lo emita. La oportunidad para Milton, tararear un estribillo, surgido del azar como dependencia sensitiva de las condiciones iniciales, será el acontecimiento desencadenador, aún con su ligero gustillo a estafa, que llevará a ligarlo con Lunora. Lo que deviene luego: las visitas furtivas para mantener el engaño, la observación de la durmiente mientras el enamoramiento se abate sobre el voyeur, el síndrome de Narciso y el rechazo del amante por la orate, culmina con la precisión quirúrgica de un cronómetro en un párrafo que si tuviera un adjetivo más sería cursi, pero que posee el gemido del desencanto y la fragilidad dolorosa del enamorado impugado.



E.

GRITO DE ESPERANZA, grito de furia: navíos espectrales que trazan periplos sobre dorados océanos arenosos, terceros que narran una desgraciada historia de amor, pseudohéroes que surcan rutas para cazar rayas voladoras entre arrecifes impulsados por corrientes termales (con escasa diferencia podría ser una viñeta de **Milo Manara** si coexistiesen en lo gozoso) y altozanos ondulantes bajo el espejo del sol nos dibujan la atmósfera donde se mezclan una vez más ecosistema fantástico, relaciones de pareja en degradación y obsesiones que rozan lo patológico.



El azar flamante y ramificado: –a una llanta desinflada se aúna el casual golpe de aleta de una raya moribunda (amaestrada para atraer a ciertos elegidos)–, mezclará los hilos vitales de los actores, por que siempre toda narración de **Ballard** posee una veta teatral briosa y exaltada. Hope, que se inviste con las características de Circe; Robert, que reúne los impulsos de un Argonauta fortuito con los de un aciago Oberón accidental; Foyle, que queda señalado a modo de un Hamlet raquíutico; Barbara, expresando una esfinge fea y aburrida; y Charles, como una amasijo de Ulises y Holandés Errante, serán los actores que irán logrando una especie de pantomima escabrosa con regusto macabro.



Desnudo bajando una escalera

Capítulo aparte merecen los pigmentos fotosensibles que por su funcionamiento consiguen efectos similares a los alcanzados por **Marcel Duchamp** en *DESNUDO BAJANDO UNA ESCALERA* y que barajan incansable los multiyoes de la persona que posa en los breves momentos de exposición hasta alcanzar una especie de síntesis mística, en la que apenas interviene el pintor o el modelo, y que va emergiendo desde los colores elegidos bosquejando un rostro asombroso por el parecido pero virado hasta el paroxismo por las pasiones apenas entrevistas y que van delatando la auténtica imbricación y superposición de las personalidades que acechan en cada una de nuestras máscaras. Táctica mecánica-psicológica que acude en ayuda del argumento con elegancia y madurez, ya que su manipulación permitirá desatar los odios e iras acumulados en el elenco genuino.



F.

VENUS SONRÍE: cuando una Municipalidad encarga una escultura sónica, no puede adivinar la calamidad que liberará al ignorar lo que puede un fractal. Lorraine, una escultora será su ejecutora. El sarcasmo campea por doquier y las sonrisas se desdoblán y multiplican desde cualquier ángulo o pliegue de sus párrafos. Las descripciones destilan gracia y humor, las peripecias se combinan como los gags de un guión cómico y aunque el desastre en ciernes sea demoledor, el tratamiento no deja de ser irónico. La relación de pareja aquí será secundaria, entre el miembro de la Junta de Arte de la Municipalidad y su secretaria, el ecosistema será en lo fundamental urbano y la locura será algo similar a la represalia excesiva, pero se dejan percibir.

Crecimiento significa expansión y cuando sintetiza los originales y sorprendentes resultados de su evolución con los despliegues sucesivos de las cualidades que yacían escondidas en su programación y perfeccionamiento posterior, podemos sentir el núcleo de la catástrofe que se avecina y se esparcirá consistente y devastadora como un fractal, conservando su homotecia en cada dimensión o escala, aunque la forma sea distinta y la percibamos intuitivamente como algo con semejanza y discontinuidad sincrónicamente. O lo que es igual, una estatua sónica programada para vengar la humillación sufrida por su creadora posee la competencia para estrangular el mundo. El castigo será desproporcionado al motivo, pero quien será capaz de explicarlo a una geometría delirante y obsesionada con la retaliación.

La performance de un fractal se repetirá interminablemente por que su aliento apunta al infinito, y irá redimiéndose a si mismo en la forma inicial cada vez que cambie de escala, así que los fragmentos por más diminutos que sean retornarán a su quehacer apenas queden separados del cuerpo o masa principal, sólo hay que darles el tiempo necesario para un nuevo emprendimiento y ya lo tendremos prosperando desafortadamente otra vez. Las hélices sonoras brotarán dondequiera, los retoños reproductores de música clásica se entremezclarán con los pimpollos emisores de rock, los cogollos de canciones folklóricas con las yemas de ritmos afrocaribes y en la medida que irradie hacia otras regiones se apoderará de cualquier sonido que capte. En realidad: una de las más insólitas invasiones, una de las más peligrosas hecatombes explicadas en un texto de CF. Una salva de cañonazos de homenaje para **Ballard**. Lástima que este relato considerado menor no sea tan conocido como merece.

G.

DILE ADIÓS AL VIENTO: Una escena inicial cargada con el hálito de la podredumbre de la pobreza, con la decrepitud de los vagabundos y el sonambulismo de quienes recorren los pasillos de la locura se liga a la exposición de motivos de los negocios que germinan de ese verano eterno y con un esclarecimiento sobre las biotelas (las noticias sobre telas que nos tornan invisibles,



que pueden imitar cualquier textura, que mimetizan eficientemente los soldados, que emiten sonidos, que se escanean sobre los contornos del usuario, que incorporan medicamentos para terapias diversas, etc. están apareciendo con frecuencia y tornando actual esta premonición de **Ballard**) temperamentales y rutilantes.

Las telas vivas que evaden lo inerte se combinan con la psicobiología de sus compradores y con la manipulación genética para lograrlas. La sensibilidad en captar las emociones del usuario y en amoldarse a la silueta del usufructuario le conceden una innegable destreza que se confunde con la semiconciencia, con el duermevela de un insomne. Y entonces se precipita con patetismo el desgranar de los acontecimientos y la desdicha, el retrato del suceso por un observador azaroso que muta en amante ocasional (Samson), la rica obsesa y enardecida (Raine Channing) que desea mantenerse adolescente mediante permanente cirugías, y así derrotar el inexorable devanar del tiempo, pero las pérdidas que se acumulan y que requieren ser abordadas la perturban; quizás también en sordina, la voz de Gavin: el diseñador desaparecido, el elemento misterioso en las capas de información.

Una vez más encontramos esa mixtura sui generis de tecnología rara, de obsesión patológica rayana en la locura y relaciones de pareja quebradas y no cicatrizadas y un entorno que incorpora elementos novedosos y se adapta a los procesos complejos soltados desde la moda y los avances tecnológicos realizados aún sin conocer cuales serán las consecuencias no esperadas de los mismos. Las biotelas devienen como un reflejo del alma humana, como un paquete de recuerdos desdichados, como emotividad expresada en prendas de vestir, no sólo como la piel de la piel, sino como el residuo del alma, como el espectro oculto de lo que realmente somos cuando rompemos con la esencia humana y deseamos la destrucción y la muerte del otro, de la pareja odiada pero que no nos resignamos a abandonar. En ese sentido el relato adquiere una fuerza tremenda, cuando prefiguramos lo que las biotelas pueden guardar y hacer (asesinar por ejemplo, si han conservado en sus fibras el resentimiento para lanzar un ataque), pero no obstante ser incapaces de servir como testigos en un juicio o en apoyos psicológicos para una terapia reconstructiva.

H.

ESTUDIO 5, LAS ESTRELLAS trata de poemas flotando como mariposas, enredándose en las barandas, lloviendo sobre las terrazas, abrazándose a las hojas de las plantas, colgando como inflorescencias de las ventanas, enroscándose en las cornisas, envolviendo el paisaje en palabras, creando el mundo desde la metáfora. Muchas de las imágenes de **Ballard** traen encastrada la belleza y la potencia sin menoscabo de la claridad. Una vez más los actores: la mujer enigmática (de rostro blanco hasta ser hielo o parecer enharinado como mimo) aparentemente inaccesible; el probable amante u observador omnisciente (editor de una revista de poemas) que prepara en una dirección el relato



mientras una corriente oculta lo empuja hacia otro costado y en un momento determinado ambos itinerarios se conjugan y se explican al unísono; los amigos (que reiteran la fauna humana permanente de Vermilion Sands) y el chofer (que vira a doctor o secretaria/o dependiendo de los relatos), semifauo y cómplice de la bella, aunque frecuentemente su victimario o guardián de sus secretos.

IBM se encarga de hacer el mantenimiento de las VT (máquinas de producir poemas) y sin embargo los poetas a pesar de la ayuda o quizás precisamente por eso se dedican a dormir en las reposeras de sus terrazas, trasegando licores y debatiendo hasta el cansancio caprichosos temarios colindantes con el absurdo y el chisme. Descubrimos las nervaduras comunes, adosamos compartimientos y bosquejamos similitudes, es **Ballard** otra vez con el espíritu crítico y golpeando –con el tercer pie que **Prévert** prefería apuntar a las posaderas de los idiotas–, a los intelectuales de opereta. La tarea que se ha impuesto Aurora Day (el nombre es de una lucidez anonadante) es la de reinventar la poesía en ese mundo degradado por máquinas que reemplazan la creatividad humana. Ransom (otro nombre transparente, que colinda con el anterior) será el evaluador aleatorio de ese intento.

El misterio que se cierne desde Aurora se expresa en los sueños enojosos, fronterizos con la pesadilla que acosan a Ransom, y en los desperfectos que estropean su salud. Una brujería hermanada con lo sardónico se propaga desde *ESTUDIO 5*, la casa de la bruja, un encantamiento letal para la personalidad del editor lo acompaña y excava el sendero de su derrota; un universo fantástico que bulle y se derrama desde el enigma de Aurora y su entorno, la obediencia que las rayas voladoras le muestran, la destreza en operar sobre el entorno, la maestría en reorganizar la materia, le otorgan tanto el papel de diosa como de musa de la poesía encarnada. Paradójicamente si bien este es el relato más fantástico del volumen, es también junto a *VENUS SONRÍE* el más humorístico, y si aquel era el que detallaba la mayor amenaza jamás exhibida en el texto (los demás atañen sólo a los protagonistas) este es el que con mayor enjundia crítica a los supuestos creadores e intelectuales.

La cacería de rayas obrara como un exorcismo para provocar el ilusorio sacrificio de Tristam (otro nombre mágico) que supuestamente salvará definitivamente a la poesía (siguiendo al pie de la letra la leyenda de Melandra y Coridón), lo cual es simétrico con la contaminación sónica proveniente de la estatua cantante desintegrada, pero mientras allá se cuece el infortunio acá se manifiesta la farsa, otro cuento donde **Ballard** saca la garra del humor.

I.

LOS MIL SUEÑOS DE STELLAVISTA: algo que no se puntualiza ha sucedido (el Receso) y las circunstancias han cambiado, el tiempo denso y repetido se ha diluido y de nuevo funciona hacia adelante, Vermilion Sands queda atrás, es

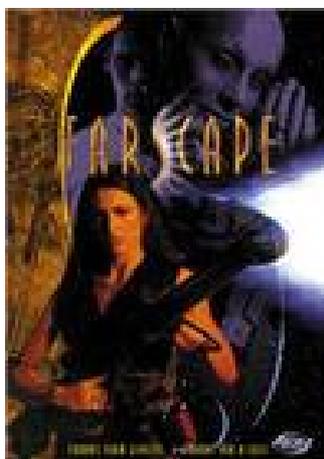


un recuerdo y nuevas tecnologías que trastornan el entorno proliferan. La arquitectura contigua en su concepción y plasmación a **Buckminster Fuller** o a **Lloyd Wright** se ajusta a los modelos psicotrópicos que permiten la incorporación de elementos a partir de los deseos de los habitantes o... de sus traumas, gracias a la multitud de sensores de emociones que proliferan en sus paredes. Si **Bertold Brecht** señaló que *Igual mata una habitación que un hacha*, en las casas de Stellavista tal afirmación puede convertirse en literal, pero no por un entorno de pauperización degradante sino por que acumulan el odio y los impulsos tanáticos de sus moradores.

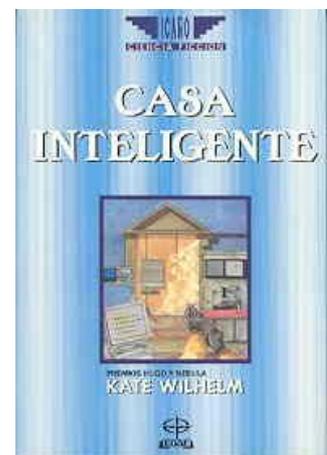


Las fallidas relaciones de pareja estimuladas por el ecosistema artificial de la residencia terminarán por reproducir las establecidas en el pasado entre la esposa asesina (actriz) y el esposo asesinado (arquitecto diseñador de la casa). La crisis que rampa sobre las ocurrencias cotidianas (encajarían en *CRASH* sin esfuerzo), y que van retroalimentando el deseo extraviado y nunca satisfecho del abogado que desplaza hacia su antigua clienta el vínculo concreto fundado en la sexualidad y el compartir emociones que debería tener con su esposa. Además el recuerdo del juicio donde Howard participó como ayudante del abogado defensor revive la pasión sofocada por el tiempo pero nutrida por la presencia de la personalidad de la asesina en la casa. Ese paquete de variables precipita las decisiones, a partir de allí la caída en barrena y el reemplazo de las personalidades, escoltado por agresiones mortales de las instalaciones y de las habitaciones es un hecho. El entorno artificial para la pareja se ha convertido en un horror viviente, les espera la separación y el divorcio, pero al enamorado le queda una ilusión, quizás capeado el temporal y expulsada la personalidad del arquitecto: para volver a sentir la de la actriz *sólo tiene que encender la casa*.

Hay en sus párrafos un sabor a despedida, a cambio de ciclo logrado con tal desparpajo que cuando lanzamos nuestra mirada hacia las anteriores narraciones constata-



mos que los indicios ya se podían barruntar en algunos, pero los dejamos pasar (una preocupación por la macroeconomía, la reorganización de los espacios formales, la pugna entre tecnología y creatividad humana, etc.); podría relacionarse fácilmente por su tema con *CASA INTELIGENTE* de **Kate Wilhelm** o con Moya, la nave viviente de *FARSCAPE*, pero el enfoque de Ballard sofoca cualquier liviandad en ese sentido, su propuesta literaria en el relato de cierre es armónica con el conjunto, culmina como





brillante y amargo remate de una obra donde se expresa que el entorno sea natural o artificial y habitualmente surreal, plagado de biotecnologías o animales y plantas mutados, puede atender contra las relaciones de pareja, floreciendo la locura y la obsesión como acólitos endémicos y camaradas de viaje y dejando abierto un resquicio para reinterpretar a esa triple luz sus siguientes novelas.

Colofón: es probable que el plan de trabajo estuviera claro en su mente desde antes de escribir la obra, no obstante es probable que la plasmación de la idea no se expresase de igual forma en la implementación editorial, sujeta a diversos vaivenes. Para corroborarlo parcialmente transcribiré como anexo final los títulos originales, la revista donde se publicaron y su fecha de edición. Al lado para comparar el orden de publicación. Las conclusiones que pueden extraerse son diversas, pero no comprometen esencialmente lo que he preferido exponer sobre las múltiples vinculaciones encontradas entre ecosistemas, demencia y relaciones amorosas en el conjunto de los relatos.

Una impresión primeriza se apoya en pensar que los cuatro primeros constituyen una unidad, sobre la cual se injertaron derivaciones o enriquecimientos temáticos que expandieron o engordaron a *VERMILION SANDS*: de un inicio signado por la carcajada se desliza a un registro más sombrío y pesimista, paralelo no sólo a su divorcio, sino a su decantamiento hacia el slipstream, es así como en los tres primeros campea el humor y en cierta forma enuncian la alegría del descubrimiento del creador con su material y de las posibilidades que encierra la CF, de allí que las catástrofes ecológicas y emocionales no abandonan el terreno del ridículo y la carcajada:

PRIMA BELLADONA es una exquisita y placentera introducción de los moradores de la playa y de alguna de sus criaturas: las flores melódicas; *VENUS SONRIÉ* es el desafortado y humorístico impacto fractal de algunos de sus actores sobre el entorno global; *ESTUDIO5, LAS ESTRELLAS* es la continuación de los estropicios aplicados al oficio de la poesía a ritmo de screwball y demencia suave, las rayas de la arena serán protagónicas; sin embargo *LOS MIL SUEÑOS DE STELLAVISTA* se cierra cual colofón paródico y amargo tras el retorno a una cierta normalidad con la inclusión de los elementos aportados por la playa, se ubica en la periferia casi conectado con el mundo que emerge de una catástrofe nunca explicada y la entidad vital es la casa. Del eterno verano sin normas retornamos al centro de poder y las estaciones, de la naturaleza nos trasladamos a la artificialidad. Faltaban componentes y procesos para exponer el cambio. A ello se consagrará en la década siguiente, a liquidar el optimismo germinal.

Si aceptamos esa versión podemos agregar que el fracaso de la relación de pareja y la locura se instalan tardíamente en la costa conjeturada: ya *LOS ESCULTORES DE NUBES DE CORAL D* (penúltimo en ser publicado) era una representación shakesperiana en clave de tragedia griega que retorna a la presentación del litoral, sus criaturas y personajes son revelados desde el ángulo



del deterioro pero equilibrado por la esperanza, quizás en su concepción a posteriori debería aminorar y complementar el desenfado de *PRIMA BELLADONA* (personalmente preferiría alterar ese orden y mantenerla encabezando los relatos).

Los dos siguientes constituyen un período intermedio y se reflejan mutuamente: *EL JUEGO DE LOS BIOMBOS* se constituye en un ensanchamiento arquitectónico hacia la cinematografía con misterio y neoanimales incorporados, su lectura aflige y la esperanza se ha diluido; *LAS ESTATUAS CANTANTES* se dedica a uno de los componentes esenciales del paisaje, casi un indicador surreal de la existencia de la playa y sus personajes, pero con sabor acre.

Los sucesivos ahondan en la perturbación y el tormento: *GRITO DE ESPERANZA*, *GRITO DE FURIA* (antepenúltimo) se mantiene en el área de la descomposición emocional y del engaño mutuo, es otra dosis de acíbar; finalmente *DILE ADIÓS AL VIENTO* (último) partiendo de los procesos biotecnológicos acude a una cita con el padecimiento y clava otra escarpia en la caja del dolor en que se ha ido transmutando la serie de relatos, el humor se ha escapado y la enajenación y el sufrimiento se han emplazado en el centro de Vermilion Sands para teñirlo y no abandonarlo.

La carga que transmiten los relatos escritos posteriormente al grupo original inclina la balanza y lo que se inició bajo el signo de la alegría culmina bajo el estandarte de la tristeza. Algo que la vida del propio autor corroboraría enlazándose con su obra: el entusiasmo de la new wave se había diluido y tenía que enfrentar otras circunstancias.

Uno quisiera decir: los primeros proporcionan las bases sustentadoras de ese universo paralelo, bizarro y preñado de extraños procesos tecnológicos y ecológicos, los centrales se enfocan en la desintegración de la pareja, los últimos cierran magistralmente el periplo, pese a que utilicé tal tamiz con afán esclarecedor no fue posible reducirlos a ese esquema, lo que si observé es que el conjunto va enlazando ese meandro alternativo de la playa intemporal con reflexiones que parecen emanadas de obras posteriores como *RASCACIELOS* o *MITOS DE UN FUTURO CERCANO*. Sin ser bucles que se retroalimentan mantienen coherencia y conectes abundantes entre sí, tanto como para proporcionar pistas de la evolución del pensamiento ballardiano y sus mutaciones estilísticas.

Orden cronológico de publicación

Prima Belladona: Science Fantasy
20 / 1956

Mobile or Venus Smile: Science-
Fantasy 26 / 1957

Orden de presentación de la recopilación

Los escultores de nubes de Coral D

Prima Belladona



Studio5, the Stars: Science-Fantasy 45 / 1961	El Juego de los Biombos
The Thousand Dreams of Stellavista: Amazing / March62	Las Estatuas Cantantes
The Singing Statues: Fantastic / July62	Grito de esperanza, grito de furia
The Screen Game: Fantastic / October63	Venus sonríe
Cry Hope, Cry Fury: The Magazine of Fantasy & Science Fiction / October67	Dile adi�os al viento
The Cloud-Sculptors of Coral B: The Magazine of Fantasy & Science Fiction / Dic67	Estudio 5, las Estrellas
Say Goodbye to the Wind: Fantastic / Agosto70	Los mil sueños de Stellavista

  Luis Bolaños

A LUIS BOLAÑOS lo conocemos de números anteriores. Este colombo-peruano es sociólogo pero no fanático, consultor del Ministerio de Educación y del Consejo Nacional de Ciencia, Tecnología e Innovación Tecnológica, realizó Estudios de Impacto Ambiental e investigaciones sobre Psicobiología, y da clases en un par de universidades e institutos. Además de un apasionado de la ciencia-ficción, codirige, junto a Víctor Pretell, Daniel Mejía e Isaac Robles: Veleros 25 (<http://www.veleros25.net/>), también es responsable con Víctor de los ejemplos cimeros que exponen del arte gráfico relacionado con la fantasía y la ciencia-ficción en BitImagen y Galería.



Noticias

CONCURSO DOMINGO SANTOS 2.005

El Colectivo Nemo de Fantasía y Ciencia-Ficción, organizador, y la Asociación Española de Fantasía, Ciencia-Ficción y Terror, patrocinadora, convocan el Concurso Domingo Santos 2.005.

Dedicado al género fantástico, y denominado en honor de una de las figuras más destacadas de este género en lengua española, el concurso de relatos Domingo Santos se celebra anualmente desde 1.992.

Bases del Concurso Domingo Santos 2.005

1. Se admiten a concurso los relatos escritos en español que se encuadren en los géneros de ciencia-ficción, fantasía o terror, estableciéndose el límite de un relato por cada autor.
2. Los relatos deben hallarse inéditos, no premiados en concursos, ni presentados a concursos pendientes de resolución.
3. La extensión de los relatos debe medir entre 8.001 y 15.000 palabras.
4. Los relatos deben presentarse bajo seudónimo o lema, en fichero informático que no contenga dato alguno que identifique al autor, ni en el contenido ni en las propiedades. El fichero debe tener el mismo nombre que el relato, o el más aproximado posible en el caso de que el nombre del relato contenga símbolos no admitidos en el nombre del fichero.
5. Junto con el fichero del relato debe presentarse un fichero con el nombre *Datos*, conteniendo los siguientes datos personales del autor: nombre, apellidos, dirección postal, y en caso de disponer, otros medios de contacto como número de teléfono o fax, dirección de correo electrónico o identificador de mensajería electrónica.
6. Ambos ficheros deben estar en cualquiera de los formatos PDF, HTML ó RTF, con la correspondiente extensión .pdf, .html ó .rtf, y se envían mediante correo electrónico a la dirección concursodomingosantos2005@ibercon.org con el asunto *Concurso Domingo Santos 2.005*.
7. La fecha límite para el envío de relatos es el 30 de Junio de 2.005.
8. Se establece un premio de 1.000 €, aportado por la Asociación Española de Fantasía, Ciencia-Ficción y Terror, al que se aplican las deducciones fiscales vigentes, sin que pueda declararse desierto.



9. El jurado está constituido por **Sergio Mars** (AEFCFT), **Iñaki Fariña** (AGASF), **Iván Solla** (Novos Segreis), **Nacho Agulló**, **Rafael Fontán**, **Fernando Moreiras**, **Jaime Velasco** (Colectivo Nemo de Fantasía y Ciencia-Ficción), el secretario **Carlos Balseiro** y el presidente **Juan Miguel Aguilera**.
10. Los miembros del jurado y los directivos del Colectivo Nemo de Fantasía y Ciencia-Ficción y de la Asociación Española de Fantasía, Ciencia-Ficción y Terror, así como sus familiares directos, no pueden participar en el concurso.
11. Los autores aceptan que los relatos que resulten ganador y finalistas sean publicados en una edición no venal publicada en el periodo de un año a partir de la fecha límite de admisión de relatos, sin recibir remuneración alguna por la misma.
12. Cualquier cuestión no prevista en estas bases queda al juicio del jurado.
13. La presentación al concurso implica la aceptación de las bases.
14. La decisión del jurado es inapelable.

[Fuente: Colectivo Nemo, <http://colectivonemo.aura2000.com>]

VOLUMEN DE LIBRO ANDRÓMEDA ESPECIAL TERROR: TERROR CÓSMICO

- 1.- Se abre la recepción de originales de narraciones inéditas escritas en castellano que se puedan enmarcar dentro del género de terror y que en su argumento especulen sobre la FANTASÍA SINIESTRA en cualquiera de sus múltiples formas, donde tendrán mayor aceptación los que engloben simultáneamente Terror y Ciencia Ficción.
- 2.- La recepción de originales está abierta hasta la fecha límite del día 31 de Enero de 2006. Se aceptarán textos remitidos con esa fecha. Fecha aproximada de edición 31 de MARZO de 2006.
- 3.- Se admitirá un solo texto por autor. No se establece limitación de extensión ni de género narrativo. Tienen cabida relatos, artículos y ensayos que versen sobre el tema: EL GÉNERO DE TERROR DENTRO DE LA CIENCIA FICCIÓN.
- 4.- Los originales en papel y disquete deben dirigirse a: Juan José Castillo; Pza. Roma, 16, 5º A; 41089 Montequinto, Sevilla, o bien por correo electrónico a: especialterror@hispavista.com



- 5.- Todos los textos recibidos ceden automáticamente los derechos publicación por una única vez a la Colección Libro Andrómeda que podrá editarlos por una única vez, con la finalidad de difusión cultural y publicidad de los autores; renunciando los autores a cualquier remuneración económica o de cualquier otro tipo.
- 6.- Dadas las características especiales de esta convocatoria, la colección Libro Andrómeda establecerá correspondencia con los autores seleccionados, una vez leídos todos los textos recibidos.
- 7.- Los autores publicados recibirán un ejemplar de la edición donde aparezcan, así como los suscriptores de la colección Libro Andrómeda-Ciencia Ficción.
- 8.- El autor debe firmar su narración y adjuntar sus datos personales: Nombre completo, número de identificación personal, dirección, teléfono y dirección de correo electrónico de contacto. Los formatos de texto aconsejados son: Word para PC.
- 9.- La remisión de originales para ser incluidos en el libro, supone la aceptación de estas condiciones.

[FUENTE: Juan José Castillo y Claudio Landete]

NECRONOMICON SOLICITA RELATOS CORTOS

Necronomicón solicita relatos cortos (menos de 1000 palabras) en los géneros de Terror, Fantasía o Ciencia Ficción. El fanzine hace especial énfasis en la temática lovecraftiana, pero echándole un ojo al material literario ya publicado podrán observar que ese no es un requerimiento estricto. La dirección de contacto es ubikcf@yahoo.com.

También anuncia que acaba de salir el N° 6 con relatos de Adriana Alarco, Yamil Madi y José Carlos Canalda. Pueden leer éste y los números anteriores en <http://www.geocities.com/ubikcf/necroindice.htm> y además pueden consultar con todo detalle las características de los relatos que envíen a Necronomicón.

Gracias por la atención.

Están invitados.

[Fuente: Jorge De Abreu]



PRIMER CONCURSO DE NARRATIVA FANTÁSTICA

Bases:

Categorías:

- a) de 12 a 17 años
- b) de 18 a 21 años
- c) de 22 años en adelante.

Género:

Cuento fantástico, con un máximo de 4 carillas cada uno.

Temas:

El tema será libre.

Los cuentos deberán respetar la categoría de literatura fantástica, pudiendo estar o no, encuadrados en la temática de la Tierra Media.

Presentación:

La obra deberá ser inédita, tanto por medios electrónicos como en papel.

Se presentará en hojas tamaño A4 por cuadruplicado, escritas a máquina o PC, (fuente Arial de 12pts), a doble interlineado, en una sola carilla, firmado con seudónimo e indicando la edad y categoría por la que concursa.

Se tendrán en cuenta la correcta estructura y ortografía.

Datos del autor:

a. Para entrega postal:

El cuento se enviará en sobre cerrado. En un sobre APARTE, se incluirán los siguientes datos: Cuento, Seudónimo, Apellido y Nombre, DNI, Dirección, Teléfono, Categoría, y (en caso de estar cursando estudios) establecimiento al que concurre.

En el exterior de dicho sobre figurará el seudónimo, la edad y la categoría por la que concursa.

Deberán ser enviadas a: Udaondo 1730; Lanús O.; (1824) Provincia de Buenos Aires, dirigidas a Smial Elen Arannelleva.

b) Para envío electrónico:



Dos archivos independientes, atachados (adjuntados) en el mismo mail. El segundo archivo (datos.doc), deberá contener la misma información que la especificada arriba.

Dirección de correo: Smial_elen_arannelleva@yahoo.com.ar, con copia a eala_anarieva@yahoo.com.ar

Plazos:

Las obras deberán ser remitidas por correo electrónico o correo postal, hasta el 1° de Agosto de 2005.

Premios:

En cada categoría se entregarán 1°, 2° y 3° premio.

1° premio: libro, medalla y diploma

2° y 3° premios: medalla y diploma

Las obras se publicarán en la publicación de nuestro Smial *INDIL*.

El jurado, además, podrá entregar las menciones que considere necesarias.

Los premios serán entregados en el ámbito de las Jornadas Tolkien 2005.

Jurado:

Estará integrado por personalidades del quehacer literario, y su fallo será inapelable.

Las obras presentadas no serán devueltas

El hecho de participar en el presente concurso, implica el conocimiento y aceptación de las bases.

Informes:

Sitio web: <http://ea.tolkien.org.ar>

Por mail: smial_elen_arannelleva@yahoo.com.ar

Asociación Tolkien Argentina

C. C. N° 25 Suc. 48 -C1060WAA Buenos Aires- Argentina.

[Fuente: Alejandra Márquez]



PREMIO COYLLUR DE CIENCIA FICCIÓN

BASES:

Pueden participar todos los escritores peruanos o extranjeros, sean estos profesionales o aficionados.

La participación en el concurso es totalmente gratuita.

Se puede participar con solo un relato, que sea original e inédito.

El tema deberá tratar sobre el género de Ciencia Ficción admitiéndose elementos de terror y fantasía sin que ellos sean el cuerpo principal de la historia. Se privilegiará el desarrollo literario en armonía con el sentido especulativo propio de la C-F. Los relatos deben ser autoconclusivos. No se aceptarán relatos que sean continuación de otra historia, tampoco se aceptarán parodias o cuentos basados en obras de otros autores.

Los cuentos serán escritos en idioma español y tendrá una extensión mínima de 5000 palabras y máxima de 15000 palabras.

Los relatos se enviarán en formato electrónico a concurso@coyllur.org con el asunto *Concurso Coyllur 2005* hasta el 30/Ago/2005. No se aceptarán envíos pasada la fecha de recepción.

De esta forma, deben incluirse dos archivos adjuntos:

Uno conteniendo el relato con seudónimo, más una breve introducción al cuento de dos párrafos como máximo.

En el otro debe venir el seudónimo, seguido del nombre completo, dirección física, teléfonos, correo electrónico (indispensable), y un perfil biográfico escrito en tercera persona.

Los relatos deben estar escritos con tipo de letra Times New Roman, fuente 12, tamaño de página A4 con un margen general de 2.5 cm y en formato rtf o doc.

El Jurado Calificador estará integrado por los miembros de la directiva de Coyllur-Asociación Peruana de Ciencia Ficción, Terror y Fantasía.

El fallo será inapelable y se dará a conocer el 01/Nov/2005. Cualquier caso no previsto en las presentes Bases será resuelto a criterio del Jurado y de los organizadores. Los resultados se publicarán en el sitio web de Coyllur-Asociación Peruana de Ciencia Ficción Terror y Fantasía, <http://www.coyllur.org>



No podrán participar los responsables directos de la organización del Concurso ni los miembros de la directiva de Coyllur-Asociación Peruana de Ciencia Ficción, Terror y Fantasía.

Los premios serán:

Primer Puesto: Trofeo Coyllur y US\$ 100

1^a mención honrosa: Diploma Coyllur

2^a mención honrosa: Diploma Coyllur

El cuento ganador, las menciones honrosas y los finalistas que el Jurado Calificador recomiende por su calidad, serán editados por Coyllur-APCFT&F, quien se reserva los derechos para la publicación de la primera edición por un período de un año, y para publicaciones antológicas y por Internet sin límite de tiempo. Salvo esta reserva, los derechos de autor pertenecen totalmente a los premiados.

La participación en este concurso implica la aceptación sin reservas de estas bases.

Se puede solicitar más información al siguiente correo electrónico: informacion@coyllur.org con el asunto *Informes concurso 2005*.

[Fuente: Coyllur-APCFT&F]